



BENDICIONAL

liturgiapapal.org

ORIENTACIONES GENERALES

I. La bendición en la historia de la salvación

1. La fuente y origen de toda bendición¹ es Dios bendito, que está por encima de todo², el único bueno, que hizo bien todas las cosas para colmarlas de sus bendiciones y que, aun después de la caída del hombre, continúa otorgando sus bendiciones³, como un signo de su misericordia.
2. Pero cuando se cumplió el tiempo, el Padre envió a su Hijo y, en Él -al asumir la condición humana-, nos bendijo de nuevo con toda clase de bienes espirituales⁴. De esta suerte, la antigua maldición se nos convirtió en bendición cuando «nació el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios, que, borrando la maldición, nos trajo la bendición»⁵.
3. Cristo, la máxima bendición del Padre, apareció en el Evangelio bendiciendo a los hermanos, principalmente a los más humildes⁶, y elevando al Padre una oración de bendición⁷. Finalmente, glorificado por el Padre y habiendo ascendido al cielo, derramó sobre los hermanos, adquiridos con su Sangre, el don de su Espíritu, para que, impulsados por su fuerza, alabaran en todo a Dios Padre, lo glorificaran, le dieran gracias y, ejercitando las obras de caridad, pudieran ser un día contados entre los elegidos de su reino⁸.
4. Por el Espíritu Santo, la bendición de Abrahán⁹ se va cumpliendo cada vez más en Cristo, a medida que va pasando a los hijos que han sido llamados a una vida nueva en «la plenitud de las bendiciones divinas»¹⁰; así, convertidos en miembros del cuerpo de Cristo, difunden los frutos del mismo Espíritu, y el mundo queda restablecido por la bendición divina.
5. El Padre, teniendo en su mente divina a Cristo Salvador, había confirmado ya la primera alianza de su amor para con los hombres con la efusión de múltiples bendiciones. Así preparó al pueblo elegido para recibir al Redentor y lo iba haciendo cada día más digno de la alianza. El pueblo, por su parte, caminando por los senderos de la justicia, pudo honrar a Dios con el corazón y con los labios, hasta convertirse, en medio del mundo, en signo y sacramento de la bendición divina.
6. Dios, del que desciende toda bendición, concedió ya en aquel tiempo a los hombres, principalmente a los patriarcas, los reyes, los sacerdotes, los levitas, los padres¹¹, que bendijeran su nombre en la alabanza, y en ese mismo nombre colmaran de bendiciones divinas a los demás hombres y a las cosas creadas.

Cuando es Dios quien bendice, ya sea por Sí mismo, ya sea por otros, se promete siempre la ayuda del Señor, se anuncia su gracia, se proclama su fidelidad a la alianza. Cuando son los hombres los que bendicen, lo alaban proclamando su bondad y su misericordia.

Dios, en efecto, imparte su bendición comunicando o anunciando su bondad. Los hombres bendicen a Dios cantando sus alabanzas, dándole gracias, tributándole culto y adoración, y, cuando bendicen a otros hombres, invocan la ayuda de Dios sobre cada uno de ellos o sobre las asambleas reunidas.

7. Como consta en la Sagrada Escritura, todo lo que Dios ha creado, lo continúa conservando en el mundo con su gracia providente, nos da fe de la bendición de Dios y nos invita e impulsa a bendecirlo¹². Esto vale principalmente después de que el Verbo encarnado comenzó a santificar todas las cosas del mundo gracias al misterio de su encarnación.

Las bendiciones miran primaria y principalmente a Dios, cuya grandeza y bondad ensalzan; pero, en cuanto que comunican los beneficios de Dios, miran también a los hombres, a los que Dios rige y protege con su providencia; pero también se dirigen a las cosas creadas, con cuya abundancia y variedad Dios bendice al hombre¹³.

II. Las bendiciones en la vida de la Iglesia

8. Fiel a la recomendación del Salvador, la Iglesia participa del cáliz de la bendición¹⁴, dando gracias a Dios por su don inefable, adquirido por primera vez en el Misterio Pascual, comunicado luego a nosotros en la Eucaristía. Efectivamente, en el misterio eucarístico la Iglesia recibe la gracia y la fuerza que hacen de ella misma bendición para el mundo y, como un sacramento universal de salvación,¹⁵ ejerce siempre entre los hombres y para los hombres la obra de santificación, glorificando al Padre en el Espíritu Santo, unida a Cristo, su Cabeza.

9. La Iglesia, movida por la fuerza del Espíritu Santo, expresa de diversas maneras este ministerio suyo y por esto ha instituido diversas formas de bendecir. Con ellas invita a los hombres a alabar a Dios, los anima a pedir su protección, los exhorta a hacerse dignos de su misericordia merced a una vida santa y utiliza ciertas plegarias para impetrar sus beneficios y obtener un feliz resultado en aquello que solicitan. A ello hay que añadir las bendiciones instituidas por la Iglesia, que son signos sensibles que «significan y cada uno a su manera realizan»¹⁶ aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios que constituyen el fin hacia el cual tienden todas las demás actuaciones de la Iglesia¹⁷.

10. Las bendiciones, en cuanto que son signos que se apoyan en la palabra de Dios y se celebran bajo el influjo de la fe, pretenden ilustrar y deben manifestar la vida nueva en Cristo, vida que tiene su origen y crecimiento en los sacramentos del Nuevo Testamento instituidos por el Señor. Además, las bendiciones, que han sido instituidas imitando en cierto modo a los sacramentos, significan siempre unos efectos, sobre todo de carácter espiritual, pero que se alcanzan gracias a la impetración de la Iglesia¹⁸.

11. Con esta convicción, la Iglesia trata de que la celebración de la bendición redunde verdaderamente en alabanza y glorificación de Dios y se ordene al provecho espiritual de su pueblo.

Para que esto se vea más claro, las fórmulas de bendición, según la antigua tradición, tienden como objetivo principal a glorificar a Dios por sus dones, impetrar sus beneficios y alejar del mundo el poder del maligno.

12. Glorificando a Dios en todas las cosas y buscando principalmente la manifestación de su gloria ante los hombres -tanto los renacidos como los que han de renacer por la gracia-, la Iglesia, valiéndose de las bendiciones, alaba al Señor por ellos y con ellos en las diversas circunstancias de la vida, invocando la gracia divina sobre cada uno de ellos. A veces la Iglesia bendice asimismo las cosas y lugares relacionados con la actividad humana o con la vida litúrgica y también con la piedad y devoción, pero teniendo siempre presentes a los hombres que utilizan aquellas cosas y actúan en aquellos lugares. El hombre, en efecto, en cuyo favor Dios lo quiso y lo hizo todo bien, es el receptáculo de su sabiduría y por eso, con los ritos de la bendición, el hombre trata de manifestar que utiliza de tal manera las cosas creadas que, con su uso, busca a Dios, ama a Dios y le sirve con fidelidad como único Ser supremo.

13. Los cristianos, guiados por la fe, fortalecidos por la esperanza y espolcados por la caridad, no sólo son capaces de discernir sabiamente los vestigios de la bondad divina en todas las cosas creadas, sino que también buscan implícitamente el reino de Cristo en las obras de la actividad humana. Es más, consideran todos los acontecimientos del mundo como signos de aquella providencia paternal con que Dios dirige y sustenta todas las cosas. Por tanto, siempre y en todo lugar se nos ofrece la ocasión de alabar a Dios por Cristo en el Espíritu Santo, de invocarlo y darle gracias, a condición de que se trate de cosas, lugares o circunstancias que no contradigan la norma o el espíritu del Evangelio. Por eso, cuando se celebra una bendición se ha de someter siempre al criterio pastoral, sobre todo si puede surgir un peligro de admiración o extrañeza entre los fieles o los demás.

14. Esta manera pastoral de considerar las bendiciones está en sintonía con las palabras del Concilio Ecuménico Vaticano II: «La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del Misterio Pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de casi todas las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios»¹⁹.

Así, con los ritos de las bendiciones, los hombres se disponen a recibir el fruto superior de los sacramentos, y quedan santificadas las diversas circunstancias de su vida.

15. «Para asegurar esta plena eficacia, es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo»²⁰. Por esto, los que piden la bendición de Dios por medio de la Iglesia han de afianzar sus disposiciones internas en aquella fe para la cual nada hay imposible²¹; han de apoyarse en aquella esperanza que no defrauda²²; y sobre todo han de estar vivificados por aquella caridad que apremia a guardar los mandamientos de Dios²³. Así es como los hombres que buscan el beneplácito divino entenderán plenamente y alcanzarán realmente la bendición del Señor.

III. Oficios y ministerios

16. Las bendiciones son acciones litúrgicas de la Iglesia y, por esto, la celebración comunitaria que a veces se exige en ellas responde mejor a la índole de la plegaria litúrgica, y así, mientras la verdad viene expuesta a los fieles por medio de la oración de la Iglesia, los allí presentes se sienten inducidos a unirse con el corazón y con los labios a la voz de la Madre.

Para las bendiciones más importantes, que afectan a la Iglesia local, es conveniente que se reúna la comunidad diocesana o parroquial, presidida por el Obispo o el párroco.

Pero también en las demás bendiciones es recomendable la presencia de los fieles, ya que lo que se realiza en favor de un grupo cualquiera redundará de alguna manera en bien de toda la comunidad.

17. Cuando no esté presente ningún grupo de fieles, tanto el que quiere bendecir a Dios o pide la bendición divina como el ministro que preside la celebración, deben recordar que ya representan a la Iglesia celebrante, de modo que por su oración en común y su petición, la bendición desciende, «por medio del hombre, aunque no

desde el hombre», en cuanto que es «el deseo de la comunicación de la santificación y de las gracias» .

Normalmente, la celebración de la bendición de cosas o de lugares no debe hacerse sin la participación de por lo menos algún fiel.

18. El ministerio de la bendición está unido a un peculiar ejercicio del sacerdocio de Cristo y, según el lugar y el oficio propio de cada cual en el pueblo de Dios, se ejerce del modo siguiente:

- a) Compete al Obispo principalmente presidir aquellas celebraciones que atañen a toda la comunidad diocesana y se hacen con particular solemnidad y gran concurrencia del pueblo; por eso él puede reservarse algunas celebraciones, principalmente cuando se realizan de forma más solemne.
- b) Compete a los presbíteros, como requiere la naturaleza de su servicio al pueblo de Dios, presidir las bendiciones, sobre todo aquellas que se refieren a la comunidad a cuyo servicio están destinados; por tanto, pueden celebrar todas las bendiciones contenidas en este libro , con tal de que no esté presente un Obispo que las presida.
- c) Compete a los diáconos, en cuanto que prestan su ayuda al Obispo a su presbiterio en calidad de ministros de la palabra, del altar y de la caridad, presidir algunas celebraciones, como se indica en su lugar correspondiente. Pero siempre que esté presente algún sacerdote, es mejor que se le ceda a él la presidencia, y que el diácono le sirva en la acción litúrgica, ejerciendo sus funciones propias.
- d) A los acólitos y lectores, que por la institución que se les ha conferido desempeñan una peculiar función en la Iglesia, con razón se les concede, de preferencia a los demás laicos, la facultad de impartir algunas bendiciones, a juicio del Ordinario del lugar.

También los otros laicos, hombres y mujeres, por la eficacia del sacerdocio común, del que se han hecho partícipes por el bautismo y la confirmación, ya sea en virtud de su propio cargo (como los padres con respecto a sus hijos), ya sea en virtud de un ministerio extraordinario, ya sea porque desempeñan una función peculiar en la Iglesia, como los religiosos o los catequistas en algunos lugares, a juicio del Ordinario del lugar, cuando conste de su debida formación pastoral y su prudencia en el ejercicio del propio cargo apostólico, pueden celebrar algunas bendiciones, con el rito y las fórmulas previstos para ellos, según se indica en cada una de las bendiciones.

Pero en presencia del sacerdote o del diácono, deben cederles a ellos la presidencia.

19. La participación de los fieles será tanto más activa cuanto más profunda sea la instrucción que se les dé sobre la importancia de las bendiciones. Por esto. los

presbíteros y ministros, en las mismas celebraciones, así como en la predicación y en la catequesis, han de explicar a los fieles el significado y la eficacia de las bendiciones.

Es muy importante, en efecto, que el pueblo de Dios sea instruido acerca del verdadero significado de los ritos y preces que emplea la Iglesia en las bendiciones, para que en la celebración sagrada no se introduzca ningún elemento de tipo supersticioso o de vana credulidad que pueda lesionar la pureza de la fe.

IV. La celebración de la bendición

Estructura típica

20. La celebración típica de la bendición consta de dos partes: la primera es la proclamación de la palabra de Dios, la segunda la alabanza de la bondad divina y la impetración del auxilio celestial.

Normalmente, la celebración se abre y se concluye con unos breves ritos.

21. La primera parte tiende a que la bendición sea realmente un signo sagrado, que toma su pleno sentido y eficacia de la proclamación de la Palabra de Dios .

Por tanto, el centro de esta primera parte es la proclamación de la Palabra de Dios, a la cual se subordinan tanto la monición introductoria con la breve explicación, o la exhortación u homilía que pueden añadirse, según se estime oportuno.

Para avivar en los que participan una fe más intensa, se puede intercalar un salmo, un canto o un silencio sagrado, máxime si se hacen varias lecturas.

22. La segunda parte tiene por objeto alabar a Dios, con los ritos y las preces, y obtener su ayuda por Cristo en el Espíritu Santo. El núcleo central de esta parte lo constituye la fórmula de bendición, u oración de la Iglesia, acompañada con frecuencia de un signo determinado.

Para fomentar la oración de los presentes, puede añadirse la plegaria común que normalmente precede a la fórmula de bendición, y a veces la sigue.

23. En las celebraciones propuestas, al preparar la celebración, hay que distinguir cuidadosamente los elementos principales, que son la proclamación de la Palabra de Dios y la oración de la Iglesia -que nunca se debe omitir, ni siquiera en los Ritos breves-, de los demás elementos.

24. Por consiguiente, al preparar la celebración, hay que tener en cuenta sobre todo lo siguiente:

- a) generalmente hay que preferir la forma comunitaria, de manera que en ella el diácono, el lector, el salmista, el coro ejerzan sus funciones propias;

- b) hay que atender a las normas generales sobre la consciente, activa y adecuada participación de los fieles;
- c) conviene sopesar las circunstancias de las cosas y de los asistentes, observando los principios que inspiran la reforma de estos ritos y las normas dadas por la autoridad competente.

Signos que se emplean

25. Los signos visibles que con frecuencia acompañan a las oraciones tienen la finalidad principal de evocar las acciones salvadoras del Señor, mostrar una cierta conexión con los principales sacramentos de la Iglesia, y, de este modo, alimentar la fe de los presentes, captando así su atención para que participen en el rito .

26. Los principales signos que se emplean son los siguientes: extensión, elevación o unión de las manos, imposición de las manos, señal de la cruz, aspersion del agua bendita e incensación.

- a) Cuando la fórmula de bendición es fundamentalmente una «oración», el ministro de la bendición, según se indica en cada rito, extiende las manos, las eleva o las junta.
- b) Entre los signos de bendición ocupa un lugar destacado la imposición de manos, como acostumbraba a hacer el mismo Cristo, el cual, refiriéndose a los discípulos, dijo: «Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos» (Mc 16,1⁸, y continúa realizando este signo en la Iglesia y por la Iglesia.
- c) Con frecuencia, según una antigua tradición de la Iglesia, se propone también el signo de la cruz.
- d) En algunos ritos se alude a la aspersion con el agua bendita. En este caso, los ministros han de exhortar a los fieles a que recuerden el Misterio Pascual y renueven la fe de su bautismo.
- e) En algunos ritos se usa la incensación, que es un signo de veneración y honor, y a veces simboliza la oración de la Iglesia.

27. Aunque los signos empleados en las bendiciones, y principalmente el signo de la cruz, expresan una cierta evangelización y comunicación de la fe, para hacer más activa la participación y evitar el peligro de superstición, normalmente no está permitido dar la bendición de cosas y lugares con el solo signo externo, sin ningún acompañamiento de la Palabra de Dios o de alguna plegaria.

Manera de unir la celebración de la bendición con otras celebraciones o con otras bendiciones

28. Algunas bendiciones incluyen una especial conexión con los sacramentos y por ello pueden a veces unirse a la celebración de la Misa. En el Ritual de Bendiciones se indica cuáles son estas bendiciones, en qué parte o con qué rito se han de unir, y para cada caso se dan unas normas rituales que hay que observar. Las otras bendiciones de ningún modo han de unirse a la celebración eucarística.

29. Algunas bendiciones pueden unirse a otras celebraciones, como se indica en el rito correspondiente.

30. A veces puede resultar oportuno efectuar varias bendiciones en una sola celebración. Al preparar esta bendición hay que tener presente lo siguiente: se emplea el rito que contiene la bendición principal, añadiendo en la monición y en las preces aquellas palabras y signos que mejor expresen la intención de dar también las otras bendiciones.

Función del ministro en la preparación y ordenación de la celebración

31. El ministro ha de recordar que las bendiciones miran principalmente a los fieles, aunque pueden celebrarse también en favor de los catecúmenos y, teniendo en cuenta las normas del canon 1170, a no ser que obste alguna prohibición de la Iglesia, también en favor de los no católicos.

En cuanto a las bendiciones que se hayan de celebrar comunitariamente con los hermanos separados hay que observar en cada caso las normas dadas por el Ordinario del lugar.

32. El celebrante o ministro, habida cuenta de todas las circunstancias y tras escuchar también las sugerencias de los fieles, aprovechará según convenga las posibilidades que ofrecen los diversos ritos, pero respetando la estructura, y sin cambiar en modo alguno el orden de sus elementos principales.

33. En la celebración comunitaria hay que procurar que todos, tanto ministros como fieles, cumpliendo su propia función, realicen todo lo que les corresponde, con decoro, orden y piedad.

34. Se tendrá en cuenta también la índole peculiar del tiempo litúrgico, para que las moniciones y oraciones de los fieles guarden relación con el ciclo anual de los misterios de Cristo.

Las vestiduras litúrgicas

35. El Obispo, cuando preside las celebraciones más importantes, ha de usar las vestiduras que indica el Ceremonial de Obispos.
36. El presbítero y el diácono, cuando presiden las celebraciones en forma comunitaria, principalmente en la Iglesia o con alguna solemnidad externa, han de revestirse de alba y estola. Cuando se lleva traje talar, el alba puede substituirse por el sobrepelliz. En las celebraciones más solemnes puede usarse la capa pluvial.
37. El color de los ornamentos será el blanco o el que esté en consonancia con el tiempo o la fiesta litúrgica.
38. Los ministros debidamente instituidos, cuando presiden las celebraciones de la comunidad, deberán emplear las vestiduras prescritas por la Conferencia Episcopal o por el Ordinario del lugar para las celebraciones litúrgicas.

V. Adaptaciones que competen a las Conferencias Episcopales

39. Incumbe a las Conferencias episcopales, en virtud de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, confeccionar un Ritual particular correspondiente a este título del Ritual Romano, acomodándolo a las necesidades de cada lugar, para que, una vez que las actas hayan sido aprobadas por la Sede Apostólica, pueda usarse en los lugares pertinentes.

En esta materia, corresponde a las Conferencias Episcopales:

- a) Definir las adaptaciones, según los principios establecidos en este libro, respetando la estructura propia de los ritos.
- b) Considerar, con diligencia y prudencia, qué es lo que puede oportunamente admitirse de las tradiciones e idiosincrasia de cada pueblo y, en consecuencia, proponer otras adaptaciones que se estimen útiles o necesarias .
- c) Conservar las bendiciones propias que ya existen en los Rituales particulares, si las hay, o las del antiguo Ritual romano, si todavía están en uso, a condición de que concuerden con la mente de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, con los principios expuestos en el presente título y con las necesidades del tiempo actual; o bien, adaptarlas.
- d) En los diversos ritos de bendición, sobre todo cuando existen varias fórmulas de libre elección, añadir también otras fórmulas de la misma índole, además de las que contiene el Ritual Romano.
- e) No sólo traducir íntegramente las Introducciones de este libro, tanto las generales como las particulares de cada bendición, sino también, si el caso

lo requiere, completarlas, de suerte que los ministros entiendan más plenamente el significado de los ritos y los fieles puedan participar en ellos de forma consciente y activa.

- f) Completar aquellas partes que se hallen en falta en el libro, por ejemplo, introducir otras lecturas que se consideren útiles o señalar los cantos más adecuados.
- g) Preparar las traducciones de los textos, de modo que se acomoden a la índole de las diversas lenguas y a la idiosincrasia de las diversas culturas.
- h) En las ediciones del libro ordenar el material a tenor de lo que parezca más apto para el uso pastoral, editar por separado las distintas partes del libro, haciéndolas preceder siempre de las principales introducciones.

NOTAS

¹ Cf. Misal Romano, reformado por mandato del Concilio Vaticano II y promulgado por su Santidad el Papa Pablo VI. Edición típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto divino, Coeditores litúrgicos 1978: Bendiciones solemnes, núm. 3, Primer día del año.

² Cf. Rm 9, 5.

³ Cf. Misal romano, Plegaria eucarística IV, núm. 117.

⁴ Cf. Ga 4, 4; Ef 1, 3.

⁵ Oficio divino, reformado por mandato del Concilio Vaticano II y promulgado por su Santidad el Papa Pablo VI. Edición típica aprobada por la Conferencia episcopal española y confirmada por la sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino. Liturgia de las Horas según el rito romano, vol. IV, Coeditores litúrgicos 1981, La Natividad de la Santísima Virgen María, 8 de septiembre, antífona del *Benedictus*.

⁶ Cf. Hch 3, 26; Me 10, 16; 6, 41; Le 24, 50, etc.

⁷ Cf. Mt 9, 31; 14, 19; 26, 26; Me 6, 41; 8, 7. 9; 14, 22; Le 9, 16; 24, 30; Jn 6, 11.

⁸ Cf. Misal romano, Común de santos y santas: 9. Santos que se han consagrado a una actividad caritativa, oración colecta.

⁹ Cf. Gn 12, 3.

¹⁰ S. BASILIO, Sobre el Espíritu Santo, cap. 15, 36: PG 32, 131; cf. S. AMBROSIO, Sobre el Espíritu Santo, I, 7, 1, 7, 89: PL 16, 755; CSEL 79, 53.

¹¹ Cf. Gn 14, 19-20 — Hb 7, 1; Gn 27, 27-29. 38-40 — Hb 11, 20; Gn 49, 1-28 — Hb 11, 21; Dt 21, 5; 33; Jos 14, 13; 22, 6; 2Cro 30, 27; Lv 9, 22-23; Ne 8, 6; Si 3, 9-11.

¹² Cf., por ejemplo, Dn 3, 57-88; Sal 65⁶⁶, 8; 102¹⁰³; 134¹³⁵; ITm 4, 4-5.

¹³ Cf. Gn 27, 27; Ex 23, 25; Dt 7, 13; 28, 12; Jb 1, 10; Sal 64⁶⁵, 11; Jr 31, 23.

¹⁴ Cf. ICo 10, 16.

¹⁵ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 48.

¹⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 7.

¹⁷ *Ibidem*, núms. 7 y 10.

¹⁸ Cf. *ibidem*, núm. 60.

¹⁹ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 61.

²⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 11.

²¹ Cf. Me 9, 23.

²² Cf. Rm 5, 5.

²³ Cf. Jn 14, 21.

²⁴ Cf. Rm 12, 2; Ef 5, 17; Mt 12, 50; Me 3, 35.



liturgiapapal.org

BENDICIONAL

PRIMERA PARTE

**BENDICIONES QUE SE REFIEREN
DIRECTAMENTE A LAS PERSONAS**

CONTENIDO

Capítulo I. Bendición de las familias y de sus miembros

I. Bendición de una familia

A. Rito de la bendición

B. Rito de la bendición unida a la celebración de la misa

II. Bendición anual de las familias en sus propias casas

III. Bendiciones de los esposos

A. Rito que se ha de emplear dentro de la misa con motivo del aniversario del matrimonio

B. Rito de la bendición dentro de la misa en otras circunstancias

C. Rito de la bendición fuera de la misa

D. Rito breve

IV. Bendiciones de los niños

A. Rito de la bendición de los niños ya bautizados

B. Rito de la bendición de un niño aún no bautizado

C. Rito breve

V. Bendición de los hijos

VI. Bendición de los prometidos

VII. Bendición de la mujer antes o después del parto

A. Rito de la bendición de la mujer antes del parto

B. Rito breve

C. Rito de la bendición de la mujer después del parto

D. Rito breve

VIII. Bendición de los ancianos que no salen de casa

A. Rito de la bendición

B. Rito de la bendición unida a la celebración de la misa

C. Rito de la bendición unida a la comunión fuera de la misa

D. Rito breve

Capítulo II. Bendición de los enfermos

I. Rito de la bendición

A. Para los adultos

B. Para los niños

II. Rito breve

Capítulo III. Bendición de los que son enviados a anunciar el evangelio

I. Rito de la bendición en la celebración de la palabra

II. Rito de la bendición unida a la celebración de la misa

Capítulo IV. Bendiciones relativas a la catequesis y a la oración en común

- I. Bendición de las personas destinadas a impartir la catequesis
 - A. Rito de la bendición en la celebración de la palabra
 - B. Rito de la bendición unida a la celebración de la misa
- II. Bendición de un grupo reunido para la catequesis o la oración

Capítulo V. Bendición para diversos ministerios eclesiales

- I. Bendición de lectores
- II. Bendición de acólitos
- III. Bendición de ministros de la caridad

Capítulo VI. Bendición de las asociaciones de ayuda en las necesidades públicas

Capítulo VII. Bendición de los peregrinos

- I. Rito de la bendición de los peregrinos al emprender el camino
- II. Bendición de los peregrinos antes o después de su regreso

Capítulo VIII. Bendición de los que van a emprender un viaje

- I. Rito de la bendición
- II. Rito breve

Capítulo I. **BENDICIÓN DE LAS FAMILIAS Y DE SUS MIEMBROS**

40. La Iglesia, en su actuación pastoral, ha tenido siempre en gran aprecio la comunidad de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador e instituida por Cristo, el Señor, como un sacramento del nuevo Testamento, así como un estado y orden de vida, a semejanza de su misteriosa y fecunda unión con la Iglesia. De esta comunidad procede la familia, en la cual los esposos tienen su propia gracia y vocación en el pueblo de Dios, a fin de que sean cooperadores de la gracia y testigos de la fe y del amor de Cristo para sí mismos, para sus hijos y para los demás familiares. Por esto la familia cristiana, como una Iglesia doméstica, cumpliendo la misión recibida de Dios y ejerciendo su apostolado, está obligada a proclamar muy alto ante los hombres las virtudes del reino de Dios en el mundo y la esperanza de una vida feliz (1).

41. Para que los esposos y demás miembros de la familia fueran cada vez más aptos para asumir y realizar más plenamente su propia misión, la Iglesia instituyó también la ayuda de algunos sacramentales con los que la vida familiar, en determinadas circunstancias, fuera enriquecida con la proclamación de la palabra de Dios y una peculiar bendición. Tales son fundamentalmente los Ritos de bendición descritos en este capítulo.

I. BENDICIÓN DE UNA FAMILIA

42. Siempre que una familia cristiana pide la bendición, o también cuando lo aconseja la atención pastoral, es oportuno impartir esta bendición, con objeto de fomentar la vida cristiana en los miembros de la familia. Para una mejor consecución de este fin, la celebración habrá de acomodarse a las circunstancias concretas.

43. La bendición de la familia puede hacerse también dentro de la celebración de la Misa, según el rito descrito en los núms. 62-67.

A. RITO DE LA BENDICIÓN

44. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo tanto el sacerdote como el diácono, y también el laico, pero con los ritos y Preces previstos para el laico.

45. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de los miembros de la familia, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre los principales.

Ritos iniciales

46. Reunida la familia, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

47. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O bien:

Bendito seas por siempre, Señor.

O de otro modo adecuado.

48. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos nosotros.

Todos responden:

Amén.

49. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: La familia, que por el sacramento del matrimonio recibe la gracia de Cristo y una vida nueva, tiene una especial importancia

tanto para la Iglesia como para la sociedad civil, de las cuales es la célula primera y vital. Con esta celebración, invocamos la bendición del Señor para que los miembros de la familia sean siempre entre sí cooperadores de la gracia, y difundan la fe en las diversas circunstancias de la vida. Con la ayuda de Dios, cumpliréis vuestra misión, conformando toda vuestra vida según el Evangelio, para que podáis ser ante el mundo testigos de Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

50. Luego, uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura seleccionado entre los que a continuación se proponen:

1 Co 12, 12-14: Somos un solo cuerpo

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios.

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. El cuerpo tiene muchos miembros, no uno solo.

Palabra de Dios.

51. **O bien:**

Ef 4, 1-6: Sobrellevaos mutuamente con amor

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Efesios.

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo.

Palabra de Dios.

52. Pueden también leerse: Rm 12, 4-16; ICo 12, 31b—13, 7.

53. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 127 (128), 1-2. 4-6a (R.: la)*

R. Dichoso el que teme al Señor.

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. **R.**

Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos. **R.**

54. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

PRECES

55. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de la familia.

Invoquemos a Cristo, el Señor, Palabra eterna del Padre, que, mientras convivió con los hombres, quiso vivir en familia y colmarla de bendiciones, y pidámosle que proteja a esta familia, diciendo:

R. Guarda en tu paz nuestra familia, Señor.

Tú que consagraste la vida doméstica, viviendo bajo la autoridad de María y José,
— santifica esta familia con tu presencia. **R.**

Tú que estuviste siempre atento a las cosas de tu Padre,
— haz que Dios sea honrado y glorificado en todas las familias. **R.**

Tú que hiciste de tu santa familia un modelo admirable de oración, de amor y de cumplimiento de la voluntad del Padre,
— santifica esta familia con tu gracia y cólmala de tus dones. **R.**

Tú que amaste a tus parientes y fuiste amado por ellos,
— afianza a todas las familias en el amor y la concordia. **R.**

Tú que en Caná de Galilea alegraste los comienzos de una familia, al hacer tu primer signo, convirtiendo el agua en vino,
— alivia los sufrimientos y preocupaciones de esta familia y conviértelos en alegría. **R.**

Tú que, velando por la unidad de la familia, dijiste: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»,
— guarda a estos esposos siempre unidos con el vínculo indestructible de tu amor. **R.**

56. Terminadas las Preces, el ministro, según las circunstancias, invita a todos los presentes a cantar o rezar la oración del Señor, con las siguientes palabras u otras semejantes:

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Todos:

Padre nuestro...

Oración de bendición

57. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas sobre los miembros de la familia; de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, creador y misericordioso restaurador de tu pueblo, que quisiste que la familia, constituida por la alianza nupcial, fuera signo de Cristo y de la Iglesia, derrama la abundancia de tu bendición ☩ sobre esta familia, reunida en tu Nombre, para que quienes en ella viven unidos por el amor se mantengan fervientes en el espíritu y asiduos en la oración, se ayuden mutuamente, contribuyan a las necesidades de todos y den testimonio de la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

58. O bien:

Te bendecimos, Señor, porque tu Hijo, al hacerse hombre, compartió la vida de familia y conoció sus preocupaciones y alegrías. Te suplicamos ahora, Señor, en favor de esta familia: guárdala y protégela, para que, fortalecida con tu gracia, goce de prosperidad, viva en concordia y, como Iglesia doméstica, sea en el mundo testigo de tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

59. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a la familia reunida, sin decir nada.

Conclusión del rito

60. El ministro concluye el rito, diciendo:

Jesús, el Señor, que vivió en el hogar de Nazaret, permanezca siempre con vuestra familia, la guarde de todo mal y os conceda que tengáis un mismo pensar y un mismo sentir.

Todos responden:

Amén.

61. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

B. RITO DE LA BENDICIÓN UNIDA A LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

62. El sacerdote, al preparar la Misa, respetando las normas establecidas, hará libre uso de la facultad de escoger las diversas partes de la Misa, atendiendo principalmente al bien espiritual de los miembros de la familia. Cuando la bendición de la familia se hace dentro de la celebración de la Misa en casa de la misma familia, el rito debe ordenarse según los principios y normas de la Instrucción *Actio pastoralis* para los grupos particulares (2), o también, si se da el caso, del «Directorio de Misas con niños» (3), empleando en este caso las moniciones adecuadas.

63. Después de la lectura del Evangelio, el celebrante, basándose en el texto sagrado, debe exponer en la homilía la gracia y obligaciones de la vida familiar en la Iglesia.

64. Sigue la oración de los fieles, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta; esta oración, el celebrante la concluye con la fórmula de bendición, a no ser que parezca más oportuno emplear esta fórmula al final de la Misa, como una oración sobre el pueblo. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de la familia:

Invoquemos a Cristo, el Señor, Palabra eterna del Padre, que, mientras convivió con los hombres, quiso vivir en familia y colmarla de bendiciones, y pidámosle que proteja a esta familia, diciendo:

R. Guarda en tu paz nuestra familia, Señor.

Tú que consagraste la vida doméstica, viviendo bajo la autoridad de María y José,

— santifica esta familia con tu presencia. **R.**

Tú que estuviste siempre atento a las cosas de tu Padre,

— haz que Dios sea honrado y glorificado en todas las familias. **R.**

Tú que hiciste de tu santa familia un modelo admirable de oración, de amor y de cumplimiento de la voluntad del Padre,

— santifica esta familia con tu gracia y cólmala de tus dones. **R.**

Tú que amaste a tus parientes y fuiste amado por ellos,

— afianza a todas las familias en el amor y la concordia. **R.**

Tú que en Caná de Galilea alegraste los comienzos de una familia, al hacer tu primer signo, convirtiendo el agua en vino,

— alivia los sufrimientos y preocupaciones de esta familia y conviértelos en alegría. **R.**

Tú que, velando por la unidad de la familia, dijiste: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»,

— guarda a estos esposos siempre unidos con el vínculo indestructible de tu amor. **R.**

65. El celebrante, extendiendo las manos sobre los miembros de la familia, prosigue a continuación:

Oh, Dios, creador y misericordioso restaurador de tu pueblo, que quisiste que la familia, constituida por la alianza nupcial, fuera signo de Cristo y de la Iglesia, derrama la abundancia de tu bendición sobre esta

familia, reunida en tu Nombre, para que quienes en ella viven unidos por el amor se mantengan fervientes en el espíritu y asiduos en la oración, se ayuden mutuamente, contribuyan a las necesidades de todos y den testimonio de la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

66. O bien:

Te bendecimos, Señor, porque tu Hijo, al hacerse hombre, compartió la vida de familia y conoció sus preocupaciones y alegrías.

Te suplicamos ahora, Señor, en favor de esta familia: guárdala y protégela, para que, fortalecida con tu gracia, goce de prosperidad, viva en concordia y, como iglesia doméstica, sea en el mundo testigo de tu gloria.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

67. Si parece más oportuno, la oración de bendición puede decirse al final de la celebración de la misa, después de la invitación:

Inclinaos para recibir la bendición.

u otra semejante.

Después de la oración de bendición, el celebrante añadirá siempre:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos responden:

Amén.

II. BENDICIÓN ANUAL DE LAS FAMILIAS EN SUS PROPIAS CASAS

68. Obedeciendo al mandato de Cristo, los pastores, entre los principales deberes de su actividad pastoral, han de ser solícitos en visitar las familias cristianas y anunciarles la paz de Cristo, que dio este encargo a sus discípulos: «Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa» (Lc 10, 5).

69. Por tanto, los párrocos y sus ayudantes han de considerar que es de su particular incumbencia visitar cada año a las familias que viven en su territorio, principalmente durante el tiempo pascual. Es una ocasión magnífica de ejercer la función pastoral, tanto más eficaz cuanto que les brinda la oportunidad de conocer a cada una de las familias.

70. Como quiera que la bendición anual de las familias en sus propias casas mira directamente a la misma familia, esta bendición exige la presencia de sus miembros.

71. No debe hacerse la bendición de las casas sin la presencia de los que en ella viven.

72. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono.

73. Normalmente esta bendición se celebra en cada una de las casas; no obstante, por razones de tipo pastoral y para reforzar la unidad de las familias que viven en el mismo edificio o lugar, puede también celebrarse por varias familias a la vez, reunidas en un lugar adecuado. En este caso se dirá la oración en plural.

74. El celebrante, respetando siempre las partes principales, a saber, la lectura de la Palabra de Dios y la oración de bendición, adaptará las diversas partes a las diversas familias y a las circunstancias del lugar. Además, en el transcurso de la celebración, atenderá con diligente caridad a todos los presentes, especialmente a los niños, ancianos y enfermos.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

75. Reunida la familia, el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes.

O bien:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

76. El párroco, o su ayudante en el ministerio, dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La visita del pastor tiene como finalidad principal que, en su persona, el mismo Cristo entre en vuestra casa y os traiga la paz y la alegría. Esto se realizará sobre todo por la **Lectura de la Palabra de Dios** y por la oración de la Iglesia. Preparemos, pues, nuestro espíritu para que, en esta celebración, Cristo, el Señor, por su Espíritu Santo, se digne hablarnos y confortarnos.

En otras circunstancias la monición se habrá de adaptar oportunamente.

Lectura de la Palabra de Dios

77. Luego uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura seleccionado principalmente entre los que a continuación se proponen.

Mt 7, 24-28: La casa edificada sobre roca

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, decía Jesús:

—«El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero

no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.» Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza.

Palabra del Señor.

78. Pueden también leerse: Ef 4, 1-6; Col 3, 12-25; Hch 2, 44-47; Le 19, 1-10; Jn 1, 35-39.

79. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 148, 1-2. 3-4. 12-13 (R.: 13a)*

R. Alaben el nombre del Señor.

Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.
Alabadlo, todos sus ángeles;
alabadlo, todos sus ejércitos. **R.**

Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.
Alabadlo, espacios celestes
y aguas que cuelgan en el cielo. **R.**

Los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,
alaben el nombre del Señor,
el único Nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra. **R.**

80. **O bien:**

Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5

R. (3c) Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Sal 127 (128), 1-2. 3. 4-6a.

R. (4) Ésta es la bendición del que teme al Señor.

81. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

PRECES

82. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de la familia.

En tiempo pascual:

Queridos hermanos, llenos de la alegría exultante de la Pascua, movidos por el Espíritu Santo, invoquemos a Cristo, a quien el Padre ha constituido principio y fundamento de nuestra comunión, diciéndole con humildad:

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesucristo, que después de tu resurrección te apareciste a los discípulos y los alegraste con el don de tu paz,
— haz que esta familia sienta tu presencia y se esfuerce por vivir siempre unida a ti en el gozo de tu paz. **R**

Tú que llegaste a la gloria de la resurrección a través de la humillación de la cruz,
— enseña a los miembros de esta familia a encontrar motivo de unión en las mismas dificultades de cada día. **R.**

Tú que, sentado a la mesa con los discípulos, te diste a conocer en la fracción del pan,

— haz que esta familia, participando junta en la celebración de la Eucaristía, fortalezca su fe y dé testimonio de su piedad. **R.**

Tú que llenaste con la fuerza del Espíritu Santo la casa donde estaban reunidos los discípulos,
— envía el mismo Espíritu a esta familia, para que goce de su paz y de su alegría. **R.**

83. O bien:

Fuera del tiempo pascual:

Queridos hermanos, al implorar la bendición del Señor sobre vuestra familia, tengamos presente que la unión familiar sólo puede mantenerse y crecer cuando tiene por autor al mismo Señor. Invoquémoslo, pues, diciendo:

R. Santifícanos, Señor.

Señor Jesucristo, por quien todo edificio se va levantando, por la fuerza del Espíritu Santo, hasta formar un templo consagrado,
— haz que estos servidores tuyos se reúnan en tu Nombre y que su vida tenga en ti su sólido fundamento. **R.**

Tú que, viviendo con María y José, santificaste la vida familiar,
— enseña a todos los que viven en esta casa a ayudarse mutuamente, para establecer y consolidar su vida de hogar. **R.**

Tú que, por los sacramentos de la iniciación cristiana, hiciste que los miembros de la familia humana entraran a formar parte de la familia espiritual,
— haz que estos servidores tuyos cumplan fielmente su misión en la Iglesia. **R.**

Tú que quisiste que la Iglesia naciente se reuniera en el cenáculo con María, tu Madre,
— haz que esta Iglesia doméstica aprenda de la Virgen María a guardar en su corazón tus palabras, a dedicarse a la oración y a compartir su vida y sus bienes con los demás. **R.**

84. Terminadas las Preces, el celebrante, según las circunstancias, invita a todos los presentes cantar o rezar la oración del Señor, con las siguientes palabras u otras semejantes:

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro...

Oración de bendición

85. El celebrante, con las manos extendidas sobre los miembros de la familia, añade a continuación:

En tiempo pascual:

Bendito seas, Señor, que en la Pascua del antiguo Testamento conservaste intactas las casas de tu pueblo escogido, rociadas con la sangre del cordero, y que, en los sacramentos de la nueva Alianza, nos diste a tu Hijo Jesucristo, crucificado por nosotros y resucitado de entre los muertos, como verdadero Cordero pascual, para proteger a tus fieles de los engaños del enemigo y llenarnos con la gracia del Espíritu Santo, derrama sobre esta casa y familia tu bendición , ✠- para que el gozo de la caridad inunde los corazones de los que en ella viven. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

86. O bien:

Fuera del tiempo pascual:

Dios eterno, que con tu amor de Padre no dejas de atender a las necesidades de los hombres, derrama sobre esta familia la abundancia de tu bendición ✠ y santifica con tu gracia a los que viven en esta casa, para que, obrando según tus mandatos, y aprovechando el tiempo presente, lleguen un día a la morada que tienen preparada en el cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

87. O bien:

Bendito seas, Dios, Padre nuestro, por esta casa, destinada por tu bondad a que viva en ella esta familia. Haz que sus habitantes reciban los dones de tu Espíritu y que el don de tu bendición ✠ se haga patente en ellos por su caridad efectiva, de manera que todos los que frecuenten esta casa encuentren siempre en ella aquel amor y aquella paz que sólo tú puedes dar. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

88. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y la casa, diciendo, según las circunstancias:

Que esta agua nos recuerde nuestro bautismo en Cristo, que nos redimió con su muerte y resurrección.

R. Amén.

Conclusión del rito

89. El celebrante concluye el rito, diciendo:

Que Dios colme vuestra fe de alegría y de paz. Que la paz de Cristo actúe de arbitro en vuestro corazón.

Que el Espíritu Santo derrame en vosotros sus dones.

Todos responden:

Amén.

90. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

III. BENDICIONES DE LOS ESPOSOS

91. En los principales aniversarios del matrimonio, como, por ejemplo, en el aniversario anual y en los jubileos (XXV, L, LX), será oportuno tener un recuerdo especial del sacramento, mediante la celebración de la Misa propia con las oraciones que indica el Misal romano (4).

92. La bendición de los esposos puede hacerse dentro de la Misa, según los ritos descritos más adelante, en los núms. 95-107; 108-115, o bien fuera de la Misa, según los ritos que se indican más adelante, en los núms. 116-132; 133-135.

93. Fuera de los aniversarios, los esposos pueden también pedir la bendición en determinadas necesidades o circunstancias de la vida, como pueden ser una reunión espiritual o una peregrinación en común. Si se ha de bendecir a varios esposos a la vez, la oración de bendición y la bendición final se dirán en plural.

94. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar, de los esposos y de las familias, pueden adaptarse algunos de los elementos de estos ritos, respetando siempre los principales.

A. RITO QUE SE HA DE EMPLEAR DENTRO DE LA MISA CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO DEL MATRIMONIO

95. En la liturgia de la palabra, de conformidad con las rúbricas, pueden tomarse las lecturas, o bien del Leccionario para la celebración del Matrimonio (5), o bien de la Misa para dar gracias a Dios, según el Leccionario de las Misas por diversas necesidades (6).

96. Después de la lectura del Evangelio, el celebrante, basándose en el texto sagrado, debe exponer en la homilía el misterio y la gracia de la vida matrimonial cristiana, teniendo en cuenta las diversas circunstancias de las personas.

97. Luego el celebrante invita a los esposos a que oren en silencio y renueven ante Dios el propósito de vivir santamente en el matrimonio.

98. Si los esposos presentan los anillos de su matrimonio, el celebrante dice esta oración:

Acrescienta y santifica, Señor, el amor de tus servidores y, pues se entregaron mutuamente estos anillos en señal de fidelidad, haz que progresen en la gracia del sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

99. Si se bendicen anillos nuevos, el celebrante dice esta oración:

Bendice y santifica, Señor, el amor de tus servidores y, ya que estos anillos representan para ellos un signo de su fidelidad, haz que también les recuerden su amor recíproco y la gracia del sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Los anillos pueden ser honrados con la incensación.

100. Pueden emplearse también las siguientes fórmulas (7):

Bendice , ✠ Señor, estos anillos que bendigo en tu Nombre, para que quienes los lleven cumplan siempre tu voluntad, se guarden íntegra fidelidad el uno al otro, y vivan en paz amándose siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

Bendice ✠ y santifica, Señor, el amor de tus servidores (N. y N.), y que estos anillos, signo de fidelidad, les recuerden su promesa de amor mutuo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

101. Sigue la oración de los fieles, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o bien la plegaria común en la forma aquí propuesta:

Invoquemos la misericordia de Dios, Padre todopoderoso, que en su providente designio quiso que la historia de la salvación quedara significada en el amor, la fidelidad conyugal (y la fecundidad), y digámosle:

R. Renueva, Señor, la fidelidad de tus servidores.

Padre santo, que eres llamado fiel, y que pides y premias la observancia de tu alianza,
— llena de tus bendiciones a estos servidores tuyos, que recuerdan el aniversario (vigésimo quinto, quincuagésimo, sexagésimo) de su matrimonio. **R.**

Tú que con el Hijo y el Espíritu Santo gozas eternamente de la plena unidad de vida y comunión de amor,
— haz que estos servidores tuyos recuerden siempre la alianza de amor que contrajeron en el matrimonio y la guarden con toda fidelidad. **R.**

Tú que, en tu providencia, dispones de tal modo los acontecimientos de la vida humana que llevas a tus fieles a participar del misterio de Cristo,
— haz que estos servidores tuyos, aceptando serenamente lo próspero y lo adverso, se esfuercen por unirse a Cristo y vivir sólo para él. **R.**

Tú que quisiste que el matrimonio fuera modelo de vida cristiana,
— haz que todos los esposos sean testigos en el mundo del misterio de amor de tu Hijo. **R.**

102. A continuación el celebrante dice esta plegaria u otra adecuada:

Señor, Dios nuestro, en cuyos mandatos encuentra la familia su auténtico y seguro fundamento, atiende a las súplicas de tus servidores y

concédeles que, siguiendo los ejemplos de la Sagrada Familia, lleguen a gozar de los premios de tu reino en el hogar del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

103. En la liturgia eucarística se hace todo según el Ordinario de la Misa, excepto lo que sigue. En el momento de la presentación de los dones, los esposos, según las circunstancias, pueden llevar el pan, el vino y el agua al altar.

104. Después del Padrenuestro se omite el *Líbranos, Señor*, y el celebrante, vuelto hacia los esposos, con las manos extendidas, dice:

Te alabamos y te bendecimos, oh, Dios, creador de todas las cosas, que al principio creaste al hombre y a la mujer para que formaran una unidad de vida y de amor; también te damos gracias, porque te dignaste bendecir la unión familiar de tus servidores **N.** y **N.**, para que fuera imagen de la unión de Cristo con su Iglesia; tú que los has mantenido unidos por el amor en sus penas y alegrías, míralos hoy con benevolencia; renueva constantemente su alianza nupcial, acrecienta su amor, fortalece su vínculo de paz, para que (junto con esta corona de hijos que los rodea) gocen siempre de tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos responden:

Amén.

105. Después de *La paz del Señor*, según las circunstancias y de acuerdo con las costumbres del lugar, los esposos y todos los demás se dan la señal de paz y caridad, en la forma adecuada.

106. Los esposos pueden comulgar bajo las dos especies.

107. Al final de la Misa el celebrante bendice a los esposos del modo acostumbrado o con una fórmula más solemne, por ejemplo, de la siguiente manera:

El diácono invita a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre los esposos, dice:

Dios, Padre todopoderoso, os conceda su gozo.

R. Amén.

El Hijo unigénito de Dios os asista en las alegrías y en las tristezas.

R. Amén.

El Espíritu Santo alimente vuestras vidas con su amor.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, añadiendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

B. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA MISA EN OTRAS CIRCUNSTANCIAS

108. En la liturgia de la palabra, de conformidad con las rúbricas pueden tomarse las lecturas del Leccionario por los esposos o de la Misa en acción de gracias (8).

109. Después de la lectura del Evangelio, el celebrante, basándose en el texto sagrado, debe exponer en la homilía el misterio y la gracia de la vida matrimonial cristiana, teniendo en cuenta las diversas circunstancias de las personas.

110. Luego, según la oportunidad, el celebrante invita a los esposos a que oren en silencio y renueven ante Dios el propósito de vivir santamente en el matrimonio.

111. Sigue la oración de los fieles, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o la plegaria común en la forma aquí propuesta:

Invoquemos la misericordia de Dios, Padre todopoderoso, que en su providente designio quiso que la historia de la salvación quedara significada en el amor, la fidelidad conyugal (y la fecundidad), y digámosle:

R. Renueva, Señor, la fidelidad de tus servidores.

Padre santo, que hiciste de la unión conyugal un gran misterio referido a Cristo y a la Iglesia,
— derrama con largueza sobre estos servidores tuyos la plenitud de tu amor. **R**

Tú que con el Hijo y el Espíritu Santo gozas eternamente de la plena unidad de vida y comunión de amor,
-haz que estos servidores tuyos recuerden siempre la alianza de amor que contrajeron en el matrimonio y se apoyen mutuamente durante toda su vida. **R**

Tú que, en tu providencia, dispones de tal modo los acontecimientos de la vida humana que llevas a tus fieles a participar del misterio de Cristo,
—haz que estos servidores tuyos, aceptando serenamente lo próspero y lo adverso, se esfuercen por unirse a Cristo y vivir sólo para él. **R**

Tú que quisiste que el matrimonio fuera modelo de vida cristiana,
— haz que todos los esposos sean testigos en el mundo del misterio de amor de tu Hijo. **R.**

112. El celebrante concluye la oración, diciendo, con las manos extendidas:

Oh, Dios, que de tal modo dignificaste la indisoluble alianza matrimonial que la convertiste en signo de la unión nupcial de Cristo, tu Hijo, con la Iglesia, mira con bondad a estos servidores tuyos **N.** y **N.»** que, unidos por el matrimonio, imploran tu ayuda y la intercesión de la Virgen María;

que su amor vaya madurando en las alegrías y en las tristezas, ayudándose mutuamente y esforzándose por mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; que en el trabajo encuentren el gozo de tu ayuda, en la necesidad sientan cercano tu consuelo y hallen en ti la fuente de una alegría siempre renovada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos responden:

Amén.

113. En la liturgia eucarística se hace todo según el Ordinario de la Misa, excepto lo que sigue.

En el momento de la presentación de los dones, los esposos, según las circunstancias, pueden llevar el pan, el vino y el agua al altar.

114. Después de *La paz del Señor* según las circunstancias y de acuerdo con las costumbres del lugar, los esposos y todos los demás se dan la señal de paz y caridad, en la forma adecuada.

115. Al final de la Misa el celebrante bendice a los esposos del modo acostumbrado o con una fórmula más solemne, por ejemplo, de la siguiente manera:

El diácono invita a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre los esposos, dice:

Dios, Padre todopoderoso, os conceda su gozo.

R. Amén.

El Hijo unigénito de Dios os asista en las alegrías y en las tristezas.

R. Amén.

El Espíritu Santo alimente vuestras vidas con su amor.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, añadiendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

C. RITO DE LA BENDICIÓN FUERA DE LA MISA

116. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo también el diácono y el laico, con los ritos y Preces previstos para él.

117. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de los esposos, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre los principales. Cuando se bendice a los esposos sin la presencia de la comunidad, el ministro puede emplear el Rito breve que se halla más adelante, en los núms. 133-135.

Ritos iniciales

118. Reunida la comunidad, puede cantarse el salmo 33 (34) u otro canto adecuado. Terminado el canto, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

119. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios Padre, que dignificó el matrimonio haciéndolo sacramento de Cristo y la Iglesia, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

120. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Bendito sea Dios, Padre del consuelo, que ha tenido misericordia de nosotros.

Todos responden:

Amén.

121. El ministro, en los aniversarios del matrimonio, dispone a los esposos y a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí para recordar el aniversario de la celebración del matrimonio de estos hermanos nuestros.

Nos sentimos solidarios de su alegría y con ellos queremos dar gracias a Dios. Él los ha hecho signo de su amor en el mundo, y ellos, a través de los años, se han guardado fidelidad (y han cumplido dignamente sus obligaciones como padres).

Demos gracias también, queridos hermanos, por todos los beneficios que el Señor os ha concedido en vuestra vida de casados. Que Dios os conserve en el mutuo amor, para que tengáis cada vez más un mismo pensar y un mismo sentir.

En otras circunstancias la monición se habrá de adaptar oportunamente.

Lectura de la Palabra de Dios

122. Luego el lector, o uno de los presentes, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado de preferencia entre los que se indican en el Ritual del Matrimonio y en el Leccionario por los esposos o de la misa en acción de gracias (9). Se elegirán aquellos textos que parezcan más relacionados con las circunstancias concretas de los esposos.

ICo 1, 4-8: En mi acción de gracias a Dios os tengo siempre presentes, por la gracia que Dios os ha dado

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

En mi acción de gracias a Dios os tengo siempre presentes, por la gracia que Dios os ha dado en Cristo Jesús. Pues por él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. De hecho, no carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusaros en el día de Jesucristo, Señor nuestro. Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro. ¡Y él es fiel!

Palabra de Dios.

123. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 127 (128), 1-2. 3. 4-5 (R.: la)*

R. Dichoso el que teme al Señor.

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. **R.**

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. **R.**

Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.

Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. **R.**

124. Después de la lectura el ministro, según las circunstancias, explica brevemente el texto sagrado y expone el misterio y la gracia de la vida matrimonial cristiana, para que los presentes perciban por la fe el significado de la celebración.

Luego el ministro invita a los esposos a que oren en silencio y renueven ante Dios el propósito de vivir santamente en el matrimonio.

125. Entonces el ministro, en los aniversarios del matrimonio, si los esposos presentan los anillos de su matrimonio, dice esta oración:

Acreecianta y santifica, Señor, el amor de tus servidores y, pues se entregaron mutuamente estos anillos en señal de fidelidad, haz que progresen en la gracia del sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Los anillos pueden ser honrados con la incensación.

126. Si se bendicen anillos nuevos, el ministro dice esta oración:

Bendice y santifica, Señor, el amor de tus servidores y, ya que estos anillos representan para ellos un signo de su fidelidad, haz que también les recuerden su amor recíproco y la gracia del sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

127. El sacerdote y el diácono pueden emplear también las siguientes fórmulas (10):

Bendice , ✠ Señor, estos anillos que bendigo en tu Nombre, para que quienes los lleven cumplan siempre tu voluntad, se guarden íntegra fidelidad el uno al otro, y vivan en paz amándose siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

Bendice ✠ y santifica, Señor, el amor de tus servidores (N. y N.), y que estos anillos, signo de fidelidad, les recuerden su promesa de, amor mutuo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Preces

128. Sigue la plegaria común. Entre las inteciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas de los esposos o del momento.

Invoquemos la misericordia de Dios, Padre todopoderoso, que en su providente designio quiso que la historia de la salvación quedara significada en el amor, la fidelidad conyugal (y la fecundidad), y digámosle:

R. Renueva, Señor, la fidelidad de tus servidores.

Padre santo, que hiciste de la unión conyugal un gran misterio referido a Cristo y a la Iglesia,
_ derrama con largueza sobre estos servidores tuyos la plenitud de tu amor. R.

En el aniversario anual y en los jubileos (XXV, L o LX) :

Padre santo, que eres llamado fiel, y que pides y premias la observancia de tu alianza,
-llena de tus bendiciones a estos servidores tuyos, que recuerdan el aniversario anual (o: vigésimo quinto, quincuagésimo, sexagésimo) de su matrimonio. R,

Tú que con el Hijo y el Espíritu Santo gozas eternamente de la plena unidad de vida y comunión de amor,

-haz que estos servidores tuyos recuerden siempre la alianza de amor que contrajeron en el matrimonio y la guarden con toda fidelidad, **R.**

Tú que, en tu providencia, dispones de tal modo los acontecimientos de la vida humana que llevas a tus fieles a participar del misterio de Cristo, — haz que estos servidores tuyos, aceptando serenamente lo próspero y lo adverso, se esfuercen por unirse a Cristo y vivir sólo para él. **R.**

Tú que quisiste que el matrimonio fuera modelo de vida cristiana, — haz que todos los esposos sean testigos en el mundo del misterio de amor de tu Hijo. **R.**

Oración de bendición

129. El ministro, con las manos extendidas, si es sacerdote o diácono, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición, eligiendo la fórmula según las circunstancias.

a) En el aniversario anual y en los jubileos (XXV, L, LX):

Te alabamos y te bendecimos, oh, Dios, creador de todas las cosas, que al principio creaste al hombre y a la mujer para que formaran una unidad de vida y de amor; también te damos gracias, porque te dignaste bendecir la unión familiar de tus servidores **N.** y **N.**, para que fuera imagen de la unión de Cristo con su Iglesia; tú que los has mantenido unidos por el amor en sus penas y alegrías, míralos hoy con benevolencia; renueva constantemente su alianza nupcial, acrecienta su amor, fortalece su vínculo de paz, para que (junto con esta corona de hijos que los rodea) gocen siempre de tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) En otras circunstancias

Oh, Dios, que de tal modo dignificaste la indisoluble alianza matrimonial que la convertiste en signo de la unión nupcial de Cristo, tu Hijo, con la

Iglesia, mira con bondad a estos servidores tuyos **N.** y **N.**, que, unidos por el matrimonio, imploran tu ayuda y la intercesión de la Virgen María; que su amor vaya madurando en las alegrías y en las tristezas, ayudándose mutuamente y esforzándose por mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; que en el trabajo encuentren el gozo de tu ayuda, en la necesidad sientan cercano tu consuelo y hallen en ti la fuente de una alegría siempre renovada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

130. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, bendiciendo primero a los esposos con las manos extendidas hacia ellos:

Dios, Padre todopoderoso, os conceda su gozo.

R. Amén.

El Hijo unigénito de Dios os asista en las alegrías y en las tristezas.

R. Amén.

El Espíritu Santo alimente vuestras vidas con su amor.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, añadiendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo **✠** y Espíritu Santo.

R. Amén.

131. Si el ministro es laico, concluye el rito, santiguándose y diciendo:

Que Dios colme nuestra fe de alegría y de paz.
Que la paz de Cristo actúe de arbitro en nuestro corazón.
Que el Espíritu Santo derrame en nosotros sus dones.

Todos responden:

Amén.

132. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

D. RÍTO BREVE

133. El ministro dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

134. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Mt 10, 8-9: No son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Jn 15, 9. 10. 11: Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.

135. Luego el ministro, con las manos extendidas, si es sacerdote o diácono, de lo contrario con las manos juntas, dice la adecuada oración de bendición, eligiendo la fórmula según las circunstancias.

a) En el aniversario anual y en los jubileos (XXV, L, LX):

Te alabamos y te bendecimos, oh Dios, creador de todas las cosas, que al principio creaste al hombre y a la mujer para que formaran una unidad

de vida y de amor; también te damos gracias, porque te dignaste bendecir la unión familiar de tus servidores N. y N., para que fuera imagen de la unión de Cristo con su Iglesia; tú que los has mantenido unidos por el amor en sus penas y alegrías, míralos hoy con benevolencia; renueva constantemente su alianza nupcial, acrecienta su amor, fortalece su vínculo de paz, para que (junto con esta corona de hijos que los rodea) gocen siempre de tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) En otras circunstancias

Oh, Dios, que de tal modo dignificaste la indisoluble alianza matrimonial que la convertiste en signo de la unión nupcial de Cristo, tu Hijo, con la Iglesia, mira con bondad a estos servidores tuyos N. y N., que, unidos por el matrimonio, imploran tu ayuda y la intercesión de la Virgen María; que su amor vaya madurando en las alegrías y en las tristezas, ayudándose mutuamente y esforzándose por mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; que en el trabajo encuentren el gozo de tu ayuda, en la necesidad sientan cercano tu consuelo y hallen en ti la fuente de una alegría siempre renovada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

IV. BENDICIONES DE LOS NIÑOS

136. Pueden darse varias ocasiones pastorales en que se ruegue a Dios por los niños ya bautizados, por ejemplo, cuando los padres solicitan para ellos la bendición del sacerdote, cuando se celebra alguna fiesta para los niños, cuando se inaugura el curso escolar, u otras semejantes. Por tanto, esta celebración se ha de acomodar a las circunstancias de cada caso.

137. Los ritos que aquí se proponen pueden utilizarlos el sacerdote, el diácono y también el laico, principalmente el catequista y el que tiene a su cargo la educación de los niños, con los ritos y preces previstos para los laicos.

138. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias de las familias y de los niños, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre los principales.

139. Si se trata de bendecir a un solo niño, el ministro dirá en singular la oración de bendición o, según los casos, empleará el Rito breve que se halla más adelante, núms. 172-174.

A. RITO DE LA BENDICIÓN DE LOS NIÑOS YA BAUTIZADOS

Ritos iniciales

140. Reunida la comunidad, puede cantarse el salmo 112 (113) u otro canto adecuado. Terminado el canto, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

141. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los niños y a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, su Hijo, que mostró su amor por los niños, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Tocios responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

142. Si el ministro es laico, saluda a los niños y a los presentes, diciendo:

Hermanos, alabemos y demos gracias al Señor, que abrazaba a los niños y los bendecía.

Todos responden

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

143. El ministro dispone a los niños y a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El Hijo de Dios, nuestro Señor, cuando vino al mundo, asumió la condición de niño, e iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres. Más tarde recibió benignamente a los niños y los bendijo, resaltó su dignidad, más aún, los puso como ejemplo para los que buscan de verdad el reino de Dios. Pero los niños necesitan la ayuda de los adultos para el desarrollo de sus cualidades naturales, de sus facultades morales e intelectuales, e incluso físicas, para que alcancen así la madurez humana y cristiana. Invoquemos, pues, sobre ellos la bendición divina, para que nosotros atendamos con diligencia a su formación y ellos acepten de buen grado la debida instrucción.

144. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Mt 10, 13-16: Jesús bendecía a los niños

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos:

Le acercaban niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo:
—«Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impedáis; de los que son como ellos es el reino de Dios. Os aseguro que el que no acepte el reino de Dios como un niño no entrará en él.»

Y los abrazaba y los bendecía imponiéndoles las manos.

Palabra del Señor.

145. O bien:

Mt 18, 1-5. 10: El que recibe a un niño me recibe a mí

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo:

En aquel momento, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: —«¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?»

Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo:

—«Os aseguro que, si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos. El que recibe a un niño como éste en mi Nombre me recibe a mí.

Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial.»

Palabra del Señor.

146. Pueden también leerse: Mt 19, 13-15; Mt 21, 14-16; Lc 2, 46-52.

147. El que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicando la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración. La alocución ha de ser breve y acomodada a la capacidad de los niños, pero de manera que también los adultos puedan sacar provecho de ella.

148. Después de la lectura o de la alocución, según las circunstancias, se canta un salmo, un himno u otro canto conocido por los niños.

Salmo responsorial Sal 150, 1-2. 3-4. 5 (R.: 5c)

R. Todo ser que alienta alabe al Señor.

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza. **R.**

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas. **R.**

Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
Todo ser que alienta alabe al Señor. **R.**

149. O bien:

Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5

R. (3c) Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Preces

150. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas de los niños o del momento.

Se ofrecen dos esquemas, el segundo de los cuales es un modelo de Preces a las cuales los niños pueden responder y también añadir sus propias intenciones.

A. Invoquemos a Jesús, el Señor, que propuso, a todos sus seguidores la sencillez y la docilidad de los niños como condición para entrar en el reino de los cielos, y digámosle suplicantes:

R. Señor, que sepamos recibirte también en la persona de los niños.

Jesús, Señor, tú que, nacido de la Virgen, santificaste también la edad infantil,

- haz que estos niños, siguiendo tu ejemplo, vayan creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia. **R.**

Tú que, por medio de los padres y de la Iglesia, manifiestas tu amor a los niños,

— haz que todos los responsables de su cuidado tengan una verdadera dedicación a su trabajo. **R.**

Tú que, por el bautismo, nos engendraste a una nueva filiación y nos abriste las puertas de la casa de tu Padre,

— haz que, con humilde sumisión, te sigamos por donde quieras llevarnos. **R.**

Tú que, siendo todavía niño, sufriste la persecución y el destierro,

— haz que todos los niños oprimidos por la maldad de los hombres o la dureza de la vida encuentren ayuda y protección. **R.**

151. O bien:

B. Jesús, Señor, que acogiste y bendijiste a los niños, escucha con bondad nuestras súplicas:

Te rogamos, óyenos.

Protégenos de todo peligro.

Te rogamos, óyenos.

Dirige nuestra vida y nuestra educación.

Te rogamos, óyenos.

Haz que también nosotros vayamos creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Te rogamos, óyenos.

Ayuda a todos los niños del mundo.

Te rogamos, óyenos.

Haz que agradezcamos los dones de tu bondad.

Te rogamos, óyenos.

Bendice a nuestros padres, amigos y bienhechores.

Te rogamos, óyenos.

Oración de bendición

152. El ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo, según las circunstancias, las manos sobre los niños, dice la oración de bendición:

Señor, Dios nuestro, que de la boca de los niños has sacado la alabanza de tu Nombre, mira con bondad a estos niños (a este niño/a esta niña) que la fe de la Iglesia encomienda a tu providencia y, así como tu Hijo, nacido de la Virgen, al recibir con agrado a los niños, los abrazaba y los bendecía, y nos los puso como ejemplo, así también, Padre, derrama sobre ellos (él/ella) tu bendición, para que, cuando lleguen a mayores (llegue a mayor), por su buena conducta entre los hombres, y con la fuerza del Espíritu Santo, sean testigos (sea testigo) de Cristo ante el mundo y enseñen y defiendan (enseñe y defienda) la fe que profesan (profesa). Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

153. Si el ministro es laico, con las manos juntas, dice:

Señor Jesucristo, tanto amaste a los niños, que dijiste que quienes los reciben te reciben a ti mismo; escucha nuestras súplicas en favor de estos niños (este niño/esta niña) y, ya que los (lo/la) enriqueciste con la gracia del bautismo, guárdalos (guárdalo/guárdala) con tu continua protección, para que, cuando lleguen a mayores (llegue a mayor), profesen (profese) libremente su fe, sean fervorosos (sea fervoroso/sea fervorosa) en la

caridad y perseveren (persevere) con firmeza en la esperanza de tu reino. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

154. Después de la oración de bendición, el ministro puede rociar a los niños con agua bendita, diciendo, según las circunstancias:

Que esta agua nos recuerde nuestro bautismo en Cristo, que nos redimió con su muerte y resurrección.

Conclusión del rito

155. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, os bendiga y os guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

156. Si el ministro es laico, concluye el rito, santiguándose y diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, nos bendiga y nos guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

157. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

B. RITO DE LA BENDICIÓN DE UN NIÑO AÚN NO BAUTIZADO

158. Con ocasión de algún grupo que se reúne para preparar la próxima celebración del bautismo, puede resultar oportuno invocar una peculiar bendición sobre el niño aún no bautizado, igual que sobre un catecúmeno. De este modo, en la práctica pastoral puede proyectarse con más claridad el significado de la cruz que el ministro y los padres trazan sobre el niño: con este gesto se expresa que el niño es protegido con la señal de la salvación, queda consagrado a Dios y se dispone a recibir el bautismo.

159. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo también el diácono y el laico, principalmente el catequista, con los ritos y Preces previstos para él.

Ritos iniciales

160. Reunida la familia, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

161. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda al niño y a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, su Hijo, que mostró su amor por los niños, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O bien:

Bendito seas por siempre, Señor.

O de otro modo adecuado.

162. Si el ministro es laico, saluda al niño y a los presentes, diciendo:

Hermanos, alabemos y demos gracias al Señor, que abrazaba a los niños y los bendecía.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

163. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El Hijo de Dios, nuestro Señor, cuando vino al mundo, asumió la condición de niño, e iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres. Más tarde, recibió benignamente a los niños y los bendijo, resaltó su dignidad, más aún, los puso como ejemplo para los que buscan de verdad el reino de Dios. Pero los niños necesitan la ayuda de los adultos para el desarrollo de sus cualidades naturales, de sus facultades morales e intelectuales, e incluso físicas, para que alcancen así la madurez humana y cristiana.

Invoquemos, pues, sobre ellos la bendición divina, para que nosotros atendamos con diligencia a su formación y ellos acepten de buen grado la debida instrucción.

Lectura de la Palabra de Dios

164. Luego uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado de preferencia entre los que se indican en los Rituales del Bautismo de niños y de la Iniciación cristiana de los adultos y en el Leccionario del Misal romano (11). Se elegirá la lectura que parezca más apta para que los padres se preparen adecuadamente para el bautismo de su hijo.

Me 10, 13-16: Jesús bendecía a los niños

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos.

Le acercaban niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos les regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo:

—«Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el reino de Dios. Os aseguro que el que no acepte el reino de Dios como un niño no entrará en él.»

Y los abrazaba y los bendecía imponiéndoles las manos.

Palabra del Señor.

165. El que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

166. Después de la lectura o de la alocución, según las circunstancias, se canta un salmo, un himno u otro canto.

Salmo responsorial Sal 150, 1-2. 3-4. 5 (R.: 5c)

R. Todo ser que alienta alabe al Señor.

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.
Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza. **R.**

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas. **R.**

Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

Todo ser que alienta alabe al Señor. **R.**

Preces

167. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas del niño o del momento.

Invoquemos a Jesús, el Señor, que propuso a todos sus seguidores la sencillez de corazón y la docilidad de los niños como condición para entrar en el reino de los cielos, y digámosle suplicantes:

R. Señor, que sepamos recibirte también en la persona de los niños.

Jesús, Señor, que quieres que los nuevos hijos de la Iglesia sean engendrados, no de la carne ni de la sangre, sino de Dios,
— haz que este tiempo de preparación para el bautismo sirva para una más plena celebración de este sacramento. **R.**

Tú que, por medio de los padres y de la Iglesia, manifiestas tu amor a este niño,
— haz que todos los responsables de su cuidado tengan una verdadera dedicación a su trabajo. **R.**

Tú que, por el bautismo, nos engendraste a una nueva filiación y nos abriste las puertas de la casa de tu Padre,
— haz que, con humilde sumisión, te sigamos por donde quieras llevarnos. **R.**

Tú que, siendo todavía niño, sufriste la persecución y el destierro,
— haz que todos los niños oprimidos por la maldad de los hombres o la dureza de la vida encuentren ayuda y protección. **R.**

Oración de bendición

168. El ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo las manos sobre los niños, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Dios, Padre todopoderoso, fuente de bendición y defensor de los niños, que enriqueces y alegras a los esposos con el don de los hijos, mira con bondad a este niño y, ya que ha de nacer de nuevo por el agua y el Espíritu Santo, dignate agregarlo a los miembros de tu grey, para que, una vez recibido el don del bautismo, sea partícipe de tu reino y aprenda a bendecirte con nosotros en la Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

169. El ministro y los padres hacen la señal de la cruz en la frente del niño, sin decir nada.

Conclusión del rito

170. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, os bendiga y os guarde en su amor.

171. Si el ministro es laico, concluye el rito, santiguándose y diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, nos bendiga y nos guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

C. RITO BREVE

172. El ministro dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

173. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un pasaje de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Mc 10, 14: Dejad que los niños se acerquen a mí: no se le impedáis; de los que son como ellos es el reino de Dios.

Mt 18, 3: Os aseguro que, si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Mt 18, 5: El que recibe a un niño como éste en mi Nombre me recibe a mí.

I Co 14, 20: Hermanos, no tengáis actitud de niños; sed niños para lo malo, pero vuestra actitud sea de hombres hechos.

174. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo las manos sobre el niño, de lo contrario con las manos juntas, dice la adecuada oración de bendición:

a) Para un niño ya bautizado:

Señor Jesucristo, tanto amaste a los niños que dijiste que quienes los reciben te reciben a ti mismo; escucha nuestras súplicas en favor de este niño (esta niña) y, ya que lo (la) enriqueciste con la gracia del bautismo, guárdalo (guárdala) con tu continua protección, para que, cuando llegue a mayor, profese libremente su fe, sea fervoroso (fervorosa) en la caridad y persevere con firmeza en la esperanza de tu reino. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

b) Para un niño aún no bautizado

Dios, Padre todopoderoso, fuente de bendición y defensor de los niños, que enriqueces y alegras a los esposos con el don de los hijos, mira con bondad a este niño (esta niña) y, ya que ha de nacer de nuevo por el agua

y el Espíritu Santo, dignate agregarlo (agregarla) a los miembros de tu grey, para que, una vez recibido el don del bautismo, sea partícipe de tu reino y aprenda a bendecirte con nosotros en la Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Fórmula breve

175. Según las circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden emplear la siguiente fórmula breve de bendición:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, te bendiga, ✠ N., y te guarde en su amor.

R. Amén.

V. BENDICIÓN DE LOS HIJOS

176. Como atestigua el Evangelio, la gente presentaba niños a Jesús para que los bendijera y les impusiera las manos. Los padres cristianos desean también vivamente que se imparta a sus hijos una bendición semejante. Más aun, en las tradiciones de los pueblos es tenida en gran estima la bendición impartida a los hijos por los mismos padres. Ello puede hacerse en determinadas circunstancias de la vida de los hijos, o también cuando la familia se reúne para hacer oración o para meditar la sagrada Escritura.

177. Si se halla presente un sacerdote o un diácono —principalmente con ocasión de la visita que los pastores hacen a cada familia en unos tiempos fijos y determinados, para bendecirlas—, a ellos incumbe entonces más adecuadamente este ministerio de bendición.

178. Por tanto, el rito que aquí se propone pueden utilizarlo los padres, el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando los principales elementos y la estructura del rito, adaptarán cada una de sus partes a las circunstancias concretas del momento.

179. Si se ha de bendecir a un hijo o hijos dentro de otra celebración de bendición puede emplearse la fórmula breve que se halla al final del rito, núm.

180. Si se ha de bendecir a un hijo enfermo, puede emplearse el rito que se halla en el capítulo II, núms. 317-320.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

181. Reunida la familia, el que preside dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

182. Luego, si el que preside es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de Dios Padre, que nos ha hecho sus hijos adoptivos, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

183. Si el que preside es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Hermanos, alabemos a Dios Padre, que nos ha hecho sus hijos adoptivos.

Todos responden:

A él la gloria por los siglos de los siglos.

O bien:

Amén.

184. El que preside dispone a los hijos y a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Con razón el salmo compara a los hijos con los renuevos de olivo alrededor de la mesa familiar; ellos, en efecto, no sólo son signo y anuncio de la bendición divina, sino que atestiguan la presencia eficaz del mismo Dios, el cual, como dador de la fecundidad en los hijos, multiplica el júbilo en la familia y aumenta su alegría. No sólo se debe a los hijos el mayor respeto, sino que conviene que se les enseñe oportunamente el amor y el temor de Dios, para que, conscientes de sus obligaciones, vayan creciendo en sabiduría y en gracia, y, teniendo ya en cuenta y poniendo por obra todo lo que es verdadero, justo y santo, sean testigos de Cristo en el mundo y mensajeros de su Evangelio.

Lectura de la Palabra de Dios

185. Luego uno de los presentes, o el mismo que preside, lee un texto de la sagrada Escritura:

Mt 19, 13-15: No impidáis a los niños acercarse a mí

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, le acercaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y rezara por ellos, pero los discípulos los regañaban. Jesús dijo: —«Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos.»

Les impuso las manos y se marchó de allí.

Palabra del Señor.

186. O bien:

Tb 4, 5-7. 19: Hijo, recuerda estas normas

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de Tobías.

Hijo, acuérdate del Señor toda tu vida. No consientas en pecado ni quebrantes sus mandamientos. Haz obras de caridad toda tu vida, y no vayas por caminos injustos, porque a los que obran bien les van bien los negocios. Da limosna de tus bienes, y no seas tacaño. Si ves un pobre, no vuelvas el rostro, y Dios no apartará su rostro de ti. Bendice al Señor Dios en todo momento, y pídele que allane tus caminos y que te dé éxito en tus empresas y proyectos. Porque no todas las naciones aciertan en sus proyectos; es el Señor quien, según su designio, da todos los bienes o humilla hasta lo profundo del abismo. Bien, hijo, recuerda estas normas; que no se te borren de la memoria.

Palabra de Dios.

187. O bien:

Pr 4, 1-7: Escuchad, hijos, la corrección paterna

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Proverbios.

Escuchad, hijos, la corrección paterna; atended, para aprender prudencia: os enseño una buena doctrina, no abandonéis mis instrucciones. Yo también fui hijo de mi padre, amado tiernamente por mi madre; él me instruía así: «Conserva mis palabras en tu corazón, guarda mis preceptos y vivirás; adquiere sensatez, adquiere inteligencia, no la olvides de las familias: los hijos - no te apartes de mis consejos; no la abandones, y te guardará; ámala, y te protegerá; que tu primera adquisición sea la sensatez, con todos sus haberes compra prudencia.»

Palabra de Dios.

188. Puede también leerse: Mt 18, 1-5. 10.

189. Según las circunstancias se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 127 (128), 1-2. 3. 4-6a (R.: 4; o bien: la)*

R. Ésta es la bendición del que teme al Señor.

O bien:

Dichoso el que teme al Señor.
Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien; **R.**

tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa; **R.**

ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos. **R.**

190. El que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

191. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas del momento.

Invoquemos a Dios todopoderoso, a quien Jesús, el Señor, nos enseñó a llamar Padre, y digámosle suplicantes:

R. Padre santo, guarda a tus hijos.

Padre lleno de amor, que tanto amaste a los hombres que entregaste a tu Hijo único,
— protégenos y defiéndonos a nosotros, tus hijos, nacidos de nuevo por el bautismo. **R.**

Tú que te complaciste en tu Hijo amado,
— haz que cumplamos fielmente la misión encomendada a cada uno en el mundo y en la Iglesia. **R.**

Tú que confiaste tu Hijo a la custodia amorosa de María y José, durante su infancia,
haz que los hijos crezcan en todo hacia Cristo. **R.**

Tú que tienes un amor especial a los desamparados,
— haz que todos los niños carentes de afecto familiar, con la ayuda de la comunidad cristiana, experimenten vivamente tu paternidad. **R.**

Oración de bendición

192. Los padres, según las circunstancias, haciendo la señal de la cruz en la frente de sus hijos, dicen la oración de bendición:

Padre santo, fuente inagotable de vida y autor de todo bien, te bendecimos y te damos gracias, porque has querido alegrar nuestra comunión de amor con el don de los hijos; te pedimos que estos jóvenes miembros de la familia encuentren en la sociedad doméstica el camino por el que tiendan siempre hacia lo mejor y puedan llegar un día, con tu ayuda, a la meta que tienen señalada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

193. Los ministros, si no son los padres, dicen esta oración de bendición:

Señor Jesucristo, tanto amaste a los niños que dijiste que quienes los reciben te reciben a ti mismo; escucha nuestras súplicas en favor de estos niños (este niño/esta niña) y, ya que los (lo/la) enriqueciste con la gracia del bautismo, guárdalos (guárdalo/guárdala) con tu continua protección, para que, cuando lleguen a mayores (llegue a mayor), profesen (profese) libremente su fe, sean fervorosos (sea fervoroso/sea fervorosa) en la caridad. y perseveren (persevere) con firmeza en la esperanza de tu reino. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

194. Los padres concluyen el rito, santiguándose y diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, nos bendiga y nos guarde en su amor.

Esta fórmula la emplea también el ministro laico.

195. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Jesús, el Señor, que amó a los niños, os bendiga y os guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

Fórmula breve

196. Si se estima oportuno, puede emplearse la fórmula breve de bendición:

El Señor te (os) guarde y te (os) haga crecer en su amor, para que andes (andéis) como pide la vocación a la que has sido convocado (habéis sido convocados).

R. Amén.

VI. BENDICIÓN DE LOS PROMETIDOS

197. Entre los deberes de los esposos cristianos y sus diversas formas de apostolado, además de la educación de los hijos, tiene no poca importancia el ayudar a los prometidos a que se preparen mejor para el matrimonio. Así, pues, los honestos esponsales de los cristianos constituyen para las dos familias un acontecimiento singular, que conviene celebrar con algún rito especial y con la oración en común, para invocar la bendición divina y llevar a feliz término lo que felizmente comienza. Para mejor alcanzar este objetivo, la celebración deberá acomodarse a las circunstancias del momento.

198. Cuando los esponsales se celebran en la intimidad de las dos familias, uno de los padres puede presidir el rito de la bendición. Pero si se halla presente un sacerdote o un diácono, entonces a ellos corresponde más adecuadamente el cometido de presidir, con tal de que quede bien claro ante los presentes que no se trata de la celebración del matrimonio.

199. Por tanto, el rito que aquí se propone pueden utilizarlo los padres, el sacerdote, el diácono o un laico. Éstos, respetando los principales elementos y la estructura del rito, adaptarán cada una de sus partes a las circunstancias.

200. Esta celebración puede emplearse también cuando, comenzado ya el noviazgo, los prometidos se reúnen para la catequesis que precede a la celebración del matrimonio. Pero nunca se han de unir los esponsales o la peculiar bendición de los novios a la celebración de la Misa.

Ritos iniciales

201. Reunida la familia, el que preside dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

202. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo, que nos amó hasta entregarse por nosotros, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

203. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Hermanos, alabemos a nuestro Señor Jesucristo, que nos amó hasta entregarse por nosotros.

Todos responden:

Amén.

204. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición con estas palabras u otras semejantes:

Sabemos que la gracia de Dios es siempre necesaria para todos y en todo momento; pero nadie duda que esta gracia la necesitan los cristianos de manera especial cuando se preparan para formar una nueva familia. Por tanto, para que estos hermanos nuestros crezcan en el mutuo respeto, se amen cada vez más sinceramente, y, con el debido trato y la oración en común, se vayan preparando castamente para la celebración del santo matrimonio, imploremos para ellos la bendición divina.

Lectura de la Palabra de Dios

205. Luego uno de los presentes, o el mismo que preside, lee un texto de la sagrada Escritura.

Jn 15, 9-12: Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Dijo Jesús a sus discípulos:

—«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.»

Palabra del Señor.

206. O bien:

ICo 13, 4-13: El amor cree, espera y aguanta sin límites

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios.

El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca. ¿El don de profecía?, se acabará. ¿El don de lenguas?, enmudecerá. ¿El saber?, se acabará. Porque limitado es nuestro saber y limitada es nuestra profecía; pero cuando venga lo perfecto, lo limitado se acabará. Cuando yo era niño hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre acabé con las cosas de niño. Ahora vemos confusamente en un espejo; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora limitado; entonces podré conocer como Dios me conoce. En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor.

Palabra de Dios.

207. Pueden también leerse: Os 2, 21-26; Flp 2, 1-5.

208. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 144 (145), 8-9. 10 y 15. 17-18 (R.: 9 a)*

R. El Señor es bueno con todos.

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. **R.**

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.

Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo. **R.**

El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones;
cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente. **R.**

209. El que preside, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración y puedan distinguirla claramente de la celebración del matrimonio.

Preces

210. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas del momento.

Invoquemos a Dios Padre, que tanto ama a los hombres que los hace hijos suyos en Cristo y los pone en el mundo como testigos de su amor. Digámosle confiadamente:

R. Haz que te amemos siempre, Señor.

Tú que has querido que tus verdaderos hijos, hermanos de Cristo, se hicieran conocer por su mutuo amor. **R.**

Tú que impones a los hombres las suaves exigencias de tu amor, para que, sometiéndose a ellas, encuentren la felicidad. **R.**

Tú que unes al hombre y a la mujer con el amor recíproco, para que la familia que nace de esta unión se alegre con el gozo de los hijos. **R.**

Tú que prefiguraste espiritualmente la plenitud del amor de los desposados en el sacramento del matrimonio por el sacrificio pascual de tu Hijo, que amó a la Iglesia, y, por su sangre, la presentó ante ti inmaculada. **R.**

Tú que llamas a **N.** y **N.** a aquella plena comunión de amor por la que los miembros de la familia cristiana llegan a tener un mismo pensar y un mismo sentir. **R.**

211. Antes de la oración de bendición, de acuerdo con las costumbres de cada lugar, los que contraen esponsales pueden expresar su compromiso con algún signo, por ejemplo, firmando un documento, o con la entrega de los anillos o de algún otro presente.

212. Se pueden bendecir los anillos o los otros presentes de desposorio con la fórmula siguiente:

El Señor haga que de tal manera guardéis estos dones que os habéis intercambiado que a su tiempo llevéis a término lo que os habéis prometido con esta donación recíproca.

R. Amén.

Oración de bendición

213. El que preside, con las manos juntas, dice la oración; si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas:

Te alabamos, Señor, porque, en tu designio de bondad, mueves y preparas a estos hijos tuyos **N.** y **N.** para que se amen mutuamente; dignate fortalecer sus corazones, para que, guardándose fidelidad y agradándote en todo, lleguen felizmente al sacramento del matrimonio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

214. O bien, cuando preside un sacerdote o un diácono:

Señor Dios, fuente de todo amor, tu designio providente hizo que estos prometidos se encontraran; te pedimos que a quienes imploran tu gracia en este tiempo de preparación al matrimonio les otorgues la ayuda de tu bendición, para que progresen en el mutuo afecto y se amen con amor sincero. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

215. El que preside concluye el rito, diciendo:

El Dios del amor y de la paz habite en vosotros, dirija vuestros pasos y confirme vuestros corazones en su amor.

Todos:

Amén.

216. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

VIL BENDICIÓN DE LA MUJER ANTES O DESPUÉS DEL PARTO

217. La bendición antes del parto puede darse a una sola mujer, principalmente en medio de su propia familia, o a varias a la vez, en clínicas u hospitales. En este caso, las fórmulas se dirán en plural.

218. La bendición de la mujer después del parto que aquí se propone, como quiera que tiene aplicación únicamente en el caso de la mujer que no pudo participar en la celebración del bautismo de su hijo, se hace en singular.

219. Los ritos que aquí se proponen pueden usarlos el sacerdote, el diácono o también el laico. Éstos, respetando los principales elementos y la estructura del rito, adaptarán la celebración a las circunstancias de las mujeres y de los lugares.

220. En determinadas circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden emplear las fórmulas breves que se hallan después de los Ritos breves, núms. 237 y 259.

A. RÍTO DE LA BENDICIÓN DE LA MUJER ANTES DEL PARTO

Ritos iniciales

221. Reunida la familia o la comunidad de fieles, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

222. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a la mujer y a los presentes, diciendo:

Jesucristo, el Hijo de Dios, que se hizo hombre en el seno de la Virgen María, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

223. Si el ministro es laico, saluda a la mujer y a los presentes, diciendo:

Hermanos, bendigamos a Jesús, el Señor, que se hizo hombre en el seno de la Virgen María.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

224. El ministro dispone a la mujer y a los presentes a recibir la bendición con estas palabras u otras semejantes:

Dios es el Señor de toda vida y es él quien determina la existencia de cada hombre y, con su providencia, dirige y conserva su vida. Creemos que esto tiene aplicación sobre todo cuando se trata de una vida nacida de un matrimonio cristiano, vida que a su tiempo será enriquecida en el sacramento del bautismo con el don de la misma vida divina. Esto es lo que quiere expresar la bendición de la madre antes del parto, para que aguarde con fe y esperanza el momento del parto y, cooperando con el amor de Dios, ame ya desde ahora con afecto maternal al fruto que lleva en su seno.

Lectura de la Palabra de Dios

225. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Lc. 1, 39-45: Saltó la criatura en el vientre

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Unos días después, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre y dijo a voz en grito:

—«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

Palabra del Señor.

226. Pueden también leerse: Lc. 1, 26-28; Le 2, 1-14.

227. Según la oportunidad, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 32 (33), 12 y 18. 20-21. 22 (R.: 5b)*

R. La misericordia del Señor llena la tierra.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia. **R.**

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos. **R.**

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. **R.**

228. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

229. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la mujer o del lugar. Alabemos debidamente a Cristo, el Señor, fruto bendito del vientre de María, que por el misterio de su encarnación ha derramado en el mundo la gracia y la benevolencia, y digámosle:

R. Bendito seas, Señor, por tu bondad y tu misericordia.

Tú que te dignaste hacerte hombre naciendo de una mujer, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. **R.**

Tú que no desdeñaste el seno de una madre, sino que quisiste que fueran proclamados dichosos el vientre que te llevó y los pechos que te criaron. **R.**

Tú que en la Virgen María, bendita entre todas las mujeres, dignificaste el sexo femenino. **R.**

Tú que en la cruz diste como madre a la Iglesia a la misma que habías elegido por madre tuya. **R.**

Tú que fecundas a la Iglesia con nuevos hijos por el ministerio de las madres acrecentando la alegría y aumentando el gozo. **R.**

Oración de bendición

230. El ministro, si es sacerdote o diácono, extendiendo, según las circunstancias, las manos sobre la mujer, o haciendo la señal de la cruz en su frente, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Señor Dios, creador del género humano, cuyo Hijo, por obra del Espíritu Santo, quiso nacer de la Virgen María, para redimir y salvar a los hombres, librándolos de la deuda del antiguo pecado, atiende los deseos de esta hija tuya, que te suplica por el hijo que espera, y concédele un parto feliz; que su hijo se agregue a la comunidad de los fieles, te sirva

en todo y alcance finalmente la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

231. Después de la oración de bendición, el ministro invita a todos los presentes a invocar la protección de la Santísima Virgen María, lo que puede hacerse con la recitación o el canto de la antífona:

Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh, Virgen gloriosa y bendita.

En lugar de esta súplica pueden emplearse también otras plegarias, por ejemplo, la antífona *Madre del Redentor*, el *Avemaria* o la *Salve*.

Conclusión del rito

232. El ministro, si es sacerdote o diácono, vuelto hacia la mujer, concluye el rito, después de la invitación: *Inclinaos para recibir la bendición, u otra semejante, diciendo:*

Dios, fuente y origen de toda vida, te proteja con su bondad.

R. Amén.

Confirme tu fe, robustezca tu esperanza, aumente cada vez más tu caridad.

R. Amén.

En el momento del parto atiende tus súplicas y te ayude con su gracia.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

233. Si el ministro es laico, implora la bendición del Señor sobre la mujer y sobre todos los presentes, santiguándose y diciendo:

Dios, que por el parto de la santísima Virgen María, anunció y comunicó al género humano el gozo de la salvación eterna, nos bendiga y nos guarde.

R. Amén.

B. RITO BREVE

234. El ministro dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

235. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Is 44, 3. Voy a derramar agua sobre lo sediento y torrentes en el páramo; voy a derramar mi aliento sobre tu estirpe y mi bendición sobre tus vástagos.

Lc. 1, 41-42a En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!»

236. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, extendiendo las manos sobre la mujer, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Señor Dios, creador del género humano, cuyo Hijo, por obra del Espíritu Santo, quiso nacer de la Virgen María, para redimir y salvar a los hombres, librándolos de la deuda del antiguo pecado, atiende los deseos de esta hija tuya, que te suplica por el hijo que espera, y concédele un parto feliz; que su hijo se agregue a la comunidad de los fieles, te sirva en todo y alcance finalmente la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

FÓRMULA BREVE

237. Según las circunstancias, el sacerdote o el diácono puede emplear la siguiente fórmula breve de bendición:

Dios, que por el parto de la santísima Virgen María, dio la alegría al mundo, llene de gozo santo tu corazón y os guarde sanos y salvos a ti y al hijo que esperas. En el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

C. RITO DE LA BENDICIÓN DE LA MUJER DESPUÉS DEL PARTO

238. La bendición de la mujer después del parto se encuentra ya en el Ritual del Bautismo de niños (12).

239. Si la parturienta no pudo participar en la celebración del bautismo de su hijo, es aconsejable utilizar la bendición prevista en el rito bautismal, merced a una celebración especial, en la que se invita a la parturienta y a los presentes a dar gracias a Dios por el beneficio recibido.

Ritos iniciales

240. Reunida la familia o la comunidad de fieles, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

241. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a la mujer y a los presentes, diciendo:

Jesucristo, el Hijo de Dios, que por nuestra salvación se dignó nacer de la Virgen Madre, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

242. Si el ministro es laico, saluda a la mujer y a los presentes, diciendo:

Hermanos, bendigamos a Jesús, el Señor, que por nuestra salvación se dignó nacer de la Virgen Madre.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

243. El ministro dispone a la mujer y a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La comunidad cristiana ha recibido ya con gran alegría al hijo que diste a luz. En su bautismo hemos rogado también por ti, para que, consciente

del don recibido y de la responsabilidad que has contraído en la Iglesia, proclames, unida a la Virgen María, las grandezas del Señor. Ahora, llenos de alegría, deseamos unirnos a ti en la acción de gracias, invocando sobre ti la bendición de Dios.

Lectura de la Palabra de Dios

244. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

1S 1, 20-28: El Señor me ha concedido mi petición

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del primer libro de Samuel.

En aquellos días, Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso de nombre Samuel, diciendo:

—«Al Señor se lo pedí.»

Pasado un año, su marido Elcaná subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual al Señor y cumplir la promesa.

Ana se excusó para no subir, diciendo a su marido:

—«Cuando destete al niño, entonces lo llevaré para presentárselo al Señor y que se quede allí para siempre.»

Su marido Elcaná le respondió:

—«Haz lo que te parezca mejor; quédate hasta que lo destetes.

Y que el Señor te conceda cumplir tu promesa.»

Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó.

Entonces subió con él al templo del Señor, de Silo, llevando un novillo de tres años, una fanega de harina y un odre de vino. Cuando mataron el novillo, Ana presentó el niño a Eli, diciendo:

—«Señor, por tu vida, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a ti, rezando al Señor. Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. Por eso se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo.» Después se postraron ante el Señor.

Palabra de Dios.

245. Pueden también leerse: 1S 2, 1-10; Le 1, 67-69.

246. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 127 (128), 1-2. 3. 4-6a (R.: 3c)*

R. Tus hijos, como renuevos de olivo.

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien; **R.**

tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa; **R.**

ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos. **R.**

247. Después de la lectura, el ministro explica brevemente el texto de la sagrada Escritura, para que la madre y los presentes den gracias a Dios por el don recibido y para que todos, en la medida que corresponde a cada uno, asuman con seriedad la responsabilidad de la educación cristiana del niño.

ACCIÓN DE GRACIAS

248. Sigue la acción de gracias común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la mujer o del lugar:

Demos gracias al Señor por la nueva vida que ha florecido en esta familia, diciendo:

Te damos gracias, Señor.

Por el niño que has dado felizmente a esta madre. **R.**

Por la salud corporal de la que, gracias a ti, gozan la madre y su hijo. **R.**

Por el bautismo recibido, que ha convertido el corazón de este niño en templo del Espíritu Santo. **R.**

Por la serena alegría que, con este nacimiento, has infundido en el corazón de todos. **R.**

Por todos los beneficios que tú nos otorgas sin cesar. **R.**

249. Luego todos cantan o rezan el Magníficat. Pueden emplearse también otros himnos que expresen la acción de gracias.

Oración de bendición

250. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, autor y protector de la vida humana, que has concedido a esta hija tuya el gozo de la maternidad, dignate aceptar nuestra alabanza y escucha con bondad lo que te pedimos: que guardes de todo mal a la madre y a su hijo, que los acompañes siempre en el camino de esta vida y que, a su tiempo, los acojas en la felicidad de tu morada eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

251. O bien:

Oh, Dios, de quien desciende toda bendición y hacia quien sube la humilde súplica del que te bendice, concede a esta madre, ayudada por tu bendición, que se muestre agradecida contigo y tanto ella como su hijo se alegren siempre de tu protección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

252. El celebrante, si es sacerdote o diácono, vuelto hacia la mujer, concluye el rito, diciendo:

El Señor, Dios todopoderoso, que te ha concedido el gozo de la maternidad, se digne bendecirte, ✠ para que, del mismo modo que le agradeces el don de este hijo, puedas disfrutar con él de la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

253. O bien, después de la invitación: Inclínate para recibir la bendición, u otra semejante, dice con las manos extendidas:

Dios, fuente y origen de toda vida, te proteja con su bondad.

R. Amén.

Confirme tu fe, robustezca tu esperanza, aumente cada vez más tu caridad.

R. Amén.

Conserve a tu hijo, le dé la salud del cuerpo y la sabiduría del entendimiento.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén

254. Si el ministro es laico, implora la bendición del Señor sobre la mujer y sobre todos los presentes, santiguándose y diciendo:

La misericordia de Dios Padre todopoderoso, la paz de su Hijo único Jesucristo, la gracia y el consuelo del Espíritu Santo os proteja en la vida, para que, caminando a la luz de la fe, alcancéis los bienes prometidos.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre todos nosotros.

R. Amén.

255. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

D. RÍTO BREVE

256. El ministro dice:

Bendito sea el nombre del Señor.

Todos responden:

Ahora y por siempre.

257. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

IS 1, 27: Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición

Lc 1, 68-69: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su servidor.

It's 5, 18: Dad gracias en toda ocasión: ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros.

258. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, de quien desciende toda bendición y hacia quien sube la humilde súplica del que te bendice, concede a esta madre, ayudada por tu bendición, que se muestre agradecida contigo y tanto ella como su hijo se alegren siempre de tu protección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

Fórmula breve

259. Según las circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden usar la siguiente fórmula breve de bendición:

El Señor, Dios todopoderoso, que llenó de alegría el universo con el nacimiento de su Hijo, te bendiga ✠ y haga que te alegres siempre en el Señor por el nacimiento de tu hijo.

R. Amén.

VIII. BENDICIÓN DE LOS ANCIANOS QUE NO SALEN DE CASA

260. Los ancianos cuyas fuerzas se van debilitando, tanto si viven en su propia casa como si conviven juntos en algún hospital o residencia, necesitan de la ayuda fraterna de los demás, para que sigan sintiéndose plenamente acogidos en la familia y en la comunidad eclesial. Esta bendición tiende a que los ancianos reciban de los hermanos un testimonio de respeto y de agradecimiento. Al mismo tiempo nosotros, junto con ellos, damos gracias a Dios por los beneficios que de él han recibido y por las buenas obras que han realizado con su ayuda.

261. El rito que aquí se propone puede utilizarlo el sacerdote, el diácono o también el laico, los cuales, respetando la estructura del rito y los principales elementos, adaptarán la celebración a cada una de las circunstancias.

262. La bendición de los ancianos también puede hacerse, seleccionando algunos elementos de este rito, como se indica más adelante en los núms. 280-288 dentro de la celebración de la Misa, después de la homilía, o al final de la Misa, o cuando se lleva la sagrada eucaristía a los ancianos que no pueden salir de casa, incluso cuando se la lleva un acólito u otro ministro extraordinario de la sagrada comunión delegado al efecto según las normas del derecho, con los ritos y Preces previstos para los laicos.

263. Si se ha de bendecir a uno o dos ancianos dentro de otra celebración de bendición, puede emplearse la fórmula breve que se halla al final de estos ritos, núm. 292. plir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ritos iniciales

264. Reunida la familia o la comunidad de fieles, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

265. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los ancianos y a los demás presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

266. Si el ministro es laico, saluda a los ancianos y a los demás presentes, diciendo:

Hermanos, bendigamos a Jesús, el Señor, que, al ser tomado en brazos por Simeón, el anciano lo llevaba a él, y él guiaba al anciano.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

267. El ministro dispone a los ancianos y a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El tiempo de la vejez es un don de Dios, que ha de recibirse con gratitud. Estos hermanos nuestros, de edad ya avanzada, pueden transmitirnos un verdadero tesoro de experiencia y de vida cristiana. Unidos a ellos, demos gracias a Dios y pidámosle su ayuda en favor suyo, para que su esperanza y confianza cobren nuevo impulso.

Lectura de la Palabra de Dios

268. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Lc 2, 25-32. 36-38: Aguardando el consuelo de Israel

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: —«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu servidor irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.» Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Palabra del Señor.

269. Pueden también leerse: Si 3, 2-8; Si 25, 6-8. 13-16; Sb 4, 8-9; FIp 3, 20—4, 1.

270. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 125 (126), 1-2b. 2d-3. 4-5. 6 (R.: 3)*

R. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares. **R.**

Hasta los gentiles decían:
El Señor ha estado grande con ellos.
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres. **R.**

Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Négueb.
Los que sembraban con lágrimas

cosechan entre cantares. **R.**

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas. **R.**

271. O bien:

Sal 70 (71), 1-2. 3-4. 5-6. 14-15

R. (12b) Dios mío, ven aprisa a socorrerme.

272. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

273. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los ancianos o del lugar.

Invoquemos a Dios, Padre todopoderoso, que en cualquier edad nos rejuvenece con la fuerza de su gracia, y digámosle suplicantes:

R. No nos abandones, Señor.

Oh, Dios, que por tu misericordia revelaste tu Hijo a Simeón y Ana, que aguardaban la liberación de Israel,
— haz que estos servidores tuyos vean con los ojos de la fe a tu Salvador y se alegren con el consuelo del Espíritu Santo. **R.**

Tú que, por medio de tu Hijo, prometiste alivio y paz a todos los que están cansados y agobiados,
— haz que estos servidores tuyos carguen con paciencia su cruz cada día. **R.**

Tú que eres la misma bondad,
— haz que a estos servidores tuyos nunca les falte el debido consuelo de sus familiares y amigos. **R.**

Tú que a nadie privas de tu amor de padre y muestras un cariño especial por los más débiles,
— haz que en nuestra sociedad se reconozca y respete la dignidad y derechos de los ancianos. **R.**

Oración de bendición

274. El ministro, si es sacerdote o diácono, extendiendo, según las circunstancias, las manos sobre todos los ancianos a la vez o sobre cada uno en particular, o haciendo la señal de la cruz en la frente de cada uno; de lo contrario, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Señor, Dios nuestro, que has concedido a estos fieles tuyos la gracia de esperar en ti y de experimentar tu bondad, en medio de los vaivenes de la vida, te bendecimos por haberles concedido abundantemente tus dones a lo largo de tantos años, y te pedimos que vivan siempre con la alegría de una juventud de espíritu constantemente renovada, que tengan el necesario vigor corporal y que su conducta sea un hermoso ejemplo para todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

275. O bien:

Dios omnipotente y eterno, en quien vivimos, nos movemos y existimos, te damos gracias y te bendecimos porque has dado a estos servidores tuyos, largos años de vida, junto con la perseverancia en la fe y en las buenas obras; concédeles ahora, Señor, que, confortados por el afecto de los hermanos, estén alegres en la salud, no se depriman en la enfermedad, y, reanimados con tu bendición, empleen en tu alabanza el tiempo de su ancianidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

276. **O bien:**

Señor, Dios todopoderoso, que has dado a estos servidores tuyos una dilatada ancianidad, concédeles tu bendición, para que sientan la dulzura de tu compañía; que al recordar el pasado tu misericordia los consuele, y al mirar hacia el futuro la esperanza los sostenga. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

277. **El celebrante, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo, vuelto hacia los ancianos, la invitación: Inclinaos para recibir la bendición, u otra semejante, y añadiendo, con las manos extendidas:**

Jesucristo, el Señor, esté siempre a vuestro lado para defenderos.

R. Amén.

Que él vaya delante de vosotros para guiaros y vaya tras de vosotros para guardaros.

R. Amén.

Que él vele por vosotros, os sostenga y os bendiga.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso,

Padre, Hijo  y Espíritu Santo.

R. Amén.

278. Si el ministro es laico, implora la bendición del Señor sobre los ancianos y todos los presentes, santiguándose y diciendo:

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

279. Es aconsejable terminar la celebración con un canto adecuado.

B. RITO DE LA BENDICIÓN UNIDA A LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

280. Terminada la homilía, se hace la plegaria común, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias concretas de los ancianos o del momento, sin omitir nunca la oración de bendición indicada más adelante.

Invoquemos a Dios, Padre todopoderoso, que en cualquier edad nos rejuvenece con la fuerza de su gracia, y digámosle suplicantes:

R. No nos abandones, Señor.

Oh, Dios, que por tu misericordia revelaste a tu Hijo a Simeón y Ana, que aguardaban la liberación de Israel,
— haz que estos servidores tuyos vean con los ojos de la fe a tu Salvador y se alegren con el consuelo del Espíritu Santo. **R.**

Tú que, por medio de tu Hijo, prometiste alivio y paz a todos los que están cansados y agobiados,
— haz que estos servidores tuyos carguen con paciencia su cruz cada día. **R.**

Tú que eres la misma bondad,

— haz que a estos servidores tuyos nunca les falte el debido consuelo de sus familiares y amigos. **R.**

Tú que a nadie privas de tu amor de padre y muestras un cariño especial por los más débiles,
haz que en nuestra sociedad se reconozca y respete la dignidad y derechos de los ancianos. **R.**

281. El celebrante, extendiendo las manos sobre todos los ancianos a la vez, añade a continuación:

Señor, Dios nuestro, que has concedido a estos fieles tuyos la gracia de esperar en ti y de experimentar tu bondad, en medio de los vaivenes de la vida, te bendecimos por haberles concedido abundantemente tus dones a lo largo de tantos años, y te pedimos que vivan siempre con la alegría de una juventud de espíritu constantemente renovada, que tengan el necesario vigor corporal y que su conducta sea un hermoso ejemplo para todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

282. Si parece más oportuno, al «final de la Misa, después de la invitación *Inclinaos para recibir la bendición* u otra semejante, con la que se invita a los ancianos a recibir la bendición propia, el celebrante, con las manos extendidas sobre los ancianos, dice la bendición o la oración, respondiendo todos:

Amén.

Bendición

283. El celebrante, vuelto hacia los ancianos, dice:

Jesucristo, el Señor, esté siempre a vuestro lado para defenderos.

R. Amén.

Que él vaya delante de vosotros para guiaros y vaya tras de vosotros para guardaros.

R. Amén.

Que él vele por vosotros, os sostenga y os bendiga.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

Oración

284. El celebrante, con las manos extendidas sobre los ancianos, dice:

Dios omnipotente y eterno, en quien vivimos, nos movemos y existimos, te damos gracias y te bendecimos porque has dado a estos servidores tuyos largos años de vida, junto con la perseverancia en la fe y en las buenas obras; concédeles ahora, Señor, que, confortados por el afecto de los hermanos, estén alegres en la salud, no se depriman en la enfermedad, y, reanimados con tu bendición, empleen en tu alabanza el tiempo de su ancianidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

285. Después de la oración, el celebrante añade:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

C. RITO DE LA BENDICIÓN UNIDA A LA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA

286. Si el rito va unido a una más extensa celebración de la palabra de Dios, el texto de la sagrada Escritura puede tomarse de entre los indicados en los núms. 268-271.

287. La plegaria común puede hacerse en la forma antes indicada en el núm. 273 y concluye siempre, si el celebrante es sacerdote o diácono, con la siguiente oración, que se dice con las manos extendidas hacia los ancianos:

Señor, Dios nuestro, que has concedido a estos fieles tuyos la gracia de esperar en ti y de experimentar tu bondad, en medio de los vaivenes de la vida, te bendecimos por haberles concedido abundantemente tus dones a lo largo de tantos años, y te pedimos que vivan siempre con la alegría de una juventud de espíritu constantemente renovada, que tengan el necesario vigor corporal y que su conducta sea un hermoso ejemplo para todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

288. Si el ministro es laico, dice la siguiente oración de bendición, con las manos juntas:

Señor, Dios todopoderoso, que has dado a estos servidores tuyos una dilatada ancianidad, concédeles tu bendición, para que sientan la dulzura de tu compañía; que al recordar el pasado tu misericordia los consuele, y al mirar hacia el futuro la esperanza los sostenga. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

D. RITO BREVE

289. El ministro dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

290. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Sb 4, 8: Vejez venerable no son los muchos días, ni se mide por el número de años; canas de hombre son la prudencia, y edad avanzada, una vida sin tacha.

St 5, 7-8: Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor.

El labrador aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe la lluvia temprana y tardía. Tened paciencia también vosotros.

Lc 9, 23: Dirigiéndose a todos, dijo Jesús: «El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo.»

291. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, según las circunstancias, extendiendo las manos sobre el anciano, o haciendo la señal de la cruz en su frente, de lo contrario con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Señor, Dios todopoderoso, que has dado a este servidor tuyo una dilatada ancianidad, concédele tu bendición, para que sienta ía dulzura de tu compañía; que al recordar el pasado tu misericordia lo consuele, y al mirar hacia el futuro la esperanza lo sostenga. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

FÓRMULA BREVE

292. Según las circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden usar la fórmula breve de bendición:

La bendición ✠ de Dios todopoderoso, que a nadie abandona y que aún en la vejez y las canas guarda a sus hijos con solicitud de padre, descienda sobre ti (vosotros).

R. Amén.

Capítulo II. **BENDICIÓN DE LOS ENFERMOS**

293. Existe la antiquísima costumbre, que tiene su origen en la manera de obrar del mismo Cristo y de los apóstoles, de que los enfermos sean bendecidos por los ministros de la Iglesia. Los ministros, cuando visitan a los enfermos, deben observar diligentemente lo que se dice en el Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos, núms. 87-90; pero sobre todo, les han de poner de manifiesto la solicitud y el amor de Cristo y de la Iglesia.

294. En el Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos están previstas diversas ocasiones en que se bendice a los enfermos, y en él se indican las fórmulas de bendición (13).**295.** El rito que aquí se describe puede utilizarlo el sacerdote, el diácono y también el laico, con los ritos y Preces previstos para el laico; todos estos, respetando la estructura y los principales elementos del rito, adaptarán la celebración a las circunstancias concretas de los enfermos y del lugar.

296. Si se ha de bendecir a un solo enfermo, dentro de otra celebración de bendición, el sacerdote o el diácono pueden emplear la fórmula breve que se halla después del Rito breve, en el núm. 324.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

A. PARA LOS ADULTOS

Ritos iniciales

297. Reunida la comunidad, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

298. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los enfermos y a los presentes, diciendo:

La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes.

O bien:

La paz del Señor sea siempre con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

299. Si el ministro es laico, saluda a los enfermos y a los presentes, diciendo:

Hermanos, bendigamos al Señor, que pasó haciendo el bien y curando a todos.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

300. El ministro dispone a los enfermos y a los presentes a recibir la bendición con estas palabras u otras semejantes:

Jesús, el Señor, que pasó haciendo el bien y curando todas las dolencias y enfermedades, encomendó a sus discípulos que cuidaran de los enfermos, que les impusieran las manos y que los bendijeran en su Nombre. En esta celebración, encomendaremos a Dios a nuestros hermanos enfermos, para que los ayude a soportar con paciencia los sufrimientos del cuerpo y del espíritu, sabiendo que si son compañeros de Cristo en el sufrir, también lo serán en el buen ánimo.

Lectura de la Palabra de Dios

301. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado de preferencia entre los que se indican en el Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos y en el Leccionario de las Misas por los enfermos (14). Se elegirán

aquellos textos que parezcan más directamente relacionados con las condiciones tanto espirituales como corporales de aquellos enfermos.

2 Co 1, 3-7: Dios del consuelo

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios. Si los sufrimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, gracias a Cristo rebosa en proporción nuestro ánimo. Si nos toca luchar, es para vuestro aliento y salvación; si recibimos aliento, es para comunicaros un aliento con el que podáis aguantar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nos dais firmes motivos de esperanza, pues sabemos que si sois compañeros en el sufrir, también lo sois en el buen ánimo.

Palabra de Dios.

302. O bien:

Mt 11, 28-30: Venid a mí, y yo os aliviaré

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

— «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

Palabra del Señor.

303. O bien:

Mc 6, 53-56: Colocaban a los enfermos en la plaza

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos:

En aquel tiempo, cuando Jesús y sus discípulos terminaron la travesía, tocaron tierra en Genesaret, y atracaron. Apenas desembarcados, algunos los reconocieron, y se pusieron a recorrer toda la comarca; cuando se enteraba la gente dónde estaba Jesús, le llevaba los enfermos en camillas. En la aldea o pueblo o caserío donde llegaba, colocaban a los enfermos en la plaza, y le rogaban que les dejase tocar al menos el borde de su manto; y los que lo tocaban se ponían sanos.

Palabra del Señor.

304. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 101 (102), 2-3. 24-25 (R.: 2)*

R. Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti.

Señor, escucha mi oración,
que mi grito llegue hasta ti;
no me escondas tu rostro
el día de la desgracia.
Inclina tu oído hacia mí;
cuando te invoco, escúchame en seguida. **R.**

Él agotó mis fuerzas en el camino,
acortó mis días;
y yo dije: «Dios mío, no me arrebatas
en la mitad de mis días.»
Tus años duran por todas las generaciones. **R.**

305. O bien:

Is 38, 10. 11. 12abcd. 16b-17

R. (cf. 17a) Tú, Señor, detuviste mi alma ante la tumba vacía.

306. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

307. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los enfermos o del lugar.

Llenos de confianza, pidamos a Jesús, el Señor, que consuele con su gracia a nuestros hermanos enfermos, y digámosle suplicantes:

R. Atiende con bondad, Señor, a estos enfermos.

Tú que viniste al mundo como médico de los cuerpos y de las almas, para curar nuestras enfermedades. **R.**

Tú que, como un hombre de dolores, soportaste nuestros sufrimientos y aguantaste nuestros dolores. **R.**

Tú que quisiste parecerte en todo a tus hermanos, para manifestarte compasivo. **R.**

Tú que quisiste experimentar la debilidad de la carne, para librarnos del mal. **R.**

Tú que tuviste a tu Madre junto a la cruz, compartiendo tus sufrimientos, y nos la diste por madre. **R.**

Tú que quieres que completemos en nuestra carne tus dolores, sufriendo por tu cuerpo, que es la Iglesia. **R.**

308. En lugar de la plegaria común, o además de la misma, pueden decirse las letanías que figuran en el Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos, núms. 137 y 138:

Tú que soportaste nuestros sufrimientos y aguantaste nuestros dolores:
Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú que te compadeciste de la gente y pasaste haciendo el bien y curando a los enfermos: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú que mandaste a los apóstoles imponer las manos sobre los enfermos:
Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

309. O bien:

Oremos al Señor por nuestro hermano enfermo y por todos los que lo cuidan y están a su servicio.

R. Te rogamos, óyenos.

— Mira con amor a este enfermo **N.**

R. Te rogamos, óyenos.

— Da nueva fuerza a su cuerpo.

R. Te rogamos, óyenos.

— Alivia sus angustias.

R. Te rogamos, óyenos.

— Líbralo del pecado y de toda tentación.

R. Te rogamos, óyenos.

— Ayuda con tu gracia a todos los enfermos.

R. Te rogamos, óyenos.

— Asiste con tu poder a los que se dedican a su cuidado.

R. Te rogamos, óyenos.

— Y da vida y salud a este enfermo, a quien en tu Nombre vamos a imponer las manos.

R. Te rogamos, óyenos.

Oración de bendición

310. El ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo, según las circunstancias, las manos sobre todos los enfermos a la vez o sobre cada uno en particular, dice la oración de bendición:

Señor, Dios nuestro, que enviaste al mundo a tu Hijo para que sobrellevara nuestros sufrimientos y aguantara nuestros dolores, te pedimos por nuestros hermanos enfermos; dales paciencia y fortaleza, reanima su esperanza; que, con tu bendición, lleguen a superar la enfermedad y, con tu ayuda, alcancen un completo restablecimiento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

311. O bien, sin imposición de manos:

Señor, que pasaste haciendo el bien y curando a todos, te pedimos que te dignes bendecir ✠ a estos servidores tuyos enfermos; da vigor a su

cuerpo, firmeza a su espíritu; dales paciencia en sus sufrimientos y haz que recuperen la salud, para que, reintegrados a la convivencia con los hermanos, puedan bendecirte llenos de alegría. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

312. Si el ministro es laico, haciendo la señal de la cruz en la frente de cada uno, dice la oración de bendición:

Por tu amor, sálvanos, Señor, Dios nuestro, tú que velas solícitamente por la obra de tus manos; conforta con el poder de tu brazo el ánimo de estos servidores tuyos enfermos, remedia sus dolencias, sana sus debilidades y haz que alcancen felizmente el consuelo que de ti esperan. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

313. O bien, por un solo enfermo:

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, que con tu bendición levantas y fortaleces nuestra frágil condición, mira con bondad a este servidor tuyo **N.**; aparta de él la enfermedad y devuélvele la salud, para que, agradecido, bendiga tu santo Nombre. Por. Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

314. Después de la oración de bendición, el ministro invita a todos los presentes a invocar la protección de la Santísima Virgen María, lo que puede hacerse con la recitación o el canto de una antífona mariana, por ejemplo: Bajo tu protección, o la Salve.

Conclusión del rito

315. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo vuelto hacia los enfermos:

Que Dios Padre os (te) bendiga.

R. Amén.

Que el Hijo de Dios os (te) devuelva la salud.

R. Amén.

Que el Espíritu Santo os (te) ilumine.

R. Amén.

Finalmente, bendice a todos los presentes, añadiendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

316. Si el ministro es laico, implora la bendición del Señor sobre los enfermos y todos los presentes y, santiguándose, dice:

Jesús, el Señor, que pasó haciendo el bien y curando a todos los enfermos nos conserve la salud y nos llene de sus bendiciones.

R. Amén.

B. PARA LOS NIÑOS

317. Para la bendición de los niños enfermos, hay que adaptar a su edad los textos antes indicados. En este formulario se proponen unas Preces y una oración de bendición especial para ellos.

Preces

318. A las intercesiones que aquí se proponen el ministro puede añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento y de los enfermos:

Pidamos por estos niños a Jesús, el Señor, que ama y guarda a los pequeños con especial predilección, diciendo:

R. Guárdalos en sus caminos.

Tú que, llamando a los niños, dijiste que de los que son como ellos es el reino de los cielos, escucha con piedad nuestra oración por estos niños.

R.

Tú que dijiste que los misterios del reino se revelan, no a los sabios y entendidos, sino a los sencillos, manifiesta a estos niños los signos de tu amor. **R.**

Tú que aceptaste gustosamente la alabanza de los niños, que en las vísperas de tu pasión te aclamaban con el *Hosanna*, fortalece a estos niños y a sus padres con tu bondadoso consuelo. **R.**

Tú que recomendaste a tus discípulos la solicitud por los enfermos, asiste con bondad a los que se dedican al cuidado de estos niños. **R.**

Oración de bendición

319. El ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo las manos, según las circunstancias, sobre todos los niños enfermos a la vez o sobre cada uno en particular, dice la oración de bendición:

Señor, Dios nuestro, cuyo Hijo Jesucristo recibió con afecto a los niños y los bendijo, extiende benigno tu mano protectora sobre estos servidores tuyos (**N.** y **N.**), enfermos en su temprana edad; así, recobradas sus fuerzas, y devueltos en perfecta salud a tu santa Iglesia y a sus padres, puedan darte gracias de corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

320. Si el ministro es laico, y principalmente cuando el padre o la madre bendicen al hijo enfermo, haciendo la señal de la cruz en la frente de cada uno, dice:

Padre misericordioso y Dios del consuelo, que velas con solicitud constante por tus criaturas y, por tu bondad, concedes la salud corporal y espiritual, dignate librar de la enfermedad a estos niños **N.** y **N.** (a este niño **N.**) (al hijo que tú me has dado), para que creciendo durante toda su vida en gracia y sabiduría ante ti y los hombres, te sirva con santidad y justicia y te dé gracias por tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

II. RITO BREVE

321. El ministro dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

322. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

2 Co 1, 3-4: ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha.

Mt 11, 28-29: Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso.

323. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, imponiendo las manos, según las circunstancias, sobre el enfermo, o, si es laico, haciendo la señal de la cruz en su frente, dice la oración de bendición:

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, que con tu bendición levantas y fortaleces nuestra frágil condición, mira con bondad a este

servidor tuyo **N.**; aparta de él la enfermedad y devuélvele la salud, para que, agradecido, bendiga tu santo Nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Fórmula breve

324. Según las circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden usar la fórmula breve de bendición:

Jesucristo, el único Señor y Redentor, te bendiga, ; **N.**, guarde tu cuerpo, salve tu alma y te lleve a la vida eterna.

R. Amén.

Capítulo III.

BENDICIÓN DE LOS QUE SON ENVIADOS A ANUNCIAR EL EVANGELIO

325. Cuando los discípulos de Cristo —clérigos, religiosos, laicos— son enviados por los legítimos pastores de la Iglesia para anunciar a las gentes el misterio de la salvación, es muy conveniente celebrar un rito para implorar la bendición de Dios sobre los nuevos predicadores del Evangelio, al tiempo que se recuerda a los fieles la naturaleza y eficacia de la actividad misionera y se les anima a que con sus oraciones acompañen a los que, dotados de un carisma especial, han de partir para anunciar el Evangelio.

326. El rito de la bendición puede realizarse en una adecuada celebración de la Palabra o también en la celebración de la Eucaristía, como se indica más adelante.

327. Los ritos que aquí se proponen puede utilizarlos el presbítero, el cual, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptará la celebración a las circunstancias de los misioneros y del lugar. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

I. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA CELEBRACIÓN DE LA PALABRA

Ritos iniciales

328. Reunido el pueblo, el celebrante, el diácono y los ministros, cada cual con sus vestiduras propias, precedidos del crucífero y del diácono que lleva el libro de los Evangelios, se dirigen por la nave de la iglesia hacia el presbiterio, mientras el coro, junto con el pueblo, entona un canto adecuado.

329. Los que han de partir a anunciar el Evangelio forman parte de la procesión.

330. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

331. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

El Señor, que os llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

332. Luego el celebrante exhorta brevemente a los presentes para disponer su espíritu a la celebración y explicar el rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Al participar hoy en esta celebración, renováis en cierto modo la manera de obrar de la Iglesia primitiva, cuando, llena de gozo, enviaba algunos de sus hijos a otros pueblos, para ayudar a los hermanos en la fe o a los que aún no conocían a Cristo.

El envío de estos hermanos y hermanas a diversos lugares, motivado por las necesidades de la Iglesia, hará que sean más profundos los vínculos que nos unen a aquellas Iglesias particulares, y que ya se manifiestan ahora en nuestra oración.

333. Todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue:

Oh, Dios, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, mira tu inmensa mies y envíale operarios, para que sea predicado el Evangelio a toda criatura, y tu grey, congregada por la Palabra de vida y sostenida por la fuerza de los sacramentos, camine por las sendas de la salvación y del amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

334. Luego los lectores o el diácono leen uno o varios textos de la Sagrada Escritura, de los que se hallan en el Leccionario *Por la evangelización de los pueblos* (15), intercalando los convenientes salmos responsoriales o bien espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser el acto más relevante.

335. Antes de la proclamación del Evangelio, es muy conveniente que los misioneros sean presentados a los fieles del modo siguiente: el diácono pronuncia sus nombres, indicando, si se estima oportuno, el grado o función que ejercen en el pueblo de Dios, así como la Iglesia a la que son enviados, por ejemplo:

Estos son los nombres de los que nuestra Iglesia de N , cumpliendo el mandato del Señor, envía a anunciar el Evangelio y acompaña con sus oraciones:

N. N, presbítero, a la Iglesia que está en N.

N. N, diácono, a la Iglesia que está en N.

N. N, religioso (religiosa) del Instituto N, a la Iglesia que está en N.

N. N, laico, para el servicio de la Iglesia que está en N.

336. Si entre los misioneros que han de partir figuran religiosos o religiosas, entonces, en lugar del diácono, el superior o la superiora del Instituto notifica a los fieles sus nombres y cargos, así como el lugar al que son enviados, diciendo, por ejemplo:

De nuestro Instituto de N, impulsados por la caridad y la obediencia, parten para anunciar el Evangelio: el hermano N (por ejemplo, catequista), con destino a N; la hermana N (por ejemplo, enfermera), con destino a N.

337. Cuando el diácono los llama, los misioneros responden con alguna expresión adecuada (por ejemplo: *Presente*, o con algún signo (por ejemplo, poniéndose de pie).

338. Leído el Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el significado de la celebración.

339. Terminada la homilía, los misioneros se levantan, se acercan al celebrante y se colocan de modo que todos puedan ver el rito.

Preces

340. Sigue la plegaria común, en la que todos piden por los misioneros que han de partir y por las Iglesias a las que son enviados. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de los misioneros.

Invoquemos a Dios, Padre misericordioso, que ungió a su Hijo con el Espíritu Santo para que evangelizara a los pobres, vendara los corazones desgarrados y consolara a los afligidos.

Digamos confiados:

R. Que tu pueblo te alabe siempre, Señor.

Dios misericordioso y eterno, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, te damos gracias porque diste al mundo tu Hijo, como Maestro y Redentor, **R.**

Tú que enviaste a Jesucristo para evangelizar a los pobres, proclamar a los cautivos la libertad y anunciar el tiempo de gracia, dilata tu Iglesia, de modo que abarque a los hombres de toda lengua y nación, **R.**

Tú que llamas a todos los hombres a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, haz que seamos verdaderos testigos del Evangelio de salvación. **R.**

Danos un corazón recto y sincero para escuchar tu Palabra y haz que produzca en nosotros y en el mundo obras abundantes de santidad. **R.**

Oración de bendición

341. El celebrante, según las circunstancias, imponiendo las manos conjuntamente sobre todos los misioneros que han de partir, añade a continuación la oración de bendición:

Te bendecimos y alabamos, oh, Dios, porque, según el designio inefable de tu misericordia, enviaste a tu Hijo al mundo, para librar a los hombres, con la efusión de su Sangre, de la cautividad del pecado, y llenarlos de los dones del Espíritu Santo. Él, después de haber vencido a la muerte, antes de subir a ti, Padre, envió a los apóstoles como dispensadores de su amor y su poder, para que anunciaran al mundo entero el Evangelio de la vida y purificaran a los creyentes con el baño del bautismo salvador. Te pedimos ahora, Señor, que dirijas tu mirada bondadosa sobre estos servidores tuyos que, fortalecidos por el signo de la cruz, enviamos como mensajeros de salvación y de paz. Con el poder de tu brazo, guía, Señor, sus pasos, fortalécelos con la fuerza de tu gracia, para que el cansancio no los venza. Que sus palabras sean un eco de las palabras de Cristo para que sus oyentes presten oído al Evangelio. Dígnate, Padre, infundir en sus corazones el Espíritu Santo para que, hechos todo para todos, atraigan a muchos hacia ti, que te alaben sin cesar en la santa Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

Entrega de la cruz

342. El celebrante bendice las cruces, diciendo:

Señor, Padre santo, que hiciste de la cruz de tu Hijo fuente de toda bendición y origen de toda gracia, dígnate bendecir estas cruces y haz que quienes las lleven a la vista de los hombres se esfuercen por irse transformando a imagen de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

343. Luego los misioneros se acercan uno a uno al celebrante, el cual les entrega la cruz, diciendo:

Recibe este signo del amor de Cristo y de nuestra fe; predica a Cristo, y éste crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

El misionero responde:

Amén.

Recibe la cruz, la besa y vuelve a su lugar.

344. Según las circunstancias el celebrante pronuncia la fórmula de entrega de la cruz una sola vez para todos, diciendo en voz alta:

Recibid este signo del amor de Cristo y de nuestra fe; predicad a Cristo, y éste crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

O bien:

Recibid la cruz, signo del amor de Cristo y de la misión para la que os ha elegido la Iglesia.

Los misioneros responden todos a la vez:

Amén.

Y se acercan al celebrante para recibir la cruz.

Conclusión del rito

345. El celebrante concluye el rito. Después de la invitación *Inclinaos para recibir la bendición*, u otra semejante, vuelto hacia los misioneros y con las manos extendidas, dice:

Dios, que en Cristo ha manifestado su verdad y su amor, os haga mensajeros del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

R. Amén.

Jesús, el Señor, que prometió a su Iglesia que estaría con ella hasta el fin del mundo, dirija vuestros pasos y confirme vuestras palabras.

R. Amén.

El Espíritu del Señor esté sobre vosotros, para que, recorriendo los caminos del mundo, podáis anunciar el Evangelio a los pobres y sanar los corazones desgarrados.

R. Amén.

Finalmente el celebrante bendice al pueblo en general:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

346. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO DE LA BENDICIÓN UNIDA A LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

347. Cuando la bendición tiene lugar dentro de la celebración de la Misa, al elegir el formulario de la Misa hay que observar las normas siguientes:

- a) en las solemnidades y en los domingos de Adviento, Cuaresma y Pascua se dice la Misa del día;
- b) en los domingos del tiempo de Navidad, del tiempo ordinario, en las fiestas y en las memorias se dice o la Misa del día o bien la Misa Para la evangelización de los pueblos.

348. Si preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

349. En la Liturgia de la Palabra se procede en todo del modo acostumbrado, excepto lo siguiente:

- a) de conformidad con las rúbricas, las lecturas se toman o de la Misa del día o de la Misa *Por la evangelización de los pueblos*; (16)
- b) antes de la proclamación del Evangelio, es muy conveniente que los misioneros sean presentados a los fieles del modo que se indica a continuación:

350. Terminada la segunda lectura, el diácono pronuncia los nombres de los que han de partir, indicando, si se estima oportuno, el grado o la función que ejercen en el pueblo de Dios, así como la Iglesia a la que son enviados, por ejemplo:

Estos son los nombres de los que nuestra Iglesia de N, cumpliendo el mandato del Señor, envía a anunciar el Evangelio y acompaña con sus oraciones:

N. N, presbítero, a la Iglesia que está en N.

N. N, diácono, a la Iglesia que está en N.

N. N, religioso, (religiosa) del Instituto N, a la Iglesia que está en N.

N. N, laico, para el servicio de la Iglesia que está en N.

351. Si entre los misioneros que han de partir figuran religiosos o religiosas, entonces, en lugar del diácono, el superior o la superiora del Instituto notifica a los fieles sus nombres y cargos, así como el lugar al que son enviados, diciendo, por ejemplo:

De nuestro Instituto de N, impulsados por la caridad y la obediencia, parten para anunciar el Evangelio:

el hermano N, (por ejemplo, catequista), con destino N.

la hermana N, (por ejemplo, enfermera), con destino a N.

352. Cuando el diácono los llama, los misioneros responden con alguna expresión adecuada (por ejemplo: *Presente*), o con algún signo (por ejemplo, poniéndose de pie).

353. La lectura del Evangelio la hace uno de los diáconos o de los presbíteros que han de partir para las misiones. Mientras se canta el versículo antes del Evangelio, el celebrante pone incienso; luego, omitiendo la acostumbrada bendición del diácono, dice en voz alta al diácono y a todos los misioneros:

El Evangelio que se proclama en esta casa de Dios anunciadlo de palabra y de obra a los paganos, para que les sea revelado el misterio de Cristo y de la Iglesia.

U otras palabras adecuadas.

El diácono y los misioneros que han de partir responden:

Amén.

354. Leído el Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el significado del rito.

Oración de bendición

355. Después de la homilía todos se levantan. Los misioneros que han de partir se acercan al celebrante y se quedan de pie ante él de manera que los fieles pueden ver el rito. El celebrante, imponiendo conjuntamente las manos sobre ellos, dice:

Te bendecimos y alabamos, oh, Dios, porque, según el designio inefable de tu misericordia, enviaste a tu Hijo al mundo, para librar a los hombres, con la efusión de su Sangre, de la cautividad del pecado, y llenarlos de los dones del Espíritu Santo. Él, después de haber vencido a la muerte, antes de subir a ti, Padre, envió a los apóstoles como dispensadores de su amor y su poder, para que anunciaran al mundo entero el Evangelio de la vida y purificaran a los creyentes con el baño del bautismo salvador, te pedimos ahora, Señor, que dirijas tu mirada bondadosa sobre estos servidores tuyos que, fortalecidos por el signo de la cruz, enviamos como mensajeros de salvación y de paz. Con el poder de tu brazo, guía, Señor, sus pasos, fortalécelos con la fuerza de tu gracia, para que el cansancio no los venza. Que sus palabras sean un eco de las palabras de Cristo para que sus oyentes presten oído al Evangelio. Dígnate, Padre, infundir en sus corazones el Espíritu Santo para que, hechos todo para todos, atraigan a muchos hacia ti, que te alaben sin cesar en la santa Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Entrega de la cruz

356. El celebrante bendice las cruces, diciendo:

Señor, Padre santo, que hiciste de la cruz de tu Hijo fuente de toda bendición y origen de toda gracia, dígnate bendecir estas cruces y haz que quienes las lleven a la vista de los hombres se esfuercen por irse

transformando a imagen de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

357. Luego los misioneros se acercan uno a uno al celebrante, el cual les entrega la cruz, diciendo:

Recibe este signo del amor de Cristo y de nuestra fe; predica a Cristo, y éste crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

El misionero responde:

Amén.

Recibe la cruz, la besa y vuelve a su lugar.

358. Según las circunstancias el celebrante pronuncia la fórmula de entrega de la cruz una sola vez para todos, diciendo en voz alta:

Recibid este signo del amor de Cristo y de nuestra fe; predicad a Cristo, y éste crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

O bien:

Recibid la cruz, signo del amor de Cristo y de la misión para la que os ha elegido la Iglesia.

Los misioneros responden todos a la vez:

Amén.

Y se acercan al celebrante para recibir la cruz.

359. Mientras, se puede cantar la antífona:

R. Proclamad día a día su victoria.

Con el salmo 95 (96), u otro adecuado.

Salmo 95 (96)

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su Nombre,
proclamad día tras día su victoria. **R.**

Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones;
porque es grande el Señor,
y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses. **R.**

Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. **R.**

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
entrad en sus atrios trayéndole ofrendas. **R.**

Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda;
decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente.» **R.**

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque, **R.**

delante del Señor, que ya llega,

ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. **R.**

360. Sigue la plegaria común, en la cual se pide también por los misioneros que han de partir y por las iglesias a las que son enviados.

361. Mientras se ejecuta el canto de ofertorio, algunos de los misioneros que han de partir llevan oportunamente al altar el pan, el vino y el agua para la celebración de la Misa.

362. Si se estima oportuno, después que el celebrante ha dicho *La paz del Señor*, los misioneros se acercan uno tras otro al altar para recibir la paz del celebrante.

363. Después que el celebrante ha sumido el Cuerpo y la Sangre del Señor, los misioneros que han de partir, se acercan al altar para recibir la comunión bajo las dos especies.

Conclusión del rito

364. Si la Misa no tiene bendición solemne propia, puede emplearse la fórmula siguiente.

El celebrante dice:

El Señor esté con vosotros.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

Luego el diácono, según la oportunidad, invita al pueblo a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre los misioneros, los bendice, diciendo:

Dios, que en Cristo ha manifestado su verdad y su amor, os haga mensajeros del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

R. Amén.

Jesús, el Señor, que prometió a su Iglesia que estaría con ella hasta el fin del mundo, dirija vuestros pasos y confirme vuestras palabras.

R. Amén.

El Espíritu del Señor esté sobre vosotros, para que, recorriendo los caminos del mundo, podáis anunciar el Evangelio a los pobres y sanar los corazones desgarrados.

R. Amén.

Finalmente el celebrante bendice al pueblo en general:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

Capítulo IV.
**BENDICIONES RELATIVAS A LA CATEQUESIS Y A LA
ORACIÓN EN COMÚN**

**I. BENDICIÓN DE LAS PERSONAS DESTINADAS A
IMPARTIR LA CATEQUESIS**

365. El rito de bendición de las personas que en una Iglesia local son destinadas a impartir la catequesis puede realizarse o en una adecuada celebración de la Palabra o en la celebración de la Eucaristía, como se indica más adelante.

366. El rito que aquí se propone pueden usarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias del lugar.

**A. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA CELEBRACIÓN DE LA
PALABRA**

Ritos iniciales

367. Reunida la comunidad, conviene entonar un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

368. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, Padre misericordioso, que quiere que todos los hombres se salven,
esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

369. Luego el celebrante habla brevemente a los presentes para disponer su espíritu a la celebración y explicar el rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

La actividad pastoral de la Iglesia necesita de la colaboración del mayor número de cristianos, para que las comunidades y cada uno de los creyentes alcancen la maduración de su fe y la proclamen siempre mediante la celebración, el compromiso y el testimonio de su vida. Son los catequistas quienes prestan esta colaboración, cuando llevan a cabo la iniciación cristiana de otros y cuando los van instruyendo y formando integralmente como discípulos de Cristo. Los catequistas, iluminados por la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia, comunican a los catecúmenos lo que ellos antes aprendieron a vivir y a celebrar. Ahora, bendecimos al Señor por estos cooperadores nuestros e imploramos sobre ellos la gracia del Espíritu Santo, ya que la necesitan para este servicio eclesial.

Lectura de la Palabra de Dios

370. Luego, el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, seleccionado principalmente de entre los que se hallan en el Leccionario *Por la evangelización de los pueblos* (17), o *Por los ministros de la Iglesia*(18), o bien:

Rm 10, 9-15: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio!

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Romanos.

Si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justificación, y por la profesión de los labios, a la salvación. Dice la Escritura:

«Nadie que cree en él quedará defraudado.» Porque no hay distinción entre judío y griego, ya que uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan. Pues «todo el que invoca el Nombre del Señor se salvará». Ahora bien, ¿cómo van a invocarlo, si no creen en él?, ¿cómo van a creer, si no oyen hablar de él?; y ¿cómo van a oír sin alguien

que proclame?; y ¿cómo van a proclamar, si no los envían? Lo dice la Escritura: «¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio!»

Palabra de Dios.

371. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 95 (96), 1-2a. 2b-3. 7-8a. 10 (R.: 3)*

R. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. **R.**

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. **R.**

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor. **R.**

Decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente.» **R.**

372. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

373. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de los presentes.

Dios quiere que todos los hombres se salven. Invoquémoslo, pues, diciendo:

R. Atrae hacia ti a todos los hombres, Señor.

Haz que todo el mundo conozca que tú, Padre, eres el único Dios verdadero

-y que Jesucristo, tu Hijo, es tu enviado. **R.**

Manda obreros a tu mies,

-para que tu Nombre sea glorificado en todas las naciones. **R.**

Tú que enviaste a los discípulos a proclamar el Evangelio,

—ayúdanos a propagar la victoria de la Cruz de Cristo. **R.**

Haz que seamos dóciles a la predicación de los apóstoles

—y sumisos a la verdad de nuestra fe. **R.**

Tú que nos llamas hoy a tu servicio en favor de nuestros hermanos,

—haz que seamos ministros de tu verdad. **R.**

Guarda a los ministros de tu santa Iglesia,

—para que, al enseñar a los demás, seamos hallados fieles en tu servicio.

R.

Que la gracia del Espíritu Santo dirija nuestros corazones y nuestros labios,

-para que permanezcamos siempre en tu amor y en tu alabanza. **R.**

Oración de bendición

374. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Señor, con tu bendición ✠ paternal, robustece la decisión de estos servidores tuyos, que desean dedicarse a la catequesis; haz que lo que aprendan meditando tu Palabra y profundizando en la doctrina de la

Iglesia se esfuercen por comunicarlo a sus hermanos y así, junto con ellos, te sirvan con alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

375. El celebrante, vuelto hacia los catequistas, concluye el rito, diciendo:

Dios, que en Cristo ha manifestado su verdad y su amor, os haga testigos del Evangelio y de su amor en el mundo.

R. Amén.

Jesús, el Señor, que prometió a su Iglesia que estaría con ella hasta el fin del mundo, confirme vuestras obras y vuestras palabras.

R. Amén.

El Espíritu del Señor esté sobre vosotros, para que podáis ayudar a los ministros de su Palabra.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

376. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

B. RITO DE LA BENDICIÓN UNIDA A LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

377. De conformidad con las rúbricas, si se estima oportuno, puede emplearse la Misa *Por los laicos*, con las lecturas propuestas en el Leccionario (19).

378. Después de la lectura del Evangelio, el celebrante, basándose en el texto sagrado, debe exponer en la homilía el significado de la celebración, teniendo en cuenta las diversas circunstancias del lugar y de las personas.

379. Sigue la plegaria común, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta; esta oración, el celebrante la concluye con la fórmula de bendición, a no ser que se crea más oportuno emplear esta fórmula al final de la Misa, como una oración sobre el pueblo. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o del lugar.

Dios quiere que todos los hombres se salven. Invoquémoslo, pues, diciendo:

R. Atrae hacia ti a todos los hombres, Señor.

Haz que todo el mundo conozca que tú, Padre, eres el único Dios verdadero
—y que Jesucristo, tu Hijo, es tu enviado. **R.**

Manda obreros a tu mies,
—para que tu Nombre sea glorificado en todas las naciones. **R.**

Tú que enviaste a los discípulos a proclamar el Evangelio,
—ayúdanos a propagar la victoria de la Cruz de Cristo. **R.**

Haz que seamos dóciles a la predicación de los apóstoles
—y sumisos a la verdad de nuestra fe. **R.**

Tú que nos llamas hoy a tu servicio en favor de nuestros hermanos,
—haz que seamos ministros de tu verdad. **R.**

Guarda a los ministros de tu santa Iglesia,

—para que, al enseñar a los demás, seamos hallados fieles en tu servicio.
R.

Que la gracia del Espíritu Santo dirija nuestros corazones y nuestros labios,
—para que permanezcamos siempre en tu amor y en tu alabanza. **R.**

380. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración:

Señor, con tu bendición ☩ paternal, robustece la decisión de estos servidores tuyos, que desean dedicarse a la catequesis; haz que lo que aprendan meditando tu palabra y profundizando en la doctrina de la Iglesia, se esfuercen por comunicarlo a sus hermanos y así, junto con ellos, te sirvan con alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

381. Si se estima más oportuno, la oración de bendición puede emplearse al final de la celebración de la Misa, después de la invitación:

Inclinaos para recibir la bendición.

U otra parecida.

Después de la oración de bendición, el celebrante añadirá siempre:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ☩ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos responden:

Amén.

II. BENDICIÓN DE UN GRUPO REUNIDO PARA LA CATEQUESIS O LA ORACIÓN

382. Cuando los cristianos o los catecúmenos se reúnen en el Nombre de Cristo, en ese grupo, según la promesa del Señor, está presente el mismo Jesús Resucitado. Del mismo Jesús brota que los participantes en el grupo se sientan movidos a bendecir a Cristo y a invocarlo para obtener el auxilio de Dios Padre y alcanzar así la finalidad para la que se reunió el grupo. Esto acontece sobre todo entre los grupos que se reúnen para hacer la catequesis y la oración; pero también en otro tipo de asambleas es conveniente que se dé comienzo con la oración litúrgica y se reserve por lo menos algún espacio de tiempo para la plegaria. Por tal motivo, la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* (cf. núm. 27) encarece a los laicos, dondequiera que se reúnan en asambleas de cualquier signo (de oración, de apostolado, o por cualquier otro fin), que reciten el Oficio divino, celebrando alguna parte de la Liturgia de las Horas: «Es conveniente que aprendan, en primer lugar, que en la acción litúrgica adoran al Padre en espíritu y verdad (cf. Jn 4, 23)», no olvidando que el «culto público y la oración que celebran atañe a todos los hombres y puede contribuir en considerable medida a la salvación del mundo entero». Si esto no fuese posible, es aconsejable, atendidas las circunstancias, iniciar la reunión invocando al Espíritu Santo e implorando la bendición del Señor con el himno *Ven, Espíritu divino*, o la antífona *Ven, Espíritu divino*, u otro canto apropiado. A continuación, tras una breve lectura bíblica debidamente seleccionada, se concluirá la plegaria con una de las oraciones colectas del Misal romano, tomadas principalmente de las Misas del Espíritu Santo, o de una de las Misas de la semana VII del tiempo pascual, o de la Misa *En una reunión espiritual o pastoral*.

383. Al final de la reunión, puede tenerse una «celebración de bendición» con la fórmula de bendición que pronuncia el que preside el grupo, como a continuación se indica.

384. La oración de bendición se omite cuando estas reuniones van seguidas de la celebración eucarística.

385. El rito que aquí se propone pueden emplearlo el presbítero, el diácono, o también, con los ritos para él previstos, el laico; todos ellos, respetando la estructura del rito, adaptarán la celebración a las circunstancias del lugar.

RITO DE LA BENDICIÓN

386. El que preside dispone a los presentes para recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

En la reunión que ahora terminamos, nos ha hablado Jesús, el Señor. Nos sentimos en el deber de darle gracias porque ha querido revelarnos el misterio escondido desde el principio de los siglos en Dios. Lo que ahora importa es que vivamos de acuerdo con la Palabra que hemos escuchado. Antes, pues, de separarnos, elevemos nuestro corazón a Dios

para que, por su Espíritu Santo, nos guíe hasta la verdad plena y nos dé fuerza para hacer siempre lo que le agrada.

Preces

387. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el que preside puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento. Las palabras que nos ha dicho el Señor son espíritu y vida; pidamos que estas palabras de vida eterna encuentren en nosotros unos oyentes que no se limitan a escucharlas, sino que las ponen en práctica. Digámosle:

R. Habla, Señor; tú tienes palabras de vida eterna.

Cristo, Hijo de Dios, que viniste al mundo para proclamar el amor del Padre a los hombres,
—auméntanos la fe, para que recibamos tus palabras como un signo de su bondad paternal. **R.**

Cristo, en quien el Padre halló sus complacencias, y nos mandó escucharte con fe,
—enséñanos a profundizar en tu Palabra y a saborear íntimamente su dulzura. **R.**

Cristo, que proclamaste dichoso al que escucha la Palabra de Dios y la cumple,
—haz que nosotros, como María, guardemos tus palabras y las meditemos asiduamente en nuestro corazón. **R.**

Cristo, que con tu Palabra iluminas nuestra mente y das inteligencia a los ignorantes,
—haz que, escuchándote con un corazón sencillo, lleguemos a conocer los misterios del Reino de los cielos. **R.**

Cristo, que continuamente dejas oír tu Palabra en la Iglesia, para que a todos los hombres, al oírla, los ilumine una sola fe y los una la misma caridad,

—haz que amemos y cumplamos cada vez más tu Palabra, para que todos los cristianos, gracias a ella, tengamos un mismo pensar y un mismo sentir. **R.**

Cristo, que con tu Palabra eres lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero,
—haz que, oyéndote, corramos con el corazón ensanchado por el camino de tus mandatos. **R.**

Cristo, que pronunciaste tu Palabra para que siga su avance glorioso para salvación de los hombres,
—llénanos de esta Palabra hasta tal punto que nos presentemos ante el mundo como mensajeros y testigos del Evangelio. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

388. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el ministro, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando el auxilio divino:

Oremos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que guíe nuestros pasos por la senda de sus mandatos. Y, según la oportunidad, todos oran un rato en silencio. Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

389. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Te damos gracias, Señor, y te bendecimos, porque en distintas ocasiones y de muchas maneras hablaste antiguamente a nuestros padres por los profetas, pero ahora, en esta etapa final, nos has hablado por tu Hijo, para mostrar a todos en él la inmensa riqueza de tu gracia; imploramos tu benignidad, para que quienes nos hemos reunido para estudiar las Escrituras, consigamos un conocimiento perfecto de tu voluntad y, agradándote en todo, fructifiquemos en toda clase de obras buenas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

390. El ministro concluye el rito, diciendo:

Dios, Padre misericordioso, que envió su Palabra al mundo y, por medio del Espíritu Santo, nos guía hasta la verdad plena, nos haga heraldos del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

R. Amén.

391. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo V. BENDICIÓN PARA DIVERSOS MINISTERIOS ECLESIAÍSTICOS

392. Este rito va destinado a aquellas personas que, sin haber recibido la institución de lectores, cumplen la función de proclamar habitualmente las lecturas bíblicas en la celebración de la Eucaristía y en las demás celebraciones litúrgicas.

393. El rito que aquí se describe pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias de las personas y del lugar.

394. Si se estima oportuno efectuar esta bendición dentro de la Misa, se hace después de la homilía, siguiendo el rito descrito a partir de la presentación de quienes van a ser bendecidos como lectores, suprimiendo la celebración de la Palabra de Dios, pues ya ha tenido lugar anteriormente.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

395. Reunida la comunidad, se entona, según las circunstancias, un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén

396. Luego el celebrante saluda a los presentes, empleando alguna de las fórmulas que propone el Misal Romano.

397. El celebrante dispone a los que han sido presentados a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos y hermanas (jóvenes), que vais a desempeñar en la comunidad cristiana el servicio de leer la Palabra divina en las celebraciones litúrgicas. Vuestra misión, que os hace como el último eslabón entre el Dios que se ha revelado en las Sagradas Escrituras y el

hombre a quien éstas están destinadas, contribuirá a que los fieles crezcan en la fe, alimentados por la Palabra de Dios. Cuando proclaméis la Palabra, sed vosotros mismos dóciles oyentes de ella, conservándola en vuestros corazones y llevándola a la práctica guiados por el Espíritu Santo.

Lectura de la Palabra de Dios

398. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Hch 8, 26-40: Tomando pie de este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Hechos de los apóstoles.

El ángel del Señor le dijo a Felipe:

—«Ponte en camino hacia el Sur, por la carretera de Jerusalén a Gaza, que cruza el desierto.»

Se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido en peregrinación a Jerusalén. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo el profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe:

—«Acércate y pégate a la carroza.»

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

—«¿Entiendes lo que estás leyendo?»

Contestó:

—«¿Y cómo voy a entenderlo, si nadie me guía?»

Invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era éste: «Como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia se lo llevaron, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de los vivos.»

El eunuco le preguntó a Felipe:

—«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta? ¿de él mismo o de otro?»

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús. En el viaje llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

—«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?»
Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, y Felipe lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su viaje lleno de alegría. Felipe fue a parar a Azoto y fue evangelizando los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Palabra de Dios.

399. Pueden también leerse: *I Co 12, 4-11; 2 Tm 3, 14-17; 2 Tm 4, 1-5; 1.,: 4, 16-22a; Lc 24, 44-48.*

400. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 18B (19B), 8. 9. 10. 12 (R.: Jn 6, 63c)*

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. **R.**

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. **R.**

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. **R.**

Aunque tu siervo vigila
para guardarlos con cuidado. **R.**

401. **O bien:**

Sal 15 (16), 1-2 y 5. 7-8. 11

R. (cf. 5) Tú, Señor, eres el lote de mi heredad.

Sal 97 (98), 1. 2-3ab. 3c-4. 5-6

R. (2b) El Señor revela a las naciones su justicia.

Sal 118 (119), 9. 10. 11. 12. 13. ¡4

R. (12b) Enséñame, Señor, tus caminos.

402. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica e invitando a los candidatos a ser diligentes servidores de la Palabra de Dios en el ministerio que se les confía.

Preces

403. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición, puede hacerse la plegaria común, en la cual se pueden añadir las siguientes peticiones:

Por estos nuevos miembros del grupo de lectores, para que proclamen con eficacia la Palabra de Dios, contribuyendo a educar en la fe a los niños y a los adultos, roguemos al Señor.

Por nuestra comunidad, que ha de encontrar una valiosa ayuda en la misión confiada a los lectores, para que crezca en la fe y en el testimonio de todos sus miembros, roguemos al Señor.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

404. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el celebrante invita a todos a orar, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

405. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Oh, Dios, que en distintas ocasiones y de muchas maneras has hablado a los hombres, para darles a conocer el misterio de tu voluntad, bendice ✠ a estos hermanos nuestros, para que, cumpliendo fielmente el oficio de lectores, anuncien la Palabra de Dios a los demás, meditándola primero en su corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

406. Mientras se entona un canto adecuado, el celebrante entrega a cada uno el Leccionario. (Adviértase que lo que se le entrega es el Leccionario y no el Evangeliario, propio del rito de la ordenación de diáconos y obispos; a estos últimos el Evangeliario se les coloca sobre la cabeza).

Conclusión del rito

407. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

Dios, Padre misericordioso, que envió su Palabra al mundo y, por medio del Espíritu Santo, nos guía hasta la verdad plena, nos haga heraldos del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

Todos:

Amén.

408. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. BENDICIÓN DE ACÓLITOS

409. Este rito va destinado a aquellas personas que, sin haber recibido la institución de acólitos, cumplen habitualmente el oficio de ayudar en la celebración de la Eucaristía y en las demás celebraciones litúrgicas.

410. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias de las personas y del lugar.

411. Si se estima oportuno efectuar esta bendición dentro de la Misa, se hace después de la homilía, siguiendo el rito descrito a partir de la presentación de los candidatos, suprimiendo la celebración de la Palabra de Dios, pues ya ha tenido lugar anteriormente.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

412. Reunida la comunidad, se entona, según las circunstancias, un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

413. Luego el celebrante saluda a los presentes, empleando alguna de las fórmulas que propone el Misal romano.

414. El celebrante dispone a los que han sido presentados a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos niños (jóvenes): Desde el día de vuestro bautismo sois hijos de Dios y formáis parte de la Iglesia, que es «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios». Cada día de vuestra vida que transcurre en la fidelidad al Señor es una ofrenda agradable a sus ojos. Ahora, animados por vuestros padres y por la comunidad cristiana, queréis servir al Señor con una dedicación mayor, ayudando al sacerdote en el altar. La Iglesia os acoge con este propósito.

Lectura de la Palabra de Dios

415. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Nm 3, 5-9: Pon la tribu de Leví al servicio del sacerdote Aarón

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Números.

El Señor dijo a Moisés:

—«Haz que se acerque la tribu de Leví y ponla al servicio del sacerdote Aarón. Harán la guardia tuya y de toda la asamblea delante de la tienda del encuentro y desempeñarán las tareas del santuario. Guardarán todo el ajuar de la tienda del encuentro y harán la guardia en lugar de los israelitas y desempeñarán las tareas del santuario. Aparta a los levitas de los demás israelitas y dáselos a Aarón y a sus hijos como donados.»

Palabra de Dios.

416. Pueden también leerse: Gn 14, 18-20; Pr 9, 1-6; Hch 4, 32-35; I Co 12, 31 — 13, 13; I Jn 3, 14-18; I Jn 4, 7-16; Mt 5, 1-12a; Mt 25, 31-40; Jn 15, 12-16.

417. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 10-11. 12-13 (R.: 9a)*

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R.**

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. **R.**

Venid, hijos, escuchadme:
os instruiré en el temor del Señor;
¿hay alguien que ame la vida
y desee días de prosperidad? **R.**

418. O bien:

Sal 111 (112), 1-2. 3-4. 5-7a. 7b-8. 9

R. (la) Dichoso quien teme al Señor.

Sal 144 (145), 10-11. 15-16. 17-18

R. (cf. 16) Abres tú la mano, Señor, y nos sacias.

419. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica e invitando a los candidatos a servir al Señor y a los hermanos en el grupo litúrgico de los ayudantes.

Preces

420. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común, en la cual se pueden añadir las siguientes peticiones:

Por estos niños (jóvenes) que ingresan en el grupo litúrgico de los ayudantes del altar, para que crezcan en la fe y en la alegría por medio del servicio que van a realizar, roguemos al Señor.

Por nuestra comunidad, que es llamada continuamente a renovar su vida de adhesión a Cristo, para que se vea enriquecida por todos los dones y servicios que el Espíritu Santo suscita entre los fieles, roguemos al Señor.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

421. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el celebrante invita a todos a orar, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

422. El celebrante, añade:

Oh, Dios, que has enviado al mundo a Jesucristo, tu Hijo, para salvar a los hombres, bendice ✠ a estos hijos tuyos que hoy se presentan ante ti, para que los hagas dignos de servir en el altar, y contribuyan, con su bondad y alegría, a revelar la grandeza del misterio pascual de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

423. Mientras se entona un canto adecuado, el celebrante entrega a cada uno de los niños o jóvenes la túnica o el alba.

424. Si la bendición se hace dentro de la Misa, en el momento de la presentación de los dones los nuevos ayudantes, según las circunstancias, pueden llevar al altar el pan, el vino y el agua, así como algunos de los signos de su servicio, como incienso, cirios, etc. Asimismo, los nuevos colaboradores pueden recoger las ofrendas de los fieles con destino a los pobres y llevarlas también al altar

Conclusión del rito

425. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la Palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

Todos:

Amén.

426. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. BENDICIÓN DE MINISTROS DE LA CARIDAD

427. Este rito va destinado a aquellas personas que, por vocación y dedicación especial, se ocupan en las comunidades cristianas de la acción caritativa y social en pro de los necesitados.

428. El rito que aquí se describe pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias de las personas y del lugar.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

429. Reunida la comunidad, se entona, según las circunstancias, un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

430. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

El Señor, que pasó haciendo el bien, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

431. Un diácono, o el responsable de Cáritas o de los servicios asistenciales y sociales de la comunidad, presenta al celebrante a los candidatos designados para el ministerio de la caridad, diciendo:

Reverendo padre: Estos hombres y mujeres (jóvenes), que hoy se presentan ante la comunidad cristiana de N., desean consagrarse con mayor empeño al ministerio de la caridad, en nombre de la Iglesia. Ellos están convencidos de que la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo es el mandamiento nuevo del amor. Por eso pido que los cuentes entre los servidores de los hermanos más necesitados de nuestra comunidad, invocando sobre ellos la bendición divina.

432. El celebrante dispone a los que han sido presentados a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos y hermanas (jóvenes): El vuestro es un servicio que nos corresponde realizar a todos los discípulos de Jesucristo, que hemos de descubrir la presencia del Señor en toda persona que sufre injusticia o está necesitada de cualquier tipo de ayuda. El mismo Cristo nos dio ejemplo de lo amplia y generosa que ha de ser nuestra caridad. Pero, al incorporaros al grupo de los servidores de la caridad en nuestra comunidad de N., asumís este compromiso con una exigencia mayor. Vosotros vais a prestar una valiosísima colaboración a la misión caritativa y social de la Iglesia y, en consecuencia, vais a trabajar en su nombre, abriendo a todos los hombres los caminos del amor cristiano y de la fraternidad universal. Cuando realicéis vuestra tarea, procurad actuar siempre movidos por el Espíritu del Señor, es decir, por un verdadero amor de caridad sobrenatural. De este modo seréis reconocidos como auténticos discípulos de Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

433. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Is 58, 1ab. 5-11: Parte tu pan con el hambriento

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías.

Grita a plena voz, sin cesar, alza la voz como una trompeta. ¿Es ése el ayuno que el Señor desea, para el día en que el hombre se mortifica?, mover la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza, ¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor? El ayuno que yo quiero es éste: Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: «Aquí estoy.» Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía. El Señor te dará reposo permanente, en el desierto saciará tu hambre, hará fuertes tus huesos, serás un huerto bien regado, un manantial de aguas cuya vena nunca engaña.

Palabra de Dios.

434. Pueden también leerse: *Tb 12, 6-13; Mt 25, 31-46; Mc 14, 12-16. 22-26; Lc 9, 11b-17; Jn 13, 12-17.*

435. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 23 (24), 1-2. 3-4ab. 5-6 (R.: cf. 6)*

R. Éste es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. **R.**

¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?
El hombre de manos inocentes
y puro corazón. **R.**

Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob. **R.**

436. O bien:

Sal 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 10-11. 12-13

R. (9a) Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Sal 41 (42), 3. 5bcd; 42 (43), 3. 4

R. (41, 2) Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

437. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica e invitando a los candidatos a ser diligentes servidores de Cristo en los hermanos.

Preces

438. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común, en la cual se pueden añadir las siguientes peticiones:

Por estos hombres y mujeres (jóvenes) de nuestra comunidad, que han aceptado dedicarse con mayor entrega al ministerio de la caridad, para

que se dediquen a su tarea en un continuo servicio de amor cristiano, roguemos al Señor.

Por nuestra comunidad de **N.**, que podrá realizar su misión evangelizadora y caritativa entre los pobres y los marginados con la ayuda de estos nuevos colaboradores, para que sea fiel reflejo de la misericordia de Dios entre los hombres, roguemos al Señor.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

439. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar:

Oremos, queridos hermanos, a Dios, que es amor, para que se digne inflamarnos con el fuego de su Espíritu y hacernos fervorosos en el amor recíproco, como Cristo nos ha amado.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

440. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Oh, Dios, que derramas en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, el don de la caridad, bendice ✠ a estos hermanos nuestros, para que, practicando las obras de caridad y de la justicia social, contribuyan a hacer presente a tu Iglesia en el mundo, como un sacramento de unidad y de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

441. Después de la oración de bendición, según las circunstancias, se canta la antífona:

La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os améis unos a otros.

V. Dijo Jesús a sus discípulos.—La señal.

442. O bien, la siguiente: (*Ubi caritas*):

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Nos congregó y unió el amor de Cristo.
Regocijémonos y alegrémonos en él.
Temamos y amemos al Dios vivo,
y amémonos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Pues estamos en un cuerpo congregados,
cuidemos no se divida nuestro afecto.
Cesen las contiendas malignas, cesen los litigios,
y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Veamos juntamente con los santos
tu glorioso rostro, ¡oh, Cristo Dios!
Éste será gozo inmenso y puro,
por los siglos de los siglos infinitos. Así sea.

U otro canto adecuado.

Capítulo VI. **BENDICIÓN DE LAS ASOCIACIONES DE AYUDA EN LAS NECESIDADES PÚBLICAS**

443. La Iglesia, fiel al Evangelio, fomenta y afianza con su actuación cuanto de bueno existe en la comunidad humana. Aunque es tarea común de todo el pueblo de Dios aliviar las desgracias e infortunios en las necesidades públicas, son muy dignas de encomio aquellas asociaciones que, aunando sus esfuerzos, pueden prestar una ayuda más eficaz y procuran atraer a otros socios con el fin de prestar así en un momento de agobio una ayuda más eficaz.

444. Con el nombre de asociaciones de ayuda en las necesidades públicas se entiende aquí aquel tipo de asociaciones que tienen por objeto trasladar a los enfermos a centros médicos y hospitalarios, extinguir incendios, contener inundaciones, etc., aunque estas asociaciones formen parte de algún organismo establecido en la sociedad civil por la autoridad pública.

445. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono. Estos, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias de la asociación y del lugar.

Ritos iniciales

446. Reunidos los miembros de la asociación, se entona, según la oportunidad, un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

447. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

El Señor, que pasó haciendo el bien, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

448. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Dios, que es amor, queriendo hacer a los hombres partícipes de su amor, envió su Hijo al mundo para auxiliarlos y ayudar amorosamente a los afectados por la enfermedad, la invalidez o la adversidad; y Cristo mostró un amor tan grande a sus hermanos que consideró como hecho a sí mismo todo lo que se hiciera con ellos, llamó benditas de su Padre a las personas compasivas y les prometió la vida eterna.

Imploremos, pues, una abundante bendición del Señor sobre los miembros de esta asociación, que quieren dedicarse a ayudar a los hermanos.

Lectura de la Palabra de Dios

449. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura. Se elegirá la lectura que parezca más directamente relacionada con los fines de aquella asociación.

Mt 25, 31-46: Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha:

"Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme."

Entonces los justos le contestarán:

"Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?" Y el rey les dirá:

"Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis."

Y entonces dirá a los de su izquierda:

"Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestísteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis."

Entonces también éstos contestarán:

"Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?"

Y él replicará:

"Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo."

Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.»

Palabra del Señor.

450. O bien:

Is 58, 1ab. 5-11: Parte tu pan con el hambriento

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías.

Grita a plena voz, sin cesar, alza la voz como una trompeta.

¿Es ése el ayuno que el Señor desea, para el día en que el hombre se mortifica?, mover la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza, ¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor? El ayuno que yo quiero es éste: Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como

la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: «Aquí estoy.» Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía. El Señor te dará reposo permanente, en el desierto saciará tu hambre, hará fuertes tus huesos, serás un huerto bien regado, un manantial de aguas cuya vena nunca engaña.

Palabra de Dios.

451. Pueden también leerse: *Tb 12, 6-13; Si 3, 33—4, 11; Si 7, 36-39; Mc 2, 1-12; Lc 10, 25-37; Jn 13, 12-17.*

452. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial. *Sal 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 10-11. 12-13 (R.: 9a)*

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R.**

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. **R.**

Venid, hijos, escuchadme:
os instruiré en el temor del Señor;
¿hay alguien que ame la vida
y desee días de prosperidad? **R.**

453. O bien:

Sal 102 (103), 1-2. 3-4. 11-12. 13-14. 17-18

R. (8) El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

454. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

455. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los socios o del momento.

Cristo, el Señor, aguantando nuestros sufrimientos y aguantando nuestros dolores, pasó haciendo el bien, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Cimentados en su amor, invoquémoslo diciendo:

R. Enséñanos, Señor, a servir a los hermanos.

Tú que te hiciste pobre por nosotros y viniste, no para que te sirvieran, sino para servir,
—concédenos amar a los hermanos y ayudarlos en sus necesidades. **R.**

Tú que con tu obra redentora hiciste un mundo nuevo en el que los hombres se sintieran solidarios unos de otros y se amaran entre sí,
—ayúdanos a trabajar con denuedo por la instauración de un modo de vivir auténticamente evangélico. **R.**

Tú que quieres que todos los hombres se beneficien de tus bienes,
—haz que surjan en tu pueblo personas generosas que, impulsadas por la caridad, se dediquen de buen grado a la asistencia de los pobres y necesitados. **R.**

Tú que quisiste que María, tu madre, fuera también madre nuestra,
—otórganos su protección para que sintamos continuamente su ayuda desde el cielo. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

456. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Oremos, queridos hermanos, a Dios, que es amor, para que nos inflame con el fuego de su Espíritu y nos haga fervorosos en el amor recíproco, como Cristo nos ha amado.

Y, según la oportunidad, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

457. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Bendito seas, Señor, Dios de misericordia, que en tu Hijo nos has dado un admirable ejemplo de caridad y por él nos has recomendado vivamente el mandato del amor; dignate colmar de tus bendiciones ✠ a estos servidores tuyos, que quieren dedicarse generosamente a la ayuda de los hermanos; haz que, en las necesidades urgentes, te sirvan

fielmente con una entrega total en la persona del prójimo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

458. Después de la oración de bendición, según las circunstancias, se canta la antífona:

La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os améis unos a otros.

V. Dijo Jesús a sus discípulos.—La señal.

459. O bien la siguiente (*Ubi caritas*):

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Nos congregó y unió el amor de Cristo.
Regocijémonos y alegrémonos en él.

Temamos y amemos al Dios vivo,
y amémonos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Pues estamos en un cuerpo congregados,
cuidemos no se divida nuestro afecto.

Cesen las contiendas malignas, cesen los litigios,
y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Veamos juntamente con los santos,
tu glorioso rostro, ¡oh, Cristo Dios!

Éste será gozo inmenso y puro,

por los siglos de los siglos infinitos. Así sea.

U otro canto adecuado.

Capítulo VII. BENDICIÓN DE LOS PEREGRINOS

460. Las peregrinaciones a los lugares sagrados, a los sepulcros de los santos y a los santuarios, ya se hagan en la forma tradicional o de un modo nuevo, han de ser tenidas en gran estima en la vida pastoral, ya que estimulan a los fieles a la conversión, alimentan su vida cristiana y promueven la actividad apostólica.

461. Conviene explicar e incluso preparar debidamente lo que es propio de la peregrinación cristiana, es decir, su naturaleza espiritual, para que los peregrinos sean de verdad «heraldos de Cristo» (20) y reciban con abundancia los frutos de la peregrinación.

462. Para conseguir esto más fácilmente, muchas veces será provechoso, con ocasión del comienzo o del final de la peregrinación, organizar una adecuada celebración en la que se imparta a los peregrinos una bendición especial.

463. Si se prefiere empezar o clausurar la peregrinación con la celebración de la Misa o de la Liturgia de las Horas o de otra acción litúrgica puede concluirse todo con la bendición especial de los peregrinos, según los ritos indicados más adelante.

464. Los ritos que aquí se proponen pueden utilizarlos el sacerdote o el diácono. Éstos, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán las celebraciones a las circunstancias de la peregrinación y del lugar.

I. RITO DE LA BENDICIÓN DE LOS PEREGRINOS AL EMPRENDER EL CAMINO

Ritos iniciales

465. Reunida la comunidad de peregrinos, según las circunstancias, se canta el salmo 121 (122) u otro canto adecuado. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

466. Luego saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que es nuestra salvación y nuestro consuelo, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

467. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: A punto de emprender esta santa peregrinación, conviene recordar cuál ha sido nuestra intención al concebir este santo propósito. Los lugares que deseamos visitar atestiguan la devoción del pueblo de Dios, que acude allí en gran número para volver fortalecidos en su voluntad de vivir cristianamente y de practicar con alegría la caridad. Pero también nosotros, los peregrinos, debemos aportar algo a los fieles que viven allí, a saber, el ejemplo de nuestra fe, esperanza y caridad, para que todos, los que allí viven y nosotros, nos edifiquemos mutuamente.

Lectura de la Palabra de Dios

468. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

2 Co 5, 6 b-10: Estamos desterrados lejos del Señor

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

Mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados lejos del Señor. Caminamos sin verlo, guiados por la fe. Y es tal nuestra confianza, que preferimos desterrarnos del cuerpo y vivir junto al Señor.

Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradecerle. Porque todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho mientras teníamos este cuerpo.

Palabra de Dios.

469. Pueden también leerse: *Is 2, 2-5; Le 2, 41-51; Lc 24, 13-35; Hb 10, 19-25; 1P 2, 4-12.*

470. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 23 (24), 1-2. 3-4ab. 5-6 (R.: cf. 6)*

R. Éste es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. **R.**

¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?
El hombre de manos inocentes
y puro corazón,
que no confía en los ídolos. **R.**

Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob. **R.**

471. **O bien:**

Sal 26 (27), 1. 4. 13-14

R. (cf. 4) Una cosa pido al Señor: habitar en la casa del Señor.

472. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

473. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los peregrinos o del lugar.

Llenos de confianza, invoquemos a Dios, principio y fin de nuestra peregrinación humana, diciendo:

R. Acompáñanos, Señor, en nuestro camino.

Padre santo, que antiguamente fuiste guía y camino para el pueblo que peregrinaba en el desierto,
—protégenos ahora que vamos a emprender este camino y haz que, superado todo peligro, regresemos felizmente a nuestro hogar. **R.**

Tú que nos diste a tu Hijo único como el camino para llegar a ti,
—haz que lo sigamos con fidelidad y perseverancia. **R.**

Tú que nos diste a María siempre Virgen como modelo y ejemplo del seguimiento de Cristo,
—haz que, teniéndola ante nuestra mirada, andemos siempre en una vida nueva. **R.**

Tú que, por el Espíritu Santo, guías hacia ti a la Iglesia que peregrina en este mundo,
—haz que, buscándote a ti por encima de todo, corramos por el camino de tus mandatos. **R.**

Tú que nos llamas hacia ti por senderos de justicia y de paz,
—haz que un día podamos contemplarte en la patria eterna. **R.**

Oración de bendición

474. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Dios todopoderoso, que otorgas tu misericordia a los que te aman y en ningún lugar estás lejos de los que te buscan, asiste a tus servidores que emprenden esta piadosa peregrinación y dirige su camino según tu voluntad; que de día los cubra tu sombra protectora y de noche los alumbre la luz de tu gracia, para que, acompañados por ti, puedan llegar felizmente al lugar de su destino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

475. El celebrante concluye el rito, diciendo:

El Señor dirija nuestro camino y lo haga próspero y saludable.

R. Amén.

El Señor nos asista y se digne ser nuestro acompañante.

R. Amén.

Que el camino que ahora confiadamente emprendemos lo terminemos felizmente con la ayuda de Dios.

R. Amén.

476. Según las circunstancias, se entona un canto adecuado.

II. BENDICIÓN DE LOS PEREGRINOS ANTES O DESPUÉS DE SU REGRESO

477. Reunida la comunidad de peregrinos, se entona, según las circunstancias, algún canto adecuado, por ejemplo: *Urbs Ierusalem beata*, u otro que se adapte al lugar y a las circunstancias. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

478. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que es nuestra esperanza y nuestro consuelo, os llene de paz y de gozo en el Espíritu Santo.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Amén.

O bien:

A él la gloria por los siglos de los siglos.

O de otro modo adecuado.

479. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Esta peregrinación ha sido un tiempo de gracia que Dios nos ha concedido. Al visitar con fe estos santos lugares, sentimos un impulso de renovación espiritual. Los santuarios que hemos visitado son un signo de aquella Casa de Dios no hecha por mano de hombre, es decir, el Cuerpo de Cristo, del cual nosotros somos piedras vivas y elegidas, edificados sobre él, que es la Piedra angular. Ahora, al volver a casa, hemos de esforzarnos en vivir nuestra vocación cristiana, por la cual somos realmente una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada y un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa.

Lectura de la Palabra de Dios

480. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

1 Cro 29, 9-18: Ante ti somos emigrantes y extranjeros

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del primer libro de las Crónicas:

El pueblo, lleno de generosidad, se alegraba de ofrecer algo al Señor, y también David sentía gran alegría. Entonces bendijo al Señor en presencia de toda la comunidad y dijo:

«Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra, tú eres rey y soberano de todo. De ti viene la riqueza y la gloria, tú eres Señor del universo, en tu mano están el poder y la fuerza, tú engrandeces y confortas a todos. Por eso, Dios nuestro, nosotros te damos gracias, alabando tu nombre glorioso. Ni yo ni mi pueblo somos nadie para ofrecerte todo esto, porque es tuyo, y te ofrecemos lo que tu mano nos ha dado. Ante ti somos emigrantes y extranjeros, igual que nuestros padres. Nuestra vida terrena no es más que una sombra sin esperanza. Señor, Dios nuestro, todo lo que hemos preparado para construir un templo a tu santo Nombre viene de tus manos y a ti te pertenece. Sí, Dios mío, que sondeas el corazón y amas la sinceridad. Con sincero corazón te ofrezco todo esto, y veo con alegría a tu pueblo aquí reunido ofreciéndote sus dones. Señor, Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac e Israel, conserva siempre en tu pueblo esta forma de pensar y de sentir, mantén sus corazones fieles a ti.»

Palabra de Dios.

481. Pueden también leerse: *Lc 24, 28-35; Jn 5, 1-15; Jn 9, 1-38; Hcb 8, 26-35; Hb 13, 12-21.*

482. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 121 (122), 1-2. 4-5. 6-7. 8-9 (R.: cf. 1)*

R. Vamos alegres a la casa del Señor.

¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. **R.**

Allá suben las tribus,
las tribus del Señor,
según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. **R.**

Desead la paz a Jerusalén:
«Vivan seguros los que te aman,
haya paz dentro de tus muros,
seguridad en tus palacios.» **R.**

Por mis hermanos y compañeros,
voy a decir: «La paz contigo.»
Por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo todo bien. **R.**

483. O bien:

Sal 83 (84), 3. 4. 5-6. 7-8

R. (2) ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!

484. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

485. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los peregrinos o del lugar.

Invoquemos al Señor de cielo y tierra, que ha querido que la plenitud de la Divinidad habitara en la naturaleza humana de Cristo, y digámosle:

R. Vuelve los ojos desde tu santa morada, Señor, y bendice a tu pueblo.

Padre santo, que quisiste que en el éxodo pascual fuera prefigurado místicamente el camino de salvación que ha de recorrer tu pueblo,
—haz que al cumplir nuestra peregrinación nos adhiramos a ti con ánimo fuerte y voluntad plena. **R.**

Tú que has puesto a tu Iglesia en el mundo como un santuario desde donde brilla la luz verdadera,
—haz que hacia ella confluyan de todas partes pueblos numerosos y marchen por tus senderos. **R.**

Tú que nos has revelado que aquí no tenemos ciudad permanente,
—haz que andemos con fe en busca de la futura. **R.**

Tú que nos enseñas que en los caminos de la vida hay que discernir los signos de tu presencia,
—haz que también nosotros tengamos a tu Hijo por compañero de camino y de mesa en la fracción del pan. **R.**

Oración de bendición

486. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Bendito seas, Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que de entre todas las naciones te elegiste un pueblo consagrado a ti, dedicado a las buenas obras; tú que has tocado con tu gracia el corazón de estos hermanos para que se unan a ti con más fe y te sirvan con mayor

generosidad, dignate colmarlos de tus bendiciones, para que, al regresar a su casa con alegría, proclamen de palabra tus maravillas y las manifiesten ante todos con sus obras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

487. El celebrante concluye el rito, diciendo:

El Señor de cielo y tierra, que ha estado con vosotros en esta peregrinación, os guarde siempre.

R. Amén.

Dios, que en Cristo Jesús ha reunido a sus hijos dispersos, os conceda que tengáis en él un mismo pensar y un mismo sentir.

R. Amén.

Dios, que activa en vosotros el querer y la actividad para realizar su designio de amor, os bendiga y reafirme vuestra devoción.

R. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

488. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo VIII. BENDICIÓN DE LOS QUE VAN A EMPRENDER UN VIAJE

489. Existe la venerable costumbre, recordada varias veces en la misma Escritura, según la cual los que van a emprender un viaje imploran la ayuda del Señor. El presente rito de bendición ofrece un modelo de oración encaminado a conservar esta piadosa costumbre. Este rito puede utilizarse asimismo en el caso de los emigrantes que marchan de su patria u hogar, aunque sólo sea temporalmente, por motivos de trabajo, o se dirigen a otro lugar de estancia, por ejemplo, con ocasión de las vacaciones.

490. El ministro de esta bendición puede ser el sacerdote, el diácono, o también el laico; todos ellos, respetando la estructura del rito y sus principales elementos, adaptarán la celebración a las circunstancias de los que han de viajar y del lugar.

491. Si sólo se ha de bendecir a una persona o a un pequeño grupo, puede emplearse el rito breve que se halla al final de esta bendición, en los núms. 508-511.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

492. Reunida la comunidad, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

493. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

El Señor, que nos visitará como el sol que nace de lo alto, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

494. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

El Señor vuelva su rostro hacia nosotros y guíe nuestros pasos por el camino de la paz.

Todos responden:

Amén.

495. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Encomendemos al Señor a estos hermanos nuestros que están a punto de partir, para que les conceda un buen viaje y para que ellos, por los caminos de este mundo, alaben a Dios por sus criaturas, experimenten su bondad en la hospitalidad de sus hermanos, pongan de manifiesto ante los hombres la buena nueva de la salvación, se muestren afables con todos; para que sean atentos con los afligidos y necesitados que se crucen en su camino, sepan consolarlos y se esfuercen por ayudarlos.

Lectura de la Palabra de Dios

496. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro que preside, lee un texto de la sagrada Escritura.

Lc 3, 3-6: Allanaad sus senderos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas

Juan, el Bautista, recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale.

Y todos verán la salvación de Dios.»

Palabra del Señor.

497. *O bien:*

Dt 6, 4-9: Meditarás mis palabras yendo de camino

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Deuteronomio

Escucha, Israel:

El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria; se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y **yendo de camino**, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales.

Palabra de Dios.

498. Pueden también leerse: *Gn 12, 1-9; Gn 28, 10-16; Tob 5, 17-22; Lc 24, 13-35; Jn 14, 1-11*

499. *Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.*

Salmo responsorial Sal 22 (23), 1-3. 4. 5. 6 (R.: 1)

R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,

por el honor de su nombre. **R.**

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. **R.**

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. **R.**

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. **R.**

500. **O bien:**

Sal 24 (25), 5-6. 9-10. 12-13

R. (4) Señor, enséñame tus caminos.

Sal 90 (91), 1-2. 10-11. 12-13. 14-15

R. (cf. 11) Los ángeles del Señor te guarden en tus caminos.

501. El ministro que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

502. Si se juzga oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Llenos de confianza, invoquemos a Dios, principio y fin de nuestros caminos, diciendo:

R. Protege, Señor, nuestros pasos.

Padre santo, cuyo Hijo único se nos ofreció como el camino para llegar a ti,

— haz que lo sigamos con fidelidad y perseverancia. **R.**

Tú que siempre y en todo lugar estás cerca de los que te sirven,

— guarda a tus servidores con amor de Padre, para que sientan tu compañía en el camino, ya que esperan ser tus comensales en la patria eterna. **R.**

Tú que en otro tiempo fuiste guía y camino para el pueblo que peregrinaba en el desierto,

— protégenos ahora que vamos a emprender este camino y haz que, superado todo peligro, regresemos felizmente a nuestro hogar. **R.**

Tú que hiciste de la hospitalidad ofrecida a los viajeros uno de los signos de la venida de tu reino,

— haz que quienes carecen de domicilio fijo puedan hallar un lugar donde establecerse. **R.**

Sigue la oración de bendición, como más adelante.

503. Cuando no se dicen las Preces, antes de la oración de bendición, el ministro, con estas palabras u otras semejantes, implora la ayuda divina, diciendo:

Señor, enséñanos tus caminos.

R. Señor, ten piedad.

Envíanos, Señor, auxilio desde el santuario.

R. Señor, ten piedad.

Sé nuestro refugio, Señor, y nuestro bastión.

R. Señor, ten piedad.

Salva a tus siervos, Señor, que confían en ti.

R. Señor, ten piedad.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

504. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, de lo contrario, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Si él no ha de partir con los demás:

Dios omnipotente y misericordioso, que a los hijos de Israel los hiciste atravesar a pie enjuto el mar Rojo, y a los Magos, que iban a adorar a tu Hijo, les mostraste el camino por medio de una estrella, protege a nuestros hermanos y concédeles un buen viaje, para que, con tu ayuda y compañía, lleguen felizmente al término de su viaje y puedan finalmente arribar al puerto de la salvación eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

505. O bien, cuando él también parte con los demás:

Dios todopoderoso y eterno, que hiciste salir a Abrahán de su tierra y de la casa de su padre y lo guardaste sano y salvo en los caminos de su peregrinación, protégenos también a nosotros, tus servidores; sé para todos, Señor, apoyo en la preparación del viaje, compañía y solaz durante el camino, y ayuda en las dificultades, para que, guiados por ti, lleguemos al término de nuestro viaje y regresemos felizmente a nuestro hogar. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

506. El que preside, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

El Señor os (nos) acompañe siempre y, con su beneplácito, dirija amorosamente vuestro (nuestro) camino.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

507. Si el ministro es laico, implora la bendición del Señor sobre los que han de partir y sobre todos los presentes, y, santiguándose, dice:

Dios todopoderoso nos bendiga y escuche nuestras súplicas en favor vuestro, para que tengáis un feliz viaje.

R. Amén.

II. RITO BREVE

508. El que preside dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

509. Uno de los presentes, o el que preside, lee un texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Tb 4, 19 a: Bendice al Señor Dios en todo momento, y pídele que allane tus caminos y que te dé éxito en tus empresas y proyectos.

Jn 14, 6: Dijo Jesús: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.»

510. Luego el que preside dice la oración de bendición:

Dios todopoderoso y eterno, que hiciste salir a Abrahán de su tierra y de la casa de su padre y lo guardaste sano y salvo en los caminos de su peregrinación, protégenos también a nosotros, tus servidores; sé para todos, Señor, apoyo en la preparación del viaje, compañía y solaz durante el camino, y ayuda en las dificultades, para que, guiados por ti, lleguemos al término de nuestro viaje y regresemos felizmente a nuestro hogar. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

511. O bien:

Dios nos bendiga con toda clase de bendiciones celestiales y disponga felizmente nuestros caminos, para que, entre las vicisitudes de esta vida, podamos experimentar siempre su divina protección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

NOTAS

1 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núms. 11 y 35; Decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, núms. 7 y 11; Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, núms. 47-52.

2 S. Congregación para el Culto divino, 15 de mayo de 1969, AAS 61 (1969), pp. 806-811.

3 S. Congregación para el Culto divino, 1 de noviembre de 1973, AAS 66 (1974), pp. 30-46.

4 Cf. *Misal romano*, Misas rituales, Por los esposos, 2. En los aniversarios del matrimonio.

- 5 Cf. Ritual del Matrimonio, núms. 142-180; *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 801-805.
- 6 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 943-947.
- 7 Cf. Ritual del Matrimonio, núms. 208-209.
- 8 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 801-805, o bien núms. 943-947.
- 9 Cf. Ritual del Matrimonio, núms. 142-180; *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 801-805, o bien núms. 943-947.
- 10 Cf. Ritual del Matrimonio, núms. 208-209.
11. Cf. Ritual del Bautismo de niños, núms. 184-209, Ritual de la Iniciación cristiana de adultos, núm. 388; *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 751-763.
- 12 Cf. Ritual del Bautismo de niños, núm. 160.
- 13 Cf. Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos, núm. 90.
- 14 Cf. Ritual de la unción y de la pastoral de los enfermos, núms. 260-335; *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 790-795, 796-800, 933-937.
- 15 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 872-876.
- 16 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 872-876.
- 17 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 872-876.
- 18 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 848-851.
- 19 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 826-866.
- 20 Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, núm. 14.



liturgiapapal.org

BENDICIONAL

SEGUNDA PARTE

**BENDICIONES QUE ATAÑEN A LAS
CONSTRUCCIONES Y A LAS DIVERSAS
ACTIVIDADES DE LOS CRISTIANOS**

CONTENIDO

Capítulo IX. Bendición de los trabajos que preparan la estructura de un nuevo edificio

Capítulo X. Bendición de una nueva casa

Capítulo XI. Bendición de un nuevo seminario

Capítulo XII. Bendición de una nueva casa religiosa

Capítulo XIII. Bendición de una nueva escuela o universidad

I. Rito de la bendición

II. Rito de la bendición dentro de la celebración de la misa

Capítulo XIV. Bendición de una nueva biblioteca

Capítulo XV. Bendición de un nuevo hospital o de cualquier centro destinado al cuidado de los enfermos

Capítulo XVI. Bendición de un laboratorio, un taller o una tienda de comercio

Capítulo XVII. Bendición de locales destinados a los medios de comunicación social

Capítulo XVIII. Bendición de gimnasios y otras instalaciones deportivas

Capítulo XIX. Bendición de todo lo relacionado con los desplazamientos humanos

I. Rito de la bendición

II. Rito breve

Capítulo XX. Bendición de algunos instrumentos técnicos

Capítulo XXI. Bendición de los instrumentos de trabajo

I. Rito de la bendición

II. Rito breve

Capítulo XXII. Bendición de una bandera

Capítulo XXIII. Bendición de los animales

I. Rito de la bendición

II. Rito breve

Capítulo XXIV. Bendición de los campos, las tierras de cultivo y los terrenos de pasto

Capítulo XXV. Bendición de los términos de una población

Capítulo XXVI. Bendición en la presentación de los nuevos frutos

Capítulo XXVII. Bendición de la mesa

Primer esquema

Segundo esquema

Tercer esquema

Cuarto esquema

Capítulo IX. **BENDICIÓN DE LOS TRABAJOS QUE PREPARAN LA ESTRUCTURA DE UN NUEVO EDIFICIO**

515. El siguiente rito se emplea cuando se inicia la construcción de una obra o cuando se bendice la primera piedra de algún edificio de cierta importancia, principalmente si se destina a una determinada comunidad. La manera de bendecir una primera piedra, como también la de bendecir el trabajo de edificación de una nueva iglesia se realiza según el rito indicado en el Ritual de la Dedicación de iglesias y de altares (1).

516. El rito que aquí se describe pueden usarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias de los presentes y del lugar.

517. Esta celebración, aunque va dirigida a la comunidad a la que se destina el edificio que se va a construir, tendrá un sentido más pleno si asisten también los que con su trabajo van a intervenir de modo directo en la obra.

Ritos iniciales

518. Reunido el grupo de personas asistentes en el lugar donde se proyecta construir el edificio, se entona un canto adecuado, por ejemplo, el salmo 126 (127), 1-2.

519. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

520. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, fuente de todo bien, estén con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

521. Según las costumbres del lugar, después del saludo, unos representantes de los responsables de la construcción pueden hacer de algún modo la presentación de la obra.

522. Luego el celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La obra que hoy comenzamos debe animar nuestra fe y ser para nosotros ocasión de expresar nuestra gratitud. Nos son bien conocidas aquellas palabras del salmo: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles". Somos en cierto modo cooperadores de Dios siempre que con nuestro trabajo atendemos y servimos a los hermanos o a la comunidad. Con esta celebración, imploramos, pues, hermanos, la ayuda de Dios, **para que esta construcción llegue felizmente al término deseado, y para que proteja a los constructores y los guarde de todo mal.**

Lectura de la Palabra de Dios

523. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

I Co 3, 9-11: Sois edificio de Dios

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros, campo de Dios, edificio de Dios. Conforme al don que Dios me ha dado, yo, como hábil arquitecto, coloqué el cimiento, otro levanta el edificio. Mire cada uno cómo construye. Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo.

Palabra de Dios.

524. Pueden también leerse: Is 28, 16-17b; 1 P 2, 4-10; Lc 6, 47-49.

525. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial 89, 12-14. 16-17 (R.: cf. 17c)

R. Haz prósperas las obras de nuestras manos.

Enseñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos;
por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo. **R.**

Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria.
Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos. **R.**

526. O bien:

Sal 120 (121), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8

R. (cf. 2) Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

527. El celebrante, según las circunstancias, puede hacer una breve homilía, explicando la lectura bíblica, para que los presentes perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

528. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del lugar.

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que la obra que hoy comenzamos contribuya a la edificación del Reino de Dios y nos una a Cristo, Piedra angular, en la fe y en la caridad.

R. Bendito seas por siempre, Señor.

Tú que nos has dado la inteligencia y la fuerza para ser colaboradores de tu obra. **R.**

Tú que por tu Hijo, nuestro Señor, has querido edificar tu santa Iglesia sobre piedra firme. **R.**

Tú que, por el Espíritu de tu Hijo, nos haces entrar en la construcción del templo espiritual en el que quieres hacer morada. **R.**

Tú que pones en nosotros la firme esperanza de llevar a buen término, con tu ayuda, la obra que hoy comenzamos con tu bendición. **R.**

Tú que, como piedras vivas, nos labras y pulimentas golpe a golpe, para formar parte de la Jerusalén celestial. **R.**

Oración de bendición

529. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Dios todopoderoso, Padre de misericordia, que creaste todas las cosas por tu Hijo, y Lo estableciste como sólido fundamento de tu Reino, atiende nuestra petición y haz que esta obra que iniciamos para gloria de tu Nombre y para nuestro provecho, con la ayuda de tu sabiduría, vaya creciendo de día en día hasta su feliz culminación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

530. O bien:

Oh, Dios, Creador de todas las cosas, que has confiado al hombre el deber de trabajar, haz que la obra que comenzamos signifique progreso en nuestra vida y, por tu bondad, sirva para extender el Reino de Cristo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

531. El celebrante, según las circunstancias, puede rociar con agua bendita el solar donde se va a levantar el nuevo edificio, y la primera piedra. Luego se coloca la piedra en los cimientos, mientras el pueblo entona un canto adecuado.

Conclusión del rito

532. Luego el celebrante, con las manos extendidas sobre los presentes, concluye el rito, diciendo:

Dios todopoderoso os bendiga y acoja favorablemente vuestros deseos.

R. Amén.

El Señor os conceda que cuanto realicéis sea todo en su Nombre.

R. Amén.

El Señor mire con agrado vuestro trabajo y guarde vuestras vidas de todo mal.

R. Amén.

533. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo X. BENDICIÓN DE UNA NUEVA CASA

534. Cuando los cristianos desean inaugurar una nueva casa invocando la protección divina, el pastor de almas y sus cooperadores accederán de buen grado a este deseo, ya que con ello se les ofrece una magnífica ocasión de entrar en contacto con aquellos fieles. Así, juntos y con alegría, dan gracias a Dios, de quien procede todo bien, por el don de una nueva vivienda.

535. El rito que aquí se propone pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

536. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de los que viven en la casa, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

537. No debe hacerse la bendición de la nueva casa sin la presencia de los que en ella viven.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

538. Reunidos en el lugar adecuado los miembros de la familia con sus parientes y amigos, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

539. El ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

540. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Que Dios, al que unánimes alabamos, nos conceda, por su Espíritu, estar de acuerdo entre nosotros, según Jesucristo.

Todos responden:

Amén.

541. Luego dispone a los presentes para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos, dirijamos nuestra ferviente oración a Cristo, que quiso nacer de la Virgen María y habitó entre nosotros, para que se digne entrar en esta casa y bendecirla con su presencia.

Cristo, el Señor, esté aquí, en medio de vosotros, fomente vuestra caridad fraterna, participe en vuestras alegrías, os consuele en vuestras tristezas, y vosotros, guiados por las enseñanzas y ejemplos de Cristo, procurad, ante todo, que esta nueva casa sea hogar de caridad, desde donde se difunda ampliamente la fragancia de Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

542. Luego uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Lc 10, 5-9: Paz a esta casa

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Dijo el Señor a sus discípulos:

—«Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz en esta casa." Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en

casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios."»

Palabra del Señor.

543. Pueden también leerse: *Gn 18, 1-10a; Mc 1, 29-30; Lc 10, 38-42; Lc 19, 1-9; Lc 24, 28-32.*

544. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 126 (127), 1. 2. 3-4. 5 (R.: cf. 1)*

R. El Señor nos construya la casa.

Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas, **R.**

Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis el pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen! **R.**

La herencia que da el Señor son los hijos;
su salario, el fruto del vientre:
son saetas en mano de un guerrero
los hijos de la juventud, **R.**

Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza, **R.**

545. **O bien:**

Sal 111 (112), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8. 9

R. (la) Dichoso quien teme al Señor.

Sal 127 (128), 1-2. 3. 4-6a

R. (4) Esta es la bendición del hombre que teme al Señor.

546. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

547. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del lugar.

Con ánimo agradecido y gozoso invoquemos al Hijo de Dios, Señor de cielo y tierra, que, hecho hombre, habitó entre nosotros, y digamos:

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesucristo, que con María y José santificaste la vida doméstica, dignate convivir con nosotros en esta casa, para que te reconozcamos como huésped y te honremos como cabeza. **R.**

Tú, por quien todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado, haz que los habitantes de esta casa se vayan integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu. **R.**

Tú que enseñaste a tus fieles a edificar su casa sobre piedra firme, —haz que la vida de esta familia se apoye firmemente en tu palabra y, evitando toda división, te sirva con generosidad y de todo corazón. **R.**

Tú que, careciendo de morada propia, aceptaste con el gozo de la pobreza la hospitalidad de los amigos, haz que todos los que buscan

vivienda encuentren, con nuestra ayuda, una casa digna de este nombre.
R.

Oración de bendición

548. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, de lo contrario, con las manos juntas, añade:

Asiste, Señor, a estos servidores tuyos que, al inaugurar (hoy) esta vivienda, imploran humildemente tu bendición, para que, cuando vivan en ella, sientan tu presencia protectora, cuando salgan, gocen de tu compañía, cuando regresen, experimenten la alegría de tenerte como huésped, hasta que lleguen felizmente a la estancia preparada para ellos en la casa de tu Padre. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien, para una casa sacerdotal:

Señor y Dios nuestro, al reunimos gozosos para inaugurar esta casa sacerdotal, queremos unir nuestra alegría a la acción de gracias por tus beneficios. Bendito seas, Señor; tú elegiste a la tribu de Leví para el servicio mediador de la antigua Alianza y le diste como herencia el servicio religioso de tu pueblo; tú revelaste la plenitud del sacerdocio en Jesucristo, tu Hijo, que tomó, de las entrañas obedientes de la Virgen María, la carne y la sangre del sacrificio de la nueva Alianza; tú has llamado al nuevo pueblo a participar del único sacerdocio de Cristo, derramando sobre todos tus fieles la fuerza de tu Espíritu. Recibe nuestra alegría y nuestro gozo, recibe nuestra alabanza y nuestra acción de gracias y continúa derramando tu gracia y tu bendición sobre nosotros.

Bendice ✠ esta casa sacerdotal que hoy inauguramos; bendice a cuantos la han hecho posible y a cuantos la han de habitar; que sea para ellos descanso merecido, después de un trabajo largo y creador al servicio de tu reino, lugar de fraternidad entre compañeros en la gracia del ministerio, centro de recuerdos y envíos misioneros, lugar de servicio a

los más necesitados, acercamiento a Dios y experiencia creciente de su amor, que prepare al encuentro definitivo del que nada ni nadie nos podrá separar; que María, Madre del único Sacerdote, los proteja y acompañe hasta el fin. Por Jesucristo, nuestro Señor,

R. Amén.

O bien, para una casa social católica:

Dios todopoderoso y eterno, realmente es necesario alegrarnos en este día y darte gracias en este lugar, porque no dejas de manifestar tu amor por nosotros. Tú nos creaste para superar el aislamiento y vivir en sociedad; tú escogiste a la casa de Israel como fermento de unidad entre los pueblos, que cantara eternamente tu misericordia. Enviaste a tu Hijo, para que pusiera su casa entre nosotros y llevara adelante tu obra de fraternidad, constituyendo la Iglesia y dándole el mandato del amor, y el Espíritu Santo para cumplirlo. Bienhechor de los hombres, bendice ✠ esta casa que inauguramos; que sea hogar abierto a cuantos acudan a ella y signo permanente de la misión de la Iglesia en la tierra, que sea estímulo y desarrollo de vocaciones seculares para la consagración del mundo. Derrama tu Espíritu sobre todos los socios, para que, superada la ética individualista, tiendan a su fin en comunión con los demás; que los niños y los jóvenes encuentren aquí ayuda para crecer hasta la estatura de Jesús, en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en el amor a los demás; que todos se sientan reconocidos en su esfuerzo y más libres en su servicio a la dignidad y destino del hombre, mejorando sus condiciones de vida. Así, la gracia de Dios seguirá derramándose sobre nuestra ciudad, y brotará incesante la acción de gracias, hasta que llegue la consumación del reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien, para una residencia de pensionistas:

Señor, Dios nuestro, tú quieres que todas tus criaturas vivan unidas bajo el mismo cielo, iluminadas por el mismo sol, y nos has manifestado, por

tu Hijo Jesucristo, que quieres ser reconocido como Padre de la familia humana. Al reunimos gozosos para inaugurar esta residencia, queremos unir nuestra alegría a la acción de gracias por tus beneficios. Nuestra fe nos mueve a reconocer la huella de tu presencia en todos los acontecimientos de la vida; por eso elevamos hacia ti nuestro espíritu agradecido, porque participamos de tu bendición. Te bendecimos, Padre, porque hoy podemos ofrecer públicamente esta residencia a los pensionistas. Te bendecimos, Padre, porque en esta residencia va a ser posible construir unas relaciones vivas, amistosas y fraternas, que contribuyan al desarrollo y bienestar de todos. Junto con la alabanza, hacemos también nuestra súplica:

Derrama sobre nosotros, sobre nuestras preocupaciones y trabajos, la bendición ✠ abundante de tu gracia, para que, viviendo según tu voluntad, seamos dignos de vivir un día, con todos tus hijos, en tu casa del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

549. El sacerdote o el diácono pueden utilizar también las oraciones de bendición que se indican anteriormente en el Rito de la bendición anual de las familias en sus propias casas, fuera del tiempo pascual, capítulo I, núms. 86-87.

550. Después de la oración de bendición, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y la casa, diciendo, según las circunstancias:

Que esta agua nos recuerde nuestro bautismo en Cristo, que nos redimió con su muerte y resurrección.

R. Amén.

Conclusión del rito

551. El ministro concluye el rito, diciendo:

Que la paz de Cristo actúe de arbitro en nuestro corazón, la palabra de Cristo habite entre nosotros en toda su riqueza, para que todo lo que de palabra o de obra realicemos, sea todo en Nombre del Señor.

Todos responden:

Amén.

552. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XI. BENDICIÓN DE UN NUEVO SEMINARIO

553. Cuando se abre un nuevo seminario o casa donde se forman los candidatos a las sagradas Órdenes, es conveniente disponer de un rito particular de bendición.

554. Como quiera que la apertura de un nuevo seminario influye de algún modo en la vida espiritual de los cristianos de toda la diócesis, debe comunicarse a su debido tiempo el día que tendrá lugar la bendición, para que pueda asistir a ella el mayor número posible de fieles, o al menos se unan espiritualmente por la oración. Para facilitar la asistencia, como también por razón del carácter del rito, se escogerá un día festivo, de preferencia un domingo.

555. Cuando se dedica o bendice la iglesia del seminario, en las letanías o en la oración de los fieles pueden intercalarse, según las circunstancias, algunas invocaciones o intenciones relacionadas con las circunstancias peculiares de la casa y de la formación de los alumnos.

556. El rito que aquí se describe lo usa el Obispo o también el presbítero, los cuales, respetando la estructura del rito, adaptarán la celebración a las circunstancias de los presentes y del momento.

557. En aquellos lugares donde se hace la bendición de todas las casas en el tiempo pascual o en otro tiempo determinado, el celebrante, con los elementos indicados en este Rito, puede preparar una adecuada celebración, que aprovecha al bien espiritual de los alumnos que en ella participan.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

558. Los alumnos y los fieles se reúnen en el lugar donde se ha erigido el nuevo seminario que se va a bendecir, y se interpreta, según convenga, un canto adecuado.

559. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

560. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que es la eterna Sabiduría y el único Maestro, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O bien:

A él la gloria por los siglos de los siglos.

561. Luego el celebrante habla brevemente a los presentes para disponer su ánimo a la celebración y explicar el rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos, por la misericordia de Dios nos hemos congregado aquí para la bendición de un nuevo seminario, que es un gran regalo de la generosidad divina. Un seminario —como su mismo nombre indica— es como un semillero destacado en la diócesis, donde se forman los ministros de la Iglesia. Pidamos, pues, al Señor que este nuevo seminario sea una escuela de oración y un aula de erudición divina y que a los alumnos que reciba, los devuelva convertidos en pastores celosos para vosotros y en compañeros y colaboradores nuestros en el sagrado ministerio.

562. Todos oran un rato en silencio. Luego prosigue:

Dirige tu mirada, Señor, sobre esta Iglesia de N., que ha erigido este nuevo seminario; haz que, con tu ayuda, los futuros ministros de Cristo que en él vivirán, mediante la vida en común y el estudio de las ciencias sagradas, se preparen para ejercer debidamente tan elevado ministerio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

563. Luego, los lectores o el diácono leen uno o varios textos de la Sagrada Escritura, principalmente de los que se proponen a continuación o de los que se hallan en el Leccionario para la administración de las Sagradas Órdenes (2), intercalando los convenientes salmos responsoriales, o bien, espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser el acto más relevante.

564. Como primera lectura puede emplearse el texto siguiente:

I Co 1, 26—2, 5: Fijaos en vuestra asamblea, hermanos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

Fijaos en vuestra asamblea, hermanos; no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido para humillar el poder. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y así —como dice la Escritura—: «El que se gloríe, que se gloríe en el Señor.»

Por eso yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fueron con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Palabra de Dios.

565. Pueden también leerse: 1S 3, 1-10; Sb 9, 1-6. 10-18; I Co 9, 7-27.

566. Si se canta el salmo responsorial, puede tomarse uno de los siguientes:

Salmo responsorial Sal 83 (84), 3-4. 5 y 11 (R.: 5)

R. Dichosos los que viven en tu casa, Señor.

Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo.
Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos,
Rey mío y Dios mío. **R.**

Dichosos los que viven en tu casa,
alabándote siempre.
Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados. **R.**

567. O bien:

Sal 15 (16), 1-2 y 5. 7-8. 11. **R.** (cf. 5) Tú, Señor, eres el lote de mi heredad.

Sal 22 (23), 1-3. 4. 5. 6. **R.** (1) El Señor es mi pastor, nada me falta.

Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5. **R.** (Jn 15, 14) Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.

568. Como evangelio puede emplearse el texto siguiente:

Mt 9, 35-38: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo:

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el Evangelio del reino y curando todas las enfermedades y todas las dolencias. Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos:

—«La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies.»

Palabra del Señor.

569. Pueden también leerse: *Mt 13, 44-46; Mc 4, 1-2. 26b-34; Lc. 24, 44-48; Jn 1, 35-42; Jn 20, 19-23.*

570. Luego el celebrante hace la homilía, en la que explica las lecturas bíblicas y el significado de la celebración.

Preces

571. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de las personas.

En Cristo, que es la imagen perfecta del Padre, están encerrados todos los tesoros de la gracia y del saber. Acudamos a él con confianza e invoquémoslo, diciendo:

R. Señor, haz que te sigamos adonde vayas.

O bien:

R. Señor, fíjate en tus elegidos.

O bien:

R. Señor, tú tienes palabras de vida eterna.

Señor Jesucristo, que reuniste a los discípulos para instruirlos y asociarlos al servicio del reino,

—haz que también nosotros nos esforcemos por imitarte y consagrarnos al servicio del pueblo de Dios. **R.**

Tú que oraste por los discípulos para que fueran consagrados en la verdad,
—derrama sobre nosotros el Espíritu Santo, a fin de que, unidos a ti, demos fruto, y nuestro fruto dure. **R.**

Tú que, como sumo sacerdote escogido entre los hombres, hiciste del pueblo redimido por ti un reino de sacerdotes de Dios, tu Padre,
—haz que con nuestra palabra y nuestra vida, demos testimonio de lo que hemos creído al meditar tu ley. **R.**

Tú que, para cumplir la voluntad del Padre, escogiste un género de vida virginal y pobre, haz que, amando a Dios sobre todo, y entregados totalmente a él, nos unamos a ti y nos esforcemos por vivir sólo para agradarte. **R.**

Tú, a quien Dios ha hecho para nosotros sabiduría,
—haz que, instruidos en la sabiduría de la cruz, hablemos y vivamos en la manifestación y el poder del Espíritu. **R.**

Tú que nos mandaste rogar al Padre que mande trabajadores a su mies,
—escucha nuestras súplicas, para que, a medida que va aumentando la tarea, se multipliquen también los trabajadores. **R.**

Oración de bendición

572. El celebrante, con las manos extendidas, dice:

Te bendecimos, Señor, y alabamos tu Nombre, porque, siguiendo el inefable designio de tu misericordia, determinaste que el único y supremo sacerdocio de Cristo permaneciera para siempre, y que su eficacia invisible sustentara continuamente a tu Iglesia, por medio de ministros visibles. Tu Hijo, en efecto, manifiesta a todos los hombres el misterio de tu amor, cuando los predicadores del Evangelio proclaman

la Palabra de salvación; Él, sentado a la derecha de tu gloria, ora con nosotros cuando resuena la oración de los sacerdotes, y se digna actualizar la Oblación de Sí mismo, cuando los sacerdotes celebran los sagrados misterios del altar; Él dirige y gobierna tu Iglesia, cuando los pastores guardan y apacientan las ovejas que tienen confiadas. Dirige, pues, tu mirada, Señor, sobre esta Iglesia de N., que ha construido este nuevo seminario, para que los futuros ministros de Cristo que en él vivirán, mediante la vida en común y el estudio de las ciencias sagradas, encuentren en este lugar la debida formación para ejercer tan sublime ministerio.

Te pedimos, Padre santo, que los que has destinado a ser mensajeros del Evangelio y ministros del altar aprendan aquí, en la oración, lo que después enseñarán, y vayan asimilando lo que han de testimoniar con su vida; que aquí se habitúen a ofrecer sacrificios espirituales y, en la participación de los sagrados misterios, experimenten la eficacia saludable de los sacramentos celestiales; que aquí, con su obediencia, sean como las ovejas que conocen al buen Pastor, para que ellos, una vez constituidos pastores del rebaño del Señor, sepan dar generosamente la vida por las ovejas a ellos encomendadas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

573. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y el nuevo edificio, mientras se canta la antífona:

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Nos congregó y unió el amor de Cristo.
Regocijémonos y alegrémonos en él.
Temamos y amemos al Dios vivo,
y amémonos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Pues estamos en un cuerpo congregados,

cuidemos no se divida nuestro afecto.
Cesen las contiendas malignas, cesen los litigios,
y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Veamos juntamente con los santos
tu glorioso rostro, ¡oh, Cristo Dios!
Éste será gozo inmenso y puro,
por los siglos de los siglos infinitos.

U otro canto adecuado.

Conclusión del rito

574. Luego el diácono, según las circunstancias, invita a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre los presentes concluye el rito diciendo:

Dios, que no deja de proveer de pastores a su pueblo, derrame sobre su Iglesia el espíritu de piedad y fortaleza, para que los llamados por Él asuman el ministerio sacerdotal, con la gracia del Espíritu Santo, y se esfuercen por ejercerlo dignamente.

R Amén.

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

575. O bien:

Dios, a cuya llamada habéis respondido generosamente, y en el cual ponéis la firme esperanza de ser en el futuro servidores fieles y cumplidores en el ejercicio del sagrado ministerio, derrame sobre vosotros su bendición.

R. Amén.

Y, ya que aspiráis a participar del sacerdocio ministerial de Cristo, el Espíritu Santo os llene de sus dones, para que realicéis una forma de vida apostólica.

R. Amén.

El Señor dirija con su amor vuestros días y vuestras acciones, para que podáis realizar entre los hombres la obra salvadora de Cristo y perseverar con asiduidad en el servicio de la Iglesia.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

576. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XII. BENDICIÓN DE UNA NUEVA CASA RELIGIOSA

577. Puesto que en las casas religiosas se agrupan los que, profesando los consejos evangélicos, desean seguir e imitar más de cerca a Cristo, el Señor, es conveniente dotar a estas casas de una peculiar bendición.

578. En el presente Rito, con la denominación de "casa religiosa" se designan también los conventos y monasterios. En la celebración, respetando siempre los elementos principales, se ha de acomodar todo a las circunstancias del lugar y de las personas, teniendo en cuenta también la índole propia y peculiar del Instituto y de su función apostólica. Cuando se trata de bendecir una casa de formación, pueden tomarse algunos elementos, oportunamente adaptados, de la Bendición de un seminario, en base a lo que se halla descrito en el capítulo XI

579. Aunque esta bendición atañe principalmente a los mismos religiosos, es conveniente elegir para esta celebración un día en que pueda participar en ella la comunidad de fieles en cuyo provecho se erige la nueva casa religiosa.

580. El Rito que aquí se presenta puede realizarlo el presbítero al Ordinario a cuyo cuidado está encomendada la casa religiosa compete la bendición del nuevo edificio. Si él no puede presidir el rito, encomendará esta presidencia al superior de la comunidad. Si preside el rito un presbítero que no pertenece al Instituto, o el Obispo, debe adaptarse todo de acuerdo con esta circunstancia.

581. Si la casa religiosa tiene iglesia propia, y ésta se dedica o bendice, en las letanías o en la oración de los fieles pueden intercalarse, según las circunstancias, algunas invocaciones o intenciones relacionadas con la casa y las peculiaridades de la vida religiosa que en ella van a practicar sus miembros.

582. En aquellos lugares donde se hace la bendición de las casas durante el Tiempo pascual o en otro tiempo determinado y se estima oportuno bendecir también las casas religiosas, el ministro, poniéndose antes de acuerdo con la familia religiosa, preparará una adecuada celebración, que favorezca el bien espiritual de los participantes.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

583. Los religiosos y fieles se reúnen en el lugar donde se ha erigido la nueva casa religiosa, y se interpreta, según convenga, un canto adecuado.

584. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

585. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, fuente y origen de toda santidad, que nunca deja de llamar a los hombres al seguimiento de Cristo, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O bien:

A él la gloria por los siglos de los siglos.

O de otro modo adecuado.

586. El celebrante dispone a los presentes para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Donde dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo, allí está Cristo en medio de ellos. Al bendecir esta casa, en la que vivirán juntos aquellos a los que congrega el amor de Cristo, con el fin de seguirlo fielmente más de cerca en la caridad y la castidad, en la pobreza y la obediencia, imploramos la bondad de aquel de quien procede todo bien y le suplicamos que los ayude a poner por obra lo que han prometido, buscando en todo, como Jesús, la gloria del Padre; que, hermanados en la oración perseverante, manifiesten la imagen de la Iglesia orante, y, guiados por el Espíritu Santo, trabajen sin descanso, cada cual según su propia vocación, para que Cristo habite siempre en todos nosotros.

587. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran un rato en silencio. Después el celebrante prosigue:

Oh, Dios, que continuamente activas en nosotros el querer y el obrar, te bendecimos, porque en nuestro peregrinar aquí en la tierra nos concedes el don de anhelar tus atrios. Haz, te pedimos, que estos servidores tuyos, cuya casa hoy inauguramos, te escuchen con fe, te supliquen en la oración, te busquen en su trabajo, te encuentren en toda ocasión y sean testigos de tu Evangelio, para que Cristo difunda en todas partes, por medio de ellos, la fragancia de su conocimiento, hasta que rebosen de gozo cuando se manifieste su gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

588. Luego, los lectores o los diáconos leen uno o varios textos de la Sagrada Escritura, de los que se indican en el Leccionario de la Misa por los religiosos (3) o en la consagración de vírgenes y en la profesión religiosa (4), intercalando los convenientes salmos responsoriales o bien espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser el acto más relevante.

589. Pueden emplearse también los textos que se indican a continuación:

Hb 13, 1-3. 5-7. 14-17: Aquí no tenemos ciudad permanente

Escuchad ahora, hermanos, las palabras de la carta a los Hebreos.

Conservad el amor fraterno y no olvidéis la hospitalidad; por ella algunos recibieron sin saberlo la visita de unos ángeles. Acordaos de los que están presos, como si estuvierais presos con ellos; de los que son maltratados, como si estuvierais en su carne. Vivid sin ansia de dinero, contentándoos con lo que tengáis, pues él mismo dijo: «Nunca te dejaré ni te abandonaré»; así tendremos valor para decir: «El Señor es mi auxilio: nada temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?» Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la Palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Aquí no tenemos ciudad permanente, sino que

andamos en busca de la futura. Por medio de Cristo, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, el fruto de unos labios que profesan su Nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; éstos son los sacrificios que agradan a Dios. Obedeced con docilidad a vuestros dirigentes, pues ellos se desvelan por vuestro bien, sabiéndose responsables; así lo harán con alegría y sin lamentarse, con lo que salís ganando.

Palabra de Dios.

590. O bien:

Jn. 1, 35-42: Se quedaron con Jesús aquel día

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan:

Al día siguiente, estaba de nuevo Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:

—«Éste es el Cordero de Dios.»

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

—«¿Qué buscáis?»

Ellos le contestaron:

—«Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?»

Él les dijo:

—«Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

—«Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).»

Y lo llevó a Jesús.

Palabra del Señor.

591. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 132 (133), 2. 3 (R.: 1)*

R. Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.

Es unguento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la franja de su ornamento. **R.**

Es rocío del Hermón, que va bajando
sobre el monte Sion.
Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre. **R.**

592. O bien:

Sal 23 (24), 1-2. 3 4. 5-6 R. (cf. 6) Éste es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Sal 44 (45), 11-12. 14-15. 16-17 R. (cf. Mt 25, 6) ¡Que llega el esposo, salid a recibir a Cristo, el Señor!

Sal 83 (84), 3. 4. 5. 11. 12 R. (2) ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!

593. Luego, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el significado de la celebración.

Preces

594. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de los presentes.

Cristo, el Señor, prometió permanecer en medio de sus discípulos hasta el final de los tiempos; supliquémosle con humilde y confiado amor:

R. Quédate con nosotros, Señor.

Tú que te hiciste hombre de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y quisiste habitar entre nosotros;

—agradecidos, te recibimos en nuestra casa. **R.**

Tú que quisiste vivir en Nazaret con María y José,

—dígnate elegir esta casa como lugar de tu residencia. **R.**

Tú que prometiste estar en medio de los que se reúnen en tu Nombre,

—dirige tu mirada hacia quienes tu amor ha congregado en la unidad. **R.**

Tú que en la tierra no tuviste dónde reclinar la cabeza,

—acepta esta casa preparada amorosamente para ti. **R.**

Tú que prometiste recibir en las moradas eternas a los que te acogen con bondad en la persona de los huéspedes,

—enséñanos a reconocerte en los hermanos, y a servirlos con alegría por amor a ti. **R.**

Oración de bendición

595. El celebrante, con las manos extendidas, añade a continuación la oración de bendición:

Oh, Dios, inspirador y autor de todo santo propósito, atiende benignamente nuestras súplicas, y concede a cuantos habiten en esta casa la gracia de tu bondad; sea éste un lugar en el que constantemente se medite tu Palabra, se practique el amor fraterno, se ejercite una diligente actividad y una incansable ayuda a los hermanos, para que, de este modo, quienes se han entregado al seguimiento de Cristo, presenten ante todos un vivo ejemplo de vida consagrada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

596. O bien:

Señor Jesucristo, tú aseguraste que quienes profesan los consejos evangélicos tienen preparada una morada en el cielo; guarda y rodea con el muro de tu protección esta casa religiosa que ahora bendecimos, para que cuantos han de vivir en ella se mantengan unidos por la caridad fraterna, en actitud de servicio generoso a ti y a los hermanos; sean, con su vida, testigos del Evangelio y fomenten la piedad cristiana. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

597. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y la casa, mientras se canta la antífona:

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Nos congregó y unió el amor de Cristo.
Regocijémonos y alegrémonos en él.
Temamos y amemos al Dios vivo,
y amémonos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Pues estamos en un cuerpo congregados,
cuidemos no se divida nuestro afecto.
Cesen las contiendas malignas, cesen los litigios,
y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Veamos juntamente con los santos
tu glorioso rostro, ¡oh, Cristo Dios!
Éste será gozo inmenso y puro,
por los siglos de los siglos infinitos.

U otro canto adecuado.

Conclusión del rito

598. Luego, el diácono, según las circunstancias, invita a los presentes a bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre los presentes, concluye el rito, diciendo:

Dios, que nos concede habitar en esta casa, nos guarde de toda perturbación interior y exterior, nos infunda el consuelo del Espíritu Santo y nos dé la perseverancia y la fidelidad en el santo propósito de vivir consagrados a él.

R. Amén.

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

599. O bien:

Dios, Padre todopoderoso os bendiga, para que sea ésta una santa morada en la que ofrezcáis culto en su presencia.

R. Amén.


Cristo, el Señor, habite por la fe en vuestros corazones y os transmita el Reino en la casa de su Padre.

R. Amén.

El Espíritu Santo viva con vosotros y esté con vosotros, para que el gozo que ahora experimentáis llegue a su feliz cumplimiento.

R. Amén.

Finalmente bendice a todos los presentes, diciendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo  y Espíritu Santo.

R. Amén.

600. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XIII. BENDICIÓN DE UNA NUEVA ESCUELA O UNIVERSIDAD

601. La Iglesia ha patentizado siempre un interés especial por las escuelas, tanto las de grado inferior como las de superior, ya que en ellas se van abriendo las mentes de los discípulos hasta alcanzar una eficaz educación. Esto tiene aplicación sobre todo en aquellas instituciones católicas donde los adolescentes y jóvenes tienen la posibilidad de adquirir una cultura y una formación humana, al tiempo que van haciéndose receptivos al espíritu del Evangelio.

602. La bendición que aquí se propone tiene presente tanto al personal docente y a sus alumnos, como también a todos los que de algún modo están al servicio de la escuela o universidad, así como a la misma comunidad en cuyo provecho se erigen. Por eso es conveniente que todos estén presentes en la celebración, en cuanto sea posible.

603. Este rito pueden usarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando su estructura y sus principales elementos, adaptarán la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas.

604. En aquellos lugares donde se celebra cada año la bendición de las escuelas durante el tiempo pascual o en otro tiempo, si se utilizan los elementos indicados en este rito y también en el rito de la Bendición de los niños, capítulo I, núms. 136-157, será fácil preparar una celebración que tenga en cuenta a un tiempo al personal docente y al alumnado.

605. Esta bendición puede celebrarse también dentro de la celebración de la Misa. Si la nueva escuela o universidad tiene iglesia propia, y esta ha de ser dedicada o bendecida, en las letanías o en la oración de los fieles pueden intercalarse, según las circunstancias, algunas adecuadas invocaciones o intenciones relacionadas con el local y con la actividad de la escuela.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

606. Reunida la comunidad en el lugar adecuado, puede cantarse el salmo 66 (67) u otro canto apropiado. Terminado éste, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

607. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, fuente de sabiduría; Cristo, el Señor, su Palabra encarnada; y el Espíritu de la verdad, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

608. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El Dios de sabiduría nos conduce de diversas maneras a un conocimiento más profundo de sí mismo, conocimiento que completó en su Hijo, hecho hombre por nosotros. Los conocimientos, ciencias y enseñanzas de todo género, que la mente humana se esfuerza en profundizar, deben estar encaminados a la posesión de la verdad y a la adoración del Dios verdadero. Hoy imploramos la bendición divina sobre este lugar, destinado a la investigación, el aprendizaje y la difusión de la verdad, para que los educadores instruyan aquí a los niños y a los jóvenes, les enseñen a conciliar debidamente la sabiduría humana con la verdad evangélica, y sean, de este modo, capaces de guardar la fe verdadera y profesarla externamente con su conducta. Pediremos también que los discípulos descubran en sus profesores la presencia de Cristo Maestro, para que, enriquecidos con la ciencia y la enseñanza tanto humana como divina, lleguen a ser personas preparadas y aptas para iluminar y ayudar a los hermanos.

Lectura de la Palabra de Dios

609. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Mt 5, 1b. 2. 13-16: Vosotros sois la luz del mundo

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo:

Se sentó Jesús, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles:

—«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla afuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»

Palabra del Señor.

610. Pueden también leerse: Pr 1, 1-7; Sb 7, 7-20; Sb 9, 1-6. 10-18; Si 1, 1-4. 18-20; Si 51, 18-29; Ef 4, 11-24; Mt 11, 25-30.

611. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 118 (119), 97-98. 99-100. 124-125 (R.: cf. 105)*

R. Tu palabra, Señor, es luz en mi sendero.

¡Cuánto amo tu voluntad!
todo el día la estoy meditando;
tu mandato me hace más sabio que mis enemigos,
siempre me acompaña; **R.**

soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus leyes. **R.**

Trata con misericordia a tu siervo,
enséñame tus leyes;

yo soy tu siervo: dame inteligencia,
y conoceré tus preceptos. **R.**

612. **O bien:**

Sal 18B (19B), 8. 9. 10. 12

R. (Jn 6, 68c) Señor, tú tienes palabras de vida eterna.

Sal 77 (78), 1-2. 3-4. 5 y 7

R. (I Co 1, 30) Dios ha hecho a Cristo Jesús para nosotros sabiduría.

Sal 138 (139), 1-2. 3-4. 5-6. 17-18

R. (cf. 10) Tu derecha, Señor, me guiará.

613. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

614. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de las personas.

Puesto que la primicia de la sabiduría es el temor del Señor, invoquemos a Dios, pidiéndole que nos haga capaces de distinguir y practicar todo lo que es verdadero y justo. Supliquémosle, diciendo:

R. Danos, Señor, el Espíritu de sabiduría.

a) **Para una escuela**

Señor, Dios nuestro, que nos amas tanto que has querido que nos llamemos y seamos hijos tuyos,
—haz que **también** las ciencias humanas nos ayuden a ver con más claridad y vivir con plenitud nuestra vocación cristiana. **R.**

Tú que en Cristo, tu Hijo, nos diste el modelo del hombre nuevo, que va creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia,
—haz que, a medida que aumentan nuestros conocimientos humanos, crezca también nuestro aprovechamiento espiritual. **R.**

Tú que has dispuesto que el hombre llegue a su madurez mediante la cooperación de los demás,
—concédenos que todos los que trabajan en nuestra formación no dejen de inculcarnos la preocupación por el bien común. **R.**

Tú que eres el autor y el defensor de la dignidad humana,
—haz que los beneficios de una sana educación lleguen a todos los hombres de todos los lugares. **R.**

b) Para una universidad

Señor, Dios nuestro, que has hecho al hombre partícipe de tu misma sabiduría,
—haz que evitemos toda intención **meramente** terrena y que busquemos la formación íntegra de la persona. **R.**

Tú que enviaste al mundo a tu Hijo, luz verdadera, que alumbra a todo hombre, para que fuera testigo de la verdad,
—haz que, buscando libremente la verdad, podamos contribuir, con nuestros logros, al progreso de la sociedad humana. **R.**

Tú que, con sabia disposición, has querido que la unidad de la comunidad humana no fuera ajena al misterio de salvación,
—haz que el avance de la ciencia y de la pedagogía ayude eficazmente a la unión de los hombres. **R.**

Tú que nos diste el mandato evangélico de entregarnos plenamente al servicio de los hermanos,
—haz que nos esforcemos incansablemente y con voluntad unánime en la clara afirmación de los derechos humanos. **R.**

Oración de bendición

615. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Señor, Dios todopoderoso, escucha nuestras súplicas y haz que esta casa, dedicada a la formación humana de los jóvenes, al progreso de la ciencia y a la adquisición de nuevos conocimientos, sea un lugar en el que discípulos y maestros, instruidos con palabras de verdad, sigan las enseñanzas de vida cristiana y se esfuercen por unirse de todo corazón a Cristo, el único Maestro. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

616. O bien:

Oh, Dios, que nos concedes hoy inaugurar bajo tu protección este local destinado a la enseñanza, concédenos, por tu favor, que todos los que acudan a él para enseñar o aprender, busquen siempre la verdad y te reconozcan a ti como su única fuente. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

617. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y la casa, mientras se entona un canto adecuado.

Conclusión del rito

618. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

El Padre, Dios de todo conocimiento, nos instruya en sus caminos; Cristo, Sabiduría eterna, nos haga conocer la verdad; el Espíritu Santo, luz divina, ilumine siempre nuestras mentes, para que aprendamos lo que es justo y bueno y lo pongamos por obra.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

619. O bien, el celebrante, o el diácono si lo hay según las circunstancias, invita al pueblo a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego el celebrante, con las manos extendidas sobre los presentes, los bendice, diciendo:

El Dios de sabiduría os sostenga con su bendición.

R. Amén.

Cristo, el único Maestro, os enseñe palabras de vida eterna.

R. Amén.

El Espíritu Santo Defensor os guíe hasta la verdad plena.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

620. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

621. En la celebración de la Misa se eligen, según convenga, y guardando las debidas normas, las oraciones y lecturas de las Misas votivas del Espíritu Santo (5).

622. Después del Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual, basándose en el texto sagrado, explica también el significado del rito. Terminada la homilía, según las circunstancias, se dice el Símbolo o Credo.

623. La oración universal puede hacerse en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa o con las fórmulas indicadas anteriormente en las preces de este rito, núm. 614.

624. Terminada la oración después de la comunión, el celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos, pidamos humildemente a Dios, Señor de la sabiduría, que todos los que acudirán a este lugar en busca de una enseñanza científica y de unas normas de vida, reciban la instrucción interna del Espíritu Santo y escuchen la enseñanza de Cristo, Maestro en su Evangelio.

Todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice:

Señor, Dios todopoderoso, escucha nuestras súplicas y haz que esta casa, dedicada a la formación humana de los jóvenes, al progreso de la ciencia y a la adquisición de nuevos conocimientos, sea un lugar en el que discípulos y maestros, instruidos con palabras de verdad, sigan las enseñanzas de vida cristiana y se esfuercen por unirse de todo corazón a Cristo, el único Maestro. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

625. O bien:

Oh, Dios, que nos concedes hoy inaugurar bajo tu protección este local destinado a la enseñanza, concédenos, por tu favor, que todos los que acudan a él para enseñar o aprender busquen siempre la verdad y te reconozcan a ti como su única fuente. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

626. El celebrante, o el diácono si lo hay, según las circunstancias, invita al pueblo a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego el celebrante, con las manos extendidas sobre los presentes, los bendice, diciendo:

El Dios de sabiduría os sostenga con su bendición.

R. Amén.

Cristo, el único Maestro, os enseñe palabras de vida eterna.

R. Amén.

El Espíritu Santo Defensor os guíe hasta la verdad plena.

R. Amén.

Finalmente bendice a los presentes, añadiendo:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

627. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XIV. BENDICIÓN DE UNA NUEVA BIBLIOTECA

628. Cuando se inaugura una nueva biblioteca, máxime si está destinada al uso de alguna comunidad, se ofrece una buena oportunidad pastoral de impartirle la adecuada bendición y recordar a los fieles su significado.

629. Este Rito pueden utilizarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas.

630. En aquellos lugares donde cada año, durante el tiempo pascual o en otro tiempo, se imparte también la bendición a las bibliotecas u otros lugares similares, podrá disponerse una adecuada celebración, empleando de manera conveniente los principales elementos indicados en esta Bendición.

631. En el Rito de la bendición participarán siempre la comunidad misma, o por lo menos algunos representantes suyos.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

632. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado. Terminado éste, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

633. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Jesús, el Señor, que es el camino, y la verdad, y la vida, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

634. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La Palabra de Dios, que procede de la Suprema Verdad en persona y conduce a la verdad, es viva y eficaz y sigue su avance glorioso, no sólo cuando es escuchada en la predicación, sino también cuando es leída y percibida a través de los libros y de otros medios de comunicación social. Dios, en efecto, despierta en el corazón del hombre el deseo de conservar en los libros y demás medios los resultados de la investigación humana, que tiene por objetivo la conquista de la verdad. Esta verdad se halla de modo eminente en los libros de la Sagrada Escritura, por su condición de inspirados por Dios. Pero también los demás libros, que alimentan el pensamiento y la palabra del hombre, si se escriben y conservan para difundir la verdadera cultura, para una investigación más profunda de la verdad y para un honesto esparcimiento del espíritu, extraen siempre de la misma fuente divina de la sabiduría y de la bondad las cosas buenas que explican y divulgan. Así, la lectura puede contribuir a que la verdad se convierta en norma de vida, la sabiduría fomente la humildad y los hombres lleguen a una mayor armonía entre ellos. Por tanto es oportuno pedir la bendición de Dios para vuestra iniciativa, ordenada a la custodia y difusión de los libros, ya que es una manera de proclamar la verdad divina.

Lectura de la Palabra de Dios

635. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Col 3, 16-17: Todo lo que realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses.

La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Palabra de Dios.

636. Si se estima oportuno, puede hacerse una exposición de algún libro de la Sagrada Escritura, principalmente de los evangelios; o también una lectura prolongada de la misma Sagrada Escritura, pero sin omitir la homilía antes de la oración de bendición.

637. Textos de la Sagrada Escritura que pueden emplearse: Lc 1, 1-4; Lc 4, 16-22a; Jn 21, 24-25.

638. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 18B (19B), 8. 9. 10. 11 (R.: Jn 6, 63c)*

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. **R.**

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. **R.**

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. **R.**

Más preciosos que el oro,
más que el oro fino;
más dulces que la miel
de un panal que destila. **R.**

639. O bien:

Sal 76 (77), 12-13. 14-15. 16

R. (15) Tú, oh, Dios, haces maravillas.

640. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

641. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios, nuestro Señor, nos hace ver en la misma naturaleza sus palabras, hechos y prodigios y nos los da a conocer en los libros sagrados, leídos con fe; invoquémoslo, diciendo unidos de corazón:

R. Haz, Señor, que te busquemos siempre y, buscándote, te encontremos.

Cristo, Redentor nuestro, Palabra del Padre y Sabiduría eterna, luz verdadera que alumbra a todo hombre,
—muéstranos el camino de la verdad. **R.**

Tú que prometiste a tus discípulos que el Espíritu Santo les enseñaría la verdad plena, para que pudieran penetrar más profundamente los misterios divinos,
—haz que, con la inspiración y la ayuda del mismo Espíritu estemos perfectamente instruidos para toda obra buena. **R.**

Tú que en Nazaret desenrollaste el libro y explicaste a los presentes el texto proclamado,
—haz que busquemos siempre la verdad y que la realicemos en el amor.
R.

Tú que quisiste que quedaran consignadas por escrito muchas de tus obras, para que creamos y para que, creyendo, tengamos vida en tu Nombre,
—haz que, con fe y con generosidad, abramos a nuestros hermanos el camino de la verdad y de la salvación. **R.**

Tú que quisiste que tus discípulos y fieles comunicaran a los demás el fruto de sus reflexiones y experiencias,
—haz que escuchemos con docilidad a aquellos maestros llenos de prudencia y de sana doctrina. **R.**

Tú que eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,
—haz que nuestros nombres se hallen escritos en el Libro de la Vida. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

642. *Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante implora la ayuda divina, con estas palabras u otras semejantes:*

Señor, Dios de sabiduría, haz que caminemos en tu verdad.

R. Señor, ten piedad.

Tú, Señor, que conoces todo, enséñanos tus caminos.

R. Señor, ten piedad.

Tú que en tu sabiduría formaste el mundo, haz que sepamos conocer lo que te es grato.

R. Señor, ten piedad.

Da la sabiduría asistente de tu trono a todos los que **aquí** vendrán para leer o estudiar.

R. Señor, ten piedad.

Haz que todos los que acudan a este lugar vayan progresando en el conocimiento de las cosas divinas y humanas y en tu amor.

R. Señor, ten piedad.

643. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Eres grande, Señor, Dios nuestro, tú que en distintas ocasiones y de muchas maneras te has revelado a los hombres y te has dignado entregarnos tu Palabra en la Escritura inspirada por ti; atiende ahora nuestras súplicas: que todos los que acudan a esta biblioteca para cultivar las ciencias y las artes se pongan al servicio de la sabiduría que dimana de tu Palabra encarnada y, debidamente instruidos en la sana doctrina, trabajen asiduamente en la edificación de un mundo más humano. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

644. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y el local.

Conclusión del rito

645. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

El Padre, Dios de todo conocimiento, nos instruya en sus caminos; Cristo, Sabiduría eterna, nos haga conocer la verdad; el Espíritu Santo, luz divina, ilumine siempre nuestras mentes, para que aprendamos lo que es justo y bueno y lo pongamos por obra.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

646. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XV.
**BENDICIÓN DE UN NUEVO HOSPITAL O DE
CUALQUIER CENTRO DESTINADO AL CUIDADO DE
LOS ENFERMOS**

647. Todas las casas destinadas al cuidado de los enfermos pueden con razón ser consideradas como un signo de la fidelidad con que los discípulos de Cristo observan el mandato evangélico de atender a los enfermos. En la inauguración de estos establecimientos, se ofrece la oportunidad pastoral de reunir a la comunidad cristiana y hacer que los fieles comprendan mejor el significado de la enfermedad y la importancia que reviste la medicina en los designios de la providencia divina.

648. Esta bendición no se refiere directamente a los enfermos, sino más bien a los que de algún modo los atienden y los sirven. Por lo mismo, la bendición del hospital no debe hacerse sin la participación de los médicos y demás personas que tienen a su cargo el cuidado de los pacientes.

649. Este rito pueden utilizarlo el presbítero o el diácono, los cuales, respetando su estructura y elementos principales, podrán adaptar cada una de sus partes para que la celebración se acomode mejor a las circunstancias del lugar y de las personas.

650. En aquellos lugares donde se celebra cada año, durante el tiempo pascual o en otro tiempo determinado, la bendición en los hospitales o casas de salud, se preparará una celebración que tenga en cuenta a los enfermos, a los médicos y a los enfermeros, utilizando para ello los principales elementos de este Rito y el de la bendición de los enfermos, capítulo II, núms. 297-320

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

651. Reunida la comunidad en el lugar adecuado, después de un canto conveniente el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

652. Luego el celebrante saluda a los presentes diciendo:

Jesús, el Señor, que recomendó a sus discípulos que atendieran a los enfermos y les proporcionaran alivio, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

653. El celebrante dispone a los presentes para recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El Padre de misericordia y Dios del consuelo, que por medio de su Hijo nos alienta en el Espíritu Santo, ama y bendice de un modo especial a los que se encuentran atribulados, a los enfermos y a todos los que atienden y sirven a los enfermos.

Los enfermos, en efecto, no sólo completan en su carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo, que es la Iglesia, sino que además representan en cierto modo al mismo Cristo, que afirmó que está presente en los enfermos y considera como dirigida a Sí mismo cualquier atención que se tenga con ellos. Es justo, por tanto, que imploremos la bendición divina sobre los enfermos que (viven) vivirán en esta casa y sobre las personas que en ella se (dedican) dedicarán generosamente a atenderlos, y, por tanto, también sobre esta casa, destinada al cuidado de los enfermos.

Lectura de la Palabra de Dios

654. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Mt 4, 23-25: Traían a Jesús los enfermos, y él los curaba

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo:

Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo. Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos. Y él los curaba. Y le seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

Palabra del Señor.

655. Pueden también leerse: *Si 38, 1-14; 2 Co 1, 3-7; Mt 25, 31-46; Lc 10, 30-37.*

656. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Is 38, 10. 11. 12abcd. 16b-17 (R.: cf. 17a)

R. Tú, Señor, detuviste mi alma ante la tumba vacía.

Yo pensé: «En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años.» **R.**

Yo pensé: «Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo. **R.**

Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor, devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama.» **R.**

Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados. **R.**

657. O bien:

Sal 101 (102), 2-3. 24-25

R. (2) Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti.

658. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

659. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento o de las personas.

Supliquemos con humildad a Cristo, el Señor, que vino al mundo para curar a los enfermos y consolar a los afligidos:

R. Bendice, Señor, a los que en ti confían.

Tú que viniste a curar a los enfermos y sanar los corazones afligidos,
—toma posesión de esta casa destinada al cuidado de los enfermos. **R.**

Tú que, proclamando el Evangelio del reino, curabas las enfermedades
y dolencias del pueblo,
muestra a todos tu misericordia y tu bondad. **R.**

Tú que tocabas a los enfermos y quedaban curados,
—presta el auxilio de tu gracia a los enfermos que aquí serán (son)
atendidos. **R.**

Tú que encomendaste a los, apóstoles que curaran a los enfermos,
—escucha las súplicas de tu Iglesia, que pide la salud para ellos. **R.**

Tú que prometiste el premio celestial a los que en tu Nombre visiten y consuelen a los enfermos,
—infunde en nosotros sentimientos de compasión, para que sepamos descubrirte y amarte en los hermanos enfermos. **R.**

Oración de bendición

660. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Señor, Dios nuestro, cuyo Hijo, movido por la fuerza del Espíritu Santo, curó nuestras enfermedades y dolencias y, al enviar a los discípulos a proclamar el Evangelio, les mandó que visitaran y curaran a los enfermos, concédenos, por tu bondad, que todos los que vivan (viven) en este lugar encuentren un trato humano y unas atenciones llenas de solicitud por parte de los médicos y sus ayudantes y que, al salir de aquí, recuperada la salud del cuerpo y del espíritu, alaben para siempre tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

661. O bien:

Bendito seas, Dios y Padre nuestro, que, por medio de tu Hijo, encomendaste al pueblo que anda en una vida nueva el cuidado y la solicitud por los enfermos; atiende nuestras súplicas: que este lugar sea, por la gracia del Espíritu Santo, una casa de bendición y una escuela de caridad; que los médicos ejerzan sabiamente su profesión, que los que cuidan de los enfermos practiquen este servicio con solicitud, que los fieles vengán aquí para visitar a Cristo en la persona de los hermanos, y, los enfermos, confortados por el amor de todos, recuperen pronto la salud y te den gracias por este gran beneficio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

662. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y la casa, mientras se interpreta un canto adecuado.

Conclusión del rito

663. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

Dios, consuelo de los afligidos y fuerza de los débiles, que os ha reunido para la inauguración y bendición de esta casa, destinada al cuidado de los enfermos, os fortalezca con su gracia, para que, prestando a los enfermos una asistencia llena de amor y solicitud, sirváis fielmente en ellos al mismo Cristo, el Señor. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

664. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XVI. **BENDICIÓN DE UN LABORATORIO, UN TALLER O UNA TIENDA DE COMERCIO**

665. El hombre, con el trabajo asiduo de sus manos, y el desempeño de su cometido, cuida incesantemente de la creación. Por otra parte, «el progreso de las técnicas de producción y la mejor organización del comercio y de los servicios han convertido la economía en un instrumento capaz de satisfacer las nuevas necesidades de la familia humana que no dejan de acrecentarse» (6). Existe, pues, motivo más que suficiente para bendecir aquellos lugares donde el hombre trabaja con empeño en beneficio propio y en provecho de sus semejantes.

666. Esta celebración mira no sólo a la comunidad en cuyo beneficio se construyen los nuevos laboratorios, talleres y tiendas de comercio, sino también a los que en ellos trabajan. De ahí que en la celebración de la bendición se requiera la presencia de la comunidad o, por lo menos, de algunos de sus representantes, como también de los que de un modo u otro trabajarán en los diversos menesteres.

667. Este rito puede utilizarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando su estructura y los elementos principales de que consta, adaptarán la celebración a las circunstancias concretas del lugar y de las personas.

668. En aquellas regiones donde cada año, durante el tiempo pascual o en cualquier otro tiempo, parece oportuno impartir también la bendición en dichos locales, se preparará una adecuada celebración, empleando de manera conveniente los principales elementos que se indican en esta Bendición.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

669. Reunida la comunidad en el lugar adecuado, después de un canto conveniente el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

670. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que dio al hombre el mando sobre las obras de sus manos, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

671. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Jesucristo puso de manifiesto la gran dignidad del trabajo cuando Él mismo, la Palabra del Padre hecha carne, quiso ser llamado hijo del carpintero y trabajar humildemente con sus propias manos. Así alejó la antigua maldición del pecado y convirtió el trabajo humano en fuente de bendición. En efecto, el hombre, realizando fielmente su trabajo y todo lo que se refiere al progreso temporal y ofreciéndolo humildemente a Dios, se purifica a sí mismo, desarrolla con su inteligencia y habilidad la obra de la creación, ejercita la caridad, se hace capaz de ayudar a los que son más pobres que él y, asociándose a Cristo Redentor, se perfecciona en el amor a Él. Bendigamos, pues, a Dios y pidámosle que derrame su bendición sobre todos los que desempeñen sus tareas en este lugar.

Lectura de la Palabra de Dios

672. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Gn 1, 27-31a: Llenad la tierra y sometedla

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Génesis.

Creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo:

—«Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra.»

Y dijo Dios:

—«Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que engendran semilla os servirán de alimento; y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra, a todo ser que respira, la hierba verde les servirá de alimento». Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno.

Palabra de Dios.

673. O bien:

Mc 6, 1-3: ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos.

En aquel tiempo, se marchó Jesús de allí y fue a su pueblo en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada:

—«¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?»

Y esto les resultaba escandaloso.

Palabra del Señor.

674. Pueden también leerse: Si 38, 24-34; 1 Ts 4, 9-12; 2 Ts 3, 6-13; Mt 6, 25-34; Mt 25, 14-29; Lc 16, 9-12.

675. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 89 (90), 2. 3-4. 12-13. 14 y 16 (R.: cf. 17)

R. Haz prósperas, Señor, las obras de nuestras manos.

Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios. **R.**

Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: «Retornad, hijos de Adán.»
Mil años en tu presencia
son un ayer que pasó;
una vela nocturna. **R.**

Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos. **R.**

Por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria. **R.**

676. **O bien:**

Sal 103 (104), lab y 5. 14-15. 23-24

R. (31) Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras.

677. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

678. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios, nuestro Señor, que creó el mundo y lo llenó de maravillas como signo de su poder, santificó también en sus orígenes el trabajo del hombre, para que éste, sometiéndose humildemente a la bondad del Creador, se dedicara con perseverancia a perfeccionar de día en día la obra de la creación. Roguémosle, pues, diciendo:

R. Guía, Señor, las obras de nuestras manos.

Bendito seas, Señor, que nos has dado la ley del trabajo, para que, con nuestra inteligencia y nuestros brazos, nos dediquemos con empeño a perfeccionar las cosas creadas. **R.**

Bendito seas, Señor, que quisiste que tu Hijo, hecho hombre por nosotros, trabajara como humilde artesano. **R.**

Bendito seas, Señor, que has hecho que en Cristo nos fuera llevadero el yugo y ligera la carga de nuestro trabajo. **R.**

Bendito seas, Señor, que en tu providencia nos exiges que procuremos hacer nuestro trabajo con la máxima perfección. **R.**

Bendito seas, Señor, que te dignas aceptar nuestro trabajo como una ofrenda y como una penitencia saludable, motivo de alegría para los hermanos y ocasión de prestar ayuda a los pobres. **R.**

Bendito seas, Señor, que elevas a la sublime dignidad de la Eucaristía el pan y el vino, fruto de nuestro trabajo. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

679. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante invita a todos a orar, para que imploren la ayuda divina, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Sigue la oración de bendición.

Oración de bendición

680. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

a) Bendición de un laboratorio

Oh, Dios, que en el designio de tu providencia, aceptas bondadosamente perfeccionar con tus bendiciones todas las actividades de los hombres, tanto las corporales como las intelectuales, te pedimos que todos los que en este lugar traten, con sus experimentos, de estudiar los males y hallar los remedios, puedan, con tu ayuda, determinar con precisión lo que investiguen y realizar con éxito el fruto de su estudio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) Bendición de un taller

Oh, Dios, tu Hijo, con el trabajo de sus manos, elevó la dignidad del trabajo humano y nos concedió el don inestimable de colaborar con nuestro trabajo a su obra redentora; concede a tus fieles la bendición que esperan de ti, para que, dedicándose a transformar con habilidad las cosas que tú has creado, reconozcan su dignidad y se alegren de aliviar con su esfuerzo las necesidades de la familia humana, para alabanza de tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

c) Bendición de una tienda de comercio

Dios, Padre providentísimo, que pusiste en manos del hombre la tierra y sus productos para que contribuyera con su trabajo a que los bienes creados alcancen a todos, bendice a los que usen este local y haz que, observando en sus compras y ventas la justicia y la caridad, puedan

alegrarse de contribuir al bien común y al progreso de la comunidad humana. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

681. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y el local, mientras se interpreta un canto adecuado.

Conclusión del rito

682. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

Dios, Padre de bondad, que nos ha mandado ayudarnos en todo como verdaderos hermanos, dirige su mirada bondadosa sobre vosotros y sobre todos los que entren aquí.

R. Amén.

Luego dice:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

683. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XVII. BENDICIÓN DE LOCALES DESTINADOS A LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

684. La madre Iglesia acepta y secunda con especial solicitud aquellos inventos de la técnica que miran principalmente al desenvolvimiento del espíritu humano. Entre estos inventos, destacan aquellos mecanismos que pueden influir, no sólo en las personas individualmente consideradas, sino también en las multitudes y en la totalidad de la sociedad humana, como son la prensa, el cine, la radio, la televisión y otros semejantes que con razón se llaman medios de comunicación social. La bendición de locales y medios destinados a este tipo de comunicación es una forma de patentizar el interés y la preocupación de la Iglesia por su recta utilización.

685. Esta celebración afecta tanto a la comunidad en cuyo beneficio se construyen estos locales e instrumentos, como principalmente a todos los que de algún modo, en ellos y por medio de ellos, difundirán entre los hombres noticias, pensamientos y comunicados de diversa índole. De ahí que en la celebración de la bendición se requiera la presencia de la comunidad o, por lo menos, de algunos delegados suyos que la representen, y de algunos de los que dirigen o trabajan en dichos establecimientos o medios.

686. Este rito puede emplearlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, pueden siempre adaptar algunas de sus partes para que la celebración se acomode mejor a las circunstancias del lugar y de las personas.

687. En aquellas regiones donde cada año, durante el tiempo pascual o en cualquier otro tiempo, parece oportuno impartir también la bendición en dichos locales, se dispondrá una adecuada celebración, empleando de manera conveniente los principales elementos que se indican en esta Bendición.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

688. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

689. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que nos envió a su Hijo como Mensajero de la salvación, y que continuamente derrama en nuestros corazones el Espíritu de la verdad, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

690. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Dios, cuya sabiduría no tiene límites y cuya bondad es un tesoro inagotable, ilumina sin cesar la mente de los hombres, para que descubran nuevos medios que les permitan comunicarse entre sí y transmitir todo tipo de noticias. Estos hallazgos de la técnica, debidamente empleados, son de gran ayuda para la humanidad, ya que contribuyen en gran medida a que pueda acudir en socorro de las personas cuando se presenta alguna necesidad, y ayudan también a cultivar y distraer el espíritu y, llegada la ocasión, a propagar y consolidar el Reino de Dios.

Lectura de la Palabra de Dios

691. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Mc 16, 14a. 15-20: Proclamad el Evangelio a toda la creación

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos.

Se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les dijo:

—«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi Nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos.»

Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor.

692. Pueden también leerse: *Ba 3, 29-36; Flp 4, 8-9; Hb 4, 12-16; Mt 5, Jb. 2. 13-16.*

693. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 8, 4-5. 6-7a. 7b-9 (R.: 2ab)*

R. Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? **R.**

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos. **R.**

Todo lo sometiste bajo sus pies:
rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. **R.**

694. O bien:

Sal 18A (19A), 2-3. 4-5

R. (5) A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje.

Sal 103 (104), 24. 31-32. 33-34

R. (24c) La tierra está llena de tus criaturas, Señor.

695. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

696. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

La facilidad de comunicación entre los hombres, si se emplea debidamente, ayuda en gran medida al progreso de la familia humana y es conforme a la intención de Dios, ya que desea ver a los hombres unidos en la verdad y la libertad.

Proclamemos, pues, las maravillas de Dios, diciendo:

R. ¡Qué admirables son tus obras, Señor!

Bendito seas, Señor, Sabiduría eterna, que iluminas la mente de los hombres y, con tu bendición, haces progresar sus iniciativas. **R.**

Bendito seas, Señor, que a través de las realidades visibles nos animas a escrutar las invisibles. **R.**

Bendito seas, Señor, que descubres siempre los secretos de tu omnipotencia a los que te buscan de verdad. **R.**

Bendito seas, Señor, que nos mueves a investigar los misterios de la naturaleza y a reconocerte y alabarte como su Autor. **R**

Bendito seas, Señor, que has querido reunir en Cristo a tus hijos dispersos a causa del pecado, para que formen todos una sola familia. **R.**

Bendito seas, Señor, que quieres que el Evangelio del Reino sea anunciado a todos los hombres, para que te reconozcan a ti como único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

697. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante dice la oración de bendición.

Oración de bendición

698. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Humildemente te bendecimos, Señor, Dios todopoderoso, que nos iluminas y nos animas a descubrir los misterios de la naturaleza, creada por ti, y a esforzarnos en perfeccionar tu obra; mira con bondad a tus servidores, Señor, que usarán estos instrumentos de la técnica, fruto de un largo y cuidadoso esfuerzo; haz que comuniquen la verdad, defiendan la justicia, fomenten la caridad, extiendan la alegría y hagan crecer entre todos la paz que nos trajo del cielo Cristo, el Señor, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

R. Amén.

699. Después de la oración de bendición, según las circunstancias, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y el local, mientras se interpreta un canto adecuado.

Conclusión del rito

700. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

Dios, creador de todo, que realiza constantemente sus maravillas, ilumine nuestras mentes, para que lo conozcamos mejor y trabajemos con firmeza por el progreso de la verdad y de la paz.

R. Amén.

Luego dice:

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

701. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XVIII. **BENDICIÓN DE GIMNASIOS Y OTRAS INSTALACIONES DEPORTIVAS**

702. Los ejercicios físicos son útiles para robustecer la salud corporal y conservar el equilibrio psíquico, no menos que para fomentar relaciones de fraternidad entre los hombres de cualquier raza, nación o condición. Para recordar estas ventajas, puede resultar oportuna la celebración de la bendición. Ésta puede tener lugar a raíz de la inauguración de algún gimnasio u otro local destinado a la práctica de la cultura física, sobre todo si lo utilizan principalmente los cristianos.

703. Esta celebración afecta tanto a aquellos en cuyo provecho se construyen estos complejos deportivos como a los que los dirigen o de un modo u otro trabajan en ellos. De ahí que la bendición no deba hacerse sin su asistencia.

704. Este esquema pueden usarlo el sacerdote o el diácono, los cuales, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas.

705. En aquellas regiones donde en el Tiempo pascual o en cualquier otro tiempo se juzga oportuno celebrar también la bendición en los gimnasios y otras instalaciones deportivas, se puede preparar una adecuada celebración adoptando los principales elementos descritos en este formulario.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

706. Al principio de la celebración, reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

707. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:
Dios, fuente y origen de todas las cosas, de quien nos vienen todos los bienes, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

708. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Dios nos ha dado las fuerzas para que le sirvamos con alegría, ayudemos a los hermanos, y nuestro cuerpo, sujeto a la ley de Dios, esté dispuesto para toda obra buena. Por tanto, Dios aprueba que dediquemos un tiempo al descanso del espíritu y al ejercicio corporal, que nos ayudan a mantener el equilibrio interior y a comportarnos fraternal y amistosamente con los demás.

Lectura de la Palabra de Dios

709. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura.

I Co 9, 24-27: Corred para ganar

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios.

Ya sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la carrera, aunque uno sólo se lleva el premio. Corred así: para ganar. Pero un atleta se impone toda clase de privaciones. Ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita. Por eso corro yo, pero no al azar; boxeo, pero no contra el aire; mis golpes van a mi cuerpo y lo tengo a mi servicio, no sea que, después de predicar a los otros, me descalifiquen a mí.

Palabra de Dios.

710. Pueden también leerse: *I Co 3, 16-17; I Co 6, 19-20; Flp 3, 12-15.*

711. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5 (R.: 3c)*

R. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. **R.**

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. **R.**

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. **R.**

«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.» **R.**

712. **O bien:**

Sal 148, 5-6. ll-13b. 13c-14

R. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.

713. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

714. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Jesús, el Señor, que es nuestra alegría y nuestra fuerza, llama a todos los hombres hacia sí, para que los que están cansados y agobiados, permaneciendo en su amor, encuentren en él alivio y consuelo. Invoquémoslo, pues, diciendo confiadamente:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que eres la vida de todos los que redimiste con tu sangre:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que eres la fortaleza de los débiles y el premio de los fuertes:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que pasaste haciendo el bien y curando a todos:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que nos envías el Espíritu Defensor, para que nos robustezca:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que has puesto la fuente de la verdadera alegría en el amor a ti y a los hermanos:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que escuchas nuestras súplicas, para que nuestra alegría sea completa:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Tú que quieres que, unidos a ti, tengamos un mismo pensar y un mismo sentir:

R. Atráenos hacia ti, Señor.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

715. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante dice la oración de bendición.

Oración de bendición

716. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Señor, te alabamos sin cesar, porque todo lo dispones de modo admirable y moderas con sabiduría el trabajo y las ocupaciones de los hombres, concediéndoles un tiempo de descanso y honesta diversión, para reposo de sus cuerpos y alivio de sus mentes. Imploramos, Señor, tu clemencia, para que este lugar cumpla debidamente su misión, favorezca el ocio y el recreo del espíritu y asegure la salud del cuerpo y de la mente, de modo que los que aquí acudan se enriquezcan mutuamente con un trato fraterno y juntos te alaben con alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

717. Después de la oración de bendición, según las circunstancias, el celebrante rocía con agua bendita a los presentes y el local, mientras se entona un canto adecuado.

Conclusión del rito

718. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los presentes:

Dios, que ilumina nuestras mentes y repone nuestras fuerzas corporales, dirija todas nuestras acciones, para que poseamos, cada día con más plenitud, la alegría del corazón y la concordia de nuestras voluntades.

R. Amén.

Luego dice:

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

719. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XIX. BENDICIÓN DE TODO LO RELACIONADO CON LOS DESPLAZAMIENTOS HUMANOS

720. La vida humana encuentra una eficaz ayuda en el uso de aquellos medios o instrumentos que sirven para acortar las distancias y hacer posible el encuentro, la unión y la mutua comunicación entre los hombres, y que pueden designarse, de un modo genérico, como medios relacionados con los desplazamientos humanos. Entre estas realidades cabe enumerar, por ejemplo, una calle o carretera, una plaza, un puente, una vía férrea, un puerto, un vehículo cualquiera, una nave y un avión. Puesto que en el uso de dichos medios se aviva y fomenta la conciencia de las mutuas obligaciones, ello nos ofrece una buena ocasión de bendecir a Dios y de orar al mismo tiempo por las personas que los utilizarán en lo sucesivo.

721. El rito que aquí se ofrece puede utilizarse con motivo del estreno o inauguración de aquellos medios que, de un modo u otro, se relacionan con los viajes o los desplazamientos. No obstante, si en algún lugar es habitual que, en días determinados, la gente acuda a la Iglesia utilizando coches u otros medios de locomoción para implorar la bendición divina, como prenda de la protección de Dios en sus viajes, puede hacerse una bendición especial para este caso, sirviéndose de los elementos de este rito.

722. La bendición de calles o carreteras, puentes, plazas, vías férreas, atañe a la comunidad en cuyo beneficio se construyen. Por esto se requiere la presencia de la comunidad o, por lo menos, de algunos delegados suyos, que la representen.

723. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

724. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

725. Cuando se ha de bendecir un solo vehículo, puede emplearse el Rito breve propuesto más adelante, núms. 743-747.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

726. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

727. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

El Señor, que es el camino, y la verdad, y la vida, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

728. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Bendigamos concordés a Jesucristo, el Señor, que es el camino, y la verdad, y la vida.

Todos responden:

Amén.

729. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Cristo, el Hijo de Dios, vino al mundo para reunir a los dispersos. Por consiguiente, todo aquello que contribuye a que los hombres se unan entre sí es conforme a los designios de Dios, ya que la construcción de nuevas vías de comunicación y el progreso técnico en los transportes acortan las distancias existentes y suprimen la separación que existe entre los pueblos a causa de las montañas o los mares. Pidamos al Señor que bendiga a los que han trabajado en la construcción de esta obra (este medio de transporte) y proteja con su ayuda a los usuarios.

Lectura de la Palabra de Dios

730. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, elegido de manera que esté relacionado con las circunstancias concretas del caso.

Jn 14, 6-7: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Dijo Jesús a sus discípulos:

—«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.»

Palabra del Señor.

731. O bien:

Heb 17, 22-28: En él vivimos, nos movemos y existimos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Hechos de los apóstoles.

Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo:

—«Atenienses, veo que sois casi nimios en lo que toca a religión. Porque, paseándome por ahí y fijándome en vuestros monumentos sagrados, me encontré un altar con esta inscripción: "Al Dios desconocido." Pues eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y lo que contiene, él es Señor de cielo y tierra y no habita en templos contruidos por hombres, ni lo sirven manos humanas; como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo. De un solo hombre sacó todo el género humano para que habitara la tierra entera, determinando las épocas de su historia y las fronteras de sus territorios. Quería que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él

vivimos, nos movemos y existimos; así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas: "Somos estirpe suya."»

Palabra de Dios.

732. Pueden también leerse: Is 40, la. 3-5; Hch 8, 27-39; Mc 4, 35-41; Lc 3, 3-6; Jn 1, 47-51; Jn 14, 1-7.

733. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 24 (25), 4-5. 9-10. 12-13 (R.: 2a)*

R. Dios mío, en ti confío.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando. **R.**

Hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.
Las sendas del Señor son misericordia y lealtad
para los que guardan su alianza y sus mandatos. **R.**

¿Hay alguien que tema al Señor?
Él le enseñará el camino escogido:
su alma vivirá feliz,
se descendencia poseerá la tierra. **R.**

734. O bien:

Sal 22 (23), 1-3. 4. 5. 6

R. (cf. 3b) Guíame, Señor, por el sendero justo.

Sal 150, 1-2. 3-4. 5

R. (2b) Alabad al Señor por su inmensa grandeza.

735. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

736. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Unamos nuestras voces para invocar humildemente a Jesucristo, el Señor, que es el camino que nos conduce a la patria definitiva.

R. Guía, Señor, nuestros pasos por tu camino.

Jesús, Señor, que al hacerte hombre has querido convivir con los hombres,
-concédenos, con el apoyo de tu presencia constante, caminar felizmente por la senda de tu amor. **R.**

Jesús, Señor, que recorrías las poblaciones anunciando tu Evangelio y curando a los enfermos,
-continúa transitando por nuestras plazas y calles y confórtanos con tu misericordia. **R.**

Jesús, Señor, que te presentaste a los discípulos cuando navegaban por el mar y los libraste del peligro,
-asístenos siempre en las tempestades de este mundo. **R.**

Jesús, Señor, que te hiciste compañero de camino de tus discípulos,
-bendice nuestros pasos e inflama nuestro corazón con tu palabra. **R.**

Jesús, Señor, que al subir al cielo nos abriste camino a nosotros,

-ampáranos durante nuestra peregrinación en la tierra, hasta que lleguemos al hogar que tu Padre nos tiene preparado. **R.**

Jesús, Señor, que nos encomendaste como hijos a María, tu madre, —danos, por su intercesión, seguridad en nuestros viajes, para que un día podamos contemplarte y alegrarnos contigo para siempre. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

737. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

738. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

- a) Bendición de un puente, de una calle o carretera, de una plaza, de una vía férrea, de un puerto, de un aeropuerto

1. Oh, Dios, que estás cerca de todos los que viven entregados a tu servicio y velas con solicitud de padre por los que confían en ti, dignate preceder con tu gracia y seguir cerca con tu compañía a todos los que pasen por esta calle (carretera, plaza/este puente), para que, con tu protección, superen todas las dificultades de la vida, vean cumplidos sus deseos y lleguen felizmente al lugar de su destino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

2. Dios grande y misericordioso, ni la distancia ni el tiempo pueden separar de ti a los que tú proteges; asiste a tus siervos, que confían en ti, dondequiera que se hallen; dignate ser su guía y compañero a lo largo de todo su camino; que no les dañe ninguna adversidad, que ninguna dificultad se les oponga, que todo les sea ventajoso y próspero, para que, amparados por tu mano, alcancen felizmente sus justos deseos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) Bendición de un vehículo cualquiera

Dios todopoderoso, creador del cielo y la tierra, que, en tu gran sabiduría, encomendaste al hombre hacer cosas grandes y bellas, te pedimos por los que usen este vehículo: que recorran su camino con precaución y seguridad, eviten toda imprudencia peligrosa para los otros, y, tanto si viajan por placer o por necesidad, experimenten siempre la compañía de Cristo, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

R. Amén.

c) Bendición de un avión

1. Señor, Dios nuestro, a quien las nubes sirven de carroza, y que avanzas en las alas del viento, concédenos que este avión, construido por el ingenio y la habilidad de tus hijos, recorra apaciblemente sus rutas y transporte a los viajeros felizmente y sin daño, gracias a tu protección, hasta llegar al término de su viaje.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

2. Señor, Dios nuestro, que avanzas en las alas del viento, el cielo proclama tu gloria y el firmamento pregonas la obra de tus manos; te bendecimos y proclamamos tu grandeza, porque, en tu gran sabiduría, encomendaste al hombre hacer cosas grandes y bellas. Concédenos que esta aeronave sirva para extender más ampliamente la gloria de tu Nombre y para una más rápida solución de nuestros negocios. Que, por tu bendición, los pilotos de este avión actúen siempre con prudencia y habilidad y, volando con seguridad y sin peligro, conduzcan a los pasajeros felizmente a su destino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

d) Bendición de una barca

Atiende, Señor, nuestras súplicas, con las que imploramos tu clemencia, para que alejes de esta barca todo vendaval adverso y domines con tu poder la turbulencia de las olas; así, los que en ella naveguen, salvaguardados con tu protección, podrán ver realizados sus deseos y llegar salvos al puerto anhelado. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

e) Bendición de una nave

Oh, Dios, que con amor manejas el timón de la Iglesia en medio de las tempestades de este mundo, te pedimos que esta nave y sus pasajeros naveguen favorablemente por sus rutas y, llevándote a ti por piloto, puedan superar todos los riesgos del mar, disfruten felizmente de su viaje y arriben un día con alegría al puerto de la seguridad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

739. Después de la oración de bendición, según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita los locales, los vehículos y a los asistentes, mientras se entona un canto adecuado.

Conclusión del rito

740. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

El Señor os guíe en vuestros desplazamientos, para que hagáis en paz vuestro camino y lleguéis a la vida eterna.

R. Amén.

Luego dice:

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

741. Si es laico, el ministro, invocando la bendición de Dios y santiguándose, dice:

El Señor nos guíe en nuestros desplazamientos, para que hagamos en paz nuestro camino y lleguemos a la vida eterna.

R. Amén.

742. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO BREVE

743. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

744. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la Sagrada Escritura, por ejemplo:

Jn 14, 6: Dijo Jesús: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.»

Mt 22, 37a. 39b-40: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas.

745. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos.

Dios todopoderoso, creador del cielo y la tierra, que, en tu gran sabiduría, encomendaste al hombre hacer cosas grandes y bellas, te pedimos por los que usen este vehículo: que recorran su camino con precaución y seguridad, eviten toda imprudencia peligrosa para los otros, y, tanto si viajan por placer o por necesidad, experimenten siempre la compañía de Cristo, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

R. Amén.

746. O bien, para una barca:

Atiende, Señor, nuestras súplicas, con las que imploramos tu clemencia, para que alejes de esta barca todo vendaval adverso y domines con tu poder la turbulencia de las olas; así, los que en ella naveguen, salvaguardados con tu protección, podrán ver realizados sus deseos y llegar salvos al puerto anhelado. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

747. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y el vehículo.

Capítulo XX. BENDICIÓN DE ALGUNOS INSTRUMENTOS TÉCNICOS

748. El hombre, con su trabajo y su ingenio, con la ayuda de la ciencia y de la técnica, va dilatando más y más su dominio sobre la naturaleza. Merced a ello y aportando su propia actividad, se granjea gran número de bienes, contribuyendo así a mejorar las condiciones de vida propia y de sus semejantes. Cuando se inauguran, presentándolos por vez primera, determinados instrumentos técnicos, puede resultar oportuna una celebración que ponga más de relieve cómo el mensaje cristiano impone a los hombres el deber ineludible y social de mejorar el mundo. (7).

749. El rito de bendición que aquí se propone concierne tanto a la comunidad en cuyo provecho se ponen en funcionamiento esos instrumentos técnicos (como por ejemplo, una central eléctrica, un acueducto, un sismógrafo, etc.), como principalmente a todos los que de algún modo dirigirán o manejarán estos instrumentos. Por eso se requiere en la celebración la presencia por lo menos de algunos representantes suyos.

750. Este esquema pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono y también el laico, con los ritos y fórmulas para él previstos.

751. Con objeto de adaptar la celebración a las circunstancias concretas del lugar y de las personas, pueden adoptarse algunos de los elementos de este formulario, respetando siempre la estructura de la celebración y sus principales elementos.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

752. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

753. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes diciendo:

Dios, que dio al hombre el mando sobre las obras de sus manos, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

754. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Proclamemos la grandeza de Dios, que dio al hombre el mando sobre las obras de sus manos.

Todos responden:

R. Amén.

755. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

El hombre, con el trabajo de sus manos y con la ayuda de la técnica, coopera con el Creador para que la Tierra se convierta en un lugar más digno de la familia humana. Él se preocupa de perfeccionar la obra de la creación, vela por fomentar la fraternidad entre los hombres y cumple el mandamiento de Cristo de entregarse generosamente al servicio de los hermanos. Nosotros, pues, que nos servimos de estos inventos para nuestro bienestar, bendigamos y alabemos sin cesar a Dios, que es la luz verdadera y el surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

Lectura de la Palabra de Dios

756. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Gn 1, 1-5a. 14-18: Dijo Dios: «Que exista la luz.» Y la luz existió

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Génesis:

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.

Y dijo Dios:

—«Que exista la luz.»

Y la luz existió. Y vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla; llamó Dios a la luz «Día»; a la tiniebla «Noche».

Y dijo Dios:

—«Que existan lumbreras en la bóveda del cielo, para separar al día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años; y sirvan las lumbreras en la bóveda del cielo, para dar luz sobre la tierra.»

Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para regir el día, la lumbrera menor para regir la noche, y las estrellas. Y las puso Dios en la bóveda del cielo, para dar luz sobre la tierra; para regir el día y la noche, para separar la luz de la tiniebla. Y vio Dios que era bueno.

Palabra de Dios.

757. **O bien:**

Jn 4, 5-14: El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan:

Llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice:

—«Dame de beber.»

Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice:

—«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?»

Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Jesús le contestó:

—«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva.»

La mujer le dice:

—«Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le contestó:

—«El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna.»

Palabra del Señor.

758. Pueden también leerse: *Nm 20, 2-11; Is 55, 1-11; Si 17, 1-6.*

759. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 28 (29), 1-2. 3-4. 7-9. 10-11 (R.: 2)*

R. Aclamad la gloria del nombre del Señor.

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. **R.**

La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica. **R.**

La voz del Señor lanza llamas de fuego,
la voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cades.

La voz del Señor retuerce los robles,
el Señor descortezas las selvas.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!» **R.**

El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno.
El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz. **R.**

760. O bien:

Sal 17 (18), 12-13. 14-15. 16. 17 y 20

R. (3b) Dios mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.

Sal 148, 1-2. 3-4. 5-6

R. (13c) La majestad del Señor sobre el cielo y la tierra.

761. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

762. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

En las obras e inventos del ingenio humano, hemos de reconocer la permanente actuación de Dios creador. Es justo y conveniente que, agradecidos, ofrezcamos a Dios nuestras alabanzas y que lo invoquemos confiadamente, diciendo:

R. Haz prósperas, Señor, las obras de nuestras manos.

Dios eterno, que creaste todas las cosas y las sometiste al dominio del hombre,

—concédenos utilizar sabiamente las fuerzas de la naturaleza para gloria tuya y utilidad de los hombres. **R.**

Tú que continuamente nos das tu Espíritu,
—haz que cooperemos con él, no sólo con la técnica, sino también con la justicia y la caridad, en su obra de renovar la faz de la tierra. **R.**

Tú que penetras el corazón de todos,
—haz que el progreso técnico de la humanidad no escape nunca al control de una dirección prudente. **R.**

Tú que quieres que todos, sin excepción, te llamemos Padre,
—haz que las víctimas de toda discriminación disfruten, con la ayuda de todos, de los derechos y bienes comunes. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

763. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

764. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

a) Bendición de un instrumento técnico cualquiera

Bendito eres, Señor, Dios nuestro, y digno de toda alabanza, tú que, mediante el ingenio y el trabajo del hombre, cuidas del progreso de toda la creación, y en los inventos de la raza humana manifiestas de modo admirable tu grandeza y tu bondad; te pedimos que quienes desean servirse de estos instrumentos para mejorar su calidad de vida te

reconozcan admirable en tus obras y se esfuercen por consagrarse plenamente a tu servicio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) Bendición de una central energética

Señor, Dios todopoderoso, fuente y origen de todo hombre, creador de la luz, mira a estos fieles tuyos, que desean utilizar esta central como fuente de energía eléctrica (atómica), y haz que, buscando siempre tu rostro, después de las tinieblas de este mundo, puedan llegar hasta ti, Luz inagotable, en quien vivimos, nos movemos y existimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

c) Bendición de un acueducto

Bendito eres, Señor, Dios nuestro, y digno de toda alabanza, tú que, mediante el ingenio y el trabajo del hombre, cuidas del progreso de toda la creación, y en los inventos de la raza humana manifiestas de modo admirable tu grandeza y tu bondad; te pedimos que todos los que utilicen el agua que les llegará a través de este conducto, te reconozcan a ti como fuente de agua viva y de ti saquen aquella agua que salta hasta la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

765. Después de la oración de bendición, se pone en funcionamiento por primera vez el instrumento técnico. Puede interpretarse, según las circunstancias, un canto adecuado.

Conclusión del rito

766. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Dios, de quien procede todo bien, ilumine su rostro sobre vosotros y os guíe por el camino de la paz.

R. Amén.

Luego dice:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo : y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

767. Si es laico, el ministro, invocando la bendición de Dios y santiguándose, dice:

Dios, de quien procede todo bien, ilumine su rostro sobre nosotros y nos guíe por el camino de la paz.

R. Amén.

768. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXI. BENDICIÓN DE LOS INSTRUMENTOS DE TRABAJO

769. Es posible y conveniente bendecir los instrumentos de cualquier clase, incluso los de gran tamaño, que utilizan los hombres para su trabajo, como son, por ejemplo, los motores, las barcas de pesca y otras cosas semejantes. Esta bendición ayudará a que ellos se mentalicen de que con su trabajo personal se unen a sus hermanos, les sirven, demuestran una auténtica caridad y pueden colaborar con el perfeccionamiento de la creación divina. Esta bendición puede hacerse en determinadas circunstancias, por ejemplo, en la celebración de san José, obrero, o de algún santo patrón, o también a raíz de algún encuentro de obreros en que éstos se reúnan llevando sus instrumentos de trabajo.

770. Puesto que esta celebración concierne, no a los instrumentos en sí mismos, sino a las personas que los utilizan, se requiere la presencia de los obreros o, por lo menos, de algunos representantes suyos.

771. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

772. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

773. Cuando se trata de bendecir algún instrumento, en particular, puede emplearse el Rito breve que se indica más adelante, núms. 790-792.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

774. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

775. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

Cristo, el Hijo de Dios, que quiso ser tenido como el hijo del carpintero, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

776. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Alabemos devotamente a Cristo, el Hijo de Dios, que quiso ser tenido como el hijo del carpintero.

Todos responden:

Amén.

777. El ministro dispone a los presentes con estas palabras u otras semejantes:

Dios encargó al hombre que poseyera y sometiera la tierra, hasta que llegara el momento de la instauración de un nuevo cielo y una tierra nueva, de acuerdo con aquellas palabras del Apóstol: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (I Co 3, 23). Con este fin, el hombre utiliza los instrumentos adecuados, con los cuales de algún modo coopera y participa de los beneficios de la redención. Bendigamos, pues, a Dios, de todo corazón, por esta admirable disposición, y pidámosle que con su ayuda nos proteja y nos preste apoyo en nuestro trabajo.

Lectura de la Palabra de Dios

778. Luego, el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

I Te 4, 9. 10b-12: Trabajad con vuestras propias manos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses:

Acerca del amor fraterno no hace falta que os escriba, porque Dios mismo os ha enseñado a amaros los unos a los otros. Os exhortamos a seguir progresando: esforzaos por mantener la calma, ocupándoos de vuestros propios asuntos y trabajando con vuestras propias manos, como os lo tenemos mandado. Así vuestro proceder será correcto ante los de afuera y no tendréis necesidad de nadie.

Palabra de Dios

779. Pueden también leerse: Ex 35, 30—36, 1; Jb 28, 1-28; Pr 31, 10-31; Si 38, 24-34; Is 28, 23-29; Hch 18, 1-5; Mt 13, 1-9; Lc 5, 3-11.

780. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 89 (90), 2. 3-4. 12-13. 14 y 16 (R.: cf. 17)

R. Haz prósperas, Señor, las obras de nuestras manos.

Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios. **R.**

Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: «Retornad, hijos de Adán.»
Mil años en tu presencia
son un ayer, que pasó;
una vela nocturna. **R.**

Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos. **R.**

Por la mañana sácanos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria. **R.**

781. O bien:

Sal 64 (65), 10. 11-12. 13-14

R. (6) Nos respondes, Dios, salvador nuestro.

Sal 106 (107), 35-36. 37-38. 41-42

R. (Ib) Dad gracias al Señor porque es bueno.

Sal 126 (127), 1. 2.

R. (cf. 1) El Señor nos construya la casa y nos guarde la ciudad.

782. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

783. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios, que colocó al hombre en el mundo para que lo guardara y lo cultivara, continúa estimulando la mente humana, para que con su ingenio y su trabajo coopere en el perfeccionamiento de la creación. Alabémoslo, diciendo:

R. Bendito seas, Señor, creador del universo.

Tú que invitas al hombre al trabajo y le encomiendas perfeccionar el mundo creado por ti. **R.**

Tú que, al otorgar al hombre la dignidad del trabajo, lo haces colaborador de tu obra en el mundo. **R.**

Tú que con sabiduría iluminas al hombre para que emprenda constantemente nuevas realizaciones, tu Nombre sea glorificado y tu alabanza resuene en toda la tierra. **R.**

Tú que enviaste a tu Hijo al mundo para que, santificando y dignificando el trabajo con el sudor de su frente, fuera para nosotros ejemplo de laboriosidad incansable. **R.**

Tú que con tu gracia inspiras, sostienes y acompañas al hombre en toda obra buena. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

784. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

785. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, de quien desciende la plenitud de la bendición, y hacia quien sube la oración del que te bendice, protege con amor a tus servidores, que confiadamente presentan ante ti sus instrumentos de trabajo, y concédeles que con actividad infatigable colaboren en el perfeccionamiento de la creación, ganen su sustento y el de los suyos,

ayuden al progreso de la sociedad humana y alaben sin cesar la gloria de tu Nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

786. O bien:

Oh, Dios, que has querido someter al trabajo del hombre las fuerzas de la naturaleza, concédenos, te pedimos, que, dedicados plenamente a nuestras actividades, cooperemos con amor al perfeccionamiento de tu creación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

787. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y los instrumentos de trabajo.

Conclusión del rito

788. El ministro concluye el rito, diciendo:

Cristo, el Señor, que, para realizar su obra salvadora, asumió la ley del trabajo, nos alivie con su consuelo y nos conceda su paz.

R. Amén.

789. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO BREVE

790. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

791. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la Sagrada Escritura, por ejemplo:

Si 38, 31. 34: Todos los artesanos se fían de su destreza y son expertos en su oficio. Mantienen la vieja creación, ocupados en su trabajo artesano.

2 Ts 3, 7-8: Imitad nuestro ejemplo: nadie nos dio de balde el pan que comimos, sino que trabajamos y nos cansamos día y noche, a fin de no ser carga para nadie.

792. Luego el ministro dice, con las manos juntas, la oración de bendición, terminada la cual, según las circunstancias, rocía con agua bendita a los presentes y los instrumentos de trabajo.

Oh, Dios, que has querido someter al trabajo del hombre las fuerzas de la naturaleza, concédenos, te pedimos, que, dedicados plenamente a nuestras actividades, cooperemos con amor al perfeccionamiento de tu creación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Capítulo XXII. BENDICIÓN DE UNA BANDERA

793. En muchos lugares los miembros de algunos grupos religiosos, civiles e incluso militares, piden la bendición de sus respectivas banderas. Esta práctica puede admitirse e incluso recomendarse mientras el deseo de esta bendición no incluya aspectos o matices poco afines al Evangelio.

794. Antes de bendecir una determinada bandera es, por tanto, necesario saber cuál será el uso de la misma, pues sólo podrán bendecirse las destinadas a las asociaciones religiosas o las de aquellas otras que prestan su ayuda en las necesidades públicas y las que son propias de una nación o de un pueblo. Para las banderas de carácter religioso se usará la primera fórmula; para las de carácter civil la segunda.

795. Como lecturas bíblicas pueden usarse, además de las que figuran en el mismo rito, otras lecturas bíblicas que aludan al carácter o finalidad de la asociación que va a servirse de la bandera.

Rito de la bendición

796. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

797. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la Sagrada Escritura.

Nm 21, 6-9: Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del Libro de los Números.

El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas, que los mordían, y murieron muchos israelitas. Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo:

—«Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes.» Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:

—«Haz una serpiente venenosa y colócala en un estandarte: los mordidos por serpientes quedarán sanos al mirarla.»

Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a uno, él miraba a la serpiente de bronce y quedaba curado.

Palabra de Dios.

798. O bien:

Is 2, 2: El monte de la casa del Señor, signo para los gentiles

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías.

Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles.

Palabra de Dios.

799. O bien:

Is 11, 1-10: La raíz de Jesé se eruirá como enseña de los pueblos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías.

Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de prudencia y sabiduría, espíritu de consejo y valentía, espíritu de ciencia y temor del Señor. Le inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará sólo de oídas; juzgará a los pobres con justicia, con rectitud a los desamparados. Herirá al violento con la vara de su boca, y al malvado con el aliento de sus labios. La justicia será cinturón de sus lomos, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos: un muchacho pequeño los pastorea. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león comerá paja con el buey. El niño jugará en la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo: porque

está lleno el país de ciencia del Señor, como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé se erguirá como enseña de los pueblos: la buscarán los gentiles, y será gloriosa su morada.

Palabra de Dios.

800. Seguidamente el ministro, con las manos extendidas, dice una las siguientes oraciones de bendición:

Para una bandera de carácter religioso:

Oh, Dios, que con la Sangre preciosa de tu Hijo, consagraste el Estandarte santo de la Cruz y quisiste que el árbol santo fuera para los fieles el signo de la salvación; bendice ☩ esta bandera que hoy te presentan tus hijos, y concede a cuantos confiesan a Jesucristo como su Dios y su Señor, avanzar, guiados por esta bandera, por las sendas del Evangelio y ser para sus hermanos, ejemplo de justicia, de fraternidad y de amor. Por Jesucristo nuestro Señor.

Para una bandera de carácter civil:

Oh, Dios, que has hecho de todas las naciones un solo pueblo consagrado a ti; bendice ☩ esta bandera que hoy te presentan tus hijos y haz que, bajo tu protección, cuantos se sirvan de ella obtengan con abundancia el logro de sus ideales (el bien de su Patria) y progresen también en el amor y comprensión hacia todos los hombres. Por Jesucristo nuestro Señor.

801. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y la bandera.

Capítulo XXIII. BENDICIÓN DE LOS ANIMALES

802. Puesto que muchos animales, según los designios de la Divina Providencia del Creador, comparten en cierto modo la vida del hombre, por cuanto le sirven de ayuda en su trabajo, o le proporcionan alimento y compañía, nada impide que, en determinadas ocasiones, por ejemplo, en la fiesta de algún santo, se conserve la costumbre de invocar sobre ellos la bendición de Dios.

803. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

804. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

805. Cuando se trata de bendecir uno que otro animal o de la bendición de los animales con ocasión de alguna celebración, puede emplearse también el Rito breve que se indica más adelante, núms. 823-826.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

806. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

807. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que es admirable
en todas sus obras,
esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

808. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Proclamemos la grandeza
del Señor, nuestro Dios,
que todo lo hizo con sabiduría.

Todos responden:

Amén.

809. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Los animales, creados por Dios, habitan el cielo, la tierra y el mar, y comparten la vida del hombre con todas sus vicisitudes. Dios, que derrama sus beneficios sobre todo ser viviente, más de una vez se sirvió de la ayuda de los animales o también de su figura para insinuar en cierto modo los dones de la salvación. Los animales fueron salvados en el arca de las aguas del diluvio y, después del diluvio, quedaron asociados al pacto establecido con Noé; el cordero pascual recordaba el sacrificio pascual y la liberación de la esclavitud de Egipto; un gran pez salvaguardó a Jonás; unos cuervos alimentaron al profeta Elías; los animales fueron agregados a la penitencia de los hombres y, junto con toda la creación, participan de la redención de Cristo. Al invocar, pues, (por intercesión de san N.) la bendición de Dios sobre estos animales, alabemos al Creador de todo, demosle gracias por habernos elevado por encima de las demás criaturas y pidámosle que, conscientes de nuestra dignidad, vivamos siempre al amparo de su ley.

Lectura de la Palabra de Dios

810. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Gn 1,1. 20-28: Dominad los vivientes que se mueven sobre la tierra

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Génesis.

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Y dijo Dios: —«Pululen en las aguas los seres vivientes, y los pájaros vuelen sobre la tierra frente a la bóveda del cielo.» Y creó Dios los cetáceos y los vivientes que se deslizan y en el agua los hizo pulular según sus especies, y las aves aladas según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: —«Creced, multiplicaos, llenad las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra.»

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto. Y dijo Dios: —«Produzca la tierra vivientes según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras según sus especies.»

Y así fue. E hizo Dios las fieras según sus especies, los animales domésticos según sus especies y los reptiles según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios:

—«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra.»

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo:—«Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra.»

Palabra de Dios.

811. O bien:

Gén. 2, 19-20a: El hombre puso nombre a todos los animales

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Génesis.

El Señor modeló de arcilla todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo y se los presentó al hombre, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que el hombre le pusiera. Así, el hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo.

Palabra de Dios.

812. Pueden también leerse: Gn 6, 17-23; Is 11, 6-10.

813. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial. *Sal 8, 2. 4-5. 7b-9 (R.: 10)*

R. Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre
en toda la tierra!

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre
en toda la tierra!

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos. **R.**

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? **R.**

Todo lo sometiste bajo sus pies:
rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por las aguas. **R.**

814. **O bien:**

Sal 103 (104), l-2a. 10-12. 25. 27-28

R. (27) Todos aguardan a que les eches comida a su tiempo.

Sal 146 (147), 5-6. 7-8. 9-11

R. (1a) Alabad al Señor, que la música es buena.

815. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

816. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios creó al hombre y lo colocó en la tierra para que, ejerciendo el dominio sobre todos los animales, profesara la gloria del Creador. Proclamemos su alabanza, diciendo:

R. Cuántas son tus obras, Señor.

-Bendito seas, Señor, que creaste a los animales y los pusiste bajo nuestro dominio, para que nos ayudaran en nuestro trabajo. **R.**

-Bendito seas, Señor, que para rehacer nuestras fuerzas nos das como alimento la carne de los animales. **R.**

-Bendito seas, Señor, que, para entretenimiento de tus hijos, nos das la compañía de los animales domésticos. **R.**

-Bendito seas, Señor, que en las aves del cielo alimentadas por ti, nos das una señal de tu providencia paternal, según las palabras del mismo Jesús. **R.**

-Bendito seas, Señor, que nos has dado a tu Hijo como Cordero y has querido que en Él nos llamáramos y fuéramos de verdad hijos tuyos. **R.**

-Bendito seas, Señor, que por medio de las más humildes criaturas nos atraes también a tu amor. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

817. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

818. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, autor y dador de todos los bienes,
que has hecho que también los animales
sirvan de ayuda al hombre
en sus necesidades y en su trabajo,
te pedimos (por intercesión de san **N.**)
que utilicemos debidamente estos seres,
necesarios para nuestra subsistencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

819. O bien:

Oh, Dios, que todo lo hiciste con sabiduría,
y que, después de crear al hombre a tu imagen,
le diste, con tu bendición,
el dominio sobre todos los animales,

extiende tu mano con benevolencia
y concédenos que estos animales nos sirvan de ayuda
y nosotros, tus servidores,
ayudados con los bienes presentes,
busquemos con más confianza los futuros.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

820. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y a los animales.

Conclusión del rito

821. El ministro concluye el rito, diciendo:

Dios, que creó los animales para nuestra ayuda,
nos proteja y guarde siempre
con la gracia de su bendición.

Amén.

822. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO BREVE

823. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

824. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Gn 2, 20a: El hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo.

Cf. Sal 8, 7 Señor, diste al hombre el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies: rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar.

825. Luego el ministro, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, que todo lo hiciste con sabiduría,
y que, después de crear al hombre a tu imagen,
le diste, con tu bendición,
el dominio sobre todos los animales,
extiende tu mano con benevolencia
y concédenos que estos animales nos sirvan de ayuda
y nosotros, tus servidores,
ayudados con los bienes presentes, busquemos con más confianza los
futuros.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

826. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y a los animales.

Capítulo XXIV. BENDICIÓN DE LOS CAMPOS, LAS TIERRAS DE CULTIVO Y LOS TERRENOS DE PASTO

827. Con este rito los fieles manifiestan su agradecimiento a Dios, que con amor inefable creó el mundo y lo confió al cuidado del hombre, para que éste, con su trabajo asiduo, proporcionara a los hermanos lo necesario para el sustento.

828. Este rito puede emplearse en aquellas ocasiones más adecuadas de la vida agrícola, de manera que, con la ayuda de la oración, se santifique el trabajo humano, y la bendición del Señor acompañe las alternativas de las estaciones y sus faenas correspondientes.

829. Este rito pueden usarlo el sacerdote, el diácono, y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

830. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

831. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto adecuado terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

832. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que es admirable en sus obras, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

833. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Bendigamos unánimes a Dios, que nos concede el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra.

Todos responden:

Amén.

834. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Bendigamos a Dios, que con su omnipotencia creó la tierra y con su providencia la enriquece, y la dio a los hombres para que la cultivasen y de ella sacasen los frutos con que sustentar su vida. Al mismo tiempo que damos gracias a Dios por su generosidad, aprendamos también, según las palabras del Evangelio, a buscar sobre todo el Reino de Dios y su justicia, ya que entonces todo lo que necesitemos se nos dará por añadidura.

Lectura de la Palabra de Dios

835. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Gn 1, 1. 11-12. 29-31: Vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Génesis:

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Y dijo Dios:

—«Produzca la tierra hierba verde que engendre semilla, y árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra.»

Y así fue. La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie.

Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios:

—«Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que engendran semilla os servirán de alimento; y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra, a todo ser que respira, la hierba verde les servirá de alimento.»

Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno.

Palabra de Dios.

836. O bien:

Dt 32, 10c-14: Dios puso al pueblo a caballo de sus montañas y lo alimentó con las cosechas de sus campos

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Deuteronomio:

Dios rodeó a su pueblo cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas. El Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él. Los puso a caballo de sus montañas y los alimentó con las cosechas de sus campos; los crió con miel silvestre, con aceite de rocas de pedernal; con requesón de vaca y leche de ovejas, con grasa de corderos y carneros, ganado de Basan y cabritos, con la flor de la harina de trigo, y, por bebida, con la sangre fermentada de la uva.

Palabra de Dios.

837. Pueden también leerse: *Mt 6, 25-34; Mc 4, 26-29.*

838. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 103 (104), l-2a. 14-15. 24. 27-28 (R.: 24c)

R. La tierra está llena de tus criaturas, Señor.

Bendice, alma mía, al Señor,
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto. **R.**

Haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.
Él saca pan de los campos,
y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas. **R.**

Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas. **R.**

Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes. **R.**

839. *O bien:*

Sal 64 (65), 10. 11-12. 13-14. R. (6) Nos respondes, Dios, salvador nuestro.

Sal 106 (107), 35-36. 37-38. 41-42. R. (1b) Dad gracias al Señor porque es bueno.

840. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

841. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios providente, Padre de todos, se preocupa amorosamente por sus hijos y los alimenta y protege, bendiciendo la tierra para que dé los frutos para el sustento del hombre. Invoquémoslo con espíritu filial, diciendo:
R. Te rogamos, óyenos.

Tú que por el apóstol Pablo nos llamaste campo tuyo, haz que, cumpliendo en todo momento tu voluntad, vivamos siempre unidos a ti. **R.**

Tú que nos enseñaste que somos sarmientos de aquella vid que es Cristo, —haz que, permaneciendo en tu Hijo, demos fruto abundante. **R.**

Tú que bendices la tierra y la enriqueces sin medida, —haz que nuestros campos, con tu bendición, produzcan el alimento que necesitamos. **R.**

Tú que multiplicas el trigo, con el cual nos das el pan nuestro de cada día y el alimento de la Eucaristía, —concédenos cosechas abundantes con el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra. **R.**

Tú que alimentas a los pájaros del cielo y vistes a los lirios del campo, —enséñanos a no estar agobiados pensando qué vamos a comer o con qué nos vamos a vestir, sino a buscar sobre todo tu reino y tu justicia. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

842. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

843. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Señor, Padre santo, que mandaste al hombre que guardara y cultivara la tierra, te suplicamos con humildad que nos concedas siempre cosechas abundantes, des fertilidad a nuestros sembrados, y, alejando de nuestros campos las tormentas y el granizo, las semillas puedan germinar con abundancia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

844. O bien:

Oh, Dios, que ya en el principio del mundo ordenaste en tu providencia que la tierra germinara hierba verde y produjera toda clase de frutos, y proporcionas semilla para sembrar y pan para comer, te pedimos que esta tierra, fecundada por tu bondad y cultivada por el trabajo del hombre, rebose de frutos abundantes, y tu pueblo, colmado de tus dones, te alabe sin cesar ahora y siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

845. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Dios, fuente de todos los bienes, os bendiga ✠ y dé fecundidad a vuestro trabajo, para que podáis alegraros de sus dones y proclamar siempre sus alabanzas.

R. Amén.

846. Si el ministro es laico, concluye el rito santiguándose y diciendo:

Dios, fuente de todos los bienes, nos bendiga y dé fecundidad a nuestro trabajo, para que podamos alegrarnos de sus dones y proclamar siempre sus alabanzas.

R. Amén.

847. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXV. BENDICIÓN DE LOS TÉRMINOS DE UNA POBLACIÓN

848. En algunos lugares, la tradicional bendición de los términos de una población sigue vigente. Por esta razón se mantiene este formulario.

Este rito significa la reunión de la Iglesia desde los cuatro puntos cardinales, uniendo su actividad y el trabajo de los hombres con la fuerza de la Cruz de Cristo, para que el Evangelio sea norma de vida y guía del quehacer cristiano.

849. Esta bendición puede efectuarse en la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre), el día 3 de mayo (antigua fiesta de la Invención de la santa Cruz), o bien el primer domingo del mes de mayo, u otro día apropiado, según las costumbres de cada lugar.

La bendición se hará con solemnidad, con participación del diácono, donde sea posible y con una procesión precedida de la Cruz y del Evangelionario.

RITO DE LA BENDICIÓN

850. Se va en procesión hasta el lugar en que tendrá lugar la bendición, mientras se cantan las letanías de los santos.

Bendición del oriente

851. Cuando se llega al lugar adecuado, fuera de la población, se canta en dirección a oriente el siguiente responsorio:

V. ¡Oh, Cruz fiel, árbol único en nobleza! Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto.

R. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la vida empieza con un Peso tan dulce en su corteza! (T. P. Aleluya.)

V. Tú, solo entre los árboles, crecido para tender a Cristo en tu regazo.

R. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la vida empieza con un Peso tan dulce en su corteza! (T. P. Aleluya.)

852. Seguidamente se lee el siguiente Evangelio, en la forma acostumbrada, pero sin pedir la bendición:

Venimos de Oriente a adorar al Rey

✠ Lectura del santo Evangelio según san Mateo 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando:

—«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.»

Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó, y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos sacerdotes y a los escribas del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías.

Ellos le contestaron:

—«En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta:

"Y tú, Belén, tierra de Judea, ✠ no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judea, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel."»

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para que le precisaran el tiempo en el que había aparecido la estrella, y los mandó a Belén, diciéndoles:

—«Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo.»

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño.

Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor.

853. Después del Evangelio, el celebrante rocía con agua bendita en dirección al oriente y dice:

V. Por la señal de la santa Cruz. (T. P. Aleluya.)

R. Libranos, Señor, Dios nuestro (T. P. Aleluya.)

Oremos.

Escucha, Señor, nuestras súplicas y, ya que somos castigados por nuestros pecados, y padecemos la desgracia de las calamidades naturales, libranos de estos males, para gloria de tu Nombre, y preserva a nuestros términos de toda adversidad, para que lo que nazca en ellos sirva a tu Majestad y remedie nuestras necesidades. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Bendición del occidente

854. Luego el celebrante se vuelve hacia occidente, y se canta el siguiente responsorio:

V. Nosotros hemos de gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo: en Él está nuestra salvación, vida y resurrección.

R. Él nos ha salvado y libertado. (T. P. Aleluya.)

V. Tu Cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alabamos y glorificamos.

R. Él nos ha salvado y libertado. (T. P. Aleluya.)

855. Seguidamente se lee el siguiente Evangelio, en la forma acostumbrada, pero sin pedir la bendición:

Subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios

✠ Conclusión del santo Evangelio según san Marcos *16,15-20*

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo:

—«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi Nombre, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y,

si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos.»

Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor.

856. Después del Evangelio, el celebrante rocía con agua bendita en dirección al occidente y dice:

V. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos. (T. P. Aleluya.)

R. Porque con tu Cruz has redimido el mundo. (T. P. Aleluya.)

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno, autor y conservador de todos los bienes, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo; confiados en tu misericordia, te suplicamos humildemente que apartes de nuestros términos todas las tormentas y disperses las tempestades, para que, libres de estas calamidades, demos gracias a tu majestad y tengamos el ánimo mejor dispuesto para poder servirte. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Bendición del norte

857. Luego el celebrante se vuelve hacia el norte, y se canta el siguiente responsorio:

V. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la vida empieza con un Peso tan dulce en su corteza!

R. Tú, solo entre los árboles, crecido para tender a Cristo en tu regazo.
(T. P. Aleluya.)

V. Esta señal de la Cruz brillará en el cielo, cuando venga el Señor para juzgar.

R. Tú, solo entre los árboles, crecido para tender a Cristo en tu regazo.
(T. P. Aleluya.)

858. Seguidamente se lee el siguiente Evangelio, en la forma acostumbrada, pero sin pedir la bendición:

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo

✠ Lectura del santo Evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo:

—«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres.»

Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

—«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.»

Y María dijo al ángel:

—«¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?»

El ángel le contestó:

—«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.»

María contestó:

—«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Y la dejó el ángel.

Palabra del Señor.

859. Después del Evangelio, el celebrante rocía con agua bendita en dirección al norte y dice:

V. Nosotros hemos de gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.
(**T. P.** Aleluya.)

R. En Él está nuestra salvación, vida y resurrección. (**T. P.** Aleluya.)

Oremos.

Señor y Dios nuestro, dignate conceder y conservarnos los frutos de la tierra, para que nos alegremos con tus beneficios temporales y sintamos el aumento de los dones espirituales. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Bendición del sur

860. Luego el celebrante se vuelve hacia el sur, y se canta el siguiente responsorio:

V. Esta señal de la Cruz brillará en el cielo, cuando venga el Señor para juzgar.

R. Y pondrá al descubierto los designios del corazón. (**T. P.** Aleluya.)

V. Cuando el Hijo del hombre se sentará en el trono de su gloria y comenzará a juzgar el mundo con el fuego.

R. Y pondrá al descubierto los designios del corazón. (**T. P.** Aleluya.)

861. Seguidamente se lee el siguiente Evangelio, en la forma acostumbrada, pero sin pedir la bendición:

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros

✠ Lectura del santo Evangelio según san Juan *1, 1-5.9-14*

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su Nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Palabra del Señor.

862. Después del Evangelio, el celebrante rocía con agua bendita en dirección al sur y dice:

V. Ésta es la Cruz del Señor. (T. P. Aleluya.)

R. Huid enemigos; ha vencido el León de la tribu de Judá. (T. P. Aleluya.)

Oremos.

Te rogamos, Señor y Dios nuestro, que mires nuestros términos con ojos serenos y rostro alegre, y envíes sobre ellos tu bendición, para que el granizo no los afecte, la fuerza de la tempestad no los arrase, la sequía no los debilite, las plagas no los dañen, ni el exceso de lluvia los malogre, sino que lleves a madurez sus frutos íntegros y sean abundantes para nuestra utilidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

863. El celebrante, con la cruz en sus manos, hace la señal de la cruz a los cuatro puntos cardinales, diciendo:

La bendición de Dios todopoderoso, ✠ Padre, ✠ Hijo ✠ y Espíritu Santo, ✠ descienda y permanezca sobre nuestros términos y sobre sus frutos.

R. Amén.

864. Se vuelve procesionalmente a la iglesia, cantando las letanías de los santos.

Al llegar a la iglesia, se canta **Reina del cielo** si es tiempo pascual, o, en caso contrario, la **Salve**, y se despide la asamblea.

Capítulo XXVI. **BENDICIÓN EN LA PRESENTACIÓN DE LOS NUEVOS FRUTOS**

865. Es digna de conservarse, por lo que tiene de significativa, la costumbre de presentar los nuevos frutos, con el fin de bendecir a Dios por ellos. En efecto, dicha costumbre, no sólo nos recuerda la obligación de dar gracias a Dios por todos sus beneficios, sino que también perpetúa una tradición de la que nos habla ya el antiguo Testamento.

866. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, y también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para él.

867. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

868. Reunida la comunidad, puede entonar un canto adecuado, terminado el cual, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

869. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

El Dios Altísimo, que creó el cielo y la tierra, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

870. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Ensalcemos con himnos por los siglos al Dios providentísimo que nos da el alimento sacado de la tierra.

Todos responden:

Amén.

871. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico principalmente para dar gracias por los beneficios recibidos de Dios, y prolonga también a las diversas horas del día las alabanzas tributadas en la celebración de la Eucaristía, enseñándonos así que hemos de permanecer siempre en una continua acción de gracias. Bendigamos, pues, al Señor, que una vez más nos concede en estos nuevos frutos los bienes de la tierra. Y, así como Abel ofrecía a Dios las primicias de la tierra, así también nosotros hemos de aprender a compartir los dones de Dios con los hermanos necesitados, para comportarnos como verdaderos hijos del Padre de quien proceden todos los bienes en beneficio de todos.

Lectura de la Palabra de Dios

872. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la Sagrada Escritura.

Hcb 14, 15b-17: Dios os da comida y alegría en abundancia

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Hechos de los apóstoles:

Dios hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que contienen. En el pasado, dejó que cada pueblo siguiera su camino; aunque siempre se dio a conocer por sus beneficios, mandándoos desde el cielo la lluvia y las cosechas a sus tiempos, dándoos comida y alegría en abundancia.

Palabra de Dios.

873. Pueden también leerse: *Dt 27, la; 28, l-12b; Jl 2, 21-24. 26-27; ITm 6, 6-11. 17-19; Lc 12, 15-21.*

874. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 66 (67), 2-3. 5. 7-8 (R.: 7)*

R. La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios.

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. **R.**

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra. **R.**

La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe. **R.**

875. O bien:

Sal 125 (126), 4-5. 6

R. (3) El Señor ha estado grande con nosotros.

Sal 146 (147), 7. 8-9. 10-11

R. (5) Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida.

876. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

877. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Al pedir al Señor su bendición, con acción de gracias por el trabajo de nuestras manos, no olvidemos que en nuestra vida hemos de dar frutos de justicia. Presentemos, pues, a Dios nuestras súplicas, diciendo:

R. Mira, Señor, el fruto de nuestro trabajo.

Dios providentísimo, que con paternal precisión nos das el alimento cosechado de la tierra,

—haz que estos frutos que hemos recolectado con el sudor de nuestra frente sirvan para sustento de nuestra vida y para el desarrollo de nuestra persona. **R.**

Tú que por medio de Jesucristo, tu Hijo, nos has llenado de frutos de justicia,

—concédenos que, permaneciendo en él, participemos de su plenitud de vida y demos fruto abundante. **R.**

Tú que, en la Eucaristía, te sirves del pan y del vino, fruto de nuestro trabajo, como signos del Sacramento de nuestra fe, concédenos que estos dones que en la mesa de tu Hijo separamos para ti alimenten la vida de la Iglesia. **R.**

Tú que deseas que tus hijos participen por igual de todos los bienes,
—haz que los necesitados puedan gozar de una vida sin angustias ni preocupaciones y vivan entregados a tu alabanza. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

878. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el ministro dice:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición.

Oración de bendición

879. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas; si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Dios y Señor nuestro, Creador de todas las cosas, que, con el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, nos concedes cosechas abundantes, te damos gracias por los frutos que hemos recolectado, y, ya que por estos dones, recibidos de tu generosidad, has cumplido los deseos de tus fieles, concédenos alabarte sin cesar por tu misericordia, y que el disfrute de estos bienes temporales nos anime a buscar con más interés los eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

880. O bien:

Imploramos tu bondad, Dios todopoderoso, para que multipliques tus bendiciones sobre los frutos de la tierra, distribuyendo oportunamente los vientos y las lluvias; que tu pueblo pueda darte gracias siempre por tus dones, los hambrientos se sacien de tus bienes y los pobres y necesitados, gracias a la fertilidad de la tierra, puedan alabar la gloria de tu Nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

881. El ministro concluye el rito, diciendo, de cara a los presentes:

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, ensalcémoslo con himnos por los siglos.

R. Amén.

882. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXVII. **BENDICIÓN DE LA MESA**

883. El cristiano, antes y después de comer, tanto si lo hace solo como si comparte los alimentos con otros hermanos, da gracias al Dios providente por los manjares que cada día recibe de su bondad. No deja de recordar, además, que el Señor Jesús unió el sacramento de la Eucaristía al rito de un Banquete y que, una vez resucitado de entre los muertos, se manifestó a los discípulos al partir el Pan.

884. El cristiano, cuando se sienta a la mesa, reconociendo en los manjares que le dan una señal de la bendición de Dios, no debe echar en olvido a los pobres que posiblemente carecen del sustento del que él, quizás, disfruta en abundancia. Por eso debe, con su sobriedad, subvenir en la medida que le sea posible a la necesidad de aquellos. Más aún, de vez en cuando los invita de buen grado a la mesa en señal de confraternidad, según las palabras de Cristo en el Evangelio (cf. Lc. 14, 13-14).

885. Los esquemas, textos y fórmulas que se proponen a continuación pueden considerarse como recursos que pueden utilizar tanto las familias como las comunidades en general. Conviene, no obstante, tener en cuenta la tónica y carácter distinto de algunos días o tiempos litúrgicos, para dar a esta bendición de la mesa alguna nota más característica de su índole penitencial o festiva.

PRIMER ESQUEMA

Antes del almuerzo

886. El que preside dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

Luego:

V. Todos esperan a que les des comida a su tiempo.

R. Se la das, y la reciben; abres tu mano, y se sacian de bienes.

V. Invoquemos al Padre, que vela siempre por sus hijos.

R. Padre nuestro...

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor. Amén.

Luego el que preside, santiguándose a sí mismo y los presentes, si es sacerdote o diácono, dice:

V. Bendícenos, ✠ Señor, a nosotros y estos dones tuyos que vamos a tomar y que hemos recibido de tu generosidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después del almuerzo

887.

V. Que todas tus criaturas te den gracias, Señor.

R. Que te bendigan tus fieles.

V. Te damos gracias, Dios todopoderoso, por todos tus beneficios. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

V. Señor, a todos los que por amor a ti se han hecho nuestros benefactores, dignate recompensarlos con la vida eterna.

R. Amén.

O bien:

V. Señor, dignate saciar a todos los hombres con el necesario sustento, para que puedan darte gracias junto con nosotros.

R. Amén.

Antes de la cena

888. El que preside dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

Luego:

V. Los desvalidos comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que lo buscan.

R. Viva su corazón por siempre.

V. Invoquemos al Señor, que nos da el pan de cada día.

R. Padre nuestro...

Tuyo es el reino, tuyo es el poder y la gloria por siempre, Señor. Amén.

V. Protégenos, Señor, Dios nuestro, y concédenos el sustento que necesita nuestra debilidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de la cena

889.

V. Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente.

R. Él da alimento a sus fieles.

V. Nos hemos saciado, Señor, con los bienes que nos has dado; cólmanos también de tu misericordia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

V. El Señor es bendito en sus dones, bondadoso en todas sus acciones. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

V. Señor, a todos los que por amor a ti se han hecho nuestros benefactores, dignate recompensarlos con la vida eterna.

R. Amén.

O bien:

V. Señor, dignate saciar a todos los hombres con el necesario sustento, para que puedan darte gracias junto con nosotros.

R. Amén.

890. Este modo de bendecir la mesa y de dar gracias se observará en todo tiempo, excepto en los días indicados a continuación, en los que se varían únicamente los versículos.

I. Tiempo de Adviento

Antes de las comidas

V. Pastor de tu pueblo, Señor, escucha.

R. Despierta tu poder y ven a salvarnos.

Después de las comidas

V. Llevemos ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa.

R. Aguardando la dicha que esperamos: la aparición del Salvador nuestro, Jesucristo.

II. Tiempo de Navidad

Antes de las comidas

- V. La Palabra se hizo carne. Aleluya.
R. Y acampó entre nosotros. Aleluya.

Después de las comidas

- V. El Señor da a conocer. Aleluya.
R. Su victoria. Aleluya.

III. Tiempo de Cuaresma

Antes de las comidas

- V. No sólo de pan vive el hombre.
R. Sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Después de las comidas

- V. Han llegado los días de penitencia.
R. Expiemos nuestros pecados y salvaremos nuestras almas.

IV. Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo

Antes y después de las comidas

- V. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte.
R. Y una muerte de Cruz.

V. Octava de Pascua

Antes y después de las comidas

- V. Éste es el día en que actuó el Señor. Aleluya.
R. Sea nuestra alegría y nuestro gozo. Aleluya.

VI. Tiempo pascual

Antes de las comidas

V. Los creyentes comían juntos, alabando a Dios. Aleluya.

R. Con alegría y de todo corazón. Aleluya.

Después de las comidas

V. Los discípulos reconocieron al Señor. Aleluya.

R. Al partir el pan. Aleluya.

SEGUNDO ESQUEMA

I. Tiempo de Adviento

Antes de las comidas

891. El que preside la mesa dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

892. Uno de los presentes hace una lectura breve:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías *Is 58, 10. 11a*

Cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía. El Señor te dará reposo permanente, y en el desierto saciará tu hambre.

893. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los Hechos de los apóstoles *Hcb 2, 44-47a*

Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo.

894. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios *2 Co 9, 8-10*

Tiene Dios poder para colmaros de toda clase de favores, de modo que, teniendo siempre lo suficiente, os sobre para obras buenas. Como dice la Escritura: «Reparte limosna a los pobres, su justicia es constante, sin falta.»

El que proporciona semilla para sembrar y pan para comer os proporcionará y aumentará la semilla, y multiplicará la cosecha de vuestra justicia.

895. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Efesios *Ef 5, 19-20*

Recitad, alternando, salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Dad siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

896. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses

Ts 5, 16-18

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros.

897. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras de la Carta a los Hebreos *Hb 13, 1-2*

Conservad el amor fraterno y no olvidéis la hospitalidad; por ella algunos recibieron sin saberlo la visita de unos ángeles.

898. O bien:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo *Mt 6, 31ab. 32b-33*

No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura.

899. Leído el texto bíblico, el que preside añade (haciendo la señal de la cruz, si es sacerdote o diácono):

Oremos.

Dios, Padre misericordioso, que, para devolvernos la vida, quisiste que tu Hijo se hiciese hombre, bendice ✠ estos dones tuyos, con los que vamos a rehacer nuestras fuerzas, para que así, fortalecidos en el cuerpo, nos mantengamos en vigilante espera de la gloriosa venida de Cristo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Después de las comidas

900.

V. Llevemos ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa.

R. Aguardando la dicha que esperamos: la aparición del Salvador nuestro, Jesucristo.

El que preside añade:

Oremos.

Te damos gracias, Dios todopoderoso, que has restaurado nuestras fuerzas con los dones de tu providencia; te pedimos que, al restaurar nuestro cuerpo, fortalezcas también nuestro espíritu. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

II. Tiempo de Navidad

Antes de las comidas

901. *Se hace todo como se ha indicado antes, para el tiempo de Adviento, excepto lo siguiente:*

Oremos.

Bendito seas, Dios y Señor, que en la virginidad fecunda de la Virgen María realizaste las esperanzas de los pobres; te pedimos que, con la misma fe con que ella esperó al Hijo que había de nacer, sepamos nosotros reconocerlo en los hermanos. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Después de las comidas

902. *El que preside dice:*

V. La Palabra se hizo carne. Aleluya.

R. Y acampó entre nosotros. Aleluya.

Oremos.

Padre santo, cuya Palabra hecha carne es el Niño que nos ha nacido y el Hijo que se nos ha dado, te pedimos que también nosotros, imitando esta donación, nos entreguemos al servicio de nuestros hermanos y trabajemos para satisfacer necesidades corporales y espirituales. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

III. Tiempo de Cuaresma

Antes de las comidas

903. Se hace todo como se ha indicado antes, para el tiempo de Adviento, excepto lo siguiente:

Oremos.

Te damos gracias, Señor, porque nos proporcionas estos alimentos; dignate socorrer también a los necesitados, y haz que nos sentemos un día todos juntos a la Mesa feliz de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de las comidas

904. El que preside dice:

V. No sólo de pan vive el hombre.

R. Sino de toda palabra que sale de la boca de Dios

Oremos.

Oh, Dios, que con el ayuno cuaresmal de tu Hijo nos enseñas que la vida del hombre no sólo se sustenta con el pan, sino con toda palabra que sale de tu boca, ayúdanos a levantar hacia Ti nuestros corazones. y haz que, con la fuerza que de Ti proviene, te amemos sinceramente en la persona de nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.


IV. Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo

Antes de las comidas

905. Se hace todo como se ha indicado antes, para el tiempo de Adviento, excepto lo siguiente:

Oremos.

(si es sacerdote o diácono, hace la señal de la cruz)

Señor Jesucristo, que, para cumplir la voluntad del Padre, te sometiste, por nosotros, incluso a la muerte, bendícenos  a los que nos hemos reunido fraternalmente alrededor de esta mesa, para que, gustando tu mismo Alimento espiritual, sepamos discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Después de las comidas

906. El que preside dice:

V. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte.

R. Y una muerte de cruz.

Oremos.

Oh, Dios, Padre de todos los hombres, mira con amor a esta familia tuya y concédenos que, así como ahora venimos con gozo a esta mesa, podamos un día compartir la plenitud de este gozo, reunidos todos en la felicidad de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

V. Tiempo pascual

Antes de las comidas

907. Se hace todo como se ha indicado antes, para el tiempo de Adviento, excepto lo siguiente:

Oremos.

Llenos de alegría te alabamos, Jesucristo, Señor nuestro, que, resucitado de entre los muertos, te manifestaste a los discípulos al partir el pan; quédate con nosotros, Señor, mientras tomamos, agradecidos, estos alimentos, y admite como comensales de tu Reino a quienes te recibimos como huésped en la persona de nuestros hermanos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Después de las comidas

908. Él que preside dice:

V. Los discípulos reconocieron al Señor. Aleluya.

R. Al partir el pan. Aleluya.

Oremos.

Oh, Dios, fuente de vida, derrama en nuestros corazones la alegría de la Pascua y, pues nos has dado estos alimentos, fruto de la tierra, concédenos también mantenernos siempre en aquella vida nueva que

Cristo con su Resurrección nos ha conseguido y con su misericordia nos ha comunicado. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

VI. Tiempo ordinario

Antes de las comidas

909. Se hace todo como se ha indicado antes, para el tiempo de Adviento, excepto lo siguiente:

Oremos.

(si es sacerdote o diácono, hace la señal de la cruz)

Señor, Dios nuestro, que cuidas de tus hijos con amor paternal, bendícenos ✠ a nosotros y estos dones tuyos que vamos a tomar y que hemos recibido de tu generosidad, y haz, te pedimos, que los bienes de tu providencia alcancen a toda la humanidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

910. O bien:

Señor Dios, que conservas todo lo creado y das sin cesar a tus hijos el alimento necesario, te bendecimos por esta mesa fraternal en la que vamos a tomar la comida que fortalece nuestro cuerpo; te suplicamos que también nuestra fe, alimentada con tu Palabra, vaya creciendo en la búsqueda de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

911. O bien:

Oh, Dios, que amas la vida, que alimentas a las aves del cielo y vistes a los lirios del campo, te bendecimos por todas tus criaturas y por esta

comida que vamos a tomar, y te suplicamos, Señor, que, por tu bondad, nadie quede privado del necesario alimento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

912. O bien:

(si es sacerdote o diácono, hace la señal de la cruz)

Dios de bondad infinita, que en la Fracción del pan fortaleces la unidad de tus hijos, bendícenos ✠ a nosotros y estos dones tuyos y concédenos que la gozosa participación en esta mesa común alimente continuamente nuestro espíritu fraternal. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de las comidas

913. El que preside dice:

V. Bendigo al Señor en todo momento.

R. Su alabanza está siempre en mi boca.

Oremos.

Te damos gracias, Señor, dador de todos los bienes, que, por tu misericordia, nos has reunido alrededor de esta mesa; te pedimos que este refrigerio corporal nos dé nueva fuerza para continuar nuestro camino en este mundo, y poder un día llegar felizmente a la participación del Banquete de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

914. O bien:

Señor, tú que alimentas a todo ser viviente, conserva en tu amor a todos los que nos has concedido sentarnos a esta mesa; haz que vivamos atentos al bien de nuestros hermanos, para que quienes compartimos ahora un mismo alimento volvamos a encontrarnos un día en la Mesa de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

915. O bien:

Te damos gracias, Señor, porque en esta mesa nos has dado nueva fuerza, y te pedimos que este alimento corporal contribuya también al fortalecimiento de nuestro espíritu. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

TERCER ESQUEMA

Antes de las comidas

916. Reunida la comunidad, el que preside dice:

V. Bendigamos al Señor por sus dones.

R. Démosle gracias en todo tiempo.

V. Su alabanza esté siempre en nuestra boca.

R. Démosle gracias en todo tiempo.

(si es sacerdote o diácono, hace la señal de la cruz)

Te alabamos, Señor, de quien procede todo bien; bendice ✠ estos alimentos que vamos a tomar y concédenos que, con espíritu de verdadera fraternidad, seamos uno en Ti y perseveremos en esta unidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de las comidas

917.

V. Bendito sea el Nombre del Señor.

R. Ahora y por siempre.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Ahora y por siempre.

Dios, Padre nuestro, te damos gracias por este alimento que, reunidos fraternalmente, hemos recibido de tu generosidad; te pedimos que, aprendiendo también nosotros a compartir con los hermanos los bienes que de Ti hemos recibido, lleguemos a tener parte en el Convite eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

CUARTO ESQUEMA

Antes de las comidas

918. Al comenzar, todos se santiguan, y el que preside (haciendo la señal de la cruz, si es sacerdote o diácono) dice:

Bendícenos, ✠ Señor, a nosotros y estos dones tuyos que vamos a tomar y que hemos recibido de tu generosidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

919. O bien:

Protégenos, Señor, Dios nuestro, y concédenos el sustento que necesita nuestra debilidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

920. O bien:

Haz, Señor, que tus dones reparen nuestras fuerzas y que tu gracia nos consuele. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

921. O bien:

(si es sacerdote o diácono, hace la señal de la cruz)

De ti, Señor, desciende todo bien: te suplicamos que bendigas ✠ estos alimentos que, llenos de gratitud, vamos a tomar.

R. Amén.

922. O bien:

Bendito seas, Padre todopoderoso, que nos das el pan de cada día.
Bendito sea tu Hijo único, que no cesa de alimentarnos con su Palabra.
Bendito sea el Espíritu Santo, que nos ha reunido para esta comida fraternal.

R. Amén.

Después de las comidas

923. El que que preside dice:

Te damos gracias, Dios todopoderoso, por todos tus beneficios. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

924. O bien:

Nos hemos saciado, Señor, con los bienes que nos has dado; cólmanos también de tu misericordia. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

925. O bien:

El Señor es bendito en sus dones, bondadoso en todas sus acciones. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

926. O bien:

Te damos gracias, Señor, Padre santo, por el alimento y la bebida que nos has dado. Haz que podamos un día sentarnos a la Mesa de tu Reino y cantar eternamente tu alabanza. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

927. O bien:

Señor, a todos los que por amor a Ti se han hecho nuestros benefactores, dignate recompensarlos con la vida eterna.

R. Amén.

928. O bien:

Señor, dignate saciar a todos los hombres con el necesario sustento, para que puedan darte gracias junto con nosotros.

R. Amén.

NOTAS

1. Ritual de la Dedicación de iglesias y de altares, pp. 15-23.
- 2 Cf. *Missale romanum, Ordo Lctionum Missae*, núms. 770-774.
- 3 Cf. *Missale romanum, Ordo Lctionum Missae*, núms. 852-856.
- 4 Cf. *Missale romanum, Ordo Lctionum Missae*, núms. 811-815.
- 5 Cf. *Missale romanum, Ordo Lctionum Missae*, núms. 62-63, 764-768.
- 6 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, núm. 63.
- 7 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, núms. 33-34.



liturgiapapal.org

BENDICIONAL

TERCERA PARTE

**BENDICIÓN DE LAS COSAS QUE EN LAS
IGLESIAS SE DESTINAN AL USO LITÚRGICO
O A LAS PRÁCTICAS DE DEVOCIÓN**

CONTENIDO

Capítulo XXVIII. Bendición del baptisterio o de la nueva pila bautismal

- I. Bendición de una nueva pila bautismal, unida a la celebración del bautismo
- II. Bendición de una nueva pila bautismal, sin celebración del bautismo

Capítulo XXIX. Bendiciones con ocasión de la inauguración de una cátedra o una sede presidencial, de un ambón, de un sagrario o de una sede para la celebración del sacramento de la penitencia

- I. Bendición con ocasión de la inauguración de una nueva cátedra o sede presidencial
 - A. En la celebración de la misa
 - B. En una celebración de la palabra de Dios
- II. Bendición con ocasión de la inauguración de un nuevo ambón
 - A. En la celebración de la misa
 - B. En una celebración de la palabra de Dios
- III. Bendición con ocasión de la inauguración de una nueva sede para la celebración del sacramento de la penitencia

Capítulo XXX. Bendición de una nueva puerta de la Iglesia

Capítulo XXXI. Bendición de una nueva cruz que se ha de exponer a la pública veneración

Capítulo XXXII. Bendición de las imágenes que se exponen a la pública veneración de los fieles

- I. Rito de la bendición de una imagen de nuestro Señor Jesucristo
- II. Rito de la bendición de una imagen de santa María Virgen
- III. Rito de la bendición de una imagen de los santos

Capítulo XXXIII. Bendición de una campana

Capítulo XXXIV. Bendición de un órgano

Capítulo XXXV. Bendición de objetos que se usan en las celebraciones litúrgicas

- I. Bendición del cáliz y de la patena
 - A. Rito de la bendición dentro de la misa
 - B. Rito de la bendición fuera de la misa
- II. Bendición de otros objetos que se usan en las celebraciones litúrgicas
 - A. Rito de la bendición dentro de la misa

B. Rito breve

Capítulo XXXVI. Bendición del agua fuera de la celebración de la misa

Capítulo XXXVII. Bendición de la corona de Adviento

Capítulo XXXVIII. Bendición del belén navideño

I. Bendición del belén familiar

II. Bendición del belén de una iglesia

A. Rito de la bendición fuera de la misa o de las I Vísperas de Navidad

B. Rito de la bendición dentro de la misa o de las I Vísperas de Navidad

Capítulo XXXIX. Bendición del árbol de Navidad

Capítulo XL. Bendición de las estaciones del vía crucis

Capítulo XLI. Bendición de un cementerio

Capítulo XXVIII. BENDICIÓN DEL BAPTISTERIO O DE LA NUEVA PILA BAUTISMAL

933. Entre las partes principales de la iglesia destaca con razón el baptisterio o el lugar donde está situada la pila bautismal. Allí, en efecto, se celebra el bautismo, primer sacramento de la nueva Alianza. Por él los hombres, adhiriéndose a Cristo por la fe y recibiendo el espíritu de hijos adoptivos (1), se llaman y son hijos de Dios (2); unidos a Cristo en una muerte y resurrección como la suya (3), forman con él un mismo cuerpo (4); ungidos con la efusión del Espíritu, se convierten en templo santo de Dios (5) y miembros de la Iglesia, en «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios» (6).

934. Puesto que el bautismo es el principio de toda la vida cristiana, todas las iglesias catedrales y parroquiales deben tener su baptisterio o lugar donde está colocada la fuente o pila bautismal. Sin embargo, por razones pastorales, con el consentimiento del Ordinario del lugar (7), también en las demás iglesias u oratorios puede erigirse un baptisterio o colocarse una pila bautismal.

935. Al construir un nuevo baptisterio o instalar una pila bautismal, debe atenderse, antes que nada, a que pueda allí celebrarse digna y adecuadamente el rito del bautismo tal como se describe en el Ritual del Bautismo de niños o en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos.

936. Tanto si el baptisterio está separado de la nave de la iglesia, de modo que en él se realicen íntegramente todos los ritos del bautismo, como si se trata de la pila situada en la misma nave, todo debe disponerse de tal manera que se vea claramente el nexos que tiene el bautismo con la palabra de Dios y con la Eucaristía, que es la cumbre de la iniciación cristiana.

937. El baptisterio separado de la nave de la iglesia ha de ser digno del misterio que allí se celebra y se ha de reservar para el bautismo (como conviene al lugar donde los hombres nacen de nuevo, como del seno de la Iglesia, por el agua y el Espíritu Santo).

938. La pila bautismal, sobre todo en el baptisterio, debe ser fija, estéticamente elaborada con un material adecuado, limpia, y apta también, si se da el caso, para la inmersión de los catecúmenos (9). La pila, para que sea un signo más expresivo, puede construirse también de manera que brote de ella agua corriente, como de un verdadero manantial. Se ha de procurar asimismo que el agua, según las necesidades de cada lugar, pueda calentarse (10).

Rito de la bendición

939. Cuando se edifica un nuevo baptisterio o se construye una nueva pila bautismal, es conveniente que se celebre el rito peculiar de bendición. Pero no debe emplearse este rito si se

trata de un recipiente móvil «en que se prepara el agua cuando, en algunos casos, se celebra el sacramento en el presbiterio» (11).

Ministro del rito

940. Puesto que la administración del bautismo constituye el origen de aquella vida espiritual que en cierto modo deriva y depende del Obispo, el gran sacerdote de sus fieles en Cristo (12), conviene que el Obispo en persona bendiga los nuevos baptisterios o pilas bautismales que se construyan en su diócesis; sin embargo, puede encomendar esta tarea a otro obispo o a un presbítero, principalmente a uno que sea como colaborador y ayudante suyo en la cura pastoral de aquellos fieles para los cuales se ha erigido la pila bautismal o el nuevo baptisterio. Si preside un Obispo, deberá adaptarse de modo conveniente todo lo que aquí se indica.

Día que hay que elegir

941. Con el fin de expresar más claramente la índole pascual del bautismo y fomentar la asistencia de los fieles, se escogerá normalmente, para la bendición del baptisterio, un domingo, principalmente del tiempo pascual, o bien el domingo o fiesta del Bautismo del Señor. El rito de la bendición del baptisterio no puede celebrarse el miércoles de Ceniza, durante la Semana Santa y en la Conmemoración de todos los fieles difuntos

Preparación pastoral

942. La erección de un nuevo baptisterio o de una pila bautismal tiene una gran importancia en la vida espiritual de la comunidad cristiana. Por esto los fieles no sólo deben ser informados a su debido tiempo de la bendición del nuevo baptisterio sino que también se les ha de preparar con esmero para que asistan activamente al rito. Conviene que se les instruya acerca del sentido y significación de la pila bautismal, de modo que queden imbuidos de veneración y amor hacia el bautismo y su signo, que es esa misma pila bautismal.

Cosas que hay que preparar

943. Para la ejecución del rito, debe prepararse lo siguiente:

- la pila llena de agua;
- el cirio pascual, que se llevará en la procesión;
- un candelero para poner el cirio;
- el Ritual romano;
- el Leccionario;
- el incensario y la naveta con incienso;
- un recipiente en el que se echará agua recién bendecida, con el aspersionario;
- asientos para el celebrante y los otros ministros.

944. En este rito se usarán vestiduras sagradas de color blanco o festivo.

Debe prepararse:

- (para el Obispo: alba, cruz pectoral, estola, pluvial, mitra, báculo pastoral);
- para los presbíteros: albas y estolas, o las vestiduras requeridas para la Misa
- para los diáconos: albas, estolas (dalmáticas);
- para los demás ministros: albas u otras vestiduras legítimamente aprobadas,

RITO DE LA BENDICIÓN

I. Bendición de una pila bautismal, unida a la celebración del bautismo

Ritos iniciales

945. Reunido el pueblo, el celebrante y los presbíteros, los diáconos y los ministros, revestidos todos con sus propias vestiduras, se dirigen desde la sacristía al baptisterio, a través de la nave de la iglesia. Precede el turiferario con el incensario humeando; sigue un acólito con el cirio pascual, y los demás. Es conveniente que los que van a ser bautizados tomen parte, con sus padrinos, en la procesión; de lo contrario, se reúnen en un lugar adecuado del baptisterio.

946. Mientras avanza la procesión, se cantan las letanías de los santos. [aquí](#).

947. Cuando la procesión ha llegado al baptisterio, todos se colocan en los lugares que tienen asignados. El Cirio pascual se coloca en el candelero preparado en el centro del baptisterio o junto a la pila bautismal.

Terminado el canto de las letanías, el celebrante saluda al pueblo, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

948. Luego el celebrante dispone oportunamente a los fieles para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para una gozosa celebración. Hoy inauguramos una nueva fuente del bautismo, y administraremos a estos elegidos el sacramento del nuevo nacimiento, para que, por la misericordia de Dios que han alcanzado, entren en la Iglesia, pueblo adquirido por Dios, se unan a Cristo, el primogénito de muchos hermanos, y, habiendo recibido el Espíritu de adopción, con su nuevo título de hijos puedan invocar a Dios como Padre.

949. Terminada la monición, el celebrante, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran un rato en silencio. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, que en el sacramento del nuevo nacimiento multiplicas sin cesar el número de tus hijos, concédenos, te pedimos, que todos los que renazcan de esta fuente de salvación con su manera de vivir glorifiquen tu Nombre y aumenten la santidad de la madre Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Admisión de los que van a ser bautizados

950. Terminada la oración, se hace el rito de admisión de los que van a ser bautizados. Según sea la condición de los elegidos, se empleará, con las debidas adaptaciones, el rito que se halla en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 109-114), o el rito que se describe en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 246-251), a no ser que este rito ya se haya realizado en el segundo grado de la iniciación cristiana de adultos (núms. 140-151).

Lectura de la Palabra de Dios

951. Se procede en todo como en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 252-253) y en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 116, 142), empleando las lecturas más adecuadas del Leccionario (13).

952. Después de la lectura de la palabra de Dios, el celebrante explica en la homilía las lecturas bíblicas, con el fin de que los presentes adquieran un conocimiento más claro de la trascendencia del bautismo y de la significación de la pila bautismal.

953. *Los ritos prebautismales se celebran como en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 255-256) y en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 119-120).*

Bendición de la nueva pila bautismal

954. Los que van a ser bautizados se colocan alrededor de la nueva fuente bautismal: los niños en brazos de sus madres, los adultos de pie con sus padrinos. Luego el celebrante invita a los fieles a la oración, con estas palabras u otras semejantes:

Ha llegado el momento, queridos hermanos, de consagrar con la oración de la Iglesia esta pila bautismal, para que el Espíritu Santo comunique a sus aguas el poder de santificar. Pero antes roguemos a Dios Padre por estos servidores suyos **N.** y **N.**, que piden ser bautizados: que él, que los ha llamado, y los ha hecho llegar a este momento, en que nacerán de nuevo, les dé luz y fuerza, para que, unidos firmemente a Cristo, lleguen a la plenitud de la vida.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, vuelto hacia la pila bautismal, llena de agua, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, creador del mundo y Padre de todos, es justo que te manifestemos nuestra alabanza y gratitud, porque nos concedes inaugurar solemnemente esta fuente de salvación de tu Iglesia. Aquí, a los hombres, a quienes se les habían cerrado las puertas del paraíso, se les abren las puertas de la Iglesia, y entran a la vida espiritual; aquí hallan el baño saludable y purificador que los limpia de la antigua mancha del pecado. El torrente de estas aguas elimina toda culpa, para que nazcan nuevas virtudes; aquí mana aquella fuente que brota del costado de Cristo, cuyas aguas proporcionan vida eterna a los que de ella beben. Desde aquí se difunde la luz santa de la fe, que disipa las tinieblas de

nuestra mente y nos hace entrever los bienes celestiales; aquí los creyentes, al sumergirse en este baño, se asocian a la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva. Te pedimos, Señor, que envíes sobre esta agua la brisa fecunda de tu Espíritu: aquel mismo poder que cubrió a la Virgen con su sombra para que diera a luz a su hijo primogénito, fecunde el seno de su esposa, la Iglesia, a fin de que engendre para ti, Padre, multitud de hijos, destinados a ser un día ciudadanos del cielo. Concédenos, Señor, que todos los que renazcan de esta fuente vivan con fidelidad su compromiso cristiano, y que brille en su conducta la vida nueva que de ti han recibido. Que quienes son distintos por raza o por condición salgan igualados de este baño vital y unificador, manifiesten, por su amor, que son verdaderos hermanos y muestren, por su concordia, que son auténticos conciudadanos. Como buenos hijos, sean reflejo de la bondad del Padre; como verdaderos discípulos, cumplan las enseñanzas del Maestro; como templos del Espíritu Santo, sean un eco de su voz. Que sean testigos del Evangelio y practiquen la justicia; que llenen del espíritu de Cristo la ciudad terrena de la que son miembros, hasta que llegue el día en que sean recibidos como ciudadanos en la Jerusalén celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

955. *Pone incienso e inciensa la pila bautismal.*

956. *Benedicida la fuente bautismal, prosigue la celebración del bautismo, tal como se indica en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 124-132), o en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 217-234 o 259-273), según sea la condición de los que van a ser bautizados.*

Conclusión del rito

957. *Si se trata de bautismo de niños, el rito concluye tal como se indica en el Ritual del Bautismo de niños (núms. 133-135), o bien de la manera que aquí se propone.*

958. *El celebrante bendice a las madres, con sus hijos en brazos, a los padres y al pueblo, diciendo:*

Dios, creador de todo lo que existe, que hace a los hombres partícipes del misterio de su paternidad, haga también que estos padres sean testigos y mensajeros del Evangelio.

Todos:

Amén.

Cristo, el Hijo de Dios, que se dignó hacerse hijo de la Virgen María, haga sentir a estas madres la alegría de ver a sus hijos nacidos de nuevo para la vida eterna.

Todos:

Amén.

El Espíritu Santo Defensor, que ha santificado a estos bautizados habite siempre en sus corazones.

Todos:

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos:

Amén.

959. Después de la bendición, es conveniente entonar algún canto que exprese el gozo pascual y la acción de gracias, o el Magnificat.

960. Finalmente el diácono despide al pueblo en la forma acostumbrada.

961. Según la antiquísima tradición de la Iglesia, en la iniciación cristiana de adultos, después de la administración del bautismo se administra el sacramento de la confirmación, y los neófitos

participan por primera vez en la Eucaristía. Según esto, después del bautismo se procede en todo tal como se indica en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (núms. 227-234 o 266-273).

II. Bendición de una nueva pila bautismal, sin celebración del bautismo

Ritos iniciales

962. Reunido el pueblo, el celebrante y los ministros, según se ha dicho anteriormente en el núm. 945, se dirigen desde la sacristía al baptisterio, a través de la nave de la iglesia.

963. Mientras, se canta la antífona:

R. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.

O bien:

R. En ti, Señor, está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz.

Con el salmo 35 (36), u otro canto adecuado.

Salmo 35 (36), 6-11

Señor, tu misericordia llega al cielo,
tu fidelidad hasta las nubes;
tu justicia hasta las altas cordilleras,
tus sentencias son como el océano inmenso. R

Tú socorres a hombres y animales;
¡qué inapreciable es tu misericordia, oh, Dios!,
los humanos se acogen a la sombra de tus alas. R

Se nutren de lo sabroso de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias,
porque en ti está la fuente viva,
y tu luz nos hace ver la luz. R.

Prolonga tu misericordia con los que te reconocen,

tu justicia con los rectos de corazón. R.

964. Cuando la procesión ha llegado al baptisterio, todos ocupan los lugares previamente asignados. El cirio pascual se coloca en el candelero preparado junto a la fuente bautismal. Terminado el canto, el celebrante saluda al pueblo, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

965. Luego el celebrante dispone a los fieles a la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para una gozosa celebración. Hoy inauguramos una nueva fuente del bautismo, para que todos los que en ella renazcan, por la misericordia de Dios que han alcanzado, entren en la Iglesia, pueblo adquirido por Dios, se unan a Cristo, el primogénito de muchos hermanos, y, habiendo recibido el Espíritu de adopción, con su nuevo título de hijos, puedan invocar a Dios como Padre.

966. Terminada la monición, el celebrante, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, que en el sacramento del nuevo nacimiento multiplicas sin cesar el número de tus hijos, concédenos, te pedimos, que todos los que

renazcan de esta fuente de salvación, con su manera de vivir glorifiquen tu Nombre y aumenten la santidad de la madre Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

967. Concluido lo que antecede, el celebrante se sienta. A continuación se lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, de los que se hallan en el Leccionario para la Iniciación cristiana de adultos fuera de la Vigilia pascual (14) y en la administración del Bautismo de niños (15), intercalando los convenientes salmos responsoriales, o bien, espacios de silencio sagrado. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más destacado.

968. Después de la lectura de la palabra de Dios, se hace la homilía. En ella el celebrante explica las lecturas bíblicas, con el fin de que los presentes adquieran un conocimiento más claro de la trascendencia del bautismo y de la significación de la pila bautismal.

Bendición de la nueva pila bautismal

969. Luego el celebrante invita a los fieles a la oración, con estas palabras u otras semejantes:

Ha llegado el momento, queridos hermanos, de consagrar con la oración de la Iglesia esta pila bautismal, para que el Espíritu Santo comunique a sus aguas el poder de santificar. Invoquemos a Dios Padre, suplicándole que defienda la fe y promueva la concordia en nuestra comunidad; la fuente del bautismo, en efecto, comienza de verdad a manar cuando los oídos del hombre se abren a la palabra de Dios; nuestras mentes se iluminan con la luz de Cristo cuando rechazan las tinieblas del pecado; nuestros corazones se unen decididamente al Señor cuando renuncian con firmeza al maligno y a sus obras.

970. Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante, vuelto hacia la pila bautismal, llena de agua, con las manos extendidas, dice:

Oh, Dios, creador del mundo y Padre de todos, es justo que te manifestemos nuestra alabanza y gratitud, porque nos concedes inaugurar solemnemente esta fuente de salvación de tu Iglesia. Aquí, a los hombres, a quienes se les habían cerrado las puertas del paraíso, se les abren las puertas de la Iglesia, y entran a la vida espiritual; aquí hallan el baño saludable y purificador que los limpia de la antigua mancha del pecado. El torrente de estas aguas elimina toda culpa para que nazcan nuevas virtudes aquí mana aquella fuente que brota del costado de Cristo, cuyas aguas proporcionan vida eterna a los que de ella beben. Desde aquí se difunde la luz santa de la fe, que disipa las tinieblas de nuestra mente y nos hace entrever los bienes celestiales; aquí los creyentes, al sumergirse en este baño, se asocian a la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva. Te pedimos, Señor, que envíes sobre esta agua la brisa fecunda de tu Espíritu: aquel mismo poder que cubrió a la Virgen con su sombra para que diera a luz a su hijo primogénito fecunde el seno de su esposa, la Iglesia, a fin de que engendre para ti, Padre, multitud de hijos, destinados a ser un día ciudadanos del cielo. Concédenos, Señor, que todos los que renazcan de esta fuente vivan con fidelidad su compromiso cristiano, y que brille en su conducta la vida nueva que de ti han recibido. Que quienes son distintos por raza o por condición salgan igualados de este baño vital y unificador, manifiesten, por su amor, que son verdaderos hermanos y muestren, por su concordia, que son auténticos conciudadanos. Como buenos hijos, sean reflejo de la bondad del Padre; como verdaderos discípulos, cumplan las enseñanzas del Maestro; como templos del Espíritu Santo, sean un eco de su voz. Que sean testigos del Evangelio y practiquen la justicia; que llenen del espíritu de Cristo la ciudad terrena de la que son miembros, hasta que llegue el día en que sean recibidos como ciudadanos en la Jerusalén celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

971. Terminada la invocación sobre la pila bautismal, puede entonarse un canto bautismal, por ejemplo, la antífona:

La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la gloria ha tronado, el Señor sobre las aguas torrenciales.

O bien:

Sobre las aguas clama la voz del Padre, brilla la gloria del Hijo y da vida el amor del Espíritu Santo.

O bien:

Esta es la fuente de vida, que ha lavado al mundo entero; brotó de la herida de Cristo.

El celebrante pone incienso en el turíbulo e inciensa la pila bautismal.

972. Terminado el canto, según las circunstancias, todos renuevan las promesas de su fe bautismal. El celebrante se dirige a los presentes con estas palabras u otras semejantes:

Ahora, hermanos, recordad la fe que profesasteis en el momento de vuestra iniciación cristiana, para que, llevados por la gracia del Espíritu Santo, podáis consolidarla cada día más y más.

Luego el celebrante interroga a los presentes, diciendo:

¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Todos:

Sí, creo.

Celebrante:

¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

Todos:

Sí, creo.

Celebrante:

¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?

Todos:

Sí, creo.

El celebrante asiente a esta profesión, proclamando la fe de la Iglesia:

Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Y la asamblea de los fieles responde:

Amén.

La fórmula *Esta es nuestra fe* puede substituirse por otra, según las circunstancias, o también por un canto adecuado, con el que la comunidad pueda expresar en forma unánime su fe.

973. Luego el celebrante toma el aspersorio y rocía al pueblo fiel con agua sacada de la pila recién bendecida, mientras la asamblea canta una antífona, por ejemplo:

Vi que manaba agua (cf. Ez 47, 1-2) del lado derecho del templo. Aleluya. Y habrá vida dondequiera que llegue la corriente y cantarán: Aleluya, aleluya.

O bien:

«Derramaré sobre vosotros un agua pura (Ez 36, 25-26) que os purificará de todas vuestras inmundicias y os dará un corazón nuevo», dice el Señor.

Conclusión del rito

974. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Invoquemos a Dios, Padre todopoderoso, que por el misterio pascual nos ha hecho nacer del agua y del Espíritu Santo a la vida nueva de hijos suyos; digámosle:

R. Renueva en nosotros, Señor, las maravillas de tu poder.

Padre misericordioso, que creaste al hombre a tu imagen y lo santificaste por el bautismo,
— haz que siempre y en todo lugar recordemos este don tuyo y la dignidad que él nos confiere. **R.**

Tú que quisiste que del costado de Cristo crucificado brotara el agua del Espíritu Santo,
— haz que bebamos de esta fuente de vida, para que se convierta dentro de nosotros en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. **R.**

Tú que en el baño del nuevo nacimiento has hecho de nosotros una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada,
— haz que, como exige nuestra condición de cristianos, proclamemos tus hazañas ante los hombres. **R.**

Tú que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos,
— concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron. **R.**

Tú que nos has concedido, por tu bondad, levantar esta fuente bautismal,

-haz que sea para los catecúmenos el baño de vida y para todos nosotros un estímulo para renovar nuestra vida. **R.**

975. Luego el celebrante introduce la oración del Señor, con estas palabras u otras adecuadas:

Recordando nuestro bautismo, en el que hemos recibido un espíritu de hijos adoptivos, y fieles a la recomendación del Salvador, invoquemos al Padre celestial, diciendo:

Todos:

Padre nuestro...

El celebrante prosigue a continuación:

Oh, Dios, que en el sacramento del bautismo comunicaste al agua un poder de muerte y vida, haz que, liberados de todos sus pecados, los que han sido sepultados con Cristo en esta fuente bautismal resuciten con Cristo, revestidos con la blanca vestidura de la inmortalidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

976. Después de la bendición, es conveniente cantar algún canto que exprese el gozo pascual y la acción de gracias, o el Magnificat.

977. Finalmente el diácono despide al pueblo en la forma acostumbrada.

Capítulo XXIX.

BENDICIONES CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA CÁTEDRA O UNA SEDE PRESIDENCIAL, DE UN AMBÓN, DE UN SAGRARIO O DE UNA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

978. Todas las cosas relacionadas con la celebración litúrgica, que se hallan ya en su lugar en la iglesia cuando ésta es dedicada o bendecida, se consideran ya bendecidas junto con la iglesia. Pero cuando se estrena o se renueva alguna de ellas, como la cátedra episcopal en la iglesia catedral, la sede presidencial, el ambón para la proclamación de la palabra de Dios, el lugar de la reserva del Santísimo Sacramento o sagrario o la sede para la celebración del sacramento de la penitencia puede ser una buena oportunidad para mentalizar a los fieles sobre su importancia, mediante una adecuada celebración.

979. Todos deben observar estrictamente los principios y normas que establecen los libros litúrgicos respecto a la elaboración y adecuada colocación de estas partes de la iglesia.

980. Las bendiciones que aquí se describen puede utilizarlas el sacerdote, el cual, respetando la estructura de los ritos, adaptará oportunamente la celebración a las circunstancias del lugar.

I. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA CÁTEDRA O SEDE PRESIDENCIAL

981. La cátedra simboliza de forma eminente el magisterio que corresponde al Obispo en su Iglesia. Por esto, el rito de la inauguración de una nueva cátedra sólo puede celebrarlo el mismo Obispo diocesano, o bien, en alguna circunstancia muy especial, otro Obispo que haya recibido de él un mandato especial.

982. El lugar de presidencia o sede del sacerdote celebrante significa la función de presidir la asamblea litúrgica y de dirigir la oración del pueblo santo.

983. Aunque resulta más adecuado unir este rito a la celebración de la Misa, no hay inconveniente en que, si se da el caso, se haga junto con una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

984. En la Misa, después de la veneración e incensación del altar el celebrante, antes de dirigirse a la cátedra o la sede, se santigua, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

985. Luego el celebrante saluda a los presentes, empleando alguna de las fórmulas que propone el Misal romano.

986. Después, con una monición adecuada, introduce a los fieles en la Misa, ilustrándolos al mismo tiempo sobre el significado del rito inicial referido a la cátedra o a la sede recién construida. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

987. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

988. El celebrante pone incienso en el incensario e incienso la cátedra o la sede. Luego se dirige a la cátedra o la sede, donde es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

989. La Misa continúa como de costumbre, omitiendo el acto penitencial.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

990. Si la bendición de la cátedra o de la sede se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá de la siguiente manera. El celebrante, después del saludo, antes de dirigirse a la sede, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado.

Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

991. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

992. El celebrante pone incienso en el incensario e incienso la cátedra o la sede. Luego se dirige a ella y allí es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

Lectura de la Palabra de Dios

993. Después de la incensación del celebrante, se leen algunos textos adecuados de la Sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Lc 4, 16-22a: Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Jesús

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.»

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles:

—«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.»

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Palabra del Señor.

994. Pueden también leerse: Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10; Is 40, 9-11; Hch 10, 34-38; Hch 13, 15-32.

995. Salmo responsorial: *Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144 (R.: 105)*

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma; R.

la explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes. R.

Asegura mis pasos con tu promesa,
que ninguna maldad me domine. R.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus leyes. R.

La justicia de tus preceptos es eterna,
dame inteligencia, y tendré vida R.

996. O bien:

Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15

R. *(cf. Jn 6, 63c)* Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

997. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo, en representación del cual ejercen su función los ministros sagrados.

Preces

998. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Nuestro Señor Jesucristo de tal manera ama a la Iglesia que ha querido por medio de sus ministros y pastores que sea adoctrinada por la palabra divina y alimentada por los santos sacramentos. Por todo esto, lo alabamos, diciendo:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que, por medio de los maestros de la fe, continúas enseñándonos tu Evangelio. R.

Bendito seas, Señor, que, por medio de los pastores que tú has elegido, nos das sin cesar el alimento espiritual, a nosotros, ovejas de tu rebaño. R.

Bendito seas, Señor, que, por medio de tus pregoneros, nos llamas y nos invitas a cantar las alabanzas del Padre. R.

Oración de bendición

999. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Señor Jesucristo, que enseñaste a los pastores de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, te pedimos que hagas con tu gracia que todos los que vengan a esta cátedra (sede) proclamen siempre tu palabra y administren dignamente tus sacramentos, y así, junto con el pueblo a ellos confiado, te alaben sin cesar en la sede eterna del cielo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1000. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1001. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO AMBÓN

1002. El ambón o lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios debe responder a la dignidad de esta Palabra y ha de recordar a los fieles que la mesa de la Palabra de Dios está siempre dispuesta. Esta bendición sólo puede impartirse cuando se trata de un verdadero ambón, es decir, que no sea un simple atril móvil, sino un ambón estable y destacado por su dignidad. Sin embargo, teniendo en cuenta la estructura de cada iglesia, también puede bendecirse un ambón móvil, a condición de que sea algo realmente prominente, adecuado a su función y estéticamente elaborado.

1003. Este rito puede unirse a la celebración de la Misa, o también, según las circunstancias, puede emplearse en una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

1004. La Misa se celebra en todo como de costumbre, hasta la oración colecta inclusive. En la procesión de entrada, se lleva el evangeliario y se deposita sobre el altar. Es de aconsejar que la proclamación de la Palabra de Dios se desarrolle de la siguiente manera: dos lectores, uno de los cuales lleva el leccionario de la Misa, junto con el salmista, se acercan al celebrante.

El celebrante, de pie, toma el leccionario, lo muestra al pueblo y pronuncia estas palabras u otras adecuadas:

Resuene en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcáis el misterio de Cristo y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia.

Todos responden:

Amén.

O de otro modo adecuado.

1005. Luego el celebrante entrega el leccionario al primer lector. Los lectores y el salmista se dirigen al ambón, llevando el leccionario, de modo que todos puedan verlo.

1006. Las lecturas se toman de la Misa del día, o bien, pueden seleccionarse del modo siguiente: la primera lectura, del libro de Nehemías 8, 1-4a. 5-6. 8-10, seguida de Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15, con la respuesta: Tus palabras, Señor, son espíritu y vida; si se proclama una segunda lectura puede escogerse la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 3, 14—4, 5a; en cuanto al Evangelio, es aconsejable proclamar el texto de Lucas 4, 14-22a, anteponiendo la aclamación No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios, con o sin Aleluya, según el tiempo litúrgico

1007. Después de la segunda lectura, el diácono, o en su defecto un presbítero, toma el evangelario del altar y, precedido de los ministros con los cirios y el incienso, lo lleva al ambón.

1008. Después del Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1009. Luego la Misa continúa en la forma acostumbrada; si se juzga oportuno, se añade el Credo, de modo que los fieles se den cuenta de que hay que responder con la fe a Dios que les habla.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

1010. Si la bendición del ambón se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá del modo siguiente: el celebrante, después del saludo, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, hermanos, para inaugurar este ambón y destinarlo al uso sagrado, para que aparezca ante todos como un signo de aquella mesa de la Palabra de Dios que nos ofrece el primer y necesario alimento de nuestra vida cristiana. Prestemos a esta celebración la mayor atención, escuchando con fe a Dios, que nos habla, para que sus palabras sean realmente para nosotros espíritu y vida.

1011. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante continúa, con las manos extendidas:

Oh, Dios, tú nos amas tanto que hasta te dignas hablarnos como amigos; concédenos la gracia del Espíritu Santo, para que, al gozar de la dulzura de tu Palabra, nos llenemos del pleno conocimiento de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

1012. Luego se leen algunos textos adecuados de la sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10: Esdras, el escriba, estaba de pie en el púlpito de madera que había hecho para hablar

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de Nehemías.

En aquellos días, todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que se abre ante la Puerta del Agua, y pidió a Esdras, el letrado, que trajera el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado a Israel. El sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era mediados del mes séptimo. En la plaza de la Puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura de la Ley. Esdras, el escriba, estaba de pie en el pulpito de madera que había hecho para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo —pues se hallaba en un puesto elevado— y, cuando lo abrió; toda la gente se puso en pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió:

—«Amén, amén.»

Después se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de

forma que comprendieran la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero:

—«Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis.» Porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley. Y añadieron:

—«Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza.»

Palabra de Dios.

1013. Pueden también leerse: 2 Tm 3, 14—4, 5a; Lc 4, 16-22a.

1014. Salmos responsoriales: Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15 (R.: cf. Jn 63c)

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. **R.**

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. **R.**

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. **R.**

Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, roca mía, redentor mío. **R.**

1015. O bien:

Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144

R. (105) Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

1016. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1017. Si se estima oportuno, se puede decir o cantar el Credo.

Preces

1018. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Hermanos, Dios Padre nos ha dado su Palabra hecha carne para que la escuchemos y encontremos en ella el alimento de nuestra fe. Pidamos juntos:

R. La palabra de Cristo habite entre nosotros en toda su riqueza.

Haz, Señor, que los discípulos de Cristo, tu Hijo, sientan hambre intensa de tu palabra y sean en el mundo fieles testigos de ella. **R.**

Concédenos, Señor, que la meditación asidua de tu palabra nos haga fervorosos en la fe y entregados siempre a las buenas obras. **R.**

Aumenta en nosotros, Señor, con la luz de tu palabra, el conocimiento de ti y de nosotros mismos, para que te amemos más y te sirvamos con mayor fidelidad. **R.**

Asiste, Señor, a los ministros de tu palabra, para que crean de corazón y cumplan en su vida lo que proclaman con sus labios. **R.**

Oración de bendición

1019. Luego el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Oh, Dios, que te has dignado llamar a los hombres a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa, es justo que te demos gracias, porque nunca dejas de saciarnos con el sabroso alimento de tu Palabra, y porque, siempre que nos reunimos en esta iglesia, nos recuerdas y aclaras las maravillas de tu revelación. Te pedimos, Señor, que en este lugar la voz de tu Hijo llegue siempre a nuestros oídos, y que, dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, no nos limitemos a escuchar tu Palabra, sino que la llevemos con decisión a la práctica. Que, en este lugar, los que proclaman tu Palabra nos enseñen el camino de la vida, para que nosotros, recorriéndolo valientemente, sigamos a Cristo, el Señor, y alcancemos la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1020. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1021. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO SAGRARIO

1022. El sagrario, donde se guarda la Eucaristía, evoca en nosotros la presencia del Señor, presencia que deriva del Sacrificio de la Misa, y nos recuerda también a los hermanos, a los que debe unirnos el amor de Cristo. La Iglesia, en efecto, en la administración de los misterios que Cristo, el Señor, le confió, originariamente reservó la Eucaristía para atender a los enfermos y moribundos. Este Alimento celestial, reservado en los sagrarios de las iglesias, se convirtió luego en objeto de adoración.

1023. El rito de esta bendición va unido a la celebración de la Misa,

En ella, es conveniente elegir, observando las debidas normas, las lecturas y oraciones de las Misas de la Sagrada Eucaristía (16). En la homilía, después de la explicación de la Palabra de Dios, se ilustrará siempre de algún modo a los fieles sobre el significado de este rito.

1024. Hecha la oración universal, el celebrante, situado cerca del sagrario que se va a bendecir, vuelto hacia la asamblea, invita a los fieles a la oración, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición, con las manos extendidas:

Señor, Padre santo, que has dado a los hombres el verdadero Pan del cielo, dignate bendecirnos a nosotros y a este sagrario, destinado a la reserva del Sacramento del Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y haz, con esta bendición, que, al adorar a Cristo aquí presente, nos unamos constantemente a su misterio de redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1025. Luego el celebrante pone incienso e inciensa el sagrario.

1026. La Misa continúa como de costumbre, pero, después de la comunión de los fieles, se deja sobre la mesa del altar la píxide con el Santísimo Sacramento.

Dicha la Oración después de la comunión, habida cuenta de las circunstancias del lugar y de la celebración, puede organizarse, del modo acostumbrado, una procesión a través de la iglesia hacia la capilla o lugar donde se halla el sagrario que se ha bendecido.

Mientras avanza la procesión, se canta la antífona:

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Con el salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9, o un canto apropiado, por ejemplo, Salve, Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen, u otro adecuado.

Salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R.**

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. **R.**

1027. Cuando la procesión ha llegado al sagrario, el celebrante introduce la píxide, dejando abierta la puerta. Pone incienso e incienso de rodillas el Santísimo Sacramento Después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, se cierra la puerta del sagrario.

1028. Entonces, si puede hacerse cómodamente, el diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, hace, según las circunstancias, la invitación, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre el pueblo, lo bendice, diciendo:

Dios omnipotente y misericordioso, cuyo Hijo fue su templo verdadero y vivo en la Tierra, por el misterio de su muerte y resurrección, que adoráis, os bendiga y santifique.

R. Amén.

Cristo, que subió al cielo de manera visible, para prepararos sitio en la casa del Padre, y que está aquí presente, en el Sacramento, de manera invisible, para perpetuar la eficacia de su sacrificio, os dé siempre ayuda y fortaleza.

R, Amén.

Que nuestro Señor, presente en la Eucaristía, cuando vengáis aquí a meditar la obra de salvación, se convierta para todos vosotros en fuente inagotable de agua para la vida eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ¡ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1029. O bien, orando sobre el pueblo, el celebrante dice:

Concede a tus fieles, Señor, un aumento constante de fe y de gracia, para que, meditando asiduamente el amor de tu Hijo, que permanece entre nosotros, frecuentemos con provecho el memorial de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de la oración, añade:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1030. Si no hay procesión, dicha la oración después de la comunión, se deposita la píxide en el sagrario, cuya puerta permanece abierta. El celebrante pone incienso e incienso de rodillas el Santísimo Sacramento.

1031. Finalmente, después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, el celebrante cierra la puerta del sagrario y bendice al pueblo, empleando una de las fórmulas indicadas en los núms. 1028-1029.

1032. El diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, despide al pueblo en la forma acostumbrada.

IV. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1033. La sede para la celebración del sacramento de la penitencia, situada en la iglesia, expresa de un modo patente que la confesión y absolución de los pecados es una acción litúrgica que pertenece al Cuerpo de la Iglesia, y que está ordenada a una renovada participación de los hermanos en el Sacrificio de Cristo y de la Iglesia.

1034. El rito de esta bendición nunca se ha de unir a la celebración de la Misa; en cambio, resulta oportuno unirlo a una celebración penitencial.

Ritos iniciales

1035. Reunido el pueblo, se canta, según las circunstancias, un salmo, una antifona u otro canto adecuado.

1036. Terminado el canto, el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1037. Luego el sacerdote saluda a los presentes, diciendo:

La gracia, la misericordia y la paz de Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, que es la remisión de todos los pecados, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura, o del Ritual de la Penitencia, núms. 106-110.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1038. Luego el sacerdote, con una breve monición, instruye a los presentes sobre el significado del rito, lo que puede hacer con estas palabras u otras semejantes:

Este rito de bendición, en el que participamos con fe, nos recuerda en primer lugar que hemos de estar vivamente agradecidos a Dios, que manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia. A esta sede penitencial, en efecto, **nos acercamos como pecadores y volvemos de ella justificados**, gracias al ministerio de reconciliación que Cristo Jesús ha otorgado a su Iglesia. Él nos conceda que todos los

que se sienten agobiados por el peso de sus pecados hallen en esta sede la liberación, y que todos los que están manchados por el barro de este mundo salgan de aquí blanqueados en la Sangre del Cordero.

Lectura de la Palabra de Dios

1039. Entonces empieza la Celebración de la Palabra. El lector, uno de los presentes o el mismo sacerdote, lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, elegidos entre los que propone el leccionario del Ritual de la Penitencia (17), o entre los que se proponen a continuación:

Mt 9, 1-8: ¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

—«¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados.»

Algunos de los letrados se dijeron:

—«Éste blasfema.»

Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

—«¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir: "tus pecados están perdonados", o decir "levántate y anda"? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.»

Dijo dirigiéndose al paralítico:

—«Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa.»

Se puso en pie, y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Palabra del Señor.

1040. Pueden también leerse: 2 S 12, 1-9. 13; Ez 18, 20-32; Rm 5, 6-11;

2 Co 5, 17-21; Lc 7, 36-50; Jn 8, 1-11.

1041. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 129 (130), 1-2. 3-4. 5-6b. 6c-8 (R.: 7bc)

R. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. **R.**

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. **R.**

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora. **R.**

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos. **R.**

1042. O bien:

Sal 31 (32), 1-2. 3-4. 5. 6-7

R. (5c) Confesaré al Señor mi culpa.

Sal 50 (51), 3-4. 5-6. 7-8. 9-10. 11-12

R. (14a) Devuélveme la alegría de tu salvación.

1043. Terminadas las lecturas, el sacerdote hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la importancia eclesial del sacramento de la penitencia.

Preces

1044. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Demos gracias, hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, que, por la muerte y resurrección de su Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha concedido el perdón de todos los pecados:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que entregaste a tu Hijo por nuestros pecados, para que nos arrancara de las tinieblas del pecado y nos introdujera en la luz y la paz de tu reino. R.

Bendito seas, Señor, que, por el Espíritu Santo, purificas nuestra conciencia de las obras muertas. R.

Bendito seas, Señor, que has dado a la Iglesia santa las llaves del reino de los cielos, para que las puertas de tu misericordia queden abiertas para todos. R.

Bendito seas, Señor, que en el ministerio de la reconciliación obras siempre cosas grandes y maravillosas, dándonos ahora el perdón y más tarde la vida eterna. R.

1045. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

En verdad es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar, Dios todopoderoso y eterno, que corriges con justicia y perdonas con clemencia. Pero siempre te muestras misericordioso, porque, cuando castigas, lo haces para que no perezcamos eternamente y, cuando perdonas, nos das ocasión para corregirnos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1046. El sacerdote concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Padre nos bendiga, pues nos llamó a ser sus hijos adoptivos.

R. Amén.

El Hijo nos auxilie, pues nos recibió como hermanos.

R. Amén.

El Espíritu Santo nos fortalezca, pues hizo de nosotros su templo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1047. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXX. BENDICIÓN DE UNA NUEVA PUERTA DE LA IGLESIA

1048. En algunas celebraciones litúrgicas, como en el bautismo, el matrimonio y las exequias, los fieles son recibidos en la puerta de la iglesia. Por ella entran también en la iglesia, en determinados días del año litúrgico, al terminar la procesión. Por esta razón resulta oportuno que la puerta de la iglesia, tanto en su estructura como en su ornato artístico, aparezca como un signo de Cristo, que dijo: «Yo soy la puerta de las ovejas» (Jn 10, 7), y como signo también de los que han recorrido el camino de la santidad, que conduce a la morada de Dios.

1049. La construcción de una nueva puerta de la iglesia puede brindar una ocasión propicia para recordar a los fieles un acontecimiento externo de cierta relevancia, pero al mismo tiempo y sobre todo para evocar en ellos el significado íntimo y profundo de todo lo que es y representa el recinto sagrado al que da acceso la puerta. De ahí que resulte oportuno dirigir a Dios una oración peculiar para cuando se celebra la bendición de las puertas de las iglesias, y con tal motivo reunir a los fieles, aprovechando así esta coyuntura para que escuchen la palabra de Dios y eleven a él sus plegarias.

1050. Este formulario puede utilizarlo el sacerdote, el cual, respetando la estructura del rito y los elementos principales de que consta, puede adaptar cada una de sus partes a las circunstancias concretas del lugar y de las personas.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1051. Reunida la comunidad, puede entonarse ante la puerta de la iglesia un canto adecuado, por ejemplo, la antifona:

R. ¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas.

Con el salmo 23 (24), u otro canto adecuado.

Salmo 23 (24)

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. **R.**

—¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro? **R.**

—El hombre de manos inocentes y puro corazón,
que no confía en los ídolos
ni jura contra el prójimo en falso.
Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación. **R.**

—Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob. **R.**

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. **R.**

—¿Quién es ese Rey de la gloria?
—El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra. **R.**

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. **R.**

—¿Quién es ese Rey de la gloria?
—El Señor, Dios de los ejércitos.
Él es el Rey de la gloria. **R.**

Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1052. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz estén con todos vosotros, en la santa Iglesia de Dios.

U otras palabras, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1053. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su ánimo a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hemos venido aquí, hermanos, para bendecir la puerta de esta iglesia. Asistamos con devoción a esta ceremonia y pidamos humildemente al Señor que todos los que traspasen sus umbrales para entrar en la iglesia con el fin de escuchar la palabra de Dios y celebrar los sagrados misterios sigan con rectitud de corazón la voz de Cristo, que se proclama a sí mismo puerta de la vida eterna.

1054. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Señor, Dios nuestro, que has querido que tu pueblo se llamara Iglesia, haz que, reunida en tu Nombre, te venere, te ame, te siga y, guiada por ti, alcance el reino que le has prometido.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

1055. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura.

Ap 21, 2-3. 23-26: Vi la ciudad santa, que descendía del cielo, enviada por Dios

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro del Apocalipsis.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono:

—«Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios.»

La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. A su luz caminarán las naciones, y los reyes de la tierra llevarán a ella su esplendor, y sus puertas no se cerrarán de día, pues allí no habrá noche. Llevarán a ella el esplendor y la riqueza de las naciones.

Palabra de Dios.

1056. Pueden también leerse: Is 26, 1-9; Jr 7, 1-7; Jn 10, 1-10.

1057. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 117 (118), l-y.4. 15-16. 19-20. 22-23 (R.: 26)

R. Bendito el que viene en nombre del Señor.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia. R.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa.» R.

Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.
Ésta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella. R
La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente. R-

1058. O bien:

Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5

R- (2b) Servid al Señor con alegría.

1059. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1060. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Nosotros, que somos como piedras vivas edificadas sobre Cristo, piedra escogida, invoquémoslo en favor de su amada Iglesia y proclamemos nuestra **fe firme en ella**, diciendo:

R. Aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo.

Jesús, Señor, que eres el Pastor eterno y la puerta de las ovejas,
— amplía, congrega y protege tu grey. R

Jesús, Señor, que edificaste tu casa sobre roca,
— consolida a tu Iglesia en una fe firme y confiada. R.

Jesús, Señor, de cuyo costado salió sangre y agua,
— renueva a tu Iglesia con los sacramentos de la alianza nueva y eterna.
R

Jesús, Señor, presente en medio de los que se reúnen en tu Nombre,
— escucha la oración unánime de tu Iglesia. R

Jesús, Señor, que, con el Padre y el Espíritu Santo, haces morada en los
que te aman,
— lleva a tu Iglesia a su perfección por el amor. R.

Jesús, Señor, que nunca echas afuera a los que vienen a ti,
— recibe a todos los pecadores en la casa de tu Padre. R.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1061. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a los fieles a orar, diciendo:

Queridos hermanos, hemos venido aquí con alegría, para inaugurar con la bendición divina la nueva puerta de esta iglesia. Invoquemos humildemente a Dios, pidiéndole que nos asista con su gracia.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1062. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, que enviaste a tu Hijo a este mundo para reunir, con la efusión de su sangre, a los hombres, dispersos por la fuerza disgregadora del pecado, y para que fuera el Pastor y la Puerta de los que están agrupados en un solo redil, de manera que quien entre por ella se salvará, y podrá entrar y salir y encontrará pastos. Te suplicamos, Señor, que tus fieles, al entrar por esta puerta, por medio de Jesucristo, tu Hijo, puedan acercarse a ti, Padre, con un mismo Espíritu, y, al acudir a tu iglesia, confiados, por la fe en Cristo, manteniéndose constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en las oraciones, crezcan siempre para edificación de la Jerusalén celeste.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1063. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, rocía la puerta con agua bendita, pone incienso y la incienso.

Conclusión del rito

1064. Luego el celebrante bendice al pueblo, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

Dios, Señor de cielo y tierra, que ha querido hoy reuniros para la bendición de esta puerta, os conceda también que entréis por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, y alcancéis así la herencia de la felicidad eterna.

R- Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1065. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXI. BENDICIÓN DE UNA NUEVA CRUZ QUE SE HA DE EXPONER A LA PÚBLICA VENERACIÓN

1066. Entre las sagradas imágenes, ocupa el primer lugar «la representación de la valiosa y vivificante cruz» (18), ya que es el símbolo de todo el Misterio pascual. Para el pueblo cristiano ninguna otra imagen es más querida, ninguna más antigua. La santa cruz representa la Pasión de Cristo y su triunfo sobre la muerte, y también, como enseñaron los santos Padres, anuncia su segunda y gloriosa venida.

1067. La imagen de la cruz, no sólo se ofrece a la veneración de los fieles el Viernes Santo y es celebrada como Trofeo de Cristo y árbol de vida en la fiesta de la Exaltación, el día 14 de septiembre, sino que también descuella en la Iglesia y se coloca ante el pueblo siempre que éste se reúne para celebrar los divinos oficios, y se sitúa en lugar destacado en los hogares de los bautizados. Teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo y de lugar, con razón los fieles erigen públicamente la cruz, para que sea testimonio de su fe y signo del amor que Dios tiene a todos los hombres.

1068. Es conveniente, máxime si se trata de una cruz que se coloca en un lugar insigne de la iglesia, que la imagen del cuerpo de Jesús crucificado esté también fijada a la cruz.

1069. El rito que aquí se describe puede usarlo el presbítero, el cual, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, adaptará la celebración a las circunstancias de las personas y del lugar. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1070. La bendición de la nueva cruz puede hacerse en cualquier día y hora, excepto el Miércoles de Ceniza, el Triduo pascual y la Conmemoración de todos los fieles difuntos; pero debe elegirse un día en que los fieles puedan acudir en gran número. Se ha de preparar oportunamente a los fieles para que asistan activamente al rito.

1071. El rito que se describe en este capítulo se refiere únicamente a dos casos:

- a) cuando se ha de bendecir solemnemente una cruz erigida en un lugar público, distinto de la iglesia;
- b) cuando se ha de bendecir la cruz principal que descuella en la nave de la iglesia, donde se reúne la comunidad de los fieles.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1072. Si ello es factible, conviene que la comunidad de los fieles se dirija procesionalmente desde la iglesia u otro lugar adecuado al lugar donde se ha erigido la cruz que se ha de bendecir. Si la procesión no puede hacerse o no parece oportuna, los fieles se reúnen en el lugar donde se ha erigido la cruz que se ha de bendecir.

1073. Reunido el pueblo, el celebrante saluda a los fieles, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por nosotros colgó del madero, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1074. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su ánimo a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Al bendecir solemnemente esta cruz, queridos hermanos, veneremos con fe el designio eterno de Dios, según el cual el misterio de la cruz se ha convertido en el signo de la misericordia divina. Siempre que miremos la cruz, recordaremos que en ella culminó el misterio del amor con el que Cristo amó a su Iglesia. Siempre que saludemos la cruz, acordémonos de que Cristo, suprimiendo con su Sangre toda división, hizo de todos los hombres un solo pueblo. Siempre que veneremos la cruz, pensemos que somos y nos declaramos discípulos de Cristo y, cargando todos cada día con la propia cruz, sigámoslo con generosidad. Esforcémonos, pues, por asistir atentamente a esta celebración, para que el misterio de la cruz brille, ante nuestros ojos con un nuevo fulgor y podamos sentir con más fuerza su eficacia.

1075. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue:

Oh, Dios, cuyo Hijo, al pasar de este mundo a ti, clavado en el árbol de la cruz, reconcilió contigo a la familia humana, dirige tu mirada sobre estos servidores tuyos, que han levantado esta señal de salvación, y concédeles que, protegidos por su poder, cargando con su cruz cada día y siguiendo el camino del Evangelio, alcancen felizmente la meta del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

1076. El diácono si las circunstancias lo aconsejan, hace la monición:

Marchemos en paz.

1077. Y se organiza la procesión hacia el lugar donde se ha erigido la cruz. Mientras avanza la procesión, se canta la antífona.

R. Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro, Señor Jesucristo.

Con el salmo 97 (98), un himno u otro canto adecuado.

Salmo 97 (98)

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. **R.**

El Señor da a conocer su victoria,

revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R.**

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. **R.**

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. **R.**

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra. **R.**

Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud. **R.**

1078. Si no ha de hacerse la procesión, inmediatamente después de la colecta, omitido el canto, se hace la lectura de la Palabra de Dios.

Lectura de la Palabra de Dios

1079. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que se indican a continuación o los que se proponen en el Leccionario sobre el Misterio de la santa Cruz (19), intercalando los convenientes salmos responsoriales o bien espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden emplearse las lecturas que propone el Leccionario sobre la Pasión del Señor (20).

Flp 2, 5-11: Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Filipenses.

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.»

Palabra de Dios.

1080. Pueden también leerse: Nm 21, 4-9; I Co 2, 1-5; Hb 4, 12-16; Jn 3, 13-17; Jn 19, 25-27.

1081. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsoria. Sal 30 (31), 2 y 6. 12-13. 15-16. (R.: Le 23, 46)

R. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás. **R.**

Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos;
me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cacharro inútil. **R.**

Pero yo confío en ti, Señor,
te digo: «Tú eres mi Dios.»
En tu mano están mis azares;
líbrame de los enemigos que me persiguen. **R.**

1082. O bien:

Sal 21 (22), 8-9. 17-18a. 23-24b

R. (2a) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Sal 54 (55), 5-6. 13. 14-15. 17-18. 23

R. (23ab) Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará.

1083. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración y el poder de la cruz del Señor.

Oración de bendición

1084. Terminada la homilía, el celebrante, de pie ante la cruz, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, que, en el exceso de tu amor, nos procuraste el remedio de la salvación y de la vida en el árbol, de donde el primer hombre había sacado ruina y muerte. Porque, cuando llegó la hora de su Pascua, Jesús, el Señor, sacerdote, maestro y rey, ascendió voluntariamente al árbol de la cruz y lo convirtió en trono de su gloria, en altar de su sacrificio, en cátedra de la verdad. Allí, elevado sobre la tierra, venció al antiguo enemigo y, vestido con la púrpura de su sangre, atrajo hacia sí, lleno de amor, a todos los hombres; allí, con los brazos extendidos, te hizo, Padre, la ofrenda de su vida e infundió una fuerza salvadora a los sacramentos de la Nueva Alianza; allí, enseñó con su muerte lo que antes había anunciado de palabra: que el grano de trigo, cuando muere, produce fruto abundante. Así, pues, te suplicamos,

Señor, que tus fieles, al venerar este signo de salvación, reciban los frutos de redención que Cristo Jesús mereció con su Pasión; que en la cruz den muerte a sus pecados y que, por el poder de esta cruz, dominen la soberbia y fortalezcan su debilidad; que en ella encuentren consuelo en sus aflicciones y seguridad en sus peligros; y que, protegidos por su poder, recorran sin daño los caminos de este mundo, hasta que tú, Padre, los recibas en el Hogar del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1085. O bien:

Señor, Padre santo, que quisiste que la cruz de tu Hijo fuera la fuente de toda bendición y el origen de todos tus beneficios, atiende generoso a nuestras súplicas, ya que hemos alzado esta cruz como un testimonio de nuestra fe, y concédenos que, viviendo, aquí en la Tierra, unidos siempre al misterio de la Pasión de Cristo, alcancemos el gozo eterno de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1086. El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cruz.

Después se canta la antífona:

Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

O bien:

Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, libranos, Señor, Dios nuestro.

U otro canto adecuado en honor de la santa cruz.

1087. Terminado el canto, si puede hacerse cómodamente, el celebrante, los ministros y los fieles veneran la nueva cruz se acercan a ella ordenadamente uno tras otro y le hacen alguna señal de veneración, según las costumbres del lugar. Si esto no es posible, el celebrante, con unas breves

palabras, invita al pueblo a venerar la santa cruz, y éste la venera, guardando algún tiempo de silencio o profiriendo una adecuada aclamación, por ejemplo: *Esta señal de la cruz brillará en el cielo cuando venga el Señor para juzgar.*

Conclusión del rito

1088. Terminada la veneración de la cruz, se hace la oración universal, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta:

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle:

R. Por tu cruz, sálvanos, Señor.

Cristo, tú que te despojaste de tu gloria y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos,
—haz que todos los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad. **R.**

Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de cruz,
—otórganos, a tus servidores, la virtud de la sumisión y la paciencia. **R.**

Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»,
—concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin en tu servicio. **R.**

Cristo, a cuyo Nombre ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo,
—atrae a todos los hombres hacia tu corazón, para que te veneren y te adoren con fe. **R.**

Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre,
—recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la felicidad eterna.
R.

1089. Luego el celebrante introduce oportunamente la oración del Señor, con estas palabras u otras semejantes:

Siguiendo las palabras y ejemplos de Cristo en su Pasión, digamos la oración en la que confiadamente nos entregamos a la voluntad de Dios, nuestro Padre.

Todos:

Padre nuestro...

El celebrante dice a continuación:

Señor, Dios nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la cruz, concédenos, te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

1090. Luego el celebrante bendice al pueblo como de costumbre y el diácono despide al pueblo.

Capítulo XXXII. BENDICIÓN DE LAS IMÁGENES QUE SE EXPONEN A LA PÚBLICA VENERACIÓN DE LOS FIELES

1091. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza (21). Esta imagen divina, el hombre, al pecar, la mancilló tristemente en sí mismo, pero Cristo, que es plena y perfecta «imagen del Dios invisible» (22), la restauró misericordiosamente con su muerte. En Cristo sus discípulos se convierten en una criatura nueva (23) y, por la acción del Espíritu Santo, se van transformando en imagen del mismo Cristo (24).

1092. Para que los fieles puedan contemplar más profundamente el misterio de la gloria de Dios, que fue reflejada en la faz de Jesucristo (25) y que resplandece en sus santos, y para que estos mismos fieles sean «luz en el Señor» (26), la madre Iglesia los invita a venerar piadosamente las imágenes sagradas. Éstas, además, han sido realizadas a veces con gran arte y gozan de una religiosa nobleza, con lo que vienen a ser un resplandor de aquella belleza que procede de Dios y a Dios conduce. Las imágenes, en efecto, no sólo traen a la memoria de los fieles a Jesucristo y a los santos que representan, sino que en cierta medida los ponen ante sus ojos: «Cuanto mayor es la frecuencia con que se miran las imágenes, tanto más los que las contemplan se sienten atraídos hacia el recuerdo y deseo de sus originales» (27).

Por todo ello, la veneración de las sagradas imágenes figura entre las principales formas de la veneración debida a Cristo, el Señor, y, en modo distinto, a los santos (28), «no porque se crea que en ellas hay alguna divinidad o poder que sean el motivo del culto que se les da», sino «por que el honor que se les tributa está referido a los prototipos que representan» (29).

1093. Cuando se expone a la pública veneración de los fieles una nueva imagen sagrada, sobre todo en las iglesias, a tenor de lo establecido en la Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium*, núm. 125, es conveniente bendecirla con el rito peculiar que aquí se propone. Esta bendición no debe hacerse dentro de la Misa. En cambio, si se trata de una imagen destinada a ser venerada sólo en casas particulares, se ha de bendecir con el rito descrito más adelante en el capítulo XLIII.

1094. El presente capítulo incluye tres ritos:

- a) bendición de una imagen de nuestro Señor Jesucristo;
- b) bendición de una imagen de santa María Virgen;
- c) bendición de una imagen de uno o varios santos.

1095. Estos ritos puede utilizarlos el presbítero, el cual, respetando la estructura del rito y sus elementos principales, puede adaptar alguno de estos elementos, para que la celebración se acomode mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1096. La bendición de una imagen sagrada se intercala en la celebración de las Vísperas, en el día en que se han de celebrar, o se pueden celebrar, las Vísperas correspondientes al caso. Las Vísperas se celebran en la forma acostumbrada. Terminada la salmodia, es conveniente hacer una lectura más extensa, seleccionada entre las que propone el Leccionario para las fiestas del Señor, de santa María Virgen y de los santos. Luego el celebrante hace la homilía, en la cual explica la lectura bíblica y la importancia que tienen las sagradas imágenes en la Iglesia. Después de la lectura bíblica o de la homilía, según la oportunidad, todos meditan un rato en silencio la Palabra de Dios. Después se canta el responsorio de la Liturgia de las Horas o un canto similar. Terminado el canto, el celebrante dice la oración de bendición, a la que sigue el cántico evangélico con la antífona propia. Mientras se canta el cántico, se inciensa la imagen, después de la incensación del altar y de la cruz. La celebración de las Vísperas prosigue y concluye del modo acostumbrado.

I. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Ritos iniciales

1097. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1098. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios Padre y de Jesucristo, el Señor, que es imagen de Dios invisible, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1099. Luego el celebrante habla brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

En verdad, queridos hermanos, tenemos motivos para alegrarnos, ya que vamos a bendecir a Dios, con ocasión de esta nueva imagen de nuestro Señor Jesucristo, destinada a la pública veneración. Esta sagrada imagen ha de recordarnos en primer lugar que Cristo es imagen visible de Dios invisible: el Hijo eterno de Dios, que bajó al seno de la Virgen, es el signo y sacramento de Dios Padre. Él, en efecto, dijo: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre.» **Al venerar, pues, esta imagen, levantemos los ojos hacia Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina para siempre.**

Lectura de la Palabra de Dios

1100. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal Romano o de la Liturgia de las Horas para la celebración del misterio concreto del Señor representado en la imagen, intercalando los convenientes responsorios o espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación:

Col 1, 12-20: Cristo, el Señor, es imagen de Dios invisible.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses.

Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios

que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Palabra de Dios.

1101. *Puede también leerse: Jn 14, 1-11.*

1102. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 8, 4-5. 6-7a. (R.: 2a)

R. Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? R.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos. R.

1103. O bien:

Ap 15, 3. 4

R. (14, 7) Respetad a Dios y dadle gloria.

1104. El celebrante, según las circunstancias, hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y el misterio del Señor representado en la imagen, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1105. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento. Invoquemos a Dios Padre, que nos ha dado por salvador y redentor a su Verbo, por quien todo fue creado y en quien todo se mantiene, y digámosle:

R. Haz que seamos imagen de tu Hijo.

Padre, cuyo Hijo es Sabiduría infinita y Verdad suprema,
— haz que, conociéndolo cada vez más profundamente, deseemos también unirnos a él más intensamente. **R.**

Padre, que inundaste de gozo a la tierra, al enviar a tu Hijo,
— alegra nuestro corazón con la continua presencia de Cristo. **R.**

Padre, que ungiste a Cristo como sacerdote, rey y profeta,
— haz que él nos encuentre como sacrificio agradable a tus ojos, servidores fieles, discípulos atentos, ti. **R.**

Padre, que quisiste que Cristo fuera para nosotros un maestro manso y humilde de corazón,
_haz que con docilidad aprendamos de él la mansedumbre y la bondad.
R.

Padre, que por la sangre de la cruz de Cristo reconciliaste contigo todos los seres,
— haz que trabajemos por la concordia y la paz. **R.**

Padre, que en el sublime designio de tu providencia quisiste que nuestro Salvador fuera colgado de un madero, para que destruyera el poder de la muerte y del infierno,
— haz que nos unamos a su muerte para tener parte en su resurrección.
R.

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1106. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante con estas palabras u otras semejantes invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Oremos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que, al recordar el misterio de Cristo, alcancemos los beneficios de nuestra salvación.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1107. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Padre, amigo entrañable del género humano, porque enviaste al mundo a tu Palabra, para que, encarnándose en la Virgen purísima, fuera nuestro salvador y nuestro hermano primogénito, en todo igual a nosotros, menos en el pecado.

En Cristo nos diste el supremo modelo de santidad; la Iglesia lo venera en su infancia y, cuando lo mira como débil niño en la cuna, lo adora como Dios todopoderoso; cuando contempla su rostro, ve en él la expresión de tu bondad, y cuando recibe de su boca las palabras de vida, se llena de tu sabiduría; al sondear lo profundo del amor de su corazón, ella misma se abrasa en aquel fuego del Espíritu que él derramó para hacernos renacer a una vida nueva; cuando lo mira enrojecido por su sangre divina, venera esta sangre preciosa, con la que ella misma ha quedado purificada; y, al exultar por la resurrección de Cristo, participa y experimenta de antemano la gloria de su Esposo.

A ti, pues, Señor, te pedimos humildemente que tus hijos, al venerar esta imagen de Cristo, tengan los sentimientos propios de Cristo Jesús y, ya que son imagen del hombre terreno, sean un día también imagen del hombre celestial.

Que tu Hijo sea para ellos, Padre, el camino por el que vayan hacia ti; la verdad que ilumine sus corazones, la vida de que se alimenten y vivan; que él sea para ellos la luz que disipe las tinieblas del camino, la piedra en la que descansen al fatigarse, la puerta por la que sean admitidos en la nueva Jerusalén.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1108. O bien:

Oh Dios, tú habitas en una luz inaccesible y nos has amado tanto que, siendo invisible, te nos has hecho visible en Cristo; mira con bondad a estos hijos tuyos, que han dado forma a esta efigie de tu Hijo, y haz que al venerarla, se vayan transformando en la realidad que esta imagen representa.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1109. Después de la oración de bendición, el celebrante pone incienso e inciensa la imagen, mientras se canta una antífona, un himno o un salmo que tengan relación con el misterio de Cristo representado en la imagen, u otro canto adecuado.

Conclusión del rito

1110. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él diciendo:

La paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodie vuestros corazones y vuestros pensamientos en el conocimiento y el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Todos:

Amén.

1111. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE SANTA MARÍA VIRGEN

Ritos iniciales

1112. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1113. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, nacido de la Virgen María, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1114. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Llenos de alegría, nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para bendecir una imagen de la santísima Virgen. Esta efigie con el título de **N.** será un signo de cuán grande y profunda es la relación de la santísima Virgen con Cristo y su Iglesia. Santa María, en efecto, es la

madre de Cristo, imagen visible de Dios invisible, y ella misma es imagen, figura y modelo de la Iglesia: imagen en que la Iglesia contempla con gozo lo que ella, en su totalidad, espera ser; figura en que reconoce el camino y la norma para llegar a la plena unión con Cristo; modelo en que se apoya la Esposa de Cristo para cumplir su misión apostólica. Asistamos con atención y fervor a esta acción sagrada.

Lectura de la Palabra de Dios

1115. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal romano o de la Liturgia de las Horas en el Común o en el Propio de santa María Virgen, intercalando los convenientes responsorios o espacios de silencio. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación.

Lc 1, 42-50: Me felicitarán todas las generaciones

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Isabel dijo a voz en grito:

—«¡Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

María dijo:

—«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su Nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.»

Palabra del Señor.

1116. Pueden también leerse: Ap 11, 19a; 12, 1-6a. lOab; Lc 1, 26-38; Jn 19, 25-27.

1117. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 112 (113), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8 (R.: 2)

R. Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre.

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre. **R**

De la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.
El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos. **R-**

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra? **R.**

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo. **R-**

1118. O bien:

Lc 1, 46-47. 48-49. 50-51. 52-53. 54-55

R. (49) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su Nombre es santo.

1119. El celebrante, según las circunstancias, hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y el papel de santa María Virgen en la historia de la salvación, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1120. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento.

Elevemos nuestras súplicas al Salvador, que quiso nacer de María Virgen, y digámosle:

R. Que tu Madre, Señor, interceda por nosotros.

Salvador del mundo, que, con la eficacia de tu redención, preservaste a tu Madre de toda mancha de pecado,
— líbranos a nosotros de toda culpa. **R.**

Redentor nuestro, que hiciste de la Virgen María lugar de tu presencia y sagrario del Espíritu Santo,
— haz también de nosotros un templo en el que habite siempre tu Espíritu. **R.**

Sacerdote nuestro, que quisiste que tu Madre estuviera junto a tu cruz,
— por su intercesión, concédanos compartir con alegría tus padecimientos. **R.**

Rey de reyes, que elevaste contigo al cielo en cuerpo y alma a tu Madre,
— haz que busquemos y aspiremos siempre a los bienes del cielo. **R.**

Señor del cielo y de la tierra, que has colocado a tu derecha a María reina,
— danos un día el gozo de tener parte en la gloria. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1121. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Unidos, como la Madre de Jesús y los apóstoles, presentemos a Dios nuestras humildes peticiones.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1122. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te alabamos, Señor, Dios inefable, que antes de la creación del mundo constituíste a Cristo principio y fin de todas las cosas y, en tu admirable designio de bondad, uniste a él a la santísima Virgen, para que fuera Madre y cooperadora de tu Hijo, imagen y modelo de la Iglesia, madre y protectora de todos nosotros: ella es, en efecto, la mujer nueva, que reparó los estragos de la antigua Eva; la excelsa Hija de Sión, que, uniendo su voz suplicante a los gemidos de los patriarcas, asumió en su corazón las esperanzas del antiguo Israel; la servidora pobre y humilde, de quien salió el Sol de justicia, tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Padre santo, te pedimos que tus fieles, que han elaborado esta efigie de la santísima Virgen, gocen siempre de su protección y graben en su corazón la imagen que contemplan con sus ojos. Que tengan una fe inquebrantable y una firme esperanza, así como una caridad diligente y una sincera humildad; que tengan fortaleza en el sufrimiento, dignidad en la pobreza, paciencia en la adversidad, donación en la prosperidad; que trabajen por la paz y luchen por la justicia, para que, después de recorrer los caminos de este mundo en el amor a ti y a los hermanos, lleguen a la Ciudad permanente, donde la santísima Virgen intercede como Madre y resplandece como Reina.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1123. O bien:

Oh, Dios, que en la santísima Virgen has dado a tu Iglesia, que peregrina en este mundo, una imagen de la gloria futura a la que espera llegar, haz que tus fieles, que han elaborado esta imagen de santa María, alcen confiadamente sus ojos hacia ella, que resplandece como modelo de virtudes para todo el pueblo de tus elegidos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1124. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e inciensa la imagen, mientras se canta un salmo o un himno que guarde relación con el título de santa María Virgen representado en la imagen, o, por ejemplo, una de las siguientes antífonas:

El Altísimo te ha bendecido, Virgen María, más que a todas las mujeres de la tierra.

O bien:

Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh, Virgen gloriosa y bendita.

Conclusión del rito

1125. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

El Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, os colme de sus bendiciones.

R. Amén.

Que os acompañe siempre la protección de la Virgen, por quien habéis recibido al Autor de la vida.

R. Amén.

Y a todos vosotros, reunidos hoy con devoción, el Señor os conceda la alegría del Espíritu y los bienes de su reino.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1126. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. RITO DE LA BENDICIÓN DE UNA IMAGEN DE LOS SANTOS

Ritos iniciales

1127. Reunido el pueblo, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1128. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que es la corona de todos los santos, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1129. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Al disponernos, hermanos, a celebrar este rito, en el que bendeciremos a Dios con ocasión de exponer a la pública veneración de los fieles esta nueva y noble imagen de san **N.**, conviene que, ante todo, preparemos nuestro espíritu para entender lo que significa esta celebración. La madre Iglesia, al exponer a la pública veneración las imágenes de los santos, espera de nosotros, sobre todo, que, al mirar las efigies de los que han seguido a Cristo con fidelidad, andemos en busca de la Ciudad futura y, al mismo tiempo, aprendamos cuál es el camino para llegar con seguridad a la plena unión con Cristo; los santos, en efecto, son amigos y coherederos de Jesucristo, y también hermanos y eximios bienhechores nuestros, que nos aman, nos asisten, interceden solícitamente por nosotros y, de una manera admirable, están en comunión con nosotros.

Lectura de la Palabra de Dios

1130. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee uno o varios textos de la sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que proponen el Leccionario del Misal Romano o de la Liturgia de las Horas en el Común o en el Propio de los santos, intercalando los convenientes salmos responsoriales o espacios de silencio. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante. También pueden leerse los textos que se proponen a continuación:

Mt 5, 1-12a: Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

Al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablarles, enseñándoles:

—«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

Palabra del Señor.

1131. Pueden también leerse: Ef 3, 14-19; 1P 4, 7b-11; Un 5, 1-5.

1132. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6 (R.: 2a)

R. Su gozo es la ley del Señor.

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. **R.**

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:

da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. **R.**

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. **R.**

1133. O bien:

Sal 14 (15), 2-3. 4-5

R. (cf. Ib) El justo habitará en tu monte santo, Señor.

Sal 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 11

R. (2a) Bendigo al Señor en todo momento.

1134. Luego el celebrante, según las circunstancias, hace la homilía, en la cual explica adecuadamente las lecturas bíblicas y el papel que representan los santos en la vida de la Iglesia, para que el significado de la celebración sea percibido por la fe.

Preces

1135. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de la comunidad o del momento.

Invoquemos suplicantes a Dios Padre, que configura a los santos con la imagen de su Hijo, y que con la fuerza del Espíritu no deja de santificar a la Iglesia, y digámosle:

R. Sálvanos, Señor, por la intercesión de san **N.**

Dios, fuente de santidad, que has hecho brillar en tus santos las maravillas de tu gracia multiforme,
— concédenos celebrar tu grandeza en ellos. **R.**

Dios sapientísimo, que por medio de Cristo has constituido a los apóstoles fundamento de tu Iglesia,
— conserva a tus fieles en la doctrina que ellos enseñaron. **R.**

Tú que has dado a los mártires la fortaleza del testimonio, hasta derramar su sangre,
— haz de los cristianos testigos fieles de tu Hijo. **R.**

Tú que has dado a las santas vírgenes el don insigne de imitar a Cristo virgen,
— haz que reconozcan la virginidad a ti consagrada como una señal particular de los bienes celestiales. **R.**

Tú que manifiestas en todos los santos tu presencia, tu rostro y tu palabra,
— otorga a tus fieles sentirse más cerca de ti por su imitación. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1136. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Reunidos desde diversos lugares por la fuerza de un solo Espíritu, y llamados todos a una misma santidad, invoquemos suplicantes al único Dios Padre.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1137. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Proclamamos tu grandeza, Señor, porque sólo tú eres santo; compadecido de nosotros, enviaste al mundo a tu Hijo, Jesucristo, el que inicia y completa toda santidad. Él envió sobre la Iglesia naciente el Espíritu Santo Defensor, voz que enseña los secretos de la santidad, brisa que inspira fortaleza y suavidad, fuego que enciende en amor los corazones de los fieles, semilla divina que produce abundantes frutos de gracia.

Te glorificamos hoy, Señor, porque llenaste con los dones del Espíritu a san **N.**, en cuya veneración tus servidores han hecho modelar esta imagen.

Haz, Señor, que ellos, siguiendo las huellas de tu Hijo, y considerando los ejemplos de san **N.**, lleguen al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Que con su palabra y su ejemplo proclamen el Evangelio, dispuestos sin miedo a derramar su sangre por él; que carguen cada día con la cruz de Cristo y se entreguen totalmente a tu servicio y al de los hermanos; que cumplan sus deberes como ciudadanos de este mundo, llenándolo del Espíritu de Cristo, con la mirada puesta en la mansión celestial, donde tú, Padre, los recibas un día para reinar con tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1138. **O bien:**

Oh, Dios, fuente de toda gracia y santidad, míranos con bondad a nosotros, tus servidores, que hemos dispuesto esta imagen de san **N.**, y haz que experimentemos la intercesión de este santo, el cual, convertido en amigo y coheredero de Cristo, resplandece como testigo de vida evangélica y como egregio intercesor ante ti.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1139. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e incienso la imagen, mientras se canta un salmo o un himno que guarden relación con el santo cuya imagen se bendice, o una de las siguientes antífonas:

Alabad a nuestro Dios, todos sus santos y los que teméis a Dios, pequeños y grandes, porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios todopoderoso. Con alegría y regocijo démosle gloria.

O bien:

El pueblo cuenta la sabiduría de los santos, la asamblea pregona su alabanza.

Conclusión del rito

1140. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre él, diciendo:

Dios, gloria y felicidad de los santos, que os ha concedido gozar de su patrocinio, os otorgue sus bendiciones eternas.

R. Amén.

Que por intercesión de los santos os veáis libres de todo mal, y, alentados por el ejemplo de su vida, perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.

R. Amén.

Y que Dios os conceda reuniros con los santos en la felicidad del reino, donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos entre los moradores de la Jerusalén celeste.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1141. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXIII. BENDICIÓN DE UNA CAMPANA

1142. Existe la antigua costumbre de convocar al pueblo cristiano para la asamblea litúrgica y advertirle de los principales acontecimientos de la comunidad local por medio de algún signo o sonido. Tal es la misión específica de las campanas. Efectivamente, el tañer de la campana es, de alguna manera, la expresión de los sentimientos del pueblo de Dios, cuando este pueblo exulta o llora, da gracias o suplica, se congrega y pone de manifiesto el misterio de su unidad en Cristo.

1143. Por la íntima relación que guardan las campanas con la vida de la comunidad cristiana, arraigó la costumbre —que ha ido prevaleciendo y se ha querido conservar— de bendecirlas antes de colocarlas en el campanario.

1144. Conviene colgar o colocar la campana que se va a bendecir en el lugar designado de antemano, de manera que se pueda cómodamente, si se da el caso, dar la vuelta a su alrededor y hacerla sonar.

1145. Según las circunstancias del momento y del lugar, la campana se bendice en día festivo fuera de la iglesia o también dentro de ella, con el rito descrito en los núms. 1147-1161. Si se estima oportuno bendecirla dentro de la Misa, la bendición tiene lugar después de la homilía, a tenor de lo que se dice en el núm. 1162.

1146. Este rito puede utilizarlo el presbítero, el cual, respetando su estructura y los elementos principales de que consta, puede adaptar cada una de sus partes para que la celebración se ajuste mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se introducirán las oportunas adaptaciones.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1147. Reunida la comunidad, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1148. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, que nos convoca a una misma Iglesia, y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1149. Luego el celebrante exhorta brevemente a los fieles para disponer su espíritu a la celebración y explicar el significado del rito; puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Éste es para nosotros un día de gran alegría, porque esta iglesia desde hoy tiene una nueva campana, hecho que nos da la ocasión de bendecir a Dios con esta celebración. Las campanas están en cierto modo relacionadas con la vida del pueblo de Dios: su toque, en efecto, nos señala los momentos de la oración, reúne al pueblo para las celebraciones litúrgicas, advierte a los fieles cuando se produce algún suceso importante que es motivo de alegría o de tristeza para esta parte de la Iglesia (para esta población) o para cualquiera de los fieles. Asistamos, pues, con devoción a estos ritos, para que siempre que oigamos la voz de la campana nos acordemos de que formamos todos una misma familia, y, obedientes a su voz, nos reunamos todos, como signo visible de nuestra unidad en Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

1150. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, seleccionado entre los que a continuación se proponen:

Mc 16, 14-16. 20: Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Marcos:

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo:

—«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado.» Ellos fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor.

1151. Pueden también leerse: *Nm 10, 1-8. 10; lCro 15, 11-12. 25-28; 16, 1-2; Is 40, 1-5. 9-11; Hch 2, 36-39. 41-42; Mt 3, 1-11; Mc 1, 1-8.*

1152. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial

Sal 28 (29), 1-2. 3 y 5. 7-9. 10-11 (R.: 4)

R. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica.

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. **R.**

La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor descuaja los cedros,
el Señor descuaja los cedros del Líbano. **R.**

La voz del Señor lanza llamas de fuego,
la voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cadés.
La voz del Señor retuerce los robles,
el Señor descortezas las selvas.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!» R.

El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno.
El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz. R.

1153. O bien:

Sal 150, 1-2. 3-4. 5

R. (2b) Alabad al Señor por su inmensa grandeza.

1154. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban el significado de la celebración y la finalidad de la campana.

Preces

1155. Sigue, según las circunstancias, la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Unidos en una sola voz, presentemos nuestras peticiones a Dios Padre, que quiere hermanar en su Iglesia a todos los pueblos, y digámosle:

R Reúne en tu Iglesia a todas las naciones.

Señor y Dios nuestro, que siempre nos llamas a la unidad, para que, animados por un mismo Espíritu, recorramos el único camino de salvación. R,

Señor y Dios nuestro, que quieres que nosotros, tu pueblo, seamos una señal cada vez más cierta de tu presencia entre los hombres. **R.**

Señor y Dios nuestro, que nos enseñas a participar de las penas y alegrías de los hermanos, para que nuestra caridad sea más verdadera. **R.**

Señor y Dios nuestro, que hoy llenas de alegría espiritual nuestra asamblea, para que enseñe a los hermanos el mensaje de la salvación. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1156. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando la ayuda divina:

Con nuestra oración, reforcemos ahora las alabanzas y peticiones dirigidas al Padre, que nos ha reunido en este lugar.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1157. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, porque enviaste tu Hijo al mundo, para que, con la efusión de su Sangre, reuniera a los hombres, que el pecado había dispersado, y los juntara a todos en un solo redil, a fin de que él, como único Pastor, los guiara e instruyera. Te pedimos ahora, Señor, que, al oír la invitación de la campana, tus fieles acudan a la iglesia con prontitud y alegría, y que, manteniéndose constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la concordia fraterna, en la fracción del pan y en la oración, tengan un mismo pensar y un mismo sentir, para alabanza de tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1158. *O bien:*

Oh, Dios, cuya voz, ya en los orígenes del mundo, resonó en los oídos del hombre, invitándolo a la participación de la vida divina, enseñándole cosas inefables y saludables; oh, Dios, que ordenaste a Moisés, tu servidor, que empleara unas trompetas de plata para reunir al pueblo; oh, Dios, que permites a tu Iglesia utilizar campanas de bronce, que inviten a tu pueblo a la oración, bendice ✠ esta nueva campana y haz que todos tus hijos, al oír su voz, eleven a ti sus corazones y, compartiendo las alegrías y las penas de los hermanos, vayan con prontitud a la iglesia, donde sientan a Cristo presente, escuchen tu palabra y te expongan tus deseos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1159. *Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, rocía la campana con agua bendita, pone incienso y la inciensa, mientras se canta la antífona:*

R. Cantad al Señor y bendecid su Nombre. Aleluya.

Con el salmo 149, u otro canto adecuado.

Salmo 149, 1-5

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey. R.

Alabad su Nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes. R.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas. R.

Conclusión del rito

1160. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre los fieles, diciendo:

Dios, que de muchas naciones congrega una sola Iglesia, os bendiga con su clemencia a los que habéis acudido con prontitud para la bendición de esta nueva campana.

R. Amén.

Él os conceda misericordioso que, al ser convocados en la iglesia por el solemne toque de esta campana, escuchéis atentamente su Palabra.

R. Amén.

Y, así, superada toda división entre hermanos, y amándoos unos a otros con sinceridad, celebréis hermanados los Sagrados Misterios.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1161. Si se estima oportuno, el celebrante y los fieles hacen sonar la campana bendecida, en señal de alegría. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

1162. Si la bendición de la campana se hace dentro de la Misa (cf. supra, núm. 1145), debe tenerse en cuenta lo siguiente:

—se dice la Misa del día;

—*las lecturas, salvo en las solemnidades, fiestas y domingos, pueden tomarse de la Misa del día o de las que se proponen en los núms. 1150-1153;*

—*la bendición de la campana se hace después de la homilía, siguiendo el rito descrito en los núms. 1155-1158.*

Capítulo XXXIV. BENDICIÓN DE UN ÓRGANO

1163. En la celebración de los divinos oficios, la música sagrada cumple un papel relevante; en la Iglesia latina el órgano ocupa un lugar honorífico, ya que, tanto cuando acompaña el canto como cuando toca solo, aumenta el esplendor de las ceremonias religiosas, es como un complemento de la alabanza divina, favorece la oración de los fieles y eleva su espíritu hacia Dios. Por la íntima relación que tiene el órgano con la música y el canto en las acciones litúrgicas y los piadosos ejercicios del pueblo cristiano, es conveniente que se bendiga antes de destinarlo al uso litúrgico.

1164. Este rito puede usarlo el presbítero, el cual, respetando su estructura y elementos principales, puede adaptar algunos de estos elementos para que la celebración se ajuste mejor a las circunstancias del lugar y de las personas. Si, como es aconsejable, preside el rito el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1165. La bendición del órgano puede hacerse cualquier día, excepto en los tiempos en que el derecho restringe su uso.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1166. Reunida la comunidad, se entona oportunamente un canto adecuado, terminado el cual, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1167. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

El amor de Dios Padre, la paz de nuestro Señor Jesucristo y el consuelo del Espíritu Santo estén siempre con vosotros.

O bien:

El Señor, a quien los santos alaban sin cesar, esté siempre con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1168. El celebrante dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, queridos hermanos, para bendecir un nuevo órgano, gracias al cual la celebración de la liturgia será más bella y solemne. El arte musical, cuando se usa en los ritos sagrados, tiene por fin principal la glorificación de Dios y la santificación de los hombres, y por eso el sonido del órgano se convierte en un signo eminente del cántico nuevo que se nos manda cantar a Dios; cantamos de verdad el cántico nuevo cuando nos comportamos rectamente, cuando nos adherimos de corazón y con alegría a la voluntad de Dios, cuando nos amamos los unos a los otros y cumplimos así el mandamiento nuevo.

Lectura de la Palabra de Dios

1169. Luego, el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura de los que se proponen a continuación:

Col 3, 12-17: Cantad a Dios, dándole gracias de corazón

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses.

Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión.

Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y, por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; en ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Palabra de Dios.

1170. Pueden también leerse: Nm 10, 1-10; 1Cro 15, 3. 16. 19-21. 25;

2Cro 5, 2-5a. 11-14; Ef 5, 15-20; Le 1, 39-47; Le 10, 21-22.

1171. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 46 (47), 2-3. 7-8 (R.: cf. 6)

R. Tocad para Dios entre aclamaciones y al son de trompetas.

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra. **R.**

Tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.
Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría. **R.**

1172. O bien:

Sal 97 (98), 1. 2-3. 4-6

R. (cf. 5 y 6) Aclamad y tocad para el Señor.

1173. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban el significado de la celebración y la finalidad del órgano.

Preces

1174. Sigue, según las circunstancias, la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Llenos de alegría, queridos hermanos, proclamemos la grandeza de Dios todopoderoso, por los incontables bienes con que su bondad nos colma, y, como nos enseña el Apóstol, démosle gracias, cantando sus alabanzas con el corazón y con la boca:

R. Gloria a ti, Señor.

Padre santo, rey del cielo y de la tierra, fuente de toda perfección y constante inspirador de toda armonía santa, te alabamos por tu inmensa gloria. R.

Señor Jesucristo, reflejo de la gloria del Padre, que, hecho hombre, viniste a los hombres, para quitar el pecado del mundo y enriquecer con tu gracia a los hermanos redimidos, te glorificamos por tu gran misericordia. R.

Espíritu Santo Dios, que habitas en el corazón de los hombres y los edificas para formar un solo cuerpo, te ensalzamos por tu invisible presencia en la Iglesia. R.

Santa Trinidad un solo Dios, principio y fin de todas las cosas, a quien el cielo y la tierra cantan un cántico nuevo, te adoramos por tu insondable felicidad. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1175. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición, el celebrante, con estas palabras u otras semejantes, invita a todos a orar, implorando el auxilio divino:

Conscientes de que somos miembros de la santa Iglesia, invoquemos ahora, a una sola voz y con un solo corazón, a Dios, nuestro Padre.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Oración de bendición

1176. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Dios y Señor nuestro, que eres la belleza siempre antigua y siempre nueva, cuya sabiduría gobierna el mundo y cuya bondad adorna el universo; los coros de los ángeles te alaban, obedientes siempre a tus mandatos; todos los astros del cielo te cantan, observando, en su continuo movimiento, las leyes que tú les has impuesto; todos los redimidos, a una sola voz, proclaman tu santidad, y con el corazón, con sus labios y con su vida te aclaman, llenos de alegría. También nosotros, tu pueblo santo, reunidos en este lugar con ánimo festivo, ansiamos unir nuestras voces al concierto universal de la creación, y, a fin de que nuestro himno de alabanza suba más dignamente hasta tu majestad, te presentamos este órgano para que lo bendigas y para que, con su ayuda, unamos armónicamente nuestras voces al cantar tus alabanzas y presentarte nuestros deseos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1177. Luego el celebrante pone incienso e incienso el órgano; mientras, éste se hace sonar por primera vez.

Conclusión del rito

1178. El celebrante bendice al pueblo, con las manos extendidas sobre los fieles, diciendo:

El Señor, digno de toda alabanza, os conceda, a los que en la tierra procuráis cantarle con la boca, el corazón y la vida, que podáis un día cantar eternamente el cántico nuevo en el cielo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1179. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XXXV.
**BENDICIÓN DE OBJETOS QUE SE USAN EN LAS
CELEBRACIONES LITÚRGICAS**

A. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA MISA

1212. A fin de promover la índole didáctica de la celebración y de acomodar los ritos a la capacidad de los fieles, puede preverse, si se juzga oportuno, el uso de los objetos bendecidos, en la misma celebración de la Misa. Así, las vestiduras que ha de usar el sacerdote en la celebración de la Misa, y los manteles que han de cubrir el altar pueden bendecirse antes de los ritos iniciales, en presencia del pueblo.

1213. De no hacerlo así, después de la lectura de la Palabra de Dios se hace la homilía. En ella el sacerdote explica las lecturas bíblicas y el significado de la celebración.

1214. Terminada la oración universal, los ministros o unos representantes de la comunidad que ofrece los objetos que se van a bendecir, los llevan ante el celebrante.

1215. El celebrante dispone a los presentes para la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Los objetos que ahora han sido traídos aquí, reciben una bendición especial, para significar con ello que se destinan de modo exclusivo al culto divino. Pidamos al Señor que nos bendiga también a nosotros, y así, él, que es Santo, nos haga también a nosotros santos y dignos de celebrar los sagrados misterios con piedad y devoción.

Oración de bendición

1216. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Después el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Bendito seas, oh, Dios, que por tu Hijo, Mediador del nuevo Testamento, aceptas complacido nuestra alabanza y nos otorgas copiosamente tus dones; te pedimos que nos concedas que estos

objetos, dedicados a la celebración del culto divino, y que son signo de nuestra piedad, ayuden a aumentar nuestra devoción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1217. O bien, para las vestiduras litúrgicas:

Bendito seas, oh, Dios, que estableciste a tu Hijo único Sumo y Eterno Sacerdote del nuevo Testamento, y escogiste a unos hombres para que fueran administradores de tus misterios; te pedimos que hagas que tus ministros usen con reverencia y dignifiquen con su conducta estas vestiduras, destinadas a las celebraciones sagradas y santificadas por tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

B. RITO BREVE

1218. Reunidos los fieles, el celebrante empieza, diciendo:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

O bien:

El Señor esté con vosotros.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

1219. El celebrante, según las circunstancias, dispone a los presentes para la celebración de la bendición.

1220. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee algún texto de la Sagrada Escritura:

Rm 12, 1: Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable.

Ga 3, 26-27: Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo.

Hcb 2, 42: Los discípulos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

Jn 4, 23: Se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así.

1221. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Después el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Bendito seas, oh, Dios, que por tu Hijo, Mediador del nuevo Testamento, aceptas complacido nuestra alabanza y nos otorgas copiosamente tus dones; te pedimos que nos concedas que estos objetos (o bien, por ejemplo, esta píxide / esta custodia / estos lienzos / estos manteles), dedicados (dedicado) a la celebración del culto divino, y que son (es) signo de nuestra piedad, ayuden (ayude) a aumentar nuestra devoción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1222. O bien, para las vestiduras litúrgicas:

Bendito seas, oh, Dios, que estableciste a tu Hijo único Sumo y Eterno Sacerdote del nuevo Testamento, y escogiste a unos hombres para que fueran administradores de tus misterios; te pedimos que hagas que tus ministros usen con reverencia y dignifiquen con su conducta estas vestiduras, destinadas a las celebraciones sagradas y santificadas por tu bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Capítulo XXXVI. BENDICIÓN DEL AGUA FUERA DE LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

1223. Un elemento que gozó siempre de gran veneración en la Iglesia y constituye uno de los signos que con frecuencia usa para bendecir a los fieles es el agua. El agua ritualmente bendecida evoca en los fieles el recuerdo de Cristo, que representó para nosotros la culminación de las bendiciones divinas. Él, en efecto, que se dio a sí mismo el apelativo de «agua viva», instituyó para nosotros el bautismo, sacramento del agua, como signo de bendición salvadora.

1224. La bendición y aspersion del agua se hace normalmente el domingo, según el rito descrito en el Misal romano (31).

1225. Cuando la bendición del agua tiene lugar fuera de la celebración de la Misa, el sacerdote o el diácono usarán el formulario que aquí se propone, de modo que, respetando su estructura y los elementos principales, adapten la celebración a las circunstancias del momento.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1226. El celebrante empieza, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1227. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que del agua y del Espíritu Santo, nos ha hecho nacer de nuevo en Cristo, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1228. El celebrante, según las circunstancias, dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Con esta bendición del agua, recordamos a Cristo, agua viva, así como el sacramento del bautismo, en el cual nacimos de nuevo del agua y del Espíritu Santo. Siempre, pues, que seamos rociados con esta agua o que nos santigüemos con ella al entrar en la iglesia o dentro de nuestras casas, daremos gracias a Dios por su **don inexplicable**, y pediremos su ayuda para vivir siempre de acuerdo con las exigencias del bautismo, sacramento de la fe, que un día recibimos.

Lectura de la Palabra de Dios

1229. Luego uno de los presentes, o el mismo celebrante, hace una breve lectura de la sagrada Escritura.

Jn 7, 37-39: El que tenga sed, que venga a mí

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, en pie, gritaba: —«El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva.» Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él.

Palabra del Señor.

1230. Pueden también leerse: Is 12, 1-6; Is 55, 1-11; Si 15, 1-6; Jn 5, 1-6; Ap 7, 13-17; Ap 22, 1-5; Jn 13, 3-15.

Oración de bendición

1231. Luego el celebrante dice:

Oremos.

Después de una breve pausa de silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Bendito seas, Señor, Dios todopoderoso, que te has dignado bendecirnos y transformarnos interiormente en Cristo, agua viva de nuestra salvación; haz, te pedimos, que los que nos protegemos con la aspersion o el uso de esta agua sintamos, por la fuerza del Espíritu Santo, renovada la juventud de nuestra alma y andemos siempre en una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1232. O bien:

Señor, Padre santo, dirige tu mirada sobre nosotros, que, redimidos por tu Hijo, hemos nacido de nuevo del agua y del Espíritu Santo en la fuente bautismal; concédenos, te pedimos, que todos los que reciban la aspersion de esta agua queden renovados en el cuerpo y en el alma y te sirvan con limpieza de vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1233. O bien el celebrante dice:

Oh, Dios, creador de todas las cosas, que por el agua y el Espíritu diste forma y figura al hombre y al universo.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Oh, Cristo, que de tu costado abierto en la cruz hiciste manar los sacramentos de salvación.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Oh, Espíritu Santo, que, del seno bautismal de la Iglesia, nos haces renacer como nuevas criaturas.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

1234. Después de la oración de bendición, el celebrante rocía con el agua bendecida a los presentes, diciendo, según las circunstancias:

Que esta agua nos recuerde nuestro bautismo en Cristo, que nos redimió con su muerte y resurrección.

R. Amén.

Mientras, se entona un canto adecuado.

Capítulo XXXVII. BENDICIÓN DE LA CORONA DE ADVIENTO

1235. La «Corona de Adviento» o «Corona de las luces de Adviento» es un signo que expresa la alegría del tiempo de preparación a la Navidad. Por medio de la bendición de la corona se subraya su significado religioso.

1236. La luz indica el camino, aleja el miedo y favorece la comunión. La luz es un símbolo de Jesucristo, luz del mundo. El encender, semana tras semana, los cuatrocirios de la corona muestra la ascensión gradual hacia la plenitud de la luz de Navidad. El color verde de la corona significa la vida y la esperanza.

1237. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de la esperanza de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y la muerte. Porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre por nosotros, y con su muerte nos ha dado la verdadera vida.

I. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA FAMILIA

1238. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

Monición introductoria

Al comenzar el nuevo año litúrgico vamos a bendecir esta corona con que inauguramos también el tiempo de Adviento. Sus luces nos recuerdan que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde significa la vida y la esperanza. El encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona debe significar nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad.

1239. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Is 60, 1: ¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!

1240. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos.

La tierra, Señor, se alegra en estos días, y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo, el Señor, que se avecina como luz esplendorosa, para iluminar a los que yacemos en las tinieblas de la ignorancia, del dolor y del pecado. Lleno de esperanza en su venida, tu pueblo ha preparado esta corona con ramos del bosque y la ha adornado con luces. Ahora, pues, que vamos a empezar el tiempo de preparación para la venida de tu Hijo, te pedimos, Señor, que, mientras se acrecienta cada día el esplendor de esta corona, con nuevas luces, a nosotros nos ilumines con el esplendor de aquel que, por ser la luz del mundo, iluminará todas las oscuridades. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Y se enciende el cirio que corresponda según la semana de Adviento.

II. RITO DE LA BENDICIÓN EN LA IGLESIA

1241. La «Corona de Adviento», que se ha instalado en la iglesia, se puede bendecir al comienzo de la Misa. La bendición se hará después del saludo inicial, en lugar del acto penitencial.

Monición introductoria

Hermanos: Al comenzar el nuevo año litúrgico vamos a bendecir esta corona con que inauguramos también el tiempo de Adviento. Sus luces nos recuerdan que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde significa la vida y la esperanza. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la verdadera vida. El

encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona debe significar nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad. Por eso hoy, primer domingo de Adviento, bendecimos esta corona y encendemos su primer cirio.

1242. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición: (Cf. supra, 1240).

Y se enciende el cirio que corresponda según la semana del Adviento.

Capítulo XXXVIII. BENDICIÓN DEL BELÉN NAVIDEÑO

1243. Es laudable la costumbre de instalar en las casas y en las iglesias un «belén» o «nacimiento», que recuerda y ayuda a vivir el misterio de la Navidad.

1244. Para dar más sentido religioso o para significar su inauguración puede hacerse un rito de bendición, que signifique el comienzo de las solemnes fiestas navideñas. Este rito es introductorio de los misterios que se celebran en la Liturgia.

1245. Si se trata de un «belén» colocado en la iglesia, la bendición puede hacerse antes o después de alguna de las celebraciones con que comienzan las fiestas de Navidad (al final de las vísperas o al final de la Misa de la Noche). También puede hacerse la bendición como una celebración independiente en la tarde del 24 de diciembre.

I. BENDICIÓN DEL BELÉN FAMILIAR

Rito de la bendición

Ritos iniciales

1246. Reunida la familia, el padre o la madre de la misma dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

El que dirige la celebración puede decir:

Alabemos y demos gracias al Señor, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

1247. Luego el que dirige la celebración dispone a los presentes para la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Durante estos días contemplaremos asiduamente en nuestro hogar este pesebre y meditaremos el gran amor del Hijo de Dios, que ha querido habitar con nosotros. Pidamos, pues, a Dios que el pesebre colocado en nuestro hogar avive en nosotros la fe cristiana y nos ayude a celebrar más intensamente estas fiestas de Navidad.

1248. Uno de los miembros de la familia lee un texto de la Sagrada Escritura.

Le 2, 4-7a: María dio a luz a su hijo primogénito

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

En aquellos días, José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de-Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.

Palabra del Señor.

1249. Después de la lectura, según las circunstancias, puede cantarse un canto adecuado.

Preces

1250. Sigue la plegaria común:

En este momento en que nos hemos reunido toda la familia para iniciar las fiestas de Navidad, dirijamos nuestra oración a Cristo, Hijo de Dios vivo, que quiso ser también hijo de una familia humana; digámosle:
Por tu Nacimiento, Señor, protege a esta familia.

Oh, Cristo, por el misterio de tu sumisión a María y a José enséñanos el respeto y la obediencia a quienes dirigen esta familia.

Tú que amaste y fuiste amado por tus padres, afianza a nuestra familia en el amor y la concordia.

Tú que estuviste siempre atento a las cosas de tu Padre, haz que en nuestra familia Dios sea honorificado.

Tú que has dado parte de tu gloria a María y a José, admite a nuestros familiares, que otros años celebraban las fiestas de Navidad con nosotros, en tu familia eterna.

Oración de bendición

1251. Luego el ministro, con las manos juntas, dice:

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María la Virgen, dignate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente
para que las imágenes de este Belén
ayuden a profundizar en la fe
a los adultos y a los niños.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

O bien:

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,

te pedimos que con tu bendición ✠
estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría
y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1252. El que dirige la celebración concluye el rito, santiguándose y diciendo:

Cristo, el Señor, que se ha aparecido en la tierra y ha querido convivir con los hombres nos bendiga y nos guarde en su amor.

Todos responden.

Amén.

II. BENDICIÓN DEL BELÉN EN UNA IGLESIA

A. Rito de la bendición fuera de la Misa o de las I Vísperas de Navidad:

Ritos iniciales

1253. Reunida la comunidad, puede entonarse un canto navideño. Terminado el canto, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1254. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1255. Si el ministro es laico, saluda a los presentes diciendo:

Hermanos, alabemos y demos gracias al Señor, que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

O bien:

Amén.

1256. El ministro dispone a los presentes para la bendición con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos: La imagen de Jesús en el pesebre nos ayudará a recordar los misterios que celebramos estos días en la liturgia.

Pidamos, pues, a Dios Padre, que la contemplación de este Belén o nacimiento avive nuestra fe en su Hijo, que se ha hecho hombre para hacernos partícipes de su vida.

1257. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Le 2, 4-7a: Dio a luz a su hijo y lo acostó en un pesebre

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

En aquellos días, José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.

Palabra del Señor.

1258. El que preside, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicando la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado del pesebre colocado en la iglesia.

1259. Después de la lectura o de la alocución, según las circunstancias se canta un salmo, un himno u otro canto adecuado.

Preces

1260. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras.

Adoremos a Cristo, que se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado, y supliquémosle con fe ardiente, diciendo:

R. Por tu Nacimiento, socorre, Señor, a quienes has redimido.

Tú que al entrar en el mundo has inaugurado el tiempo nuevo anunciado por los profetas, haz que tu Iglesia se rejuvenezca siempre. **R.**

Tú que asumiste las debilidades de los hombres, dignate ser luz para los ciegos, fuerza para los débiles, consuelo para los tristes. **R.**

Tú que naciste pobre y humilde, mira con amor a los pobres y dignate consolarlos. **R.**

Tú que por tu Nacimiento terreno anuncias a todos la alegría de una vida sin fin, alegría a los agonizantes con la esperanza de un nacimiento eterno. **R.**

Tú que te hiciste hombre para que todos los hombres, de un confín al otro del mundo, contemplaran la salvación de Dios, acuérdate de las familias que en estas fiestas de Navidad viven en soledad y dolor y haz que sientan el consuelo de saberse hijos de la gran familia de Dios. **R.**

Oración de bendición

1261. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos exaudidas, si es laico, con las manos juntas, dice:

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María, la Virgen,
dignate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente,
para que las imágenes de este Belén
ayuden a profundizar en la fe
a los adultos y a los niños.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,

nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,
te pedimos que con tu bendición ✠
estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría
y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

Conclusión del rito

1262. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito diciendo:

Dios, Padre todopoderoso, que en el Nacimiento de su Hijo nos ha manifestado su misericordia, os bendiga y os guarde en su amor.

Todos responden:

Amén.

1263. Si el ministro es laico, concluye el rito santiguándose y diciendo:

Dios, Padre todopoderoso, que en el Nacimiento de su Hijo nos ha manifestado su misericordia, nos bendiga y nos guarde en su amor.

B. Rito de la bendición dentro de la Misa o de las I Vísperas de Navidad

1264. La bendición del Belén que acostumbra colocarse cada año en la iglesia durante las fiestas de Navidad, si se une a las I Vísperas o a la primera Misa de Navidad tiene una estructura propia, por cuanto en estas celebraciones ya se incluyen los elementos que habitualmente se incorporan a las otras bendiciones (lectura de la palabra de Dios, preces, etc.) y que, por ello, no conviene repetir en la bendición.

1265. Si la bendición se hace al comienzo de la Misa, terminado el canto de entrada y dicha la salutación inicial, el celebrante dirige al pueblo una breve monición introductoria.'

1266. Si la bendición se hace al comienzo de Vísperas, la monición introductoria puede hacerse después del *Dios mío, ven en mi auxilio*, y antes del himno.

1267. Si la bendición se hace al final de la Misa, terminada la oración después de la comunión, se entona un canto navideño, durante el cual se coloca la imagen del Niño Jesús en el pesebre. Concluido el canto, el celebrante dirige a los fieles la monición introductoria.

1268. Si la bendición se hace al final de las Vísperas, después de la oración conclusiva, se entona un canto navideño, durante el cual se coloca la imagen del Niño Jesús en el pesebre. Concluido el canto, el celebrante dirige a los fieles la monición introductoria.

1269. El celebrante dispone a los fieles con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos: Con la celebración de la Eucaristía (de las Vísperas); vamos a dar comienzo (hemos dado comienzo) a las solemnes fiestas de Navidad de este año. La imagen de Jesús en el pesebre nos ayudará a recordar los misterios que celebramos estos días en la liturgia. Pidamos, pues, a Dios Padre, que la contemplación de este Belén o nacimiento avive nuestra fe en su Hijo, que se ha hecho hombre para hacernos partícipes de su Pascua.

Oración de bendición

1270. Terminada esta monición se hace un breve silencio. Luego el celebrante bendice el pesebre con una de las siguientes oraciones:

Oremos.

Señor Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos entregaste a tu Hijo único
nacido de María, la Virgen,
dígnate bendecir ✠ este nacimiento
y a la comunidad cristiana que está aquí presente,

para que las imágenes de este Belén ayuden a profundizar en la fe a los adultos y a los niños.

Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oremos.

Oh, Dios, Padre nuestro,
que tanto amaste al mundo
que nos has entregado a tu único Hijo Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y llevarnos de nuevo a ti,
te pedimos que con tu bendición ✠
estas imágenes del nacimiento
nos ayuden a celebrar la Navidad con alegría
y a ver a Cristo presente
en todos los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en el nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1271. Concluida la bendición, los fieles pueden adorar la imagen del Niño Jesús.

Capítulo XXXIX. BENDICIÓN DEL ÁRBOL DE NAVIDAD

1272. La costumbre de colocar en los hogares cristianos un árbol adornado, durante las fiestas de Navidad, es recomendable, ya que este árbol puede recordar a los fieles que Cristo, nacido por nosotros en Belén, es el verdadero Árbol de la vida, Árbol del que fue separado el hombre a causa del pecado de Adán.

1273. Conviene, pues, invitar a los fieles a que vean en este árbol, lleno de luz, a Cristo luz del mundo, que con su Nacimiento nos conduce a Dios que habita en una Luz inaccesible.

1274. La bendición de este árbol la hará, ordinariamente, el padre o la madre al iniciarse las fiestas de Navidad y en ella conviene que participen todos los miembros de la familia.

Rito de la bendición

1275. El ministro, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

1276. Uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo:

Is 60, 13: Vendrá a ti, Jerusalén, el orgullo del Líbano, con el ciprés y el abeto y el pino, para adornar el lugar de mi santuario y ennoblecer mi estado.

1277. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos

Bendito seas, Señor y Padre nuestro,
que nos concedes recordar con fe

en estos días de Navidad
los misterios del Nacimiento de Jesucristo.
Concédenos, a quienes hemos adornado este árbol
y lo hemos embellecido con luces,
vivir también a la luz
de los ejemplos de la vida santa de tu Hijo
y ser enriquecidos con las virtudes
que resplandecen en su santa infancia.
Gloria a él por los siglos de los siglos.

Amén.

1278. Según las circunstancias, el ministro rocía con agua bendita a los presentes y el árbol.

Capítulo XL. BENDICIÓN DE LAS ESTACIONES DEL VÍA CRUCIS

1279. Cuando en una iglesia u oratorio se erigen las estaciones del vía crucis, conviene que la bendición y erección se haga con la celebración instituida para este fin, y que esta celebración la realice el rector de la iglesia u otro presbítero, con participación del pueblo, y de tal manera que dicha celebración preceda inmediatamente al piadoso ejercicio del vía crucis. Si las estaciones del vía crucis están ya colocadas en la iglesia que se ha de dedicar o bendecir, no necesitan ningún rito especial de erección.

1280. Las imágenes de las estaciones con las cruces, o las cruces solas, se dispondrán adecuadamente a la vista de los fieles o estarán ya colocadas en su lugar propio.

1281. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de los presentes, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1282. Reunida la comunidad, puede cantarse el himno *Vexilla Regis prodeunt* u otro canto adecuado.

1283. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1284. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Jesús, el Señor, que murió por nosotros y nos redimió por su misterio pascual, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1285. El celebrante dispone a los presentes para la bendición y para realizar el piadoso ejercicio, con estas palabras u otras semejantes:

Dios misericordioso ha salvado a los hombres por la muerte y resurrección de su Hijo. Él se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, rebajándose hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Al recordar este inmenso amor de Cristo, nos sentimos movidos a recorrer con la mente y el corazón el camino de la cruz, llenos de agradecimiento, hacia el Señor, que murió por nosotros en la cruz, y con el propósito de morir también nosotros al pecado y andar en una vida nueva.

Lectura de la Palabra de Dios

1286. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado principalmente entre los que propone el Leccionario del Misal romano para las Misas del misterio de la santa Cruz (32) o los que se proponen a continuación.

1P 2, 19-25: Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pedro:

Queridos hermanos: Es cosa hermosa si, por la experiencia que cada uno tiene de Dios, soporta que lo maltraten injustamente. Vamos a ver ¿qué hazaña supone aguantar que os peguen, si os portáis mal? En cambio, si, obrando el bien, soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados, subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.

Palabra de Dios.

1287. Pueden también leerse: 1P 3, 18—4, 2; Mt 5, 1-12a; Lc 18, 31-34.

1288. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 21 (22), 8-9. 17-18a. 23-24 (R.: 2a)

R. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;

que lo libre, si tanto lo quiere.» R.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. R.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel. R.

1289. O bien:

Sal 30 (31), 2 y 6. 12-13. 15-16

R. (Lc 23, 46) Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

1290. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1291. Sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Glorifiquemos a Cristo, que nos ama y nos ha redimido con su sangre, y a él, que por nosotros murió y resucitó, démosle gracias, diciendo:

R. Con tu sangre, Señor, nos compraste para Dios.

Tú que, al hacerte hombre, nos mostraste en la cruz el camino de salvación,
-haz que, unidos a tu cruz, muramos contigo para poder vivir también contigo. R

Tú que mandaste a tus discípulos cargar cada día con su cruz,
-ayúdanos a seguirte por el camino del dolor, para que podamos un día contemplarte glorioso. **R.**

Tú que, en el camino del calvario, no rechazaste la ayuda del Cirineo para que llevara tu cruz,
-haz que seamos generosos en sufrir contigo por el bien de la Iglesia. **R.**

Tú que, caminando con la cruz auestas, te compadeciste de las mujeres que se lamentaban por ti y las consolaste,
-haz que sepamos confortar a los hermanos con nuestro consuelo. **R.**

Tú que por la sangre de tu cruz hiciste la paz con todos los seres,
-reúne junto a ti a todos los hombres, para que, superada toda división, formen un solo rebaño y te reconozcan como único pastor. **R.**

Tú que prometiste que al ser elevado sobre la tierra atraerías a todos hacia ti,
-haz que todos los hombres se conviertan a tu amor. **R.**

Tú que quisiste padecer en el camino de la cruz para ayudar a todos los que sufren alguna prueba,
-enséñanos la ciencia de la cruz, para que, compartiendo tus padecimientos, rebosemos de gozo cuando se manifieste tu gloria. **R.**

Tú que desde la cruz prometiste el paraíso al ladrón crucificado contigo,
-asístenos en los sufrimientos de esta vida, para que, sufriendo contigo en la tierra, seamos glorificados contigo en el cielo. **R.**

Tú que desde la cruz nos encomendaste a María, tu Madre, en la persona del discípulo Juan,
-haz que, imitándola a ella, tengamos parte en tu pasión y en tu gloria. **R.**

Oración de bendición

1292. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Oh, Dios, cuyo Hijo murió y resucitó por nosotros para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia, ayuda con la gracia de tu bendición a tus fieles que recuerdan devotamente los misterios de su pasión, para que los que siguen a Cristo llevando con paciencia su cruz rebozen de gozo cuando se manifieste su gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1293. O bien:

Señor, Padre santo, tú dispusiste que la cruz de tu Hijo fuera origen de toda bendición y causa de todas las gracias, haz que, adhiriéndonos en la tierra a la pasión de Cristo, alcancemos el gozo eterno de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1294. Después de la oración de bendición, el celebrante, según las circunstancias, pone incienso e incienso todas las cruces o imágenes, mientras se canta la antífona:

Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

U otra antífona o canto adecuado, por ejemplo, *La Madre piadosa estaba.*

1295. Luego sigue el piadoso ejercicio del Vía Crucis, según las costumbres del lugar.

Conclusión del rito

1296. Es conveniente entonar un canto adecuado, por ejemplo, el himno *Ad cenam Agni pròvidi*, en recuerdo de la resurrección.

Después el celebrante bendice al pueblo, diciendo:

Dios, que por la muerte y resurrección de su Hijo se dignó redimir al género humano, os conceda que, recordando con piedad la pasión de Cristo, sigáis al Señor crucificado, y así, en el cielo, gocéis de su presencia gloriosa.

Amén.

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

Amén.

1297. O bien:

La bendición de Dios, que por la cruz y la sangre de su Hijo se ha dignado redimirnos y salvarnos, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

Él os conceda que, con todos los santos, logréis abarcar lo alto y lo profundo del amor de Cristo manifestado en la cruz.

R. Amén.

Que acoja complacido vuestras piadosas acciones y se digne atender benignamente nuestras peticiones.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

Capítulo XLI. BENDICIÓN DE UN CEMENTERIO

1298. La Iglesia, porque considera el camposanto como un lugar sagrado, procura y aconseja que los nuevos cementerios, tanto si son construidos por una comunidad católica como por la autoridad civil en lugares católicos, reciban la bendición y se erija en ellos la cruz del Señor, signo de esperanza y de resurrección para todos los hombres.

Los discípulos de Cristo «ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida, se distinguen de los demás hombres» (33), con los que desean convivir amigablemente; por esto ruegan al Padre celestial por todos ellos, tanto por los que «murieron en la paz de Cristo» como por aquellos cuya fe sólo Dios conoció (34).

Por tal motivo los cristianos entierran y honran en los cementerios no sólo los cuerpos de los que la fe hizo hermanos suyos, sino también de los que han compartido la misma naturaleza humana, ya que a todos los ha redimido Cristo en la cruz, derramando su sangre por ellos.

1299. Conviene que sea el Obispo de la diócesis quien celebre el rito; esta función puede el Obispo delegarla en la persona de un presbítero, especialmente el que tenga como ayudante en el cuidado pastoral de aquellos fieles que se han preocupado de la edificación del cementerio.

Si preside el Obispo, se harán las oportunas adaptaciones.

1300. La bendición del camposanto puede hacerse cualquier día y a cualquier hora, excepto el miércoles de Ceniza y la Semana Santa; pero debe elegirse de preferencia un día en que los fieles puedan acudir en gran número, especialmente el domingo, ya que la conmemoración semanal de la Pascua del Señor expresa mejor el sentido pascual de la muerte cristiana.

1301. Si en alguna parte la autoridad civil o una comunidad cristiana —es decir, hermanos separados y católicos— construyen un cementerio destinado a la inhumación de difuntos de comunidades fundamentalmente cristianas, es conveniente inaugurar el cementerio con una celebración ecuménica, cuyos elementos se distribuirán de común acuerdo entre las partes interesadas. Esta celebración, por lo que respecta a los católicos, debe ser organizada por el Ordinario del lugar.

1302. Si se invita a una comunidad católica a la inauguración de un cementerio de signo no cristiano o meramente laico, la Madre Iglesia no rehúsa hacer acto de presencia en la celebración ni tampoco deja de orar por todos los difuntos. Pero corresponde al Ordinario del lugar regular la presencia de los católicos.

El sacerdote católico y los fieles —si cabe tal posibilidad— escogerán aquellas lecturas, salmos y oraciones que expresen con claridad la doctrina de la Iglesia sobre la muerte y el fin del hombre, el cual, por su propia naturaleza, tiende hacia el Dios vivo y verdadero.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1303. Cuando sea posible, conviene que la comunidad de fieles se dirija ordenadamente desde la iglesia u otro lugar adecuado hasta el cementerio que se ha de bendecir. Si la procesión no puede hacerse o no parece oportuna, los fieles se reúnen en la entrada del cementerio.

El celebrante saluda a los fieles, diciendo:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, dador de la vida y triunfador de la muerte, esté con todos vosotros.

U otro saludo semejante.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1304. Luego el celebrante dispone oportunamente el espíritu de los fieles para la celebración, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos, movidos por la piedad cristiana, hemos venido para bendecir este cementerio, en el cual reposarán los cuerpos de nuestros hermanos, hasta que resplandezca el día del retorno glorioso del Señor. Desde este lugar de dormición, preparado para nuestros hermanos difuntos, levantemos la mirada hacia la ciudad celestial y contemplemos allí a Cristo, muerto y resucitado por nosotros, para que él nos acoja bondadoso cuando resucitemos, ya que nos encarga que estemos ahora en vela aguardándolo.

1305. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. El celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Oh, Dios, que haces de tus fieles la Iglesia que peregrina en la tierra, para recibirlos un día como habitantes definitivos en el cielo, mira a esta familia tuya, que ha venido piadosamente al cementerio, y haz que este lugar, preparado para la inhumación de los cuerpos, le recuerde la vida futura en Cristo, el cual transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1306. Terminada la oración, el diácono hace la monición:

Marchemos en paz.

Y se organiza la procesión hacia el cementerio de la siguiente manera:

-precede el crucifero en medio de dos ministros con los ciriales encendidos;

-sigue el celebrante con los otros ministros, finalmente los fieles.

1307. Mientras avanza la procesión, se canta la antífona:

R. Que mi lote, Señor, sea el país de la vida.

O bien la antífona:

R. Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor.

O bien la antífona:

R. Ésta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella.

Con el salmo 117(118), u otro salmo tomado preferentemente del Ritual de Exequias (35), u otro canto adecuado.

Salmo 117 (118)

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. **R.**

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia. **R.**

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. **R.**

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo. **R.**

El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?

El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios. **R.**

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes. **R.**

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé; **R.**

me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé. **R.**

Empujaban y empujaban para derribarme,

pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación. **R.**

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa.» **R.**

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. **R.**

Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor. **R.**
—Ésta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella. **R.**

—Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. **R.**

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente. **R.**

Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad. **R.**

—Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;

el Señor es Dios, él nos ilumina. **R.**

—Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar. **R.**

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. **R.**

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia. **R.**

1308. Si no se hace procesión, inmediatamente después de la colecta, el celebrante, junto con los ministros y los fieles, entra en el cementerio, mientras se canta la antífona:

R. Oí una voz que decía desde el cielo: Dichosos los muertos que mueren en el Señor.

Con el salmo 133 (134), u otro canto adecuado.

Salmo 133 (134)

Y ahora bendecid al Señor,
los siervos del Señor,
los que pasáis la noche
en la casa del Señor. **R.**

Levantad las manos hacia el santuario
y bendecid al Señor. **R.**

El Señor te bendiga desde Sión,
el que hizo cielo y tierra. **R.**

Lectura de la Palabra de Dios

1309. La procesión se dirige hacia el lugar en que se halla erigida la cruz, donde se hará la lectura de la Palabra de Dios, o, si allí no puede hacerse cómodamente, hacia la capilla del cementerio u otro lugar más adecuado.

1310. Luego se lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, seleccionados principalmente entre los que propone el Leccionario del Ritual de Exequias (36), intercalando los convenientes salmos responsoriales o guardando un rato de sagrado silencio. La lectura del Evangelio ha de ser el acto más relevante. Si a continuación sigue la celebración de la liturgia eucarística, deben leerse, intercalando el conveniente salmo responsorial, por los menos dos lecturas, tomadas del Leccionario de difuntos (37).

1311. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía, explicando las lecturas bíblicas y el sentido de la muerte cristiana.

Oración de bendición

1312. Terminada la homilía, el celebrante, de pie ante la cruz situada en medio del cementerio, bendice la cruz y el recinto del cementerio, diciendo, con las manos extendidas:

Dios del consuelo, tú, con toda justicia mandaste volver a la tierra los cuerpos mortales modelados de tierra, pero, en tu designio de misericordia, cambiaste este castigo en una prueba de tu amor: en efecto, tú cuidaste de que Abrahán, padre de los creyentes, tuviera, en la tierra prometida, un lugar de sepultura; tú alabaste la piedad de Tobías, cuando enterraba a los hermanos; tú quisiste que tu Hijo único fuera colocado en un sepulcro nuevo, del que resucitará vencedor de la muerte, ofreciéndonos así una garantía de nuestra resurrección futura. Te pedimos ahora, Señor, que este cementerio, destinado a la inhumación de los cuerpos, colocado bajo la sombra protectora de la cruz, se convierta, por el poder de tu bendición, ✠ en lugar de descanso y de esperanza; que aquí descansen en paz los cuerpos de los difuntos, hasta que resuciten inmortales en la gloriosa venida de tu Hijo; que aquí el pensamiento de los vivos se eleve a la esperanza de lo eterno; desde aquí suban hasta ti las oraciones de los fieles, como sufragio para los que duermen en Cristo y como alabanza incesante de tu misericordia.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1313. El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cruz.

Luego rocía con agua bendita el cementerio y a los presentes. La aspersion del cementerio puede hacerla desde el centro del recinto o bien rodeando sus paredes, en cuyo caso se canta oportunamente la antifona:

R. Se alegrarán en el Señor los huesos quebrantados.

Con el salmo 50 (51), u otro canto adecuado.

Salmo 50 (51)

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. **R.**

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces. **R.**

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre. **R.**

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve. **R.**

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa. **R.**

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. **R.**

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. **R.**

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza. **R.**

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias. **R.**

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos. **R.**

Liturgia Eucarística o Preces

1314. Terminado lo anterior, si se celebra el sacrificio eucarístico por los difuntos, el celebrante hace, junto con los ministros, la debida reverencia y besa el altar. Los ministros ponen sobre el altar el corporal, el purificador, el cáliz y el misal; luego llevan el pan, el vino y el agua, y la Misa continúa como de costumbre.

1315. Si se ha de dedicar o bendecir el altar de la capilla del cementerio, se hará todo, con las adaptaciones necesarias, tal como se indica en el Ritual de la dedicación de iglesias y de altares, del Pontifical Romano (38).

1316. Si no se celebra la Eucaristía, una vez terminada la aspersion del cementerio, el rito concluye con la plegaria común, o en la forma de oración universal acostumbrada en la celebración de la Misa, o en la forma aquí propuesta.

Aclamemos a Cristo, el Señor, que al morir en la cruz borró el pecado y al salir del sepulcro destruyó la muerte:

Tú, Señor, eres nuestra vida y nuestra resurrección.

Oh, Cristo, Hijo del hombre, que, cuando moriste en la cruz, quisiste tener a tu madre como compañera en tu pasión y, cuando resucitaste, la llenaste de gozo,
_levanta y robustece la esperanza de los decaídos. **R.**

Oh, Cristo, Hijo de Dios vivo, que resucitaste de entre los muertos a tu amigo Lázaro,
— lleva a una resurrección de vida a los difuntos que rescataste con tu sangre preciosa. **R.**

Oh, Cristo, consolador de los afligidos, que enjugaste las lágrimas de la madre viuda que lloraba la muerte de su hijo, haciendo que resucitara,
_consuela también ahora a los que lloran la muerte de sus seres queridos.
R.

Oh, Cristo redentor, ilumina a los que, por no conocerte, viven sin esperanza,
— para que crean también ellos en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro. **R.**

Oh, Cristo, luz del mundo, que, al dar la vista al ciego de nacimiento, hiciste que pudiera mirarte,
— descubre tu rostro a los difuntos que todavía carecen de tu resplandor. **R.**

1317. Luego el celebrante introduce oportunamente la oración del Señor con estas palabras u otras semejantes:

Ahora elevemos nuestra mente hacia el Padre celestial y digamos la oración del Señor, para pedir la venida del reino y el perdón de nuestros pecados.

Todos:

Padre nuestro...

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

1318. El celebrante bendice al pueblo, diciendo:

El Dios de todo consuelo, que con amor inefable creó al hombre y en la resurrección de su Hijo ha dado a los creyentes la esperanza de resucitar, derrame sobre vosotros su bendición.

R. Amén.

Él conceda el perdón de toda culpa a los que aún vivimos en el mundo, y otorgue a los que han muerto el lugar de la luz y de la paz.

R. Amén.

Y a todos nos conceda vivir eternamente felices con Cristo, al que proclamamos resucitado de entre los muertos.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1319. El diácono despide al pueblo.

NOTAS

- 1 Cf. Rm 8, 15.
- 2 Cf. Jn 3, 1; Jn 1, 12; Rm 9, 8.
- 3 Cf. Rm 6, 5.
- 4 Cf. Ef 5, 30; I Co 12, 27; Rm 12, 5.
- 5 Cf. I Co 3, 16-17; 6, 19; 2 Co 6, 16; Ef 2, 21-22.
- 6 1 P 2, 9.
- 7 Cf. Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 50.
- 8 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 40.
- 9 Cf. Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 37.
- 10 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 35.
- 11 Ritual del Bautismo de niños, Introducción, núm. 34.
- 12 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 41.
- 13 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 751-760.
- 14 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 751-755.
- 15 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 756-760.
16. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 976-981.
17. Cf. Ritual de la Penitencia, capítulo IV, núms. 169-270.
- 18 Concilio de Nicea II, *Act. VII: Mansi XIII*, 378; Denzinger-Schönmetzer, 601.
- 19 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 969-974.
- 20 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núm. 975.
- 21 Cf. Gn 1, 26-27.
- 22 Col 1, 15.
- 23 Cf. 2Co 5, 17.
- 24 Cf. 2Co 3, 18.
- 25 Cf. 2Co 4, 6; Mt 17, 2.
- 26 Ef 5, 8.27 Concilio de Nicea II, Act. VII: Mansi XIII, 378; Denzinger-Schönmetzer, 601.
- 28 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 111.
- 29 Concilio de Trento, sesión XXV: Denzinger-Schönmetzer, 1823.
30. Cf. Misal Romano, Apéndice I, Rito para la bendición del agua y aspersion con el agua bendita.
32. Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 969-975.
- 33 Carta a Diogneto, 5: Funk, 1, 397.
- 34 Misal romano, Plegaria eucarística IV, núm. 123.
- 35 Cf. *Ritual de Exequias*, núms. 293-314.
- 36 Cf. *Ritual de Exequias*, núms. 207-268.
- 37 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 1011-1026.



liturgiapapal.org

BENDICIONAL

CUARTA PARTE

BENDICIÓN DE CIERTOS OBJETOS DE DEVOCIÓN DEL PUEBLO CRISTIANO

CONTENIDO

Capítulo XLII. Bendición de bebidas, comestibles u otras cosas por motivos de devoción

I. Rito de la bendición fuera de la misa

II. Rito de la bendición dentro de la misa en el día festivo

Capítulo XLIII. Bendición de los objetos destinados a ejercitar la piedad y la devoción

I. Rito de la bendición

II. Rito breve

Capítulo XLIV. Bendición de los rosarios

I. Rito de la bendición

II. Rito breve

Capítulo XLV. Bendición e imposición del escapulario

Capítulo XLVI. Bendición de un hábito

Capítulo XLII. **BENDICIÓN DE BEBIDAS, COMESTIBLES U OTRAS COSAS POR MOTIVOS DE DEVOCIÓN**

1322. En algunos lugares es costumbre realizar algunos especiales ritos de bendición, por ejemplo, del agua, del pan, del vino, del aceite, de otros comestibles o de otras cosas que los fieles, a veces, por motivos de devoción, llevan a bendecir, ya sea con ocasión de alguna fiesta o de algún tiempo del año, ya sea en honor de santa María Virgen o de los santos. En la celebración de estas bendiciones, el pastor de almas ha de procurar que los fieles tengan un conocimiento exacto del auténtico significado del rito. El celebrante, en la monición o en la alocución, tendrá presente, en cuanto sea posible, aquellas tradiciones y narraciones de la vida de los santos que, si se da el caso, pueden ilustrar el origen o el significado peculiar de aquella celebración realizada en honor suyo. Sin embargo, hay que respetar siempre la veracidad histórica.

1323. Para estas celebraciones realizadas en la iglesia por un sacerdote o un diácono, se recomienda la asistencia del pueblo y su participación activa.

1324. Si hay que bendecir varios comestibles a la vez, no se han de multiplicar los ritos, sino que se bendecirán todos con un mismo rito, empleando la fórmula correspondiente.

1325. Con el fin de acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, pueden adaptarse algunos de los elementos de este rito, respetando siempre la estructura de la celebración y sus elementos principales.

1326. Estas bendiciones pueden celebrarse dentro de la Misa únicamente en las fiestas de santa María Virgen y de los santos, donde esté en vigor la tradición popular y los fieles acostumbren asistir a la Misa, empleando para ello el rito indicado más adelante, núms. 1341-1345. Cuando la bendición se celebra dentro de la Misa, sólo puede hacerse una vez al día.

I. RITO DE LA BENDICIÓN FUERA DE LA MISA

Ritos iniciales

1327. Reunido el pueblo, se canta oportunamente un himno o una antífona adecuada. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1328. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

Dios, que nos eligió para que fuésemos santos, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1329. El celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Dios, que en todas partes manifiesta su poder y su bondad, encomienda a su Iglesia la bendición de determinados elementos, **por humildes que sean, para que todos los que los usen piadosamente** (invocando el nombre de la Santísima Virgen María o de los santos) se sientan atraídos hacia los bienes invisibles y bendigan a Dios, el único que hace maravillas, porque es también admirable en sus santos.

Lectura de la Palabra de Dios

1330. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee el texto de la Sagrada Escritura aquí propuesto, u otro tomado oportunamente del Leccionario. También puede emplearse algún texto seleccionado entre los que se proponen a continuación.

Mt 7, 7-11: Pedid y se os dará.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, encuentra y al que llama, se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?»;

y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden!»

Palabra del Señor.

1331. Pueden también leerse: A) Para la bendición del agua: Ex 17, 1-7; 2 R 2, 19-22. B) Para la bendición del pan: I R 19, 3b-8; Sb 16,20-21. 24-26; Jn 6, 28-35. C) Para otros comestibles: Gn 1, 27-31a; Gn 9, 1-3; Ex 12, 1-4. 6-8. 11; Lc 11, 9-13. D) Para el aceite, el vino, la sal: Si 39, 25-31; Mt 5, 13-16; Mc 6, 7-13; Lc 10, 30-37; Jn 2, 1-11. E) Para las flores (por ejemplo, rosas, lirios...): Si 24, 1a. 13-22; 2 Co 2, 14-17; Mt 6, 25-34. F) Para la bendición de los cirios: Mt 4, 13-17; Lc 2, 27-33; Jn 1, 6-10; Ef 5, 8-10.

1332. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 103 (104), 10-12. 13-15. 16-18. 19-21. 22-23 (R.: 24)*

R. Cuántas son tus obras, Señor.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto. **R.**

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.

Él saca pan de los campos,
y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas. **R.**

Se llenan de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó:
allí anidan los pájaros,
en su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras,
las peñas son madriguera de erizos. **R.**

Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros rugen por la presa,
reclamando a Dios su comida. **R.**

Cuando brilla el sol, se retiran,
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas,
a su labranza hasta el atardecer. **R.**

1333. **O bien:**

Sal 8, 2 y 4. 5-7

R. (10) Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Sal 22 (23), 1-3. 4. 5. 6

R. (5) Preparas una mesa ante mí, Señor.

Sal 146 (147), 7-8. 9-11. 12-13. 14-16

R. (1) Alabad al Señor, que la música es buena.

1334. Después de las lecturas se hace la homilía, en la cual el celebrante explica las lecturas y el significado del rito.

Preces

1335. Antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común, convenientemente adaptada a la festividad o al tiempo litúrgico.

1336. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante dice la oración de bendición.

Oración de bendición

1337. El celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

a) Para las bebidas y comestibles

Bendito seas, Dios nuestro, que todo lo llenas con tu bendición; dignate conceder a tus servidores que, al servirse con gratitud de estos bienes creados por ti, (en memoria y por intercesión de santa María Virgen / de san N.) (que celebramos en esta festividad) reciban con abundancia el rocío celestial de tu gracia, para que busquen siempre las cosas celestiales y progresen continuamente en la caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

b) Para otras cosas

Señor Dios, que adornas a tu Iglesia con la rica variedad de las virtudes de los santos, muéstrate benigno para con estos servidores tuyos, que desean usar piadosamente este signo (estos signos) de tu bondad en memoria y honor de santa María Virgen / de san N.), para que, llenos de amor a tus mandamientos y auxiliados en las necesidades de la vida presente, alcancen finalmente el don de la vida inmortal. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

c) Principalmente para varias cosas a la vez

Dios todopoderoso, fuente de gracia y corona de los santos, concédenos, por la intercesión de la Santísima Virgen María (de san N.), que, al servirnos de estos bienes, que te presentamos para que tú los bendigas, nos esforcemos por imitar esto que gustosamente celebramos, y que podamos gozar en el cielo de la compañía de quienes son ahora nuestros intercesores en la tierra. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1338. Las bebidas, comestibles u otras cosas, si existe la costumbre, pueden ser rociadas con agua bendita.

Conclusión del rito

1339. El celebrante concluye el rito, con las manos extendidas sobre los fieles, diciendo:

El Señor tenga en cuenta vuestra devoción y os conceda su ayuda en cada momento de la vida.

R. Amén.

Él os haga el don de una vida tranquila y os conceda la abundancia de sus bienes.

R. Amén.

Que con su amor os guíe y proteja aquí en la tierra y os haga llegar felizmente a la gloria celestial.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1340. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO DE LA BENDICIÓN DENTRO DE LA MISA EN DÍA FESTIVO

1341. Después de la lectura de la Palabra de Dios se hace la homilía. En ella el sacerdote explica las lecturas bíblicas y el significado de la bendición en honor de la Santísima Virgen María o de algún santo.

1342. Sigue la oración de los fieles, en la forma acostumbrada en la celebración de la Misa; esta oración, el celebrante la concluye con la correspondiente oración de bendición, seleccionada entre las que se proponen más adelante. También puede hacerse la plegaria común en la forma que aquí se propone. El celebrante puede seleccionar las invocaciones que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Por intercesión de la santísima Virgen María (de san **N.**), alabemos a Dios, diciendo:

R. Eres glorioso en tus santos, Señor.

Padre clementísimo, que de modo admirable has revelado tu omnipotencia en la Santísima Virgen María (en san **N.**),
—haz que nosotros, ayudados por la gracia bautismal, nos vayamos convirtiendo cada vez más en hombres nuevos. **R.**

Tú que, por tus santos servidores, nos concedes experimentar tu misericordia,
_haz que imitemos en nuestra vida lo que admiramos en la de ellos. **R.**

Tú que, a través de tus santos, muestras a los hombres la santidad de la Iglesia,

—haz que vivamos siempre dedicados a procurar tu gloria y la salvación de nuestros hermanos. **R.**

Tú que has querido que los santos fueran nuestros abogados,
—haz que, liberados de los males presentes, gocemos con ellos de la herencia eterna. **R.**

Luego el celebrante prosigue:

Dios todopoderoso, fuente de gracia y corona de los santos, concédenos, por la intercesión de la Santísima Virgen María (san **N.**), que, al servirnos de estos bienes, que te presentamos para que tú los bendigas, nos esforcemos por imitar esto que gustosamente celebramos, y que podamos gozar en el cielo de la compañía de quienes son ahora nuestros intercesores en la tierra. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1343. También pueden utilizarse las oraciones indicadas anteriormente, núm. 1337.

1344. Al final de la celebración de la Misa es conveniente emplear la bendición solemne de santa María Virgen:

El Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, os colme de sus bendiciones.

R. Amén.

Que os acompañe siempre la protección de la Virgen, por quien habéis recibido al Autor de la vida.

R. Amén.

Y a todos vosotros, reunidos hoy para celebrar con devoción esta fiesta de María, el Señor os conceda la alegría del Espíritu y los bienes de su reino.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1345. O una de las oraciones sobre el pueblo para las fiestas de los santos:

Señor, que se alegren tus fieles porque tú glorificas a los miembros del Cuerpo de tu Hijo; y, pues devotamente celebran la memoria de los santos, concédeles participar de su suerte y gozar un día con ellos de tu gloria eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

Vuelve, Señor, hacia ti el corazón de tu pueblo; y tú que le concedes tan grandes intercesores no dejes de orientarle con tu continua protección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Capítulo XLIII. BENDICIÓN DE LOS OBJETOS DESTINADOS A EJERCITAR LA PIEDAD Y LA DEVOCIÓN

1346. El presente rito debe utilizarse en la bendición de medallas, pequeñas cruces, imágenes religiosas que no se han de exponer en lugares sagrados, escapularios, coronas y objetos similares que se usan para la práctica de ejercicios piadosos.

1347. Principalmente en los santuarios o lugares de peregrinación que se distinguen por la afluencia de fieles, esta bendición de objetos piadosos suele efectuarse en una celebración común y puede incluirse de modo conveniente en las celebraciones que tienen lugar para los peregrinos.

1348. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote y el diácono, los cuales, respetando su estructura y elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias del momento y de las personas.

1349. Si la bendición se celebra para un solo objeto, el ministro puede emplear el Rito breve indicado al final de este capítulo, núms. 1363-1366, o, en determinadas circunstancias, sólo la fórmula breve descrita en el núm. 1367,

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1350. Reunido el pueblo, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1351. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia, la misericordia y la paz del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1352. El celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Los objetos piadosos que habéis traído para bendecir muestran, cada uno a su manera, vuestra fe, ya que sirven para recordar el amor de nuestro Señor, o también para aumentar vuestra confianza en la ayuda de la Santísima Virgen María y de los santos. Al pedir la bendición del Señor sobre estos objetos e imágenes, lo que hemos de procurar ante todo es dar el testimonio de vida cristiana que de nosotros exige el uso de estos objetos.

Lectura de la Palabra de Dios

1353. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la sagrada Escritura, seleccionado principalmente entre los que se proponen a continuación.

También pueden emplearse otros textos adecuados al rito.

2 Co 3, 17b—4, 2: Reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

Donde está el Espíritu del Señor hay libertad. Y nosotros todos, que llevamos la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; así es como actúa el Señor, que es Espíritu. Por eso, encargados de este ministerio por misericordia de Dios, no nos acobardamos; al contrario, hemos renunciado a la clandestinidad vergonzante, dejándonos de intrigas y no adulterando la Palabra de Dios; sino que, mostrando nuestra sinceridad, nos recomendamos a la conciencia de todo hombre delante de Dios.

Palabra de Dios.

1354. Pueden también leerse: *Rm 8, 26-31; I Co 13, 8-13; I Co 15,45-50; 2 Co 4, 1-7; Ga 1, 1. 3-5; 2, 19b-20; Ef 3, 14-21; Col 3, 14-17; Lc 11, 5-13; Le 18, 1-8.*

1355. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 99 (100), 2. 3. 4. 5 (R.: 5b)*

R. La misericordia del Señor es eterna.

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. **R.**

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. **R.**

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. **R.**

«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.» **R.**

1356. O bien:

Sal 122 (123), 1. 2. 3-4

R. (1) A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.

Sal 138 (139), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8. 9-10

R. (cf. 4b) Tú, Señor, lo sabes todo.

Sal 150, 1-2. 3-4. 5

R. (2a) Alabad al Señor por sus obras magníficas.

1357. Después de la lectura, se hace oportunamente la homilía, en la cual el celebrante explica la lectura y el significado del rito.

1358. Antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Nosotros, hermanos, no queremos tener un semblante de piedad, sino que la profesamos de corazón; por esto, invoquemos al Señor, diciendo:

R. Envíanos, Señor, el espíritu de piedad.

Dios clementísimo, que quieres que recordemos siempre tus maravillas, —haz que la visión corporal de estos objetos materiales nos eleve a la contemplación de los signos de tu misericordia. **R.**

Tú que deseas que te demos culto en espíritu y verdad, —concédenos que, con la ayuda de estos objetos y de lo que significan, practiquemos siempre la justicia y la piedad. **R.**

Tú que, por medio de tu Hijo, nos diste el mandato de orar siempre, —haz que, dedicándonos a la oración, podamos llevar una vida con toda piedad y decoro. **R.**

Tú que, en tu Iglesia, distribuyes de manera admirable diversidad de ayudas para nuestra santidad y piedad, —haz que lo que recibimos de manos de la Iglesia lo utilicemos para crecimiento de ella. **R.**

Sigue la oración de bendición, como se indica más adelante.

1359. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio.
Luego el celebrante dice la oración de bendición.

Oración de bendición

1360. El celebrante, con las manos extendidas, dice:

Bendito seas, Señor, fuente y origen de toda bendición, que te complaces en la piedad sincera de tus fieles; te pedimos que atiendas a los deseos de tus servidores y les concedas que, llevando consigo estos signos de fe y de piedad, se esfuercen por irse transformando en la imagen de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1361. El celebrante concluye el rito, diciendo:

Dios, que en Cristo nos ha revelado su gloria, haga que vuestra vida sea imagen suya, para que podáis un día gozar de su presencia gloriosa.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R Amén.

1362. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. RITO BREVE

1363. Al comienzo, el celebrante dice:

Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Todos responden:

Y danos tu salvación.

1364. El celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, según las circunstancias.

1365. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee algún texto de la Sagrada Escritura.

Rm 8, 26b. 27b: Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables, y su intercesión por los santos es según Dios.

Col 3, 17: Todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Lc 11, 9- 10: Os digo a vosotros: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre.»

1366. Luego el celebrante dice, con las manos extendidas:

El Señor, con su bendición, ✠ se digne aumentar y fortalecer tus sentimientos de devoción y piedad, para que transcurra sin tropiezo tu vida presente y alcances felizmente la eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Fórmula breve

1367. En determinadas circunstancias, el sacerdote o el diácono pueden emplear la siguiente fórmula breve:

En el nombre del Padre, y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Capítulo XLIV. BENDICIÓN DE LOS ROSARIOS

1368. La bendición de varios rosarios es aconsejable hacerla en una celebración que preceda inmediatamente a la piadosa recitación del rosario con participación del pueblo.

1369. También es conveniente que el rito para la celebración en común se utilice en las fiestas y memorias de la santísima Virgen, o con motivo de alguna piadosa peregrinación. Los rosarios pueden bendecirse junto con otros objetos de devoción, según el rito descrito más adelante.

1370. Este rito pueden utilizarlo el sacerdote y el diácono, los cuales, respetando su estructura y elementos principales, adaptarán la celebración a las circunstancias del momento y de las personas.

1371. Si se trata de bendecir un solo rosario o unos pocos rosarios, el ministro puede emplear el Rito breve descrito al final de este capítulo, núms. 1388-1392, o, en determinadas circunstancias, sólo la fórmula breve indicada en el núm. 1393.

I. RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1372. Reunido el pueblo, el celebrante se dirige hacia él, mientras se canta oportunamente el himno *Te gestientem gaudiis* («Rezar el santo Rosario») (1) u otro canto adecuado.

1373. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1374. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre,
de quien, por el Hijo nacido de la Virgen,
procede todo bien,
estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1375. El celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad, junto con la encarnación del Verbo Divino, para ser Madre de Dios, fue aquí en la tierra la santa Madre del Redentor y cooperó de un modo singular a su obra.

Esta disposición de la Divina Providencia es puesta de relieve, de manera muy apropiada y admirable, en aquella forma de oración que se llama el rosario; por esto, los pastores de la Iglesia han tenido siempre en gran aprecio y han recomendado vivamente el rezo del rosario. Con razón, pues, la Iglesia concede una especial bendición a los rosarios y a los que, rezando el rosario, recuerdan y meditan los misterios de nuestra redención, para que, con María y por medio de María, Dios reciba nuestra alabanza.

Lectura de la Palabra de Dios

1376. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, seleccionado principalmente entre los que propone el Leccionario del Misal Romano en el Común de santa María Virgen (2), o bien entre los que se proponen a continuación.

Lc 2, 46-52: La madre de Jesús conservaba todo esto en su corazón

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

A los tres días, María y José encontraron al niño Jesús en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles

preguntas; todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre:

—«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.»

Él les contestó:

—«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»

Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Palabra del Señor.

1377. O bien:

Hch 1, 12-14: Todos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la madre de Jesús

Escuchad ahora, hermanos, las palabras de los Hechos de los apóstoles.

Después de ver subir Jesús al cielo, los apóstoles se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado.

Llegados a casa, subieron a la sala, donde se alojaban: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Celotes y Judas el de Santiago. Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

Palabra de Dios.

1378. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Lc 1, 46-47. 48-49. 50-51. 52-53. 54-55 (R.: 49)

R. El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. **R.**

Porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su Nombre es santo. **R.**

Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón. **R.**

Derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos. **R.**

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán
y su descendencia por siempre. **R.**

1379. **O bien:**

Sal 112 (113), 1-2. 3-4. 5-6. 7-8

R. (2) Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre.

1380. El celebrante, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que los fieles perciban por la fe el significado de la celebración y aprendan más fácilmente la manera de rezar el rosario con piedad y provecho.

Preces

1381. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias de los presentes o del momento.

Ya que con razón el rosario es considerado como una señal particular de nuestra devoción a la Virgen María, por intercesión de la misma Virgen, invoquemos al Señor, diciendo:

R. Haz, Señor, que, por María, nos unamos más íntimamente a Cristo.

Padre clementísimo, que elegiste a María, por la aceptación de tu palabra, como colaboradora en la obra de la redención,
— haz que tu Iglesia, por intercesión de la misma Virgen santísima, reciba con abundancia los efectos de la redención. **R.**

Tú que, al unir tan estrechamente a la Virgen María con Cristo, tu Hijo, la colmaste admirablemente con la plenitud de la gracia,
— haz que la sintamos siempre como intercesora de la gracia. **R.**

Tú que en la Virgen María has querido darnos un modelo perfecto de seguimiento de Cristo,
— haz que nos esforcemos por reproducir en nuestra vida los misterios de la salvación que en el rosario piadosamente recordamos. **R.**

Tú que enseñaste a la Virgen María a conservar en su corazón todas tus palabras,
— haz que, a imitación suya, recibamos con fe y practiquemos las palabras de tu Hijo. **R.**

Tú que diste el Espíritu Santo a los apóstoles cuando estaban orando con María, la madre de Jesús,
— concédenos que, dedicados a la oración, así como vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu. **R.**

El celebrante dice la oración de bendición, como se indica más adelante.

1382. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante dice la oración de bendición.

Oración de bendición

1383. El celebrante, con las manos extendidas, dice:

Bendito sea Dios, Padre nuestro, que nos concede recordar y celebrar con fe los misterios de su Hijo. Él nos dé su gracia, para que, sostenidos por la piadosa súplica del rosario, nos esforcemos por meditar y conservar continuamente en nuestro corazón los gozos, los dolores y la gloria de Jesús, junto con María, su madre.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1384. O bien:

Te pedimos, Dios todopoderoso, que tus fieles, al recitar devotamente el rosario, imploren confiadamente la protección de la Virgen María y, meditando asiduamente los misterios de Jesucristo, los reproduzcan en su vida.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1385. O bien:

Dios todopoderoso y lleno de misericordia, que, por el gran amor que nos tienes, quisiste que tu Hijo se hiciera hombre en el seno de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, que sufriera la muerte de cruz y que resucitara de entre los muertos, dignate bendecir a todos los que hagan uso de estos rosarios en honor de la Madre de tu Hijo, orando con los

labios y el corazón, para que aumente su devoción y, en la hora de su muerte, la misma Virgen María los lleve a tu presencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1386. Luego sigue la piadosa recitación del rosario, según las costumbres del lugar.

Conclusión del rito

1387. Después del canto de una antífona, por ejemplo, *Dios te salve, Reina y Madre*, u otro canto adecuado, el celebrante concluye el rito, diciendo:

Dios, que, por medio de santa María Virgen, ha llenado el mundo de alegría, se digne colmaros de su bendición.

R. Amén.

Y a todos vosotros, que estáis aquí presentes, os bendiga Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo.

R. Amén.

II. RITO BREVE

1388. Al comienzo, el celebrante dice:

Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Todos responden:

Y danos tu salvación.

1389. El celebrante dispone a los presentes para la celebración de la bendición, según las circunstancias.

1390. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee algún texto de la Sagrada Escritura.

Lc 2, 51b-52: La madre de Jesús conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Hcb 1, 14: Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

1391. Luego el celebrante dice, con las manos extendidas:

Bendito sea Dios, Padre nuestro, que nos concede recordar y celebrar con fe los misterios de su Hijo. Él nos dé su gracia, para que, sostenidos por la piadosa súplica del rosario, nos esforcemos por meditar y conservar continuamente en nuestro corazón los gozos, los dolores y la gloria de Jesús, junto con María, su madre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1392. O bien:

En memoria de los misterios de la vida, muerte y resurrección de nuestro Señor, para honra de la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia, sea bendecida la persona que ore devotamente con este rosario: en el nombre del Padre, y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Fórmula breve

1393. En determinadas circunstancias, el sacerdote o el diácono puede emplear la siguiente fórmula breve:

En el nombre del Padre, y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Capítulo XLV. BENDICIÓN E IMPOSICIÓN DEL ESCAPULARIO

1394. La bendición e imposición del escapulario debe hacerse, siempre que sea posible, dentro de una celebración comunitaria. Cuando se trata de una imposición del escapulario por la que los fieles son admitidos a la cofradía de algún Instituto religioso, tal admisión debe hacerla un miembro o un ministro debidamente delegado por la autoridad competente del mismo Instituto.

1395. Para la bendición e imposición, hay que emplear un escapulario de la forma y materia determinadas por la cofradía o asociación de que se trata; posteriormente, puede substituirse por una medalla bendita.

1396. Para el ingreso en una cofradía en la cual uno se hace partícipe espiritualmente de algún Instituto religioso, hay que tener en cuenta las normas peculiares determinadas por cada Instituto y observarlas íntegramente.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1397. Reunido el pueblo, o por lo menos los miembros de la cofradía, el celebrante se dirige hacia ellos, mientras se canta oportunamente algún himno relacionado con la celebración. Terminado el canto, el celebrante dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1398. Luego el celebrante saluda a los presentes, diciendo:

La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, de Quien, por el Hijo nacido de la Virgen, procede todo bien, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1399. El celebrante dispone a los presentes para la celebración del rito, con estas palabras u otras semejantes:

Dios se vale de unos signos humildes para manifestar su gran misericordia para con nosotros. También el hombre adopta estos signos tan humildes para expresar sus sentimientos de gratitud, para mostrar su voluntad de servir a Dios y su propósito de ser siempre fiel a su consagración bautismal. Este escapulario, que es considerado como un signo de ingreso en la confraternidad con la Orden religiosa de **N.**, aprobada por la Iglesia, expresa una voluntad definida de participar del espíritu de dicha Orden. Esto equivale a renovar el propósito bautismal de revestirnos de Cristo, con la ayuda de la Virgen María, que desea en gran manera que seamos imitadores de Cristo, para alabanza de la Santísima Trinidad, hasta que, vestidos con el traje de bodas, seamos introducidos en la patria celestial.

Lectura de la Palabra de Dios

1400. Luego, el lector, uno de los presentes o el mismo celebrante, lee un texto de la Sagrada Escritura, seleccionado principalmente entre los que en el Leccionario tratan de la Santísima Trinidad, de los Misterios del Señor o de Santa María Virgen. Puede escogerse algún texto que tenga relación con el espíritu del Instituto religioso al que está adherida la cofradía.

1401. O bien:

2 Co 4, 13—5, 10: No querríamos desnudarnos del cuerpo, sino ponernos encima el otro

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Corintios:

Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito:
«Creí; por eso hablé», también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros. Todo es para vuestro bien. Cuantos más reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria

de Dios. Por eso, no nos desanimamos. Aunque nuestro hombre exterior se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. Y una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e incalculable tesoro de gloria. No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno.

Es cosa que ya sabemos: Si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos; y, de hecho, por eso suspiramos, por el anhelo de vestirnos encima la morada que viene del cielo, suponiendo que nos encuentre aún vestidos, no desnudos. Los que vivimos en tiendas suspiramos bajo ese peso, porque no queríamos desnudarnos del cuerpo, sino ponernos encima el otro, y que lo mortal quedara absorbido por la vida. Dios mismo nos creó para eso y como garantía nos dio el Espíritu. En consecuencia, siempre tenemos confianza, aunque sabemos que, mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados lejos del Señor. Caminamos sin verlo, guiados por la fe. Y es tal nuestra confianza, que preferimos desterrarnos del cuerpo y vivir junto al Señor. Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarle. Porque todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho mientras teníamos este cuerpo.

1402. El celebrante hace la homilía, en la cual explica a los presentes el significado de la celebración.

Preces

1403. Sigue la plegaria común. Entre las intercesiones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las peculiaridades de los fieles o las circunstancias del momento.

Apoyados en la intercesión de María, que entretejió la vestidura de nuestra condición mortal para el Verbo, encarnado por nosotros en ella por obra del Espíritu Santo, para que nosotros pudiéramos participar de la gracia del que es nuestro Hermano primogénito y vivir la alabanza de Dios, invoquemos al Padre, diciendo:

R. Concédenos, Señor, que nos vistamos de Cristo.

Tú que dispusiste que tu Hijo amado se vistiera de nuestra carne, para que, por medio de él, los hombres participaran en Cristo de tu vida,
—haz que nos llamemos y seamos siempre hijos tuyos. **R.**

Tú que quisiste que Cristo fuera en todo como nosotros, menos en el pecado, para que, siguiéndolo, seamos imagen de tu Hijo,
—concédenos imitar de tal manera a Cristo que te agrademos en todo.
R.

Tú que llamas a los hombres al banquete de la gracia, cubiertos con la vestidura nupcial de tu reino, con el fin de revelarles tu gloria,
—enséñanos a servirte con fidelidad. **R.**

Tú que por boca del Apóstol nos exhortas a ser en el mundo la fragancia de Cristo,
—haz que reconozcamos en los hermanos el signo de la presencia de Cristo. **R.**

Tú que nos embelleces con la vestidura de la santidad y la justicia, para que vivamos para ti en el Espíritu Santo, mostrando así la santidad de la Iglesia,
—haz que nuestra santidad vaya siempre en aumento, para que cooperemos generosamente en la salvación de nuestros hermanos. **R.**

Tú que en la persona de Cristo no dejas de bendecirnos con toda clase de bienes espirituales, hasta el momento en que, vestidos con el ropaje nupcial, salgamos a su encuentro,
—haz que, por la intercesión de la Virgen María, pasemos felizmente de la muerte a la vida. **R.**

Oración de bendición

1404. El celebrante, con las manos extendidas, añade:

Oh, Dios, inicio y complemento de nuestra santidad, que llamas a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad a los que han renacido del agua y del Espíritu Santo, mira con bondad a estos servidores tuyos, que reciben con devoción este escapulario para alabanza de la Santísima Trinidad (en honor de la Pasión de Cristo/en honor de Santa María Virgen), y haz que sean imagen de Cristo, tu Hijo, y así, terminado felizmente su paso por esta vida, con la ayuda de la Virgen Madre de Dios, sean admitidos al gozo de tu mansión. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Imposición del escapulario

1405. Luego, el celebrante impone el escapulario a los candidatos, diciendo las siguientes palabras u otras semejantes del Ritual propio

a) Para el escapulario en honor de la Santísima Trinidad o de los Misterios de Jesucristo

Recibe este hábito, por el cual quedas admitido en la cofradía de la Familia religiosa de N.; dedicada a la Santísima Trinidad (a la Pasión de Jesucristo /al Misterio de... de Jesucristo), y compórtate de tal manera que, con la ayuda de la Santísima Virgen, para gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de la Iglesia y de los hombres, te esfuerces cada día más en vestirte de Cristo, que nos redimió con su Sangre.

R. Amén.

b) Para el escapulario en honor de Santa María Virgen

Recibe este hábito, por el cual quedas admitido en la cofradía de la Familia religiosa de N./ dedicada a Santa María Virgen, y compórtate de tal manera que, con la ayuda de la Santísima Virgen, para gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de la Iglesia y de los hombres, te esfuerces cada día más en vestirte de Cristo y hacer que su vida se manifieste en la tuya.

R. Amén.

1406. Según las circunstancias, el celebrante pronuncia en voz alta la fórmula de imposición una sola vez para todos.

Todos a la vez responden: *Amén*, y se acercan al celebrante para recibir el escapulario.

1407. El celebrante, vuelto hacia los nuevos cofrades, les dice:

Por la bendición de este escapulario, habéis sido admitidos en la Familia religiosa de **N**, para que podáis servir con mayor dedicación a Cristo y a su Iglesia, dentro del espíritu de la misma Orden. Para que lo consigáis con más perfección, yo, con la potestad que se me ha concedido, os admito a la participación de todos los bienes espirituales de esta Familia religiosa.

1408. El celebrante, después de haberlos instruido sobre los deberes y obligaciones de la cofradía, los rocía a todos con agua bendita, sin decir nada.

Conclusión del rito

1409. El celebrante concluye el rito, diciendo:

El Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia y os llene de la sabiduría eterna.

R. Amén.

Él aumente en vosotros la fe y os dé la perseverancia en el bien obrar.

R. Amén.

Atraiga hacia sí vuestros pasos y os muestre el camino del amor y de la paz.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

U otra fórmula de bendición, relacionada con el título del escapulario.

1410. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XLVI. BENDICIÓN DE UN HÁBITO

1411. El pueblo cristiano, en muchos lugares, expresa su particular devoción al Señor, a la Virgen y a los Santos mediante el signo externo de un hábito. El hábito significa el propósito renovado de cumplir más fielmente los compromisos bautismales como consecuencia de un voto o de una promesa. Con el rito de bendición, la Iglesia ayuda con su plegaria a los fieles en su propósito, para que esta práctica piadosa sirva de alabanza a Dios.

1412. Este rito se usa para bendecir el vestido o hábito que se lleva en honor de Jesucristo (v. gr.: el Señor de los Milagros), de la Santísima Virgen (v. gr.: Nuestra Señora del Carmen) o de un santo (v. gr.: san Francisco, san Antonio, etc.).

RITO DE LA BENDICIÓN

1413. El celebrante, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos responden:

Que hizo el cielo y la tierra.

1414. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, lee un breve texto de la Sagrada Escritura, por ejemplo:

Ef 4, 23-24: Renovaos en la mente y en el espíritu y vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas.

1415. Luego el celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno, que en el bautismo nos has despojado del pecado y nos has revestido de la dignidad de hijos tuyos; te pedimos que bendigas este hábito de penitencia y a quien lo va a llevar por amor a tu Hijo (v. gr.: el Señor de los Milagros),

O bien:

por amor a la Santísima Virgen (v. gr.: del Carmen),

O bien:

por amor a san **N.** (v. gr.: Francisco, Antonio),

y concédele que, recordando su compromiso de cristiano, rechace todo pecado y cumpla tus mandamientos, y alcance la plenitud de los méritos de la muerte y resurrección de tu Hijo Jesucristo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1416. Según las circunstancias, el celebrante rocía con agua bendita el hábito a los presentes.

NOTAS

1 Cf. Liturgia de las Horas, en la memoria de Nuestra Señora, la Virgen del Rosario, 7 de octubre, Laudes.

2 Cf. *Missale romanum, Ordo Lectionum Missae*, núms. 707-712.



liturgiapapal.org

BENDICIONAL

QUINTA PARTE

BENDICIONES PARA DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

CONTENIDO

Capítulo XLVII. Bendición en la acción de gracias por los beneficios recibidos

Capítulo XLVIII. Bendición para diversas ocasiones

Capítulo XLVII. BENDICIÓN EN LA ACCIÓN DE GRACIAS POR LOS BENEFICIOS RECIBIDOS

1418. Los cristianos, cuyo principal empeño consiste en prolongar a lo largo de la vida cotidiana la gracia de la celebración eucarística, tratan de vivir siempre en actitud de acción de gracias. Dios, en efecto, con sus dones nos invita constantemente al agradecimiento; pero esto vale sobre todo en aquellas situaciones en que Dios concede algún beneficio especial a sus fieles, los cuales, por lo mismo, se sienten movidos a reunirse para alabar y bendecir al Señor en justa correspondencia, por los dones recibidos.

1419. El esquema que aquí se ofrece pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, o también el laico, con los ritos y fórmulas previstos para el caso del laico. Todos ellos, respetando la estructura y los principales elementos del rito, adaptarán cada una de sus partes a las circunstancias concretas del lugar y de las personas.

1420. Este formulario puede emplearse también adecuadamente —de no estar presente un presbítero— cuando existe la costumbre de hacer alguna celebración de acción de gracias al finalizar el año.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1421. Reunida la comunidad, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1422. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes, diciendo:

Dios, rico en misericordia, que hace maravillas para con su pueblo, esté siempre con vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1423. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Hermanos, bendecid a Dios, que es rico en misericordia y hace maravillas para su pueblo.

Todos responden:

Amén.

1424. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Abramos nuestro corazón a Dios en la acción de gracias por todos los dones con que nos ha colmado. El apóstol Pablo nos enseña que en toda ocasión hemos de dar gracias a Dios Padre, por medio de Cristo, con el cual nos lo ha dado todo. Por haber sido hechos hijos de Dios, el tesoro de su gracia ha sido un derroche para con nosotros, a los que nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido. Reconociendo, por tanto, los beneficios de Dios, nos preparamos para participar de un modo más pleno en la Eucaristía, en la que se incluyen todos los bienes, y en la que toda acción de gracias halla su más perfecta expresión y realización.

Lectura de la Palabra de Dios

1425. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro, lee un texto de la sagrada Escritura.

Flp 4, 4-7: Con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Filipenses.

Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y súplica con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Palabra de Dios.

1426. Pueden también leerse: *I Co 1, 4-9; Col 3, 15-17; ITs 5, 12-14; ITm 2, 1-10; Le 17, 11-19.*

1427. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 65 (66), lb-2. 8-9. 10-11. 13-14. 16-17. 19-20 (R.: 16)*

R. Venid a escuchar, os contaré lo que Dios ha hecho conmigo.

Aclamad al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria. **R.**

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies. **R.**

Oh Dios, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como refinan la plata;
nos empujaste a la trampa,
nos echaste auestas un fardo. **R.**

Entraré en tu casa con víctimas,
para cumplirte mis votos:
los que pronunciaron mis labios

y prometió mi boca en el peligro. **R.**

Fieles de Dios, venid a escuchar,
os contaré lo que ha hecho conmigo:
a él gritó mi boca
y lo ensalzó mi lengua. **R.**

Pero Dios me escuchó,
y atendió a mi voz suplicante.
Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. **R.**

1428. O bien:

Sal 46 (47), 2-3. 5-6. 7-8. 9-10

R. (2b) Aclamad a Dios con gritos de júbilo.

Sal 117 (118), 1-2. 5-6. 8-9. 17-19. 26-27. 28-29.

R. (1) Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

1429. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1430. Si se estima oportuno, sigue la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Demos gracias y alabemos a Dios, Padre todopoderoso, cuya gloria el cielo proclama y cuya bondad ensalzan todas sus criaturas, y, llenos de reconocimiento por los dones recibidos, digamos:

R. Gloria a ti, Señor, por todos tus beneficios.

Padre bondadoso, que en Cristo, tu Hijo, nos lo has dado todo,
— haz que nunca dejemos de alabarte. **R.**

Tú que con amor generoso desbordas los méritos y deseos de los que te suplican,
— concédenos cantar siempre con el corazón y con la boca tus maravillas. **R.**

Tú que preparas y dispones generosamente en favor nuestro signos incontables de tu amor,
— haz que en la recepción de tus dones sepamos descubrirte a ti, que eres su fuente. **R.**

Tú que enseñaste a tus discípulos a compartir sus bienes con los demás,
— haz que nuestros hermanos se beneficien también de tus dones, para que puedan participar de nuestra alegría. **R.**

1431. En lugar de la plegaria común, se puede cantar el himno *Te Deum laudamus* (A ti, oh Dios, te alabamos), o el cántico «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor», o el cántico Magnificat (Proclama mi alma la grandeza del Señor), o un salmo.

Oración de bendición

1432. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Padre todopoderoso, magnánimo dispensador de todos los bienes, te damos gracias por los beneficios que nos has otorgado, y te pedimos humildemente que, habiendo sido preservados por ti, nos escondas y protejas siempre a la sombra de tus alas.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1433. **O bien:**

Oh, Dios, cuya misericordia no tiene límites y cuya bondad es un tesoro inagotable, te damos gracias por los beneficios que nos has concedido, implorando de tu bondad que no abandones a quienes has escuchado y que nos dispongas para los bienes futuros.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1434. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito, diciendo:

Dios Padre, con el Hijo y el Espíritu Santo, que ha actuado con vosotros según la grandeza de su misericordia, os proteja siempre con su bendición.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1435. Si el ministro es laico, concluye el rito santiguándose y diciendo:

Dios Padre, con el Hijo y el Espíritu Santo, que ha actuado con nosotros según la grandeza de su misericordia, sea bendito ahora y por siempre.

R. Amén.

1436. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Capítulo XLVIII. BENDICIÓN PARA DIVERSAS OCASIONES

1437. Se ofrece aquí un rito de celebración destinado a santificar con una bendición especial todas aquellas circunstancias de la vida que en los ritos precedentes no se indican de manera expresa (por ejemplo, una reunión de los miembros de alguna familia o grupo para celebrar un acontecimiento determinado, o un conjunto de cosas destinadas a los pobres, etc.). Este rito, al proponer varios textos de libre elección, puede acomodarse fácilmente a las diversas circunstancias.

1438. Este rito no pretende en absoluto invalidar los principios. No es conveniente, en efecto, pretextar cualquier motivo (por ejemplo, la erección de un monumento cualquiera, la inauguración de unos instrumentos bélicos recién construidos u otras motivaciones similares) para celebrar una bendición. Cada celebración debe siempre someterse a un ecuaníme criterio pastoral, sobre todo si se prevé el riesgo de que tal celebración pudiera causar extrañeza en los fieles o en los demás asistentes.

1439. El rito que aquí se describe pueden utilizarlo el sacerdote, el diácono, o un laico, con los ritos y preces previstos para el laico; todos éstos, respetando la estructura y sus principales elementos, adaptarán cada una de sus partes a las circunstancias de las personas y del lugar.

RITO DE LA BENDICIÓN

Ritos iniciales

1440. Reunida la comunidad, el ministro dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

1441. Luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes diciendo:

Dios, fuente de todo bien, esté con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la sagrada Escritura.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1442. Si el ministro es laico, saluda a los presentes, diciendo:

Bendigamos, hermanos, a Dios, fuente de todo bien.

Todos responden:

Amén.

1443. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes:

Todo lo que Dios ha creado y sustenta, todos los acontecimientos que él dirige con su providencia, así como las buenas obras de los hombres que induzcan al bien, son motivo para que los fieles bendigan, de corazón y de palabra, a Dios, origen y fuente de todo bien. Con esta celebración, nosotros profesamos nuestra fe en el hecho de que a los que temen y aman a Dios todo les sirve para el bien, así como nuestra convicción de que siempre y en toda situación debemos buscar la ayuda divina para que, uniéndonos a la voluntad de nuestro Padre, podamos hacerlo todo para gloria de Dios en Cristo.

Lectura de la Palabra de Dios

1444. Luego el lector, uno de los presentes o el mismo ministro lee un texto de la Sagrada Escritura.

Col 1, 9b-14: Fructificad en toda clase de obras buenas

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Colosenses.

No dejamos de rezar a Dios por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esta manera, vuestra conducta será digna del Señor,

agradándole en todo; fructificaréis en toda clase de obras buenas y aumentará vuestro conocimiento de Dios. El poder de su gloria os dará fuerza para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias al Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.

Palabra de Dios.

1445. O bien:

Rm 8, 24-28: El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Romanos.

En esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que se ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Pero además el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Palabra de Dios.

1446. O bien:

1 Tm 4, 4-5: Todo lo que Dios ha creado es bueno

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a Timoteo.

Todo lo que Dios ha creado es bueno; no hay que desechar nada, basta tomarlo con agradecimiento, pues la palabra de Dios y nuestra oración lo consagran.

Palabra de Dios.

1447. Pueden también leerse: *Nm 6, 22-27; Dt 33, 1. 13b-16a; Sb 13, 1-7; Si 18, 1-9.*

1448. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial *Sal 104 (105), 1-2. 3-4. 5 y 7. 8-9 (R.: 43)*

R. El Señor sacó a su pueblo con alegría.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas; **R.**

gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. **R.**

Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca.
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. **R.**

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. **R.**

1449. **O bien:**

Sal 105 (106), 2-3. 4-5. 45-46. 47. 48

R. (1) Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Sal 106 (107), 2-3. 8-9. 31-32. 42-43

R. (6) Gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación.

1450. El ministro, según las circunstancias, exhorta brevemente a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración.

Preces

1451. Si se estima oportuno, antes de la oración de bendición puede hacerse la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el ministro puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Dios ama todo lo que ha creado y lo conserva con su bendición. Pidámosle ahora que nos imparta su bendición y su consuelo, diciendo:

R. Descienda sobre nosotros, Señor, tu bendición.

Dios eterno, que nos das un sentido más profundo de esta vida, cuando nos sometemos de corazón a tu voluntad,
— dignate llenarnos de tu espíritu de santidad. **R.**

Tú que deseas que tus dones se devuelvan multiplicados a ti y a los hermanos,
— acepta el ofrecimiento de nuestra sumisión y de nuestro amor. **R.**

Tú que nos miras siempre con ojos de piedad,
— escucha la voz de los que esperamos en ti, Señor. **R.**

Tú que enviaste tu Hijo al mundo para que destruyera la maldición del pecado y nos trajera tu bendición,
— dignate bendecirnos en su persona con toda clase de bienes celestiales. **R.**

Tú que enviaste a nuestros corazones el Espíritu de tu Hijo, que nos hace gritar: «Abbá», Padre,
— escúchanos a nosotros, tus hijos, que reconocemos y ensalzamos tu bondad de Padre. **R.**

Tú que por la muerte y resurrección de tu Hijo nos has escogido para ser tu pueblo y tu heredad,
— acuérdate de nosotros en nuestras necesidades y bendice tu heredad. **R.**

El celebrante dice la oración de bendición, como se indica más adelante.

1452. Cuando no se dicen las preces, antes de la oración de bendición el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el ministro dice la oración de bendición.

Oración de bendición

1453. El ministro, si es sacerdote o diácono, con las manos extendidas, si es laico, con las manos juntas, dice:

1454. a) Para las cosas creadas

Bendito seas, oh Dios, Creador del universo, que hiciste buenas todas las cosas y confiaste la tierra al hombre para que la cultivase; haz que usemos siempre con agradecimiento de las cosas que tú has creado y que, conscientes de que son un don tuyo, sepamos compartirlas con los necesitados, en la caridad de Cristo, nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

1455. O bien:

Te bendecimos, Señor, Padre santo, por cuya palabra y poder fue hecho todo, y por cuya donación recibimos todo lo necesario para nuestra subsistencia, te pedimos que nosotros, tus fieles, obedeciendo de buen grado a tu voluntad, usemos siempre con agradecimiento de estas criaturas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1456. O bien:

Dios todopoderoso y eterno, que creaste al hombre adecuadamente provisto de los bienes de esta vida, para que pudiera aspirar a los dones eternos, atiende nuestras súplicas y concédenos que, fortalecidos con el consuelo de los bienes terrenales, dispongamos de lo suficiente para nuestra subsistencia y alcancemos finalmente la herencia que tú nos prometes. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1457. b) Para las cosas hechas por mano de hombre

Dios todopoderoso y eterno, que sometiste al hombre el mundo creado para que nos ayudáramos mutuamente por la caridad, dignate atender a nuestras súplicas, con las cuales imploramos tu bendición sobre los que usarán de estas cosas según su necesidad, para que siempre te reconozcan a ti como el bien supremo y amen a sus hermanos con sincero corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1458. c) Para determinadas circunstancias de la vida

Concede, Señor, a tus fieles encontrar seguridad y riqueza en la abundancia de tus misericordias y haz que, protegidos por tu bendición,

se mantengan en continua acción de gracias y te bendigan rebosantes de alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1459. O bien:

Concede, Señor, que tus fieles, por la fuerza de tu bendición, se dispongan interiormente al bien, para que realicen todas sus obras fortalecidos y movidos por tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1460. O bien:

Conforta, Señor, a tus fieles con la bendición que imploramos de ti, para que nunca nos apartemos de tu voluntad y siempre podamos agradecer tus beneficios. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1461. O bien:

Señor, bendice a tu pueblo que espera siempre en tu misericordia y concédele recibir de tu mano generosa todo lo que tú mismo le impulsas a pedir. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1462. O bien:

Señor, que tu pueblo reciba los frutos de tu generosa bendición para que, libre de todo pecado, logre alcanzar los bienes que desea. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1463. El ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito diciendo:

Dios, bendito a través de todo, os bendiga por Cristo en todo, para que todo os sirva para el bien.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1464. Si el ministro es laico, concluye el rito santiguándose y diciendo:

Dios, bendito a través de todo, nos bendiga por Cristo en todo, para que todo nos sirva para el bien.

R. Amén.

1465. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.